

**¿son culpables
las madres
que trabajan?
sylviane giampino**



psicología
y
psicoanálisis

DIRIGIDA POR OCTAVIO CHAMIZO

traducción de

ELIANE CAZENAVE-TAPIE

¿SON CULPABLES LAS MADRES QUE TRABAJAN?

por

SYLVIANE GIAMPINO





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 2002

© siglo xxi editores s.a. de c.v.

isbn 968-23-2403-3

primera edición en francés, 2000

© éditions albin michel, s.a., paris

título original: *les mères qui travaillent sont-elles coupables?*

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en México / printed and made in Mexico

LA VIDA DE ARTISTA

Son las 10 de la mañana, un domingo de marzo. Trabajo en este libro en un café. En la mesa de al lado, una joven mujer escribe en medio de hojas dispersas sobre las que está posado un teléfono celular. Timbre. Pude tomar nota, palabra por palabra, de una serie de conversaciones telefónicas que me permitió reproducir aquí.

La conversación consiste en un intercambio de informaciones sobre un papel en una película, ella escribe guiones y es actriz.

PRIMERA CONVERSACIÓN (DESDE LUEGO NO REFIERO MÁS QUE SUS PALABRAS)

—¿A cuántas horas de carretera está esa audición?

—...

—¡Tres horas!

—...

—Me obliga a salir muy temprano, ¿no sería más rápido en tren?

—...

—Desde luego que sé que es más caro en tren.

—... etc.

—¿Quieres en serio que vayamos en coche?

—Bueno.

—¿Y para el regreso? A mí me acomodaría regresar durante la noche, así ya estaría aquí cuando los niños se vayan a la escuela.

—Ah, no quieres manejar de noche.

—¿Estás seguro que no podríamos hacer el trayecto en tren?, nos permitiría trabajar el guión, al mismo tiempo.

—Sí, es cierto que si compartimos entre tres los gastos de la gasolina es más económico, pero tengo que ver con la niñera si puede atenderlos. Me informo y te vuelvo a llamar para darte una respuesta.

SEGUNDA CONVERSACIÓN. ELLA ES QUIEN LLAMA

–Bueno, Magalie, soy Karine, ¿podrías cuidar de Camille y Cyril el jueves 25 por la noche?

–Ah, ¿y a qué hora podrías estar de vuelta?

–En ese caso, si pudieran ir a casa de Danielle y Jean, ¿podrías recogerlos allá?

–Sí, hasta acostarlos, supongo que después Olivier estará ahí, tengo que confirmar que no hace el turno de la noche ese jueves. En caso de que así sea, ¿podrías tú quedarte hasta un poco más noche?

–Pues sí, ya sé que tienes que preparar tus exámenes, pero estoy un poco arrinconada, comprendes, es una película importante.

–Bueno, confirmo con Olivier, y llamo a Danielle para ver si puede recoger a los niños en la escuela al mismo tiempo que a los suyos. Si no te vuelvo a llamar, es que está arreglado. Gracias.

TERCERA CONVERSACIÓN. ELLA ES QUIEN LLAMA

–¿Olivier? Soy Karine. ¿Estarás ahí el jueves en la noche, por los niños? Estoy obligada a salir a provincia para un papel.

–No te enojés, no me dijiste que estabas en pleno inventario.

–Sólo dime si regresas a la hora de costumbre o no, para que me organice con Magalie para los niños, para la noche y la mañana.

–No, no podré estar de regreso en la noche, si no va a costar una fortuna.

–¿Cuándo lo sabrás, lo del turno de la noche?

–¿No podría nadie remplazarte por una vez?

–Está bien, no te enerves, necesitaba saberlo rápido para que nos organicemos con Mathieu y Zitta, para el trayecto.

–Chao.

CUARTA CONVERSACIÓN. ELLA ES QUIEN LLAMA

–Danielle, soy Karine, ¿podrías echarme una mano por favor, con los niños, el jueves?

–La salida de la escuela y luego Magalie los recogerá más o menos al cuarto para las 7.

–Eres un ángel, ¿qué haría sin ti?

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—¿Estás harta de qué?

—¿Todavía nada a la vista respecto de un trabajo?

—Desde luego, con tus tres chiquitos, estás muy atorada para buscar.

—Si te entiendo bien, ¿no puedes poner a Vincent en la guardería mientras no tengas trabajo?

—Sí, es cierto que de todas maneras no hay lugar, aunque trabajemos.

—Anda, ánimo Danielle, gracias por el jueves, te mando un beso.

QUINTA CONVERSACIÓN. ELLA ES QUIEN LLAMA

—Mathieu, soy Karine, mira, probablemente vaya con ustedes, pero no es totalmente seguro.

—Tengo que amarrar también con el tren, para el regreso, tal vez...

—Pues sí, sé lo que quiero, pero si crees que es fácil.

—De hecho, ¿cómo le harás con tu hija para la noche del jueves?

—Ah, no te lo has preguntado.

—¿Y si tu mujer previó otra cosa?

—Está bien, tienes razón, eso es, me complico la vida.

—Anda, nos llamamos más tarde, besos.

Karine está pálida, se acaba de llevar un golpe de común opresión cotidiana en la cabeza. Se pasa las dos manos por el cabello, se endereza, intenta estirarse hacia atrás para relajarse, en vano. Su cabeza vuelve a caer en sus manos. Sus codos se apoyan sobre las hojas del guión que estaba escribiendo. Esta serie de intercambios desesperadamente habituales agotó por completo su energía de trabajo.

Le sonrío y le hablo del libro que estoy escribiendo. Ríe y respira.

Karine relata, se confía, ríe de sí misma, descarga su rabia contra todas sus trabas que le roen lo que llama sus tres dichas: su pareja, sus hijos, su oficio.

No, no es la única; sí, siempre recae sobre las mujeres. No, no es ella quien complica la vida, es la vida de las madres la que es complicada por los demás que no se la complican bastante por los hijos.

Es cierto que se encuentra mendigando para ser relevada con sus hijos, a la persona a la que paga para eso, hasta el padre quien, de hecho o por derecho, está ahí para preocuparse por ellos y ocuparse de ellos como ella. Ciertamente es que siempre recurre a las buenas amigas

que tienen sus propios problemas. Sí, ya ha perdido papeles, porque primero necesitaba garantizar que alguien se ocupara de sus hijos, antes de dar una respuesta. Desde luego puedo entender que se le dificulte no estar con sus hijos cuando despiertan si no los vio la noche anterior. No, no es ser “histérica” que se le encoja el corazón cuando tiene que ausentarse cuarenta y ocho horas, y arruinarse en los kioscos de la estación para llegar con una sorpresa para los hijos.

En el momento de despedirnos, me pregunta: “¿Por qué tengo siempre la impresión de que todo esto no le interesa a nadie?”

INTRODUCCIÓN

¿Es culpable una madre que trabaja? Sí, por dos razones; primero porque es madre, luego porque es mujer. ¿Es culpable una madre que no trabaja? Sí, por las mismas razones.

Entonces, ¿cuál es la diferencia? La primera encontró una buena razón de sentirse culpable respecto de sus hijos: su ausencia. Su ausencia debida a su trabajo fuera de casa, y su falta de disponibilidad en casa por su trabajo hogareño y sus preocupaciones profesionales. La segunda lucha con una culpabilidad absurda; se culpa de su falta de paciencia con los hijos, o bien de mimarlos demasiado en perjuicio de su autonomía. Se pregunta si un segundo sueldo en la familia no resolvería ciertos problemas de su esposo, se siente culpable respecto de sus padres que dieron cuanto tenían para financiar sus estudios inútilmente. Las mujeres que se quedan en casa para ocuparse de los hijos en realidad se hacen cargo de todo en la casa y se ocupan asimismo de la vida social y cultural de la familia, de las distracciones y de las personas dependientes. Y algunas participan voluntariamente en actividades asociativas con la misma intensidad que las mujeres que tienen una actividad profesional remunerada. Sin embargo, se sienten culpables de estar cansadas en la noche o nerviosas en la mañana. Por ello, cuando se cruzan con alguien que les dice: “Tiene usted mucha suerte de disponer de tiempo para usted”, les dan ganas de dar la espalda para no estallar. Que una madre trabaje fuera de casa o que no tenga actividad profesional, tiene su parte de carga excesiva y de falta de reconocimiento, en su vida familiar, social y hasta respecto de sí misma.

La maternidad está hecha de tal manera que la mujer que entra a ella penetra a un universo mágico, emocionante, que la fragiliza y la transforma, que la inquieta y la transporta. De dudas en esperanzas y de duelos en alegrías, el hijo la deposita sobre una cresta expuesta, entre el valle de las dichas y el de las angustias. Tener hijos y ocuparse de ellos es, para la mayoría de las mujeres, una suerte. Raras son hoy en día las mujeres jóvenes que no desean hijos y que renunciarían a ellos por razones profesionales o por ideales políticos.

Pero si la maternidad es, con el amor compartido y otros triunfos personales y creativos, una de las más grandes dichas que se permitan vivir, no por ello es una experiencia sin obstáculos. Cuando se vuelve madre, la mujer comprende hasta que punto puede estar al mismo tiempo feliz y angustiada, hasta que punto puede también estar orgullosa y deprimida. Al psiquismo le importa poco ser coherente cuando está muy vivo.

Ya describimos las alegrías de la maternidad. Desde hace siglos, en todas las culturas, pululan las diosas-madres. En Francia, se habrá requerido toda la energía y la radicalidad de las feministas para raspar el barniz de la maternidad, a riesgo de descubrir en ella la enajenación y de suprimir el fondo del deseo materno.

Con excepción de circunstancias graves, educar niños no es un infierno, pero tampoco es el paraíso. Sólo es la vida. Ser madre pone en movimiento en el plano psicológico fuerzas inesperadas. Fuerzas estructurantes a largo plazo, pero a veces inquietantes. Se manifiestan, sobre todo, por un sentimiento de culpabilidad que ocupa en las madres un lugar importante, complejo y doloroso.

Entrar en maternidad, ¿sería entrar en culpabilidad? ¿El vínculo materno estaría acuñado por la falla, la duda, de sí misma y de los demás?

LAS MADRES TRABAJAN A PESAR DE TODO

Regocijémonos de que las mujeres se hayan liberado de una alternativa feminista radical que les ordenaba elegir entre la maternidad y la independencia financiera y afectiva. Pero este adelanto de las ideas y del discurso disimula una realidad contradictoria e inquietante.

Trabajar cuando se tienen hijos, sigue siendo trabajar “a pesar de”. Las mujeres trabajan a pesar de las presiones ideológicas, a pesar del desempleo que muy a menudo las afecta, a pesar de las condiciones precarias y los sueldos menos elevados que los de los hombres,¹ a pesar de los problemas de vigilancia de los hijos y la siempre menor participación de los hombres en las tareas domésticas. En efecto, las mujeres no trabajan a pesar de sus hijos, sino a pesar de quienes ejercen sobre ellas una presión por el sesgo de los hijos. El hijo es el talón de

¹ Cf. encuesta Empleo INSEE [siglas en francés para Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos], 1999.

Aquiles de las madres. Y las reaccionarias, que desearían impedirles gozar de lo que adquirieron en términos de igualdad de derechos, recurren a la cuerda sensible, el cordón simbólico, el lazo con el hijo. Para no dar la espalda ni a la derecha a los hijos, ni a la izquierda al trabajo, las mujeres tomaron un camino de compromiso física y psicológicamente oneroso. Para responder a quienes les reprochan “quererlo todo”, imaginan que deben pagar el precio fuerte, es decir, asumirlo todo. Así, las mujeres, como lo repiten las encuestas y las revistas, “aceptan” y acumulan los cargos hasta realizar una “doble jornada”.

De ahí a hablar de dominio femenino, de histeria, no hay más que un paso que dan ciertos discursos machistas.

Las encuestas sobre la actividad femenina y el tiempo de las mujeres muestran que llevan a cuestas de manera casi total la carga familiar y las tareas domésticas, sin importar si están en el hogar o ejercen una actividad profesional de tiempo completo o de medio tiempo.² La participación del padre en las actividades domésticas disminuiría más bien en función del aumento del número de los hijos y sin importar sus edades.

Así, las mujeres que tienen hijos y una actividad profesional asumen una doble responsabilidad y, sobre todo, las tareas que de allí resultan. Pero no salen de ello valorizadas, eso se vuelve en contra de ellas. ¿Eficaces? Dan miedo a los hombres. ¿Presentes en todos los frentes? Su jefe lo pone en duda. Emboscadas por ambos lados, deben llevar, como sobresuelo, el peso de una enorme culpabilidad; respecto de sus hijos cuando los inquieta su trabajo, respecto de su trabajo cuando se preocupan por sus hijos. Veremos a lo largo de esta obra que lo que culpabiliza a las madres que trabajan es, hoy día, fruto de una presión social y cultural y de un fenómeno psicológico, vinculado con el parto. Afecta tanto a las madres que tienen una actividad profesional como a las que se ocupan de sus hijos de tiempo completo.

LAS MADRES TRABAJAN... Y LA SOCIEDAD RESPINGA

Desde hace cuarenta años, el fenómeno de la implicación de las mujeres en el mundo laboral se acentúa, a pesar del desempleo, de la

² Cf. “Le repas traditionnel se porte bien”, Informe del CREDOC [siglas en francés para Centro de Investigaciones para el Estudio y Observación de las Condiciones de Vida] núm. 132, *Consummation et modes de vie*, enero de 1999.

penuria de los modos de guarda, la poca evolución en la división de las tareas domésticas y las persistentes desigualdades de las condiciones laborales y salariales que padecen las mujeres.

En Francia, actualmente, las mujeres representan el 45.4% de la población económicamente activa. Entre las que trabajan, el 80.6% son madres de por lo menos un hijo, 73.3% madres de dos hijos, pero sólo el 53% resiste si uno de ellos tiene menos de tres años. Por último, trabaja asimismo el 51.5% de las mujeres que tienen tres hijos.³ En su mayoría, las mujeres que permanecen en el hogar y tienen hijos declaran que preferirían tener una actividad profesional si eso fuera posible.⁴

En nombre de la “conciliación entre vida familiar y vida profesional”, se ven florecer soluciones que favorecen más o menos abiertamente el modelo de la mujer en el hogar, bajo la presión de los asuntos económicos.⁵

Podría pensarse sin embargo que la amplitud, la importancia y la perennidad de la actividad femenina habrían engendrado cambios de modo de vida y de mentalidades. Pero no, por el contrario parece que la sociedad, la pareja, los hombres y hasta las mujeres no tomaron nota conjuntamente de esta nueva realidad para organizar de otro modo la vida de los hijos.⁶ ¿Existiría una resistencia, en el seno de la sociedad, a considerar positivamente para el hijo la actividad profesional de la madre? Sí, y es persistente, con excepción de algunos discursos militantes al servicio de una causa justa.

ES UNA PENA. ¿PARA QUIÉN? PARA TODOS

- Es una pena para las mujeres, sometidas a una doble presión, procedente del exterior y de su fuero interno. Presión que se traduce muy a menudo en una culpabilidad cuyas manifestaciones cons-

³ Cf. Tomado de la encuesta Empleo INSEE, 1999.

⁴ Cf. X. Niel, “Six femmes au foyer sur dix aimeraient travailler”, *Premières Synthèses*, núm. 9, encuesta de la dirección de Investigaciones del Ministerio del Empleo, publicación DARES, 1998.

⁵ Cf. C. Afsa, “L’activité féminine à l’épreuve de l’APE”, *Recherches et prévisions*, núm. 46, diciembre de 1996. [APE, siglas en francés para Actividad Principal de la Empresa, antiguo organismo remplazado por el INSEE.]

⁶ Cf. “Le rôle des femmes et des hommes dans la vie familiale”, *Eurobaromètre*, núm. 42, primavera de 1995.

cientes e inconscientes socavan las relaciones conyugales, familiares y profesionales.

- Es una pena para los hijos, educados en un desfase entre su realidad cotidiana y los valores de otra época, aún presentes en la mente de los educadores. En los propósitos de los profesionales surgen aquí y allá esquemas implícitos, conforme a los cuales para un niño pequeño “nada remplaza a su madre” y para un joven alumno nada remplaza su presencia a la hora de las tareas de la tarde.
- Es una pena también para los hombres, que viven con mujeres cuyos ritmos, expectativas y lo que tienen que ofrecer encubren nuevas modalidades que ellos no siempre saben comprender. En lugar de avanzar solitariamente, ¿los hombres y las mujeres no tendrían mucho que ganar si avanzaran solidariamente hacia las mutaciones de la sociedad: mundialización, alta tecnología, ingeniería genética? Las mutaciones generan angustia. Los hombres y las mujeres lograrán tanto mejor sus adaptaciones si las viven de modo diferente tal vez, pero juntos.
- Es una pena para el mundo laboral, que se priva de las competencias y del compromiso de las mujeres, para quienes trabajo y maternidad no son rivales.
- Es una pena para la sociedad en fin, que, frente a sus actuales agotamientos, debe encontrar cómo dirigirse de otro modo. Las políticas familiares y sociales supieron ser innovadoras, pero también ponen de manifiesto sus límites. Nos ponemos a soñar en una política con rostro humano, es decir mixta, en la que se articularían las prioridades femeninas y masculinas.

En Francia la representación femenina en las instancias legislativas es irrisoria. Es uno de los síntomas de la oposición psicológica de las instituciones, y de las propias mujeres, a concretizar los cambios de la relación profunda entre los hombres y las mujeres, tanto como entre las mujeres y el mundo extrafamiliar, social, político.

HABLAR CON LA VERDAD A LOS HIJOS...

Por lo menos se puede decir que los hombres, las mujeres y la sociedad están empatados en un punto: su negativa a revisar su concepción del bienestar de los hijos respecto de la nueva realidad consti-

tuida por el trabajo femenino. Nadie quiso hablar con la verdad respecto del trabajo de las madres. Entonces son los propios hijos los que deben ajustarse, ayudados a veces por padres valientes y por algunos profesionales instruidos.

¿Se trata de preservar el equilibrio del hijo? El hecho de que la madre trabaje o no, no cambia en nada el problema. Si los hijos cuyas madres trabajan fueran más equilibrados que los demás, se sabría. Si los hijos cuya madre se queda en el hogar fueran más felices que los demás, también se sabría. Todas las investigaciones que estudian este tema llegan a conclusiones parciales, matizadas o contradictorias según el aspecto estudiado, la metodología empleada, el rigor del pensamiento y el entorno ideológico del investigador. Es normal que así sea, pues las determinantes psíquicas se apoyan en los niños en resortes distintos a la presencia o ausencia de su madre.

Los progresos en el conocimiento de la psicología de los niños, y sobre todo de los más pequeños, imponen que se hable de lo que sienten los niños y de lo que es necesario para su equilibrio con más inteligencia y sutileza que en el pasado.

¿Por qué no permitirse reconocer que la salud, el equilibrio y la educación de los niños no son un problema sólo de las mujeres, sino de la pareja y de la sociedad? ¿Por qué negarse a ver que para los niños, crecer es más fácil cuando cada uno asume su parte de las responsabilidades, de las obligaciones a las que se compromete, y a su vez cosecha su parte de alegría, compartida?

PRIMERA PARTE

MATERNIDAD Y CULPABILIDAD

¿Por qué tantas madres se sienten culpables de no hacer bastante por su familia, o de hacer demasiado? ¿Culpables de no hacer lo que se debe, o de no saber lo que se debe hacer? ¿Por qué las mujeres se sienten tan afectadas en su persona en cuanto se trata de los hijos? ¿Por qué se sienten acusadas o tomadas en falta cuando su hijo no va bien? ¿Por qué tanto sufrimiento en los ojos en cuanto piensan que su hijo puede carecer o padecer de algo? A la llegada de los hijos, numerosos son los padres que se interrogan sobre la legitimidad de la actividad profesional de la madre. Este cuestionamiento conlleva una dimensión psicológica en la que se entremezclan principios, realidades y procesos inconscientes.

La culpabilidad asume varios rostros. Se presenta enmascarada. Está en el corazón de cada uno de nosotros. Puede ser consciente e inconsciente. Engendra nuevas discusiones. Produce malestar. Ocupa lugar en las relaciones padres-hijos.

Algunos afirman que la culpabilidad materna sería una cualidad o un defecto específicamente femenino, cuidadosamente alimentado por la educación, la sociedad, la ciencia y la religión. Una especie de ICA (impuesto a la culpabilidad agregada) que hay que pagar por el acceso a la maternidad. Esta versión de la culpabilidad materna podría bautizarse la “demasiado-madre”, personaje de madre idolatrada, pero al mismo tiempo gravada. La maternidad investida en exceso en el imaginario de los hombres no impide la infravaloración del cargo materno por aquellos que tienen un poder de decisión política.

Otro aspecto de la culpabilidad sería el de una especificidad femenina vinculada con el hecho biológico de ser una niña luego una mujer. ¿Serían las diferencias anatómicas el origen de una relación diferente con el sentimiento de culpabilidad? En torno a la problemática aún presente de “tener o no” –desde luego un pene–, ¿la mujer no estaría todavía un poco atrapada en una relación entrelazada con la carencia, una carencia de ser, de estar en falta?

La culpabilidad puede entonces percibirse como un estado coyuntural, vinculado con el periodo materno, cuyo apogeo se sitúa en-

tre el embarazo y los tres años del hijo aplacándose progresivamente a lo largo de la vida; con una punzada de evocación a veces dolorosa en la adolescencia y pequeños sobresaltos en etapas delicadas, los cambios de vida, las enfermedades, las crisis, los duelos. Se podría llamar “madre enganchada” a una mujer que no puede privarse de la relación de fusión que vivió con su bebé.

Pero la culpabilidad –no nos tapemos la cara– no siempre es un sufrimiento impuesto desde el interior por algo más fuerte que uno mismo o inducida por el exterior, los demás, los acontecimientos. No siempre es experimentada por madres que intentarían comprender sus razones para liberarse de ella y sentirse mejor. No, sucede por el contrario que la culpabilidad señale en una madre una complacencia cuidadosamente alimentada y una temible herramienta para ejercer su poder, sobre los hijos primero y sobre todos los demás después. Esas mujeres juegan su “triumfo-madre” en sus relaciones con sus hijos y sus hombres. Para esta “toda-madre”, el sentimiento de culpabilidad es un fingimiento destinado a saciar su deseo de dominio.

La culpabilidad se manifiesta muy a menudo enmascarada. Induce todo tipo de dificultades: renunciaciones, fracasos, sentimiento de rutina, fatiga, insatisfacción, perfeccionismo, migrañas y dolor de espalda, aumentos de peso, actos fallidos, pasajes a la acción, gastos no considerados... La culpabilidad se inmiscuye en la cotidianidad de las mujeres cortándoles, sin que lo sepan, las alas. La culpabilidad dreña la angustia, la inquietud y la depresión.

Descubrir sus manifestaciones, comprender su sentido es una manera de tenerla a raya. Pues no basta decirse que no hay que culpabilizarse para evitarlo. No basta afirmar en voz alta y fuerte que no se siente uno culpable para no padecer efectos de costado.

Dedicarse a descubrir tan cerca como sea posible los rostros del sentimiento de culpabilidad en la madre permitirá situar en su justo lugar el falso tema de los efectos en los hijos del trabajo de las madres.

¿TRABAJAR? ¿NO TRABAJAR? PRINCIPIOS Y REALIDADES

En las mujeres que trabajan, la búsqueda de armonía entre la vida profesional y su familia es una búsqueda del Grial, tanto como puede ser la búsqueda de la armonía familiar y del bienestar de todos para las mujeres que se consagran a su familia.

Una madre que permanece en el hogar muy a menudo por sus hijos, lo mismo que la madre que trabaja fuera de él. Cada una encontrará en su modo de vida ventajas e inconvenientes personales, pero es probable que ninguna de las dos esté plenamente satisfecha de su ideal de mujer.

Las mujeres que trabajan en el exterior se sienten cansadas y lo atribuyen a su doble jornada. Todo lo que delegan a otros relativo a la casa y a los hijos, cuando tienen los medios para permitirse esos servicios, está bajo su responsabilidad. Se preguntan sin cesar si sus hijos no carecen de esto o de aquello. Por momentos se desmoronan. Siempre tienen la impresión de no ser ayudadas o de tener que asumir todo solas. Se tranquilizan diciéndose que es por sus hijos por quienes trabajan, pero la duda también está presente, siempre tienen la impresión de correr y de no hacer bastante por los hijos, por la casa y por la pareja.

Las madres que están en casa no están forzosamente más alegres que las que trabajan. Resienten un gran cansancio, se cuestionan sobre sus capacidades de saber manejar bien a sus hijos, les vienen olas de depresión si uno de ellos no está bien o no logra buenos resultados en la escuela. Se tranquilizan diciéndose que dan a sus hijos lo mejor de sí mismas, pero en la intimidad de las confidencias, dudan.

Al igual que las madres que trabajan fuera de casa, tienen la impresión de que les falta el tiempo y que nunca hacen lo suficiente. Expresan su sentimiento de llevar toda la carga solas, sin retribución de valorización, sin visibilidad de su acción.

Una joven mujer me contó una pesadilla recurrente, en donde vivía en una casa extraña. El suelo era un pasillo rodante en marcha atrás, de tal manera que caminaba, agotada, pero siempre se encon-

traba en el mismo punto. Ordenaba, hacía la cocina, pero los objetos en sus manos se volvían transparentes y volvían a su desorden. Enloquecida, pedía auxilio a sus hijos. La escuchaban pero no la veían y proseguían sus juegos. Después del relato de esta pesadilla, lloraba diciendo: “Desde que me quedo en casa, siento volverme transparente, haga lo que haga, no avanzo, jamás termino y siempre debo volver a hacerlo todo.” Una bella definición del sentimiento de enajenación que puede inducir la repetitividad de las tareas domésticas.

Se suele hablar del fenómeno de techo de vidrio, para ilustrar la desigualdad profesional para con las mujeres; se podría también hablar del trabajo transparente de las mujeres en casa. El colmo es que, en la mayoría de los casos, las madres acumulan los dos.

VOLVERSE PADRES, LA ÉPOCA DE LAS VACILACIONES

La llegada de un hijo al seno de una pareja o de una familia modifica radicalmente los equilibrios anteriores y vuelve a distribuir las cartas de las relaciones entre unos y otros. Semejante cambio exige un tiempo de vacilación en el centro del cual el recién llegado se hace un lugar.

En este momento en que se tambalean las referencias, algunos se aferran a sus certezas, como el náufrago a su pecio, con peligro de dejarse arrastrar mar adentro. Es la época de los “hacemos como dijimos”. Así, Martine, especialista en informática, quien dejó de trabajar al darse cuenta de que encargar el cuidado de sus dos hijos iba a costarle las dos terceras partes de su sueldo: “Tengo la impresión de no hacer nada de mis días, me siento chocha con mis hijos, pero cuando veo gente, ya no tengo nada que contarles, me siento agotada. Pero estoy al menos contenta de haber podido parar mi trabajo para ocuparme de ellos, en fin, espero soportar hasta que Laetitia vaya a la escuela. Después, siempre que pueda volver a encontrar un empleo...”

Otras se encuentran completamente desprogramadas, libradas a los vientos giratorios de sus sentimientos contradictorios, de sus deseos confusos, de todos los consejeros. Es la época de los “ya no sé que hacer”.

Es así como algunas mujeres que pensaban frenar su actividad profesional o interrumpirla a la llegada del bebé van a reconsiderar

su proyecto. Mientras que tal otra, que ni siquiera se había planteado el problema, va a darse cuenta de que, simplemente, no puede; ni siquiera soporta la idea de dejar a su bebé a alguien más para reintegrarse a su trabajo.

Entonces es sorprendente ver cómo a veces las posiciones se invierten en el seno de la pareja. La organización anteriormente prevista debe ser reconsiderada para enfrentar estas nuevas posiciones psicológicas.

Se oye entonces al padre renunciar a sus grandes principios de presencia materna en el hogar y decir: “Finalmente, cuando veo hasta qué punto mi mujer se obsesiona por la salud de Jeremy, me pregunto si no sería mejor que volviera al trabajo, eso le cambiaría las ideas.” Ante la fuerza de la relación de fusión instaurada entre su mujer y su hijo, este hombre trata aquí de asumir su función paterna. Con razón, presente los peligros de un encierro de la madre con su hijo: se forma un reservorio de angustias y la acecha la depresión. Al renunciar a su ideal de “mujer en casa”, vela tal vez por su pareja, al mismo tiempo que instituye su lugar entre su mujer y su hijo. Del hijo esperado al hijo presente, del hijo soñado al hijo realidad, es necesario el espacio de un encuentro, se requiere un poco de tiempo.

CUANDO EL HIJO APARECE, NO SE DA CRÉDITO

Cuando el hijo aparece, los grandes principios sobre el papel de una madre, el lugar de las mujeres y la educación de los hijos se eclipsan, ¡y más vale! Ese hijo, ¿se esperaba un varón? Será niña. Se lo imaginaba todo rosa, será todo moreno. Se pensaba amamantarlo, finalmente convendrá mejor el biberón, o la inversa. Nada es del todo como se había previsto, y sin embargo la realidad parece irreal.

Los padres dicen emocionados: “No damos crédito.” Tienen razón. Al nacer su hijo inician un viaje sin boleto de regreso. Suceda lo que suceda, ese hijo, al nacer, se inscribió irremediabilmente en el hilo de su vida y va a trastornarla. Entre el recién nacido y sus padres se inicia una negociación, se llevan a cabo ajustes inconscientes. A veces en un baño de ternura, otras en un clima de tensión, muy a menudo dichos estados se entremezclan y se suceden. A eso se le denomina conocerse o, más sabiamente, el tiempo de la adopción recíproca.

Durante este periodo, los padres pasan mucho tiempo mirando, fascinados, a su bebé. Inclínados sobre su cuna, los padres y las madres se abisman en esas largas miradas al hijo. El tiempo se inmoviliza en esta contemplación, como para persuadirse de que es verdad. Para intentar también descubrir, saber quién es. Esas largas miradas posadas sobre el hijo lo cercan y lo envuelven, prolongan el transporte uterino, lo ayudan a percibir sus contornos, a nacer un poco más. Esas miradas para el niño son perfumes. Él, tan sensible recién nacido, sentirá si tienen el amargo olor de la inquietud, el acre aroma de la decepción o bien los más melosos de la ilusión y de la confianza. Esas miradas le sugieren en silencio la emoción que hace nacer en sus padres, le comunican sus fragilidades y sus fuerzas.

Entonces, el niño también abre sus ojos a ellos. Extraña mirada del niño muy pequeño a sus padres: intensa y velada. Parece sumergirse tan profundo en ellos como en él mismo, y al mismo tiempo. Mirada que tiende lazos, el hilo de la filiación. El niño también adopta a sus padres. Así, tras haber sido hablado, cargado y separado corporalmente de su madre, el niño es aún un poco “empollado con la mirada” por sus padres y por todos aquellos para quienes cuenta y que al nacer vendrán “a verlo”.

Al imaginar a su hijo, se imagina uno padre. El niño real no siempre es como se le imaginó, por lo mismo entonces no siempre se reconoce uno en la piel del padre que se creía poder ser. Es en este desfase entre el deseo y la realidad donde el niño se hace su lugar, tanto en el psiquismo de sus padres como en su vida cotidiana. Esta última dependiendo de la primera. Es en estos desfases donde un niño empieza a existir como individuo, como sujeto humano por completo. Es por su incapacidad de encajar en las expectativas de sus padres por lo que el niño se diferencia del osito o de la muñeca de los juegos de la infancia, la que “cierra los ojos cuando se le acuesta y dice mamá cuando se le toca”, como dice la canción.

Justo después del nacimiento de un hijo, muchos padres, sobre todo las madres, describen un periodo extraño: están como pegadas a la cotidianidad concreta, acompañada por los biberones, cambios, lavadas, y al mismo tiempo como suspendidas, en el aire, sobre la nubecita del cuerpo a cuerpo con su hijo, del embelesamiento ante sus progresos, sus proezas. También se sienten sumergidas en la arena de los ritmos incongruentes, de la fatiga de las noches fragmentadas, de la impotencia frente a los llantos de su bebé. Mil veces descrito, este periodo parece escaparse, deslizarse entre las

mallas de la memoria. El camescopio y el enfoque automático, fuertemente experimentados, son testigos pálidos e irrisorios de lo increíblemente comunicable: el estado de gracia del nacimiento. La fuerza y el poder de la vida vuelta presente por el recién nacido. La extraña temporalidad...

Situación turbadora, nueva, intensa, a la que cada uno reacciona como puede, es decir a partir de su historia personal, de sus novelas de referencia familiares y culturales, y conforme a lo que se conviene en llamar sus mecanismos de defensa. Respecto del tema del trabajo o del no trabajo de la madre, es como para las demás decisiones que habrán de tomarse a propósito de los hijos: quienes temen perder sus puntos de referencia se aferrarán tanto más a sus grandes principios.

EL TRABAJO DE LA MADRE Y CAPITAL-HIJO

La mayoría de los padres declaran que son dos los que trabajan para que sus hijos tengan “lo necesario”, para que no “carezcan”, como dicen algunos. Desearán poder dar a sus hijos la mejor educación: estudios largos, actividades educativas, deportivas y culturales, comodidad. Conscientes de que todo eso cuesta dinero, unen esfuerzos para ganarlo.

Cada uno encuentra en sus necesidades, sus deseos, sus valores su buena razón financiera de trabajar “por sus hijos”.

A la llegada de los hijos, otros padres, cuyos medios lo permiten, suprimen o reducen el “segundo sueldo”. Para estos últimos los hijos gozan de una mejor educación cuando la madre la toma a su cargo principalmente. Piensan en el seguimiento de la escolaridad, el acompañamiento de las múltiples actividades periescolares que necesita, para ellos, el desarrollo completo de su hijo. Para esos padres, todo esto requiere tiempo y por consiguiente la presencia activa de la madre.

“Yo decidí detenerme por mis hijos”, predicaba una madre en el momento de una reunión de padres en la escuela. Otra replicó de inmediato: “Y yo, señora, es por mis hijos por quienes trabajo.” Y su vecina sobrepuja: “Yo también, quiero que mis hijos tengan una madre activa, coqueta, que les dé el ejemplo del valor del trabajo. Para los hijos, la casa y las compras no es trabajo, es lo normal.”

Sorprendentemente, para muchas mujeres, la asociación entre una actividad profesional fuera del hogar y una buena imagen física de sí mismas es inmediata. Implícitamente, salir a trabajar conlleva maquillarse, vestirse, cuando permanecer en casa es para ellas sinónimo de abandono; el miedo a engordar vuelve muy a menudo. Temen el repliegue y la ausencia de la mirada exterior.

Del lado de los hombres, las variaciones se conjugan de manera diferente. Su trabajo sólo raras veces es puesto en tela de juicio, pero a veces sus modalidades pueden serlo. Algunos de ellos renunciarán a trayectorias profesionales más atractivas pero arriesgadas, porque para ellos, la prioridad es garantizar la seguridad financiera de su familia. Otros elaboran el razonamiento contrario, pero en virtud del mismo principio. Se lanzan a proyectos arriesgados como una tentativa para mejorar sus ingresos.

Todos los padres con los que me reuní, sin importar su nivel de estudios y su medio social, tienen el sentimiento que el éxito escolar de los hijos depende esencialmente de la ayuda y del seguimiento brindados en casa. En ciertos hogares, esta ayuda se confía a profesores particulares, pero en general recae sobre la madre esta tarea, cargada de ansiedad.

En efecto, respecto de todo lo que atañe a la escolaridad, los padres de hoy están inquietos. La imagen de la escuela está en estado de vacilación en su mente.¹ La escuela centra las angustias de los padres y suscita eficazmente la culpabilidad de las mujeres que trabajan en cuanto un niño enfrenta problemas.

A partir del mismo punto de vista, el interés de los niños, hombres y mujeres, pueden hacer elecciones diametralmente opuestas. Esa misma preocupación de ofrecer a los hijos la mejor educación posible, incitará a unos a comprometerse más a fondo en su vida profesional, y a otros a reducir sus compromisos.

Las parejas adoptan entonces principios que indican su sistema de inversión social a través de sus hijos. Invertir en la educación y la instrucción de los hijos equivale implícitamente a contar con ellos, ya sea para reforzar un patrimonio familiar ya existente o, para proseguir la ascensión social iniciada en la familia.

Las pocas “buenas razones” evocadas distan de enumerar todas las que una mujer puede encontrar para “tener razón” de no ejercer

¹ “L'école au coeur du social”, *Informations Sociales*, núm. 75, 1999.

una actividad profesional cuando sus hijos son pequeños, o por el contrario para “tener razón” de trabajar.

Por ello, cualesquiera que sean las racionalizaciones invocadas en los discursos, las determinantes de la elección son en gran medida inconscientes. Es difícil, cuando se toma una decisión, apreciar la parte de reminiscencia de su historia personal y la parte de conminación social.

Es evidente que estos dos planos intervienen en lo que se ofrece a sus hijos. Está lo que se les quiere transmitir, y lo que se les transmite del inconsciente de los padres al inconsciente de los hijos. La transmisión inconsciente no es ni genética ni fotocopia. Es creación.

EL PESO DE LA DEVOCIÓN MATERNA

Ir a trabajar, no ocuparse de tiempo completo de sus hijos es también, para las mujeres que consideran que es su elección, otra manera de ocuparse mejor de sus hijos, desde una distancia protectora.

Numerosas son las madres que recuerdan haber padecido la excesiva solicitud de su propia madre. Contrajeron una deuda afectiva demasiado grande respecto de aquella que se “consagró” a su educación.

Transformadas a su vez en madres, se niegan a poner el mismo peso sobre las espaldas de sus hijos. Asimismo, muchos padres, conscientes de haber representado “demasiado” para su madre, comparten esa actitud. Son antiguas niñas y antiguos niños que parecen llevar a costas un “exceso de peso” que data del tiempo de su infancia. Recibieron de sus padres un poco demasiado de ese don-petición, don cargado de demasiadas expectativas en reciprocidad. Ya no quieren, para sus propios hijos, esas madres tan perfectas, tan presentes, tan atentas que se les debe estar alegre, ser bello como ellas quieren y triunfar... triunfar, lo que consiste en amarlas absolutamente, con el riesgo de quedar fielmente apegados a ellas, indefinidamente agradecidos.

Esas niñas y esos niños, para quienes fue tan difícil salir de la trampa de la dependencia afectiva para con una madre que “les dio todo”, se volvieron padres prevenidos de ese peligro y atentos a no reproducir el mismo mecanismo. Utilizan su trabajo como herramienta de independencia recíproca para con sus hijos y su pareja. Para esos padres, no “consagrarse” a sus hijos equivale a ocuparse mejor de ellos.

LAS ANGUSTIAS DEL “QUERIDA, HAZ LO QUE QUIERAS”

A mi pregunta “¿cómo piensa usted organizar sus actividades profesionales después del nacimiento del bebé?”, varios padres me pidieron que la repitiera, para cerciorarse de haber escuchado bien. Todos, salvo uno, me contestaron que no lo habían pensado. La excepción es un padre que fue adoptado por sus padres y para quien la idea de separarse de su bebé, aún por una jornada de trabajo, suscitó un problema de abandono.

En cambio, esta pregunta sobre el proyecto respecto de las actividades profesionales después del nacimiento del bebé me significa con todas las mujeres largos desarrollos. Argumentados, a veces contradictorios, siempre son prolíficos en dudas y esperanzas respecto de sus hijos, su vida profesional y su vida de mujer. Pensar tener la elección, es situar el problema en un plano subjetivo, es pues personalizarlo y por consiguiente psicologizarlo. La actividad profesional de las madres ya no es un problema de sociedad o económico, se vuelve una cuestión psicológica. Inscribirse en una problemática de elección exige que ambos padres se impliquen en ella del mismo modo, si no su relación habrá de padecerlo.

Los hombres mejor intencionados a veces colocan una trampa a sus esposas con el cenagoso “Cariño, haz lo que quieras.” Así, Berenice, concluyendo un largo monólogo, dice: “En fin, he aquí, ya no soportaba decirme que si me detenía, iba a perder lo único que sólo es mío, mi trabajo, pero que si trabajaba con tanta pasión, mi bebé corría el riesgo de carecer de lo único que es de él, su madre. Entonces elegí de una vez por todas, ya no quiero pensar en ello, ahora lo asumo. Mi marido me dejó totalmente libre. Le estoy agradecida. Trabaja mucho. No puedo quejarme, a nadie, Jérôme es muy lindo, le hablo todo el tiempo, pero aún no puede contestarme. Si algún día lo lamento, no podré culpar más que a mí misma.”

Pobre Berenice, libre de soportar sola la cuenta del duelo de sus pasiones. Esa libertad que algunos co-genitores conceden tan generosamente a las mujeres de decidir por sus hijos tiene resabios de desresponsabilización preventiva.

Desimplicarse en una toma de decisión, mantiene fuera del alcance de las dudas sobre la elección hecha, protegido también de la responsabilidad personalmente comprometida de las consecuencias de la elección. En la práctica, es ahí donde se sitúan quienes piensan que es el exterior el que decide. Que a ese exterior se le bautice fata-

lidad, sociedad, realidad, injusticia, naturaleza o tradición, el responsable de la vida que se lleva, siempre es el otro. Desimplicarse puede conducir a actitudes problemáticas en la manera de vivir su vida: los masoquistas padecen, los deprimidos soportan, los creyentes se resignan, los buenos temperamentos aceptan, mientras los perversos hacen pagar a los demás. Sólo algunos generosos asumen las consecuencias de las elecciones que otros hicieron.

No compartir las responsabilidades respecto del hijo se construye cada vez que uno de los padres se libera del proceso de decisión o que es excluido de él por el otro padre. A veces, las mujeres son rápidas en adoptar esa actitud, al considerar que el hijo es su territorio. Pagan entonces su precio. Quien toma una decisión está psicológicamente en primera línea. De momento puede ser valorizante, pero después se desprende de ella una responsabilidad que hay que asumir a largo plazo. Cuando se trata del color del mosaico, el riesgo es mensurable, pero cuando se trata de lo que se considera determinante para el equilibrio, el porvenir o la felicidad de sus hijos, entonces la angustia se pone al rojo.

Las mujeres pagan con su culpabilidad si algo no marcha bien con los hijos. Como con los hijos siempre hay algo que no va bien, pagan a menudo.

Al punto que algunas mujeres apagan el motor para no hacer explotar todo, se deprimen, somatizan o se consiguen un amante. A veces es el cariñito el que llega al rescate de su madre provocando una ruptura de la corriente en la rutina cotidiana. Desde la fuerte gastritis hasta la convulsión, pasando por la alergia, los trastornos del sueño o la anorexia, los niños muy pequeños tienen más de un recurso en su manga para crear el acontecimiento que va a recordar a papá y a mamá que son dos implicados en lo que le sucede a él. Un buen conflicto entre un padre y una madre es por mucho preferible a esos tibios “haz lo que quieras”, o a esos indiferentes “no es un problema”. A falta de ello, un “paro laboral” autorizado por el cuerpo médico y financiado por el cuerpo social permite mediatizar el conflicto interno que la relación y la palabra en la pareja no dilucidaron.

ARRIESGARSE JUNTOS PARA PRESERVAR AL HIJO

El precio del “querida, haz lo que quieras” es reembolsable a largo plazo, los intereses son altos.

Cuando los dos miembros de la pareja, si existe, no son solidarios en una toma de decisión, cuando una mujer que educa sola a sus hijos no es apoyada en su reflexión por otros, entonces es grande el riesgo de dejar que el hijo y sus pulsiones inconscientes marquen el ritmo. Es el mundo al revés.

Compartir entre dos una decisión respecto de los hijos, es compartir los éxitos y las nuevas discusiones que se derivan de ella. Es también permitirse el derecho de cambiar de opinión, de darse cuenta juntos que se equivocaron, que es demasiado difícil. Entre dos es más fácil cambiar las cosas en lugar de permitir que se enquite al revés el modo de vida.

Confiar en lo que se percibe cuando se duda no es fácil. Una persona no siempre sabe descifrar el sentido de lo que percibe. Apoyar una decisión únicamente en sus sentimientos inmediatos, es correr el riesgo de hacer lo que sea. Los hijos despiertan sentimientos fuertes, a veces tiránicos, de amor, de pasión, de fascinación o de angustia. El deseo de estar cerca de ellos lo más posible puede alternar con sentimientos de agotamiento, de saturación, de rechazo o de acoso. Es valioso poder referirse a alguien exterior para evitar estas decisiones Yo-Yo, los sí y los no que cintilan al capricho de las gratificaciones y de las decepciones que todos los hijos traen a sus padres. Una madre con gran cercanía afectiva con sus hijos no siempre ve claro en sus deseos.

¿Por qué la maternidad introduce siempre en el corazón de las mujeres tanta dicha y en su cabeza tantas preguntas? Pero es otro capítulo.

LA CULPABILIDAD ACECHA ENMASCARADA

Cuando las mujeres confiesan sentirse culpables de no ver bastante a sus hijos, de no concederles el tiempo suficiente para salir, jugar, vigilar su escolaridad, prepararles una comida equilibrada, o quedarse con ellos cuando están enfermos, es un mal menor. Que los niños lo padecen, tal vez. Depende de los niños y de las situaciones. Pero lo peor es cuando las mujeres no reconocen, a través de los diferentes trastornos, la culpabilidad. Lo que socava la moral, las hace actuar al contrario de lo que desearían con sus hijos, sus hombres o sus actividades. La culpabilidad es un mecanismo inconsciente, que horada el subsuelo a la manera de un topo. El sentimiento de culpabilidad no es más que el montículo visible de la topinera subterránea. Renunciar a sus proyectos más queridos, fracasar en lo que se está haciendo, experimentar un cansancio permanente, una impresión de rutina, un perfeccionismo doméstico o profesional, una insatisfacción de sí misma y de los demás, así como cóleras, depresiones, migrañas, dolores de espalda o aumentos de peso, decisiones o gastos no considerados... La lista de las señales de que una madre se siente mal en su relación con sus hijos sería larga. El malestar puede afectarle el corazón o el cuerpo, pero como dicen los jóvenes, “se le sube a la cabeza”.

LA BOTELLA SIEMPRE ESTÁ MEDIO VACÍA

Cuando los padres vienen para consultarme sobre su hijo, sucede que la madre intenta de entrada explicar, interpretar las dificultades de este último. Una actitud que, si está mal guiada, se transforma en un inventario de lo que ese pobre niño pudo padecer: errores de juicios o de conductas, consecuencias en términos de traumatismos, carencias, faltas, etcétera.

Esas madres reinterpretan, en negativo, el curso de los acontecimientos pasados: “Estaba demasiado nerviosa durante mi embarazo”, “Me las arreglé para ocuparme de él hasta los seis meses, debió sufrir cuando lo dejé con la ayudante materna, pero era necesario que retomara mi trabajo.” Otra: “Felizmente pude cuidarla hasta los seis meses, porque, salvaje como era, jamás habría soportado ser separada de mí antes.” O bien: “Somos demasiado tolerantes con él, carece de límites, es nuestro primer hijo.” Pero también: “Creo que fuimos demasiado exigentes con él, era el mayor, teníamos principios rígidos.” Esos propósitos recogidos aquí y allá ilustran la dimensión más evidente de la culpabilidad materna. Se dirige contra sí misma, es consciente y se verbaliza.

Esa forma de culpabilidad no pide más que ser desechada de un revés de saber, lo que muy a menudo esas mujeres vienen a buscar al consultar a un especialista. Así, existen otras madres que consumen “psicólogos” como desculpabilizador temporal. Consultan a varias personas para el mismo niño o a la misma persona para cada uno de sus hijos. Una cita por aquí, una sesión por allá las alivian cierto tiempo.

Es una pena, pues estas mujeres a menudo son personas llenas de agudeza, que se interrogan en el momento oportuno sintiendo confusamente que sus hijos las ponen en tela de juicio. Los residuos de su sufrimiento infantil las estorban. Sufrimiento que, a través del hijo, busca ser escuchado con seriedad. Vi a varias de ellas iniciar un psicoanálisis en el momento en que sus hijos se habían vuelto independientes. Una me decía “mis hijos ya no me necesitan, ahora puedo pensar en mí... sólo espero que no sea demasiado tarde...”

TRANSFERIR SUS REPROCHES A LOS DEMÁS

El sentimiento de culpabilidad respecto de los hijos no siempre se expresa de manera clara. Sucede que se manifiesta en una forma invertida, un discurso de reproche dirigido a los demás.

En el momento de la distribución de las tarjetas de responsabilidades, la mujer se sirve abundantemente y a menudo en primer lugar. Pero el marido no es olvidado y todos los que rodean al hijo tendrán también su parte. Pues el problema con esta forma de culpabilidad, es que difunde la culpabilización alrededor.

En primera línea, el padre. Un blanco ideal. Cuando su esposa o sus hijos no están bien, es raro en efecto que él mismo esté en su mejor nivel de eficacia, de disponibilidad y de calma. En general es en ese momento cuando está abrumado de trabajo, o amenazado de despido. O bien, como por casualidad, es la época en que su anciana madre lo necesita para diversas labores hogareñas, o cuando su trabajo lo lleva a provincia. Para evitar la preocupación ansiosa, algunos hombres han aprendido a evadirse en una ocupación seria. Una técnica que presenta cierto interés para el jefe o para la anciana madre, pero que sólo refuerza el sentimiento de soledad y de abandono que experimentan sus esposas cuando están inquietas por los hijos. Entonces surge la queja: “Mi marido trabaja demasiado, nunca está aquí, y cuando está, está cansado.” “Es como si los niños no tuvieran padre, durante la semana trabaja, el sábado sale de compras y hace deporte, y el domingo hay que comer en casa de los abuelos, donde los niños no pueden ‘mover un dedito’.” “Reacciona a tontas y a locas cuando le cuento que los niños me las hacen pasar negras, se les va encima como un bruto, y luego los lleva al tío vivo.” Cuando estas mujeres se sienten mal con sus hijos y hablan así de aquel a quien sin embargo eligieron para compartir su vida, se comprende hasta qué punto la culpabilidad se transforma en desvalorización de sí mismas y de los demás.

La culpabilidad puede asimismo proyectarse como queja a todo el entorno del niño. Los abuelos son demasiado intervencionistas, o bien no se puede contar con ellos. Los profesionales que se ocupan del niño son demasiado profesionales o no lo suficiente. La ayudante materna no hace suficientes actividades para el despertar del niño y éste duerme todo el día. La guardería infantil es demasiado estimulante y el niño está agotado en la noche. El profesor abruma a los niños de tareas o no los hace trabajar bastante. El pediatra receta demasiados antibióticos, el homeópata no los suficientes... ¡Uf! ¡Felizmente ahí está para reparar todo eso! Ya sea que no trabaja fuera, y demuestra entonces que tiene mucha razón. O trabaja fuera, pero sabe estar en todas partes y demuestra que al mismo tiempo que trabaja es una madre de tiempo completo; como se debe. Actividad profesional o no, una madre que se queja dice que ya no puede más, pues no puede contar con nadie.

ME ENFERMA SEPARARME DE ÉL

Detrás de esta impresión de no poder apoyarse en nadie en lo tocante a los hijos, habita a menudo una dificultad de confiarlos a otros, y separarse de ellos.

Si la madre tiene una actividad profesional que la obliga a separarse de su hijo y por consiguiente a confiarlo a los demás, el sufrimiento de la separación es muy fuerte y la ansiedad para el niño adquiere, a distancia, proporciones descomunales, que pueden alterar la vida profesional, conyugal o social. A veces al contrario, el trabajo, al introducir una obligación externa, representa a un tercero entre la madre y el niño y permite a ésta pensar en otra cosa, distanciarse. Si obtiene una gratificación en la vida profesional, recobrará un poco de seguridad. Los compañeros de trabajo, con quienes es posible una pizca de confianza, cumplen a menudo una función de apuntalamiento, hasta de calidez materna para las jóvenes madres aisladas.

Algo mina desde adentro a las mujeres que experimentan dificultades de separación importantes de con sus hijos. Este malestar se trasluce, cuando no encuentra una resolución, mediante somatizaciones más o menos importantes, por lo mucho que el cuerpo está presente en las historias de madres e hijos. A veces es claro, como esa joven mujer cuyo vientre se hinchaba el lunes en la mañana y se deshinchaba el viernes. O bien esta otra que, aún cuando hacía tiempo que había destetado a su hijo, tenía subidas de leche en su trabajo cuando le anunciaban una salida para un reportaje. Y más tarde en el calendario de los acontecimientos, esta otra más que establecía un vínculo entre su cáncer de seno y el matrimonio de su hijo más joven. También a menudo, el hijo a su vez se enferma para evitar la separación de con su madre o su medio familiar. Una pequeña subida de fiebre el domingo por la noche, y mamá se queda velándolo. Al otro día en la mañana hay que ir al médico antes de dejarlo con la nodriza o en la escuela, siempre es una pequeña ganancia. Los procesos psicológicos en juego en la separación entre los hijos y sus padres son complejos. Debido a la cercanía que ella pudo establecer con su recién nacido y, como veremos, en función del papel desempeñado por el entorno respecto del bebé, la separación será más o menos dolorosa para la madre o para el hijo.

En los casos más difíciles, ciertas madres tendrán la sensación de que separarse, es perder el mando, y es como abandonar al hijo. Ya no son capaces de percibir la diferencia entre “soltarle las riendas” y

“darle la espalda”. Como si, aunque haya nacido, salido físicamente de ellas, todavía estuvieran psicológicamente embarazadas. La palabra embarazada adquiere entonces todo su sentido de cerco y de encierro. El niño está cercado por la preocupación materna y la madre está encerrada por la dependencia del hijo que, él, en esos casos, “exagera” por el lado de sus exigencias y de sus necesidades. Parecen ya no poder confiar en sí mismas, al punto de ya no poder abandonarse y confiar en los demás como relevo.

Entonces, confiar al hijo a la guardería o a la escuela se vuelve una prueba tan dolorosa que el trabajo se vive como perseguidor. En esos momentos, el empleo es el que arranca las madres a sus hijos. Ya no los confían, tienen la impresión de “dejarlos”. Ya no hablan de su oficio, de su trabajo, de sus compromisos, hablan entonces de “chamba”, de “infierno”, de “cárcel”, de “medio de sustento”.

Se despojan de sus actividades profesionales y acaban por creer que por culpa de ellas todo está perturbado. Cuando resplandece en esos momentos alguna tramposa prestación que les permite dar la espalda al trabajo, o cuando su presencia es requerida por un maestro, un médico o su madre, abandonan, su resistencia se rinde y vuelven al hogar. Después de los primeros tiempos de sosiego, se darán cuenta de que la medalla tiene su revés y que la vida de las madres en el hogar también es una “chamba” que, con la rutina, puede volverse un “infierno”, una “cárcel”, salvo que en este caso, ya no se trata de “medio de sustento”.

COMO NO LOS VEO MUCHO, COMPENSO

Entre las madres que tienen actividades profesionales y sus hijos se acurruca un gran monstruo: la carencia. Está por todas partes y se transforma como melcocha para adaptarse a todos los espacios que deja vacíos la culpabilidad. A la cabeza del *hit-parade* de las carencias: la falta de tiempo, seguida de cerca por la falta de disponibilidad y su gemela la falta de presencia. Vienen después la falta de ternura, la falta de atención, la falta de cuidado y la falta de energía. A partir del momento en que la relación con los hijos cuyas madres trabajan se piensa desde esta lógica de la falta, resulta indefectiblemente una lógica corolaria, la de las compensaciones.

Es así como vemos madres empleadas en una oficina ocupar su hora de comida comprando ropa para los hijos y demás juguetes de

última moda. Una de ellas no puede evitar comprar todos los días una baratija que almacena en su escritorio para no consentir en forma exagerada a sus hijos. Otra relata que antes de una reunión estresante, compra un regalo para su hija para tranquilizarse. Otras madres confiesan que consagran una parte importante de sus ingresos a las actividades periescolares de sus hijos, para que no se sientan demasiado solos, pues no están en casa después de la salida de la escuela para ocuparse de ellos. ¿Cuánto gastan las mujeres que trabajan para compensar su ausencia? El fenómeno comienza a ser estudiado, ya que se sabe hoy en día que la actividad profesional de las mujeres reactiva el consumo y es creadora de empleos.

Con un estilo diferente, las mujeres explican que renuncian a imponer a sus hijos frustraciones educativas, porque el poco tiempo que pasan con ellos no debe ser estropeado por conflictos. Así, guisan con el más pequeño en brazos, el mayor de nueve años espera el regreso de su madre para hacer su tarea de la escuela y el de en medio sigue exigiendo su biberón en la cama a las seis de la mañana. Como si para estas madres fuera una cuestión de honor mostrar que pueden soportar todo y hacer todo. Desde luego, trabajan fuera de casa todo el día, pero ni pensar que los hijos no puedan contar por completo con su disponibilidad cuando están presentes.

UNA MADRE NO ES UNA MUJER DÉBIL

Como acabamos de ver, los sentimientos maternos parecen mezclarse muy a menudo con sentimientos de culpabilidad. Si dar a luz a un hijo impone a la mayoría de las mujeres fragilidades temporales, eso no significa que sean frágiles. Que la culpabilidad se aproveche de un terreno frágil, en el que la responsabilidad es grande, es una realidad que nada tiene de una especificidad femenina. Pero en lo tocante a la maternidad, induce sentimientos de culpabilidad cuyo peso es variable en cada mujer, conforme a su historia personal. Una culpabilidad cuyas manifestaciones evolucionan en función de la situación familiar y profesional, de la personalidad y la edad del hijo, de la calidad del entorno, de las condiciones de vida, de los valores culturales y religiosos. Estas variables y muchas otras pueden exagerar el sentimiento de culpabilidad de las madres, o disminuirlo, pero raras veces erradicarlo.

Se plantea entonces una serie de preguntas: ¿quién podría intervenir en el sufrimiento que esta culpabilidad provoca en las madres, y cómo encausar sus efectos en la relación con el hijo y en la pareja?

¿Cuál es su origen y cómo se mantiene esta culpabilidad que deteriora la energía y la libertad de tantas mujeres vueltas madres? ¿Viene del interior de ellas mismas? ¿Es una producción consciente o inconsciente? ¿La induce el exterior? ¿La educación? ¿La presión social? ¿Puede reducirse su alcance? ¿Un poco? ¿Mucho? ¿Cómo?

LOS ORÍGENES DE LA CULPABILIDAD: UN DEBATE ABIERTO

La culpabilidad es un sentimiento que experimentan todos los seres humanos. ¿Puede considerársele uno de los temas universales de la psicología humana, o bien ese sentimiento es inducido o reforzado por la cultura, la religión, la educación, el medio ambiente?

Muchos pensadores han estudiado este asunto. Se aplican diferentes interpretaciones sobre el origen del sentimiento de culpabilidad. Y el debate no está cerrado.

Freud sostiene que el sentimiento de culpabilidad es una de las componentes de la humanidad civilizada. Después de él, Jacques Lacan desarrolló la idea de que la culpabilidad podría ser uno de los incentivos de la estructuración social del sujeto y uno de los mecanismos de la cohesión social. En cambio, la psicoanalista Françoise Dolto consideraba que la culpabilidad era un sentimiento que enajena al sujeto humano.

En el estado actual de nuestro mundo, occidental, moderno y judeocristiano, el sentimiento de culpabilidad es inducido también por las referencias a lo religioso. La noción del pecado original, la expiación de las culpas y las nociones morales del bien y del mal son activadores subyacentes al sentimiento de culpabilidad. La mujer es culpable desde el origen por haber desobedecido a Dios y por haber hecho morder a Adán la manzana. Y Adán, ¿por qué aceptó? Podríamos también habernos regocijado de que la mujer haya transgredido la prohibición respecto del árbol del conocimiento. Si Eva hubiera sido la única en morder la manzana, como persona mayor, el movimiento de la liberación de las mujeres habría podido empezar antes. Y luego ¿el hombre y la mujer no descubrieron en ese momento su sexualidad, justamente ocultando su desnudez? El pudor, el descon-

cierto, la sexualidad, el conocimiento, gracias a esa manzanita, ¿es un bien o un mal?

Las nociones de bien y de mal transmitidas por la religión y la moral se depositaron como un velo sobre la cuestión educativa, lo bueno y lo malo para el hijo. Mientras más la ciencia entró al campo de la infancia, más intentó definir esas nociones. Con el ahondamiento y la difusión de los saberes sobre el niño, gracias a los filósofos, médicos, pedagogos o psicólogos, se difundió y multiplicó respecto de los niños el número de los “es necesario que”, “no hay que”, “esto es bueno”, “aquello es malo”. Aportaciones de conocimientos que pronto se tornan reglas de conducta. El actuar bien y el actuar mal, justificados por los saberes, han dado origen a una moral de la educación de los niños y a la inevitable culpabilidad que produce.

El sentimiento de culpabilidad, considera Françoise Dolto, se instala en el niño a falta de una relación educativa mediatizada por la palabra y que le ofrezca puntos de referencias que le sean accesibles. Propone por ejemplo diferenciar para el niño sus actos y su ser. “Eres una niñita buena, pero tus manos hicieron una gran tontería.” Señala que el niño puede ser desdeñado y su identidad afectada mediante propósitos tan comunes como: “No *eres* amable”, “Me diste pena”, “Fuiste malo con tu mamá hoy”. La posición doltoiana abre la reflexión a actitudes educativas matizadas y reflexionadas, transmite la esperanza de una educación no represiva y no culpabilizante.

UNA SEÑAL DE ALARMA, UNA OPORTUNIDAD PARA REFLEXIONAR

A los padres a veces se les dificulta situar la frontera que separa una educación cuadrante, estructurada y respetuosa de la personalidad del niño, de una educación en la que la función de los padres está demasiado desdibujada. Observo que niños a quienes no se indica con suficiente claridad los límites de su lugar y de sus actos producen en ellos mismos un sentimiento de culpabilidad, difuso, mal localizado. Culpables un poco de todo, pero sin poder hablar de ello. Poner límites a los hijos establece también límites a su culpabilidad inconsciente, los alivia.

Cuadrar las actitudes de los niños no es ejercer violencia. La violencia en la educación no pasa forzosamente por los gritos o las nalgadas: la frialdad, la tranquilidad y la distancia erigidas como princi-

pios educativos intangibles pueden contener una presión afectiva muy culpabilizante en los niños educados bajo ese dogma. Toda práctica educativa que jamás renuncia a los principios que la determinan es transmisora de violencia.

Desde luego, los que se entregan con confianza a un orden “natural” caen menos en el sentimiento de culpabilidad respecto de sus hijos. Posición seductora, pero el cuestionamiento y mejoramiento de las actitudes respecto de los hijos son más escasos. Ahora bien el principal interés de la culpabilidad es que produce interrogantes, una reflexión y cambios de actitudes de los padres, provechosos para el desarrollo y el equilibrio de los hijos. Lo que es útil para un niño no puede definirse más que en función de los ajustes individuales que sabrán inventarse a partir de los valiosos conocimientos generales puestos a disposición de los padres por los especialistas.

Cualesquiera que sean sus orígenes, el sentimiento de culpabilidad participa en la estructuración (más o menos neurótica) de las relaciones afectivas entre los hombres, las mujeres y los niños.

La culpabilidad –su expresión y el sufrimiento que transmite– se observa más a menudo en las mujeres. Eso no forzosamente significa que los padres sean, en su fuero interno, menos propensos a sentirse culpables respecto de sus hijos. Pero es un hecho que las madres toman más a menudo el camino de la culpabilidad cuando se interrogan sobre sus actitudes educativas. ¿Qué encubre esta predisposición al sentimiento de culpabilidad? ¿Se vincula con el hecho de tener hijos o de ser una mujer? ¿Se vincula con el hecho de ser una madre que trabaja?

¿ENTRAR EN MATERNIDAD ES ENTRAR EN CULPABILIDAD?

En el marco actual de los conocimientos y de las mentalidades, ¿entrar en maternidad equivaldría a entrar en culpabilidad? Si esto es cierto respecto de todas las mujeres, ¿por qué sentirse culpable? Es cierto que dar a luz a un hijo provoca un acceso de impulsos, un aumento en la tensión, como un mar de fondo. Esta carga afectiva puede asumir la forma de una energía desorientada, de un potencial de ternura, que, en el mejor de los casos, se orienta al bebé. A ello se debe que algunas mujeres evocan con nostalgia su renuevo de energía en el momento de sus alumbramientos. Nueve meses, a veces no es demasiado para prepararse a amar a un ser al que después de todo no se conoce. Y sin embargo, felizmente muy a menudo, desde que aparece y aún durante el embarazo, ya se le ama, es su hijo.

Para algunos, madres y padres, se requerirá más tiempo para amar a su hijo. Otros, por desgracia, por razones profundas, jamás lo lograrán. Esta no aceptación del hijo puede llevar a situaciones dolorosas de abandono o de maltrato. Se habla menos de los casos en los que, en una familia, “como se debe”, uno de los niños ocupa una condición aparte. No es reconocido, no aceptado por uno u otro de sus padres, aunque al parecer sea bien tratado, como sus hermanos y hermanas. El lenguaje común habla del “niño al que no se puede ni ver”. La expresión es muy justa, la mirada es fundamental en los primeros intercambios que tejen el afecto.

UN ACCESO DE TERNURA DESORIENTADO

Este acceso pulsional que caracteriza la instauración del sentimiento de la maternidad pasa por la palabra que acompaña al tacto y a la mirada. Lo que explica que sea tan cruel para una mujer que acaba de dar a luz no poder tocar o por lo menos mirar a su bebé cuando, por ejemplo, se presenta un problema médico. El papel del padre es en-

tonces central; yendo de la madre al hijo y del hijo a la madre, vincula por medio de palabras, vuelve a tejer con su mirada y sus gestos el cordón arrancado por la urgencia y la angustia. Todos los padres, con emoción, relatan sus abrumadoras idas y venidas entre la maternidad y el pabellón de neonatología, cargados de responsabilidad y de inquietud, desgarrados entre su esposa y su hijo, sabiendo bien que habrán de llevar del uno a la otra las buenas nuevas tanto como las malas.

A veces no existe una verdadera razón para privar a la madre y al bebé de ese valioso contacto, pero el descaro de algunos profesionales hace estragos en las maternidades. Se olvida avisar a la madre que su bebé se encuentra en la habitación contigua bajo una lámpara, para que no tenga frío, el tiempo necesario para recoser su episiotomía. O bien habrá sido gentilmente avisada, pero un personal abrumado o distraído tarda en volver a traerle al hijo. Una mujer relata que durante esa espera, empezó a imaginarse lo peor. Una hora más tarde, llorando, acabó por atreverse a llamar a la enfermera y preguntarle si su hijo estaba bien. Una bata blanca enérgica y castrante la miró de arriba abajo con un “Bien, si empieza usted a ver todo como un drama, no ha dejado de preocuparse por su chamaco.”

Estas situaciones son mucho más frecuentes cuando las mujeres están solas o el padre del niño es particularmente reservado. Cuando una madre llega sola a dar a luz, puede ser que el equipo de maternidad que se compadece de ella la proteja particularmente, o que se quede abandonada a su soledad. Alguien pasa de vez en cuando y asoma la cabeza para preguntar “¿Está usted bien?” desde la puerta desesperadamente abierta hacia un pasillo por el que circulan los hombres –de las demás.

SENTIRSE SOLA, CURIOSAMENTE, CON SU BEBÉ

El sentimiento de soledad es la cuna paradójica de la culpabilidad materna. Una joven madre, por feliz y colmada que esté, descubre cuán sola se siente, curiosamente, con su bebé. Sola, aunque con su hijo; no en forma permanente, pero a menudo, no hasta el punto de decirlo, pero sí de llorarlo, así, por nada, cree. Se sabe independiente y, de golpe, se vuelve vital que alguien le proponga ir a la farmacia

a buscar una crema para la cara. Tiene la impresión de haberse vuelto adulta y llora como un bebé porque su madre le anuncia que no podrá llegar más que en unos días. Se siente enamorada y dispuesta a muchas concesiones por su hombre vuelto padre y se escucha decirle que puede hacer su maleta, por poco más tarde que vuelva de su trabajo y por haber olvidado los chupones de primera edad.

Dichosas, orgullosas, pero solas, demasiado solas están ahora las recién parturientas. Ayudando los progresos de la obstetricia y de la peridural, algunas maternidades las dan de alta y las dejan salir dos días después del parto. A menudo el pretexto invocado es “que no es una enfermedad y que las maternidades están saturadas”, y luego “estamos aquí para hacer partos, no para cuidar a las chamacas neuróticas”, como me respondió, en privado, un mandarín que reina en una maternidad de la región parisiense.

De vuelta en casa, ¿cuántas madres son ayudadas desde los primeros días, aquellos en los que hay que pensar en todo al mismo tiempo? Cuando el padre está presente, es menos peor. Esos famosos primeros días en los que el bebé reclama cuidados constantes, en los que todavía no tiene ritmos, cuando aún no se sabe bien descifrar sus señales. ¿Tendrá hambre? ¿Sed? ¿Calor? ¿Frío? ¿Le duele algo? ¿Necesita estar en los brazos? ¿O por el contrario, en su cama tranquilo? ¿Cuándo hay que cambiar la curación del ombligo? Con las marcas que le dejaron los fórceps, ¿puede lavársele la cabeza? De hecho, ¿los hilos de mi episiotomía se reabsorben solos o hay que volver para que me los quiten?, ya no me acuerdo qué me dijeron. La pomada para la punta de los senos, ¿debo ponerla antes o después de amamantarlo? ¿El cambio, es antes o después del biberón?

Los editores han identificado perfectamente que el problema y el mercado de la soledad materna es próspero. Todos proponen una o varias guías, con tapa acartonada. Está bien visto, pues el manual será paseado en la plazoleta en la rejilla del cochecito del bebé, leído con manos húmedas cerca de la mesa de cambio, dejado sobre el refrigerador y en el suelo, cerca de la cama en donde caerá de las manos por falta de sueño.

Entre esas guías hay de todo, las buenas, las que son pragmáticas, informativas y desdramatizantes. Son raras. Las otras están escritas fría y rápidamente. Son seductoras, caras, gruesas y huecas. En ellas se encuentra confirmación de lo que se sabe y nada de lo que no se sabe. Si los editores identifican el problema, ¿por qué no los médicos, los servicios de salud, las familias, los amigos?

PRESTARSE AL JUEGO DEL ECLIPSE

¿Por qué este sentimiento de soledad es tan frecuente durante el descanso prenatal y posnatal de las mujeres que trabajan y durante los primeros meses del bebé en casa de quienes sin embargo tienen la costumbre de estar en casa?

El recién nacido suscita en su madre una tensión impulsiva, de la que sabe ser el soporte, pero que no sabe resolver. El recién nacido tiene el don de transmitir una maravilla, una gracia, una manera de no ser más que él cuando se siente bien, que impone respeto y admiración silenciosa a quienes lo aman. Y al mismo tiempo, en cuanto surgen un malestar, una necesidad, parece ya no poder mantener su posición de otro y se entrega y exige la devoción de aquella o aquel que vela sobre él, como si tuviera que tratarse de otro él mismo. “Despega” y “vuelve a pegar” en la relación, se abre y se cierra, al parecer, conforme a criterios imprevisibles y no dominables al principio de su vida. Para soportar y familiarizarse con el sentido de esas idas y venidas, muy progresivamente, se requiere una relación dedicada, asidua y lo bastante perdurable con la madre, el padre o su relevo. Pero ese juego de eclipse, al que no domina ni el niño ni la madre de manera consciente, es agotador para un adulto que desde hace largo tiempo puso un poco de organización en su manera de tomar y de dejar al otro. La madre, pues a menudo es ella quien se queda al lado del niño los primeros tiempos, habrá de plegarse al movimiento de su bebé, soportar hacerse absorber por él, por completo, luego hacerse soltar también por completo, cuando vuelve a sus limbos. Fragmentos de presencia, destellos de intensa felicidad, pedazos de intercambios, luego puntas de repliegue, las playas del sueño sobre el que ella vela, sola. Por sus idas y venidas de presencia, el niño reina, con toda inconsciencia, sobre las emociones de quienes están a su alrededor. Y muy a menudo, es su madre quien queda expuesta en ese lugar.

La función materna es el arte de prestarse a su hijo y de saber recuperarse cada vez que corremos el riesgo de darnos. Pues un niño que posee demasiado a su madre ya no posee nada.

LOS RITUALES DEL NACIMIENTO QUE ACOMPAÑAN

El nacimiento de un hijo se ha vuelto un acto médico y de consumo. Desde la declaración de embarazo en la administración competente, el buzón no se vacía. Catálogos de accesorios de puericultura, de prendas de vestir amplias, de productos farmacéuticos y casas especializadas le proponen elaborar la lista de compras, perdón, de matrimonio, perdón, de nacimiento. Y desde luego siempre es a la Señora a quien se dirige este tipo de futilidades. La imagen de los Reyes Magos, como dice la canción de Navidad, que acuden al lado del niño con los brazos cargados de regalos, es anticuada. Se descuelga el teléfono, se da el número de tarjeta de crédito y se ha resuelto el problema. Es eficaz, económico y sórdido.

Acoger en la comunidad de los seres humanos a un recién nacido, y compartir con sus padres la emoción y la grandeza de semejante acontecimiento, es un acto fundamental de civilización. Al nacimiento de un niño, todos los que lo rodean se encuentran humanamente solidarios del enriquecimiento y de la responsabilidad que ello representa. En Francia, los rituales que rodean al nacimiento están cada vez menos codificados, todo el mundo titubea.

Y sin embargo, ¿cuáles son esas fuerzas de vida que se animan en el acto de nacer, para que la triste vecina del cuarto piso deposite ante la puerta un peluche rosa con patas naranjas? ¿O para que la tía Amelia, reñida desde hace lustros con la familia, no se resista al placer de llevar el mecano, con el cual se jugó tanto? ¿Cómo ese pequeño ser, con un movimiento de labios ambiguo, sabe emocionar a su severo abuelo? ¿Y por qué fija con tanta insistencia la mirada en la vieja abuela, silenciosa y apagada? ¿Por qué se tranquilizó el bebé en brazos de su tía después de haber gritado en los de su abuela?

En torno a la cuna, en el juego de los parecidos, se tejen los hilos de la filiación. Se tienden pasarelas entre el pasado de los padres y el futuro del niño. Su nacimiento pone en movimiento a los actores de su vida, con mayor o menor dicha. Sin embargo son la ocasión para hacer desfilar ante el niño fragmentos de la historia de su padre y de su madre; ellos se conjugan, se entrecruzan, se reactivan o se apaciguan. Se vuelven su historia propia. Presentarle a quienes se molestan en venir a verlo, nombrar su vínculo familiar, amistoso, profesional, es valioso. Son los anfitriones más o menos amados del recorrido de los padres, y aún si es pasado, ellos no pasan. Los padres están más o menos conmovidos, felices o irritados, pero emocionados por esos

reencuentros. El niño no se deja engañar, los siente vibrar, vivos, en una relación afectiva con otros. ¿Por qué privarlo de esta impregnación sensible que participará de la definición de su identidad? Los regalos están cargados de poco o mucho amor, de ambivalencia, de amistad o de cortesía. Sostenido por sus padres en esos encuentros que marcan su acogida, el niño empieza a sentir que el mundo no se detiene en las fronteras de su casa. La familia no es una célula cerrada; es, en el mejor de los casos, un nido del que, un día, se levanta el vuelo. Y ni modo si, alrededor de la cuna, circulan a veces hipocresías o conflictos, es la vida, también.

Las visitas de nacimiento, desfile de magos modernos, representan uno de los raros rituales de una sociedad en la que las tradiciones de uso colectivo van dejando de transmitirse. Hoy día se tiene tendencia a reducir esas visitas en nombre de quien sabe que cortesía friolera, o para no cansar a la madre. Es contradictorio. Las maternidades dan de alta cada vez más pronto a las mujeres después del parto, con el pretexto de que están bien, y los prójimos ya no se atreven a manifestarse más que por teléfono por temor a cansar o a molestar. Los padres ya no se atreven a pedir nada a los mayores por miedo de hacer las veces de niños. Las relaciones se vuelven discretas, porque es la vida privada. Y las madres se sienten solas. El nacimiento se medicaliza, comercializa y mundaniza, cuando ganaría con ser apoyado, socializado y simbolizado.

NACER DIFERENTES

Al escuchar sus discursos, las madres experimentan con más frecuencia que los padres un sentimiento de culpabilidad respecto de sus hijos. Culpables de lo que les dan o de lo que no les dan. Culpables por no hacer lo suficiente por ellos o porque hacen demasiado. ¿Esta culpabilidad se abriría un camino protegido en la mente de las madres porque son mujeres? ¿O sería la maternidad la que abre la puerta de la culpabilidad en su mente? ¿De qué modo la diferencia entre hombres y mujeres plantearía de modo diferente las relaciones con los hijos? Los comportamientos, los papeles, las funciones, los lugares y la biología, ¿qué es o no aprovechable desde el punto de vista de la psicología del niño? Tratemos de salir de las trivialidades y empecemos por el principio.

UNA NIÑA Y UN NIÑO NO ES LO MISMO

La diferencia de los sexos es irreductible y fundamental. Tómese como se quiera, un niño y una niña, es diferente. Una mujer es diferente de un hombre. La relación psicológica con el hijo resuena de manera específica para el hombre y para la mujer, según el sexo del hijo. El bebé humano se construye también en la conciencia precoz de esta diferencia y la dimensión sexuada es una de las componentes esenciales de su identidad.

Antes de la práctica común de la ecografía, el nacimiento de los niños se inauguraba por la designación de su sexo biológico: “es una niña” o “es un niño” anunciaba la partera. Eran las primeras palabras del reconocimiento. El hijo empezaba siendo definido por su pertenencia sexuada a la comunidad de los seres humanos. Sólo después venía la atribución del nombre, la parte elegida de la designación de los padres. Se transmite un apellido que nos fue transmitido, pero se elige un nombre. Éste concentra los proyectos y las proyec-

ciones de los padres. La elección del nombre es con cada vez mayor frecuencia vivida por los padres como un regalo personal destinado a su hijo. Es transmisor de sueños, de temores, de imágenes y de sentidos como un mensaje lleno de símbolos que el niño podrá algún día descifrar. En fin, en el momento de la presentación al mundo, los parecidos observados por tal o cual de sus ascendentes o colaterales restituyen al niño en la cadena de las generaciones y le designan su filiación. Sexo, nombre, apellido, filiación, es así como se inicia, cuando las cosas suceden lo mejor posible, la construcción de la identidad. La pregunta “¿Quién soy?” introduce lo que no se es (el otro sexo), cómo se llama uno, quién lo reconoce entre los suyos y cuáles son nuestros progenitores. En el instante mismo del nacimiento, damos al hijo lo principal: los fundamentos de su identidad. El niño recibe y percibe todo al momento y con una sorprendente viveza. Necesitará después años para aclararlo, interrogarlo, comprenderlo intelectualmente y hablar de ello. Es en parte lo que se llama el inconsciente.

Hoy en día, a menudo el ecógrafo anuncia el sexo del niño a los padres. Anuncio que sólo adelanta algunos meses esa primera etapa de la entrada del bebé a las representaciones de sus padres como niña o niño. La única diferencia es que el niño aún no ha nacido y, por consiguiente, todavía es respecto del niño imaginado como los padres van a arreglar su alegría o su decepción. El bebé dispone entonces, durante su gestación, de muy pocos medios para jugar un papel en el sentir de sus padres. Cuando es innegable que en el momento del nacimiento, el aspecto, el estilo, el comportamiento del bebé influyen en la manera en que sus padres recibirán el hecho que es una niña o bien un niño. El sexo del niño se vuelve más relativo en cuanto se establece una relación real con él. Un bebé no es más reducible a su pertenencia sexual que un adulto. No es en calidad de niña o niño como vale para quienes lo aman, es en tanto que persona humana. Es la razón por la cual algunos padres no desean conocer el sexo de su hijo durante el embarazo. La intrusión técnica en la envoltura de la matriz no se justificaría, para ellos, más que por razones médicas, aun si es grande la emoción ante la pantalla de ecografía. Muchos padres, entre quienes practican la haptonomía¹ por ejemplo, consideran que el bebé tiene derecho de guardar ese secreto. Juegan

¹ C. Dolto-Tolitch, *L'haptonomie périnatale* (CD) colección “À voix hautes”, Gallimard, 1999.

y se comunican ya con el hijo, y de ese modo, tienen la sensación de haber empezado a conocerlo. Necesitan menos la identidad sexual del niño para aceptarlo. El bebé es su hijo, les gusta la idea de dejarlo anunciar él mismo, al nacer, quién es.

NIÑA O NIÑO, YA ES TODO UN PROBLEMA

Todos los profesionales del nacimiento conocen ahora la importancia de esta información sobre el desarrollo de la continuación del embarazo. Nunca se sabe de antemano lo que se va a provocar en los padres al anunciarles durante el embarazo el sexo del bebé. En algunos casos, permite desde luego preparar para recibir al hijo. Pero a veces, ese anuncio puede provocar complicaciones.

Así sucedió con la señora V., cuya historia ilustra cómo la palabra se traba al cuerpo de la madre y del bebé, y también cómo la palabra puede liberar sufrimientos ocultos.

La señora V. me es enviada por la partera de la consulta, quien se inquieta por la manera en que la paciente se queja de contracciones y de migrañas muy dolorosas desde su cuarto mes de embarazo. Desde el punto de vista somático, todo parece estar perfectamente bien. Al llegar, la señora V. me dice, con una risita de connivencia: "Vine a verla porque quiero tanto a mi partera que no puedo negarle nada, pero francamente, un psicólogo para contracciones y migrañas..." Ríe. Ríe también. Le propongo hablarme de ese bebé que parece ya ocupar mucho lugar. La siento conmovida por esas palabras. Habla de un "embarazo deseado", de una "maternidad plena", de "bebé". Me doy cuenta que durante veinte minutos logra no utilizar una sola expresión que pueda salir del neutro en lo que se refiere al hijo por nacer. Es una mujer dirigente de empresa y muy activa en una asociación humanitaria. Recuerda que en el momento de ecografía del cuarto mes, por primera vez en su vida estuvo "sobre las rótulas", sin razón, al punto de haber tenido que anular en dos ocasiones la cita. Ella tan fuerte, alta y derecha, me la imagino de repente de rodillas "sobre las rótulas", en oración. ¿Por qué se siente tan expuesta a un peligro por ese examen al parecer trivial? Delicadamente, se lo pregunto. Me dice que nunca ha temido que el niño sea un minusválido o esté enfermo, que imagina que ya todo ha terminado en la constitución de su bebé, que ya nada queda por hacerse sino esperar.

Pronuncia, ligera y sonriente, las palabras que se emplearían para hablar de un moribundo. De repente me inquieto por el niño. Esas contracciones pueden poner en peligro su salud, y sin embargo a esta mujer le gusta su embarazo. ¿Entonces? ¿Angustia de muerte? ¿Deseo de muerte? Sigue sonriendo. Yo un poco menos. Le pregunto: “¿Pidió usted conocer el sexo del niño? –Sí, mi marido está impaciente por saberlo, deseaba un varón.” Sigue sin poder designar el sexo del hijo. Siento que no podremos ir más lejos. Le propongo retomar este intercambio el jueves siguiente. Parece aliviada. ¿Se debe a que suspendo la entrevista o a que le propongo otra? En la escalera me suelta, siempre riendo: “Es gracioso, jamás habría podido imaginar que pudiera hacer un varón, me siento tan mujer. Al salir de la eco, pasé a ver a mi madre y le dije que me parecía muy extraña la idea de tener testículos en el vientre. Es cierto, esa cosa es antinatural. ¿Y sabe que me espetó, mi adorable madre? ¡Es normal, tú los c... prefieres tenerlos en la cabeza, dominante como eres!” Prorrumpe en risa, de nuevo, y me oigo decirle: “Qué arpía es su madre: hay razones para tener dolor de estómago y estar harta.” Ya no sonrío, me mira, por fin tranquila, y pregunta: “¿A qué hora el jueves?” Sólo después de algunas entrevistas evocará a ese pequeño niño de su familia nacido con una malformación grave y muerto a la edad de... cuatro meses. Esta mujer y su bebé tuvieron la suerte de encontrar a una partera que enterró su drama a base de antiespasmódicos y de antálgicos.

El sexo del niño es un dato entre otros, a partir del cual se incorporan ascensos de la historia profunda de los padres. Pero es un dato universal y nadie puede hacer caso omiso de él.

Aceptar el sexo del hijo no es sólo cuestión de voluntad, y prefigura para los padres el principio de esa larga toma de conciencia de la identidad propia del hijo. Identidad que evita el poder del deseo de los padres. Tener una hija o un hijo no se decide. Por lo menos todavía...

NO SER MÁS QUE NIÑA O NIÑO

Nacer niña o niño significa en efecto que el hijo no lo es todo. El hecho de que nace, *no es*, más que niña o niño también va a significar que el niño no está contenido en el deseo de sus padres, que no tienen el poder para dominar lo que es y lo que será.

A riesgo de parecer anticuada, sigo persuadida de que felizmente la investigación aún no puede inducir en la mente de los padres la realización de ese poder. Algunos casos de enfermedades genéticas, en las que el sexo del hijo es determinante, justifican el adelanto de las investigaciones en ese campo y le confieren una legitimidad. Pero no nos tapemos la cara, en cuanto sea técnicamente factible, elegir el sexo de su hijo será negociable. No es seguro que esa elección, sobre el modo del consumo del deseo, represente un progreso humano. Entre el deseo de una hija o el deseo de un hijo, y el deseo profundo que oculta este deseo, se mide el considerable espacio del inconsciente. En los seres humanos la frustración de un antojo que se considera un deseo o su sueño puede, en el peor de los casos, hacer sufrir; en el mejor, volver prudente. Pero la realización de algunos fantasmas puede volver loco.

Muchos padres tienen la ilusión de una omnipotencia sobre sus hijos. Porque creen dar la vida al concebir a un hijo, cuando sólo la transmiten, para que él mismo la transmita a su vez. Esta ilusión de dominio sobre la vida, sobre la identidad y los sentimientos de los hijos es perjudicial para la autonomía psíquica del hijo. Éste corre el riesgo de encontrarse en una posición de objeto-muñeca de los deseos de sus padres, en perjuicio de la búsqueda de su propio camino conforme a su deseo. Arrinconado, consagrado al placer de papá y mamá, se prepara ya sea para una trayectoria de vida conforme y deprimente, o para una trayectoria de oposición y rebelión, cuyos efectos de fracasos y de autodestrucción se volverán contra él. La palabra del oráculo, “es una niña, es un niño”, da una orientación específica a la relación que se establece con el hijo nacido o por nacer. A partir de ese dato objetivo, se incorpora una envoltura proyectiva gracias a la cual el dato biológico adquirirá sentido, para transformarse en un dato psicológico.

El anuncio del sexo del hijo orienta en cada uno de los padres de modo diferente la relación con el recién nacido. Esta relación estará para cada uno más o menos cargada de modelos, de estereotipos y de contradicciones.

Martina acaba de dar a luz a su segunda hija. De inmediato hace saber a todos que detesta el rosa y me confiará, ella misma vestida con un bonito *T-shirt* fucsia: “Usted comprende, empieza por el color de los zapatitos, y en quince años voy a encontrarla en una rama literaria, cuando era buena en matemáticas.” Me entero más tarde que a Martina le gustaban los talleres de escritura. En cuanto a François-

se, se alegraba del nacimiento de su hija pues “tendrá la suerte de poder jugar en los dos frentes para arreglárselas frente a los hombres, el encanto y la inteligencia”.

LA DIFERENCIA ES UNA MARAÑA DE PROYECCIONES Y DE DESEOS

La diferencia entre los hombres y las mujeres se basa, sin duda alguna, en características biológicas y morfológicas claras. En cambio, los caracteres psicológicos nos sumergen en la maraña de las proyecciones y de los deseos. A partir de las diferencias anatómicas y biológicas entre las niñas y los niños, cada época de la historia, cada cultura, cada religión y cada medio social elabora comportamientos, papeles, funciones atribuibles a uno u otro sexo. Afirmar que las mujeres son más de este modo y los hombres son más de tal otro siempre es refutable si se hace referencia a otros principios educativos o ideológicos. La diferencia de comportamiento y de sensibilidad entre los hombres y las mujeres compete al campo de las convicciones profundas y de lo impalpable, en cuanto se quiere salir de los discursos convenidos. Se observa aquí y allá, en la relación con los niños sobre todo. Pero —¿es justamente porque son diferentes?— los hombres no comprueban lo mismo que las mujeres. En todo caso lo que se pone de manifiesto, al escuchar a los niños, es que esas diferencias los estructuran. Lo importante, para ellos, no es que mamá sea así y papá así, es que mamá y papá no sean iguales, no se perciban igual.

Los comportamientos: “los hombres son más emprendedores”; los sentimientos: “las mujeres son más dulces con los hijos”; las capacidades intelectuales: “las niñas son más literarias”; los papeles sociales: “a los hombres les gusta emprender, saben mejor dirigir”, todas estas afirmaciones no son más que asociaciones destinadas a forjar puntos de referencia simbólicos que regulan así no fuese más que un poco lo que podría llamarse “el orden de las cosas” de una sociedad en un momento dado de su evolución.

Los rasgos de personalidad atribuidos a uno u otro sexo también dieron lugar a creaciones artísticas, pictóricas, poéticas o psicomorfológicas. Éstas tienen una función importante. Alimentan las representaciones mentales y los puntos de referencia imaginarios que los hombres tanto como las mujeres necesitan para construirse una

identidad culturalmente sexuada; es decir lo estructurante que es el arte para la salud psíquica de una sociedad. Mientras más diversificadas y variadas son las representaciones imaginarias, menos encarcelantes son los estereotipos. En cuanto los papeles sociales, la ideología es la que tiene la última palabra. Cada uno se sitúa en mayor o menor conformidad con los valores dominantes de su red de pertenencia.

HECHOS PARA ESTO, HECHAS PARA AQUELLO...

Decir que los hombres están hechos para esto y las mujeres para aquello es siempre un propósito refutable. Las supuestas características femeninas se observan en los hombres y las cualidades masculinas en las mujeres. Tal función atribuida específicamente a las mujeres al sur del planeta puede también observarse asignada a los hombres en el norte.

En lo sucesivo, tanto las mujeres como los hombres se niegan a dejarse encerrar en esquemas de comportamiento o de roles. Los jóvenes padres que participan auténticamente en los cuidados cotidianos de sus hijos ya no quieren oír decir que en caso de separación, la madre podría ocuparse mejor de ellos. Sin embargo, sigue siendo cierto que los padres todavía reivindican muy raras veces la custodia de los hijos. Pero el peso social sigue siendo operante.

En fin, el que se observen diferencias de comportamiento y de desarrollo entre las niñas y los niños no demuestra más que una cosa: el sexo del hijo se inscribe inmediatamente en una serie de codificaciones psicológicas y de imágenes en la mente de los padres. Éstas son transmitidas por los adultos, muy a menudo de modo inconsciente, al niño y a su entorno. Lo que tiene por efecto inscribir la diferencia biológica en una dimensión simbólica imaginaria que produce en el hijo efectos humanizantes. Es aceptable y estructurante especificarse como niña o niño. Además, es necesario para la formación de la personalidad, a condición de que las características “añadidas” no sean despreciativas ni para el género al que se pertenece ni para el género opuesto.

Todavía se escucha decir en ciertas familias: “Un niño no debe llorar, son las mujercitas las que lloran”, o en el parque: “Deja un poco la arena, mira, tu lindo vestido de princesa está todo sucio, tu prínci-

pe no va a querer casarse contigo.”² Por qué sorprenderse, veinte años después, de que el susodicho niño sea incapaz de confiarse a su mujer y que la princesa se deprima ante su rebosante ropero: “Soy fea y no tengo nada que ponerme.” Al niño pequeño, se le cierra la posibilidad de mostrar una fragilidad interior, a la niña se le hace creer que lo que la hace existir es su aspecto.

Ser niña, ser niño, obedece a muchas otras cosas que la diferencia biológica y anatómica.³ La psicología de una persona atribuible a su identidad sexual se basa en el eslabonamiento inventivo de las características adjudicadas por la cultura, los ideales familiares, a los que se añade la historia de relación y corporal de aquel o aquella a quien conviene llamar un hombre o una mujer. Por ello sostengo que, en el aspecto del origen de la diferencia psicológica entre hombres y mujeres, sólo existen caracteres sexuales añadidos.

Habremos pues de renunciar a establecer un vínculo de causa a efecto entre el sexo femenino y el sentimiento de culpabilidad. Si las mujeres se sienten en falta o en exceso respecto de sus hijos, si a menudo están tan insatisfechas en el fondo, no es porque son mujeres débiles. Muy probablemente se relaciona con el hecho de que en algún momento de su vida, deben dar a luz a hijos. Es muy posible que en un recoveco de este viaje que las llena tanto, contraigan una culpabilidad que nada tiene de innato, pero presenta todos los aspectos de un virus que afecta a las mujeres modernas, informadas e implicadas en la maternidad y en la sociedad.

² París, plaza de la Trinidad, marzo de 1999.

³ Marie-Josèphe Dhavernas-Lévy, “Différence, égalité: Enjeux épistémologiques, enjeux stratégiques?” en *La place des femmes. Les enjeux de l'identité et de l'égalité au regard des sciences sociales*, La Découverte, 1995.

DE LA NIÑA PEQUEÑA A LA MUJER

Nacer niña, volverse mujer, elegir ser madre, este recorrido no está trazado por la naturaleza. El derecho de elegir ha permitido a las mujeres moderar su relación con la maternidad. Menos padecida en Francia, gracias a la contracepción y al aborto, y sin importar lo que intentan los integristas religiosos y reaccionarios de todas las tendencias que desearían recobrar el poder sobre el cuerpo de las mujeres, la maternidad recuperó para las mujeres un lugar de elección a lado de la vida amorosa y de la vida profesional y social. Maternidad elegida, maternidad investida, pero maternidad compartida y relativa.

EL RETO DEL CARÁCTER MIXTO

Si centramos la conversación en las mujeres y su relación con la maternidad, conviene entonces examinar de manera más precisa a la niña pequeña. Nacer niña, ¿qué tiene de específico?

Primero, la niña ganará con saber que su sexo fue determinado por los gametos XY contenidos en los espermatozoides dados por su padre. Es valioso reconocer que en el punto de origen biológico de su identidad de niña se encuentra la aportación de un hombre. Así, la niña tanto como el niño habrán de aceptar la idea de que la identidad del género al que pertenecen se debe a la alianza en su concepción de lo masculino y lo femenino. Lo mixto no es sólo social, también es individual. Esto tiene un alcance central para la regulación de una civilización y las relaciones entre los hombres y las mujeres.

Después, durante más o menos nueve meses, la pequeña será cargada en el cuerpo de una persona del mismo sexo que ella y con la cual mantendrá, si todo transcurre bien, relaciones privilegiadas de ternura y de proximidad corporal. Conservará de ello en el fondo de sí misma una memoria inconsciente, un reservorio de sensaciones.

Lo mismo sucederá con el niño, salvo que para él la madre es una persona del sexo opuesto.

Desde la pubertad, en cada ciclo de la menstruación, la joven recuerda su feminidad y, más o menos conscientemente, una posible maternidad. En la menopausia, habrá de vivir un duelo –más o menos bien asumido. Infancia, juventud, madurez, vejez son para las mujeres etapas acompasadas también por los ciclos del cuerpo. Además es interesante ver cómo las mujeres perciben su anatomía genital y los movimientos biológicos que se manifiestan en sus cuerpos.

En fin, y, sin lugar a dudas, en una versión convencional del amor y de la sexualidad, la niña pequeña aprende a desear y a amar el cuerpo de un hombre. Sus características serán por esencia diferentes del cuerpo femenino que antaño le brindó seguridad y sensación de bienestar, a menos que sea más bien angustia o rechazo. Por su parte, el niño encontrará en su amante huellas más familiares, rasgos conocidos en su memoria inconsciente y corporal precozmente inscritos en los brazos de su madre.

Felizmente, hoy día los padres tienen una mayor proximidad corporal con sus bebés; el carácter mixto de lo sensorial se inscribe sin duda para las niñas pequeñas de manera más progresiva y más precoz. Sin embargo, todavía todos los profesionales de la pequeña infancia son casi siempre mujeres. Antes de los tres años, la relación pasa mucho por el cuerpo. La palabra misma resuena de sentido para el bebé hasta en sus sensaciones y sus emociones corporales. La inteligencia del bebé es psicósomática, en el sentido estricto del término. La psique, su mente, su pensamiento y sus sentimientos, se encuentran al principio de la vida indivisible del soma, de las sensaciones, de las reacciones en el cuerpo. También es la edad en la que descubre su cuerpo por medio del cuerpo del otro. Ahora bien, está acompañado muy a menudo por mujeres, cuya dulzura llamada natural a veces no es más que una leyenda. ¡A fuerza de ser expertas, sucede que las manos de las profesionales, en maternidad, pediatría o guardería, pueden haber perdido su dulzura!

Negar la diferencia de los sexos, es negar a los hombres tanto como a las mujeres su legítimo lugar en el eslabonamiento de las generaciones y en la transmisión de la vida. Cualesquiera que sean las proezas técnicas en materia de procreación médicamente ayudada y las cuestiones de las paternidades homosexuales, es fundador de la identidad de un niño poder situarse como niña o niño refiriendo su

deuda de vida a un ser del mismo sexo que él o a un ser del sexo opuesto. La deuda de vida consolida el vínculo de filiación en torno a esta verdad inevitable: quienesquiera que sean mis padres, les debo haber nacido, me deben haber aceptado perpetuar su vida más allá de ellos mismos.

Es a partir de esta referencia sexuada doble como se organiza para un niño su identidad de humano con pleno derecho. Así, la humanidad del niño no se realizará para él más que si su existencia se vincula por medio del sentido y los sentimientos a personas que se definen por su pertenencia diferencial a uno u otro género.

Los hombres y las mujeres se refieren, de manera vital, a la existencia del otro. El carácter mixto no sólo debe organizarse en la sociedad, debe ser preservada en nosotros.

LO VISIBLE Y LO INVISIBLE O LA IMPORTANCIA DEL CUERPO

Es tiempo de acabar por completo con la idea de una legitimación biológica y anatómica de las diferencias de papeles y funciones entre los hombres y las mujeres. No se articulan más que sobre símbolos y evolucionan en realidad conforme a los lugares, los tiempos y las costumbres, pero hay que renunciar a ellos sin por ello negar la realidad corporal y lo que induce en cada uno de nosotros.

El psicoanálisis nos enseñó mucho sobre la relación entre lo vivido del cuerpo y la vida psíquica, *por medio* del lenguaje. Una cura psicoanalítica puede permitir sanar ciertas enfermedades, y, a la inversa, el desarrollo estatura-peso de un niño puede frenarse o detenerse debido a problemas psicológicos. Así como algunas enfermedades o anomalías físicas pueden ocasionar trastornos psicológicos o intelectuales sin que existan vínculos somáticos en la realidad biológica, también sucede algunas veces que un trabajo corporal pueda acompañar positivamente un apoyo psicológico, y que un trabajo psicoanalítico permita volver a dar al cuerpo el lugar que le había sido negado.

Se olvida a menudo que existe en los seres humanos, debido a que hablan, una distancia entre la realidad y la representación mental que se forjan de ella. Así es frecuente escuchar decir “no veo las cosas como tú”. Esta subjetividad de las percepciones vale tanto respecto de la realidad externa como de la realidad corporal. Por ello

sentirse hombre o sentirse mujer es tan subjetivo. Es una sensación móvil, lábil, individual.

Se ha comentado mucho sobre la sexualidad más evidente, porque más visible, de los hombres. Las mujeres deben descubrir el secreto de la suya, bien escondida en el fondo de su vagina. Sin embargo, los vellos, los senos, la sangre menstrual, también son visibles. Y luego la masturbación, que permite descubrir las riquezas de su anatomía y las sensaciones que promete, se da tanto en las niñas pequeñas como en los niños pequeños. Lo visible y lo invisible obedecen sobre todo al hecho de que ciertos niños quieren ver y conocer su sexualidad, cuando otros, por múltiples razones, nada quieren saber de ella.

Así ese padre que descubre asombrado las erecciones en su niño muy pequeño y niega que haya podido sucederle, a él también, antes de la edad de su primer amor de colegial. Asimismo, esa joven madre que tomó conciencia bajo mi mirada de que su bebé de tres meses estaba provisto de atributos masculinos. En el momento de un eritema que resistía todos los cuidados, la pediatra indicaba a la mamá que secara bien a su bebé bajo los testículos y el pene antes de ponerle el pañal. Confusa, la madre le contestó: “¿Qué ya tiene testículos?” Riendo, la médica le replicó: “Ah, bravo Antoine, querías que tu mamá viera que eres un bonito niño, entonces con tus manchas rojas, ¡desde hace un mes encendiste el faro giratorio!” Es evidente que fue la carcajada interpretativa general la que fue terapéutica para ese bebé que sanó en unos cuantos días. Las configuraciones del cuerpo no existen para nosotros mismos más que a partir de las representaciones psíquicas que nos forjamos. Por ello algunas mujeres viven sus órganos genitales como un hueco asociado con un vacío, cuando otras lo relacionan con un lleno. Algunas hablan de él como de un orificio, otras como de un paso. Algunas hablan de abertura yendo de dentro hacia fuera, cuando otras la perciben como de afuera hacia adentro. Para algunas es una zona de vulnerabilidad, para otras un espacio de interioridad que las tranquiliza.

Anhelos y frustraciones

La teoría psicoanalítica sobre el descubrimiento de la diferencia de los sexos empezó por proponer el siguiente esquema. Debido a que

la niña pequeña no ve sus órganos genitales, experimenta una frustración y una angustia de castración (tenía uno, desapareció, ¿volverá a crecer?). Envidia al niño pequeño su pene, pensando que él no padeció el mismo daño y que eso le confiere un poder que ella ya no tiene. Se consuela pensando que eso no durará y que su pene volverá a crecer.

Un poco más tarde, el psicoanálisis inicia una nueva compensación planteando que el niño pequeño también debe resolver una angustia de castración. Cuando se da cuenta que las niñas no tienen pene, se siente amenazado de perder el suyo. Para compensar esa angustia, concibe la idea de que si llegara a perder su órgano, tendría el privilegio de llevar un bebé en su vientre como su madre. Lo que hace decir a algunos que el deseo de pene en la niña pequeña tendría su equivalente en el varón en el deseo de embarazo.

Para la niña pequeña, lo que debe resolverse es el duelo del pene, para el niño pequeño, es la protección frente a una amenaza de castración. Es una primera etapa en la construcción de la identidad sexual y de la problemática edípica. En segundo lugar, habrá que sostener la idea de que no se ha perdido nada y que nada se va a perder. Pero también que nada va a crecer, ni pene en el cuerpo de la niña, ni bebé en el vientre del niño. Para la mayoría de los niños es una mala noticia. Necesitan tiempo para aceptar que la diferencia de los sexos es irremediable. Para ello serán ayudados mediante las palabras que los invitan a proyectar hacia un porvenir valorizante el hecho de ser lo que son. Una vez digerida, esta realidad los estructura en el simbolismo humano de lo irremediable, de la división y del carácter incompleto. En mi opinión, es sobre todo en ese momento cuando la castración simbólica se aplica al niño. Afecta tanto a los varones como a las niñas. Los dos están igual de frustrados de no ser todo. No se es más que niña y se será mujer, no se es más que niño y se llegará a ser hombre. Se instaura entonces una tercera fase del desarrollo de la construcción de la identidad sexual, a la que también se llama en la actualidad identidad de género, la de la identificación con el padre del mismo sexo y de la búsqueda de relaciones y confrontaciones con los demás niños del mismo sexo. La conciencia de su identidad se va a fortalecer en el niño por una pertenencia al grupo de los niños o al grupo de las niñas. A esa edad buscan tanto puntos de referencia sobre lo que diferencia a las niñas de los niños, el comportamiento, el aspecto, los objetos característicos, que re-fuerzan los estereotipos femeninos y masculinos. Las niñas pequeñas reclaman muñecas y collares en exceso, los niños

pesados zapatos tenis que corren rápido y carros de bombero rojos. Así, una investigación¹ puso en evidencia que los niños entre dos y tres años desarrollan un gran conformismo, hasta cierta rigidez normativa respecto de los estereotipos de género. Esta actitud es, en mi opinión, una fase del desarrollo que obedece a la necesidad para el niño de poner en concordancia la maduración interna de su identidad y la maduración externa de ésta a través de los procesos de socialización. Existe entonces una correlación entre sentirse niño o niña y representarse conforme al grupo de los varones o al grupo de las niñas, a través de los comportamientos, los juegos, los accesorios característicos del género al que pertenece. Todo esto bajo la mirada pasmada de sus padres progresistas y preocupados por educarlos lejos de semejantes esquemas. Que los padres se tranquilicen, los valores educativos transmitidos están en germinación y se afirmarán más tarde.

De la teoría a los estereotipos

La teoría freudiana del deseo de pene,² que acabo de resumir aquí, ha dado pie a compendios de pensamiento acerca de los hombres y de las mujeres. Podría creerse que los lectores de Freud se detuvieron en la fase inicial del desarrollo del edipo en el niño. Para éstos, el deseo de pene de la niña muy pequeña persigue a la mujer toda su vida, transformándola en una mujer huraña, insatisfecha y celosa de los hombres. La otra resultante presenta, por el contrario, a la mujer como frágil, dependiente y necesitada de protección. La razón subyacente sería que está irremediablemente herida o en desventaja por su castración. Aunque la teoría analítica haya evolucionado mucho estos últimos treinta años sobre los temas de la sexualidad femenina,³ el discurso sobre la falta de pene traumático para las mujeres tiene siete vidas.

En los años setenta imperó la confusión entre el pene, la función fálica⁴ y el dominio masculino denunciado por los movimientos femi-

¹ *Modos de cuidado y desarrollo del niño pequeño*, investigación bajo la dirección de Agnès Florin, Laboratorio de Psicología el ABCD, Universidad de Nantes, 1999.

² S. Freud (1925), "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", en *Obras completas*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

³ F. Dolto, *Le féminin. Articles et conférences*, Gallimard, 1998.

⁴ J. Lacan, "La significación del falo", conferencia de 1958, *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1984.

nistas. El tema de la sexualidad femenina y el problema de la castración en los niños de ambos sexos conciernen a los límites del género al que pertenecen, mucho más que la fantasmagoría en torno al pene.

Las mujeres mismas se prestaron y siguen prestándose sin saberlo a esta representación castrada de la feminidad. A partir de la representación subjetiva que se hacen de sus atributos femeninos, ciertas mujeres van a construir una cadena significativa inconsciente. La comprobación de ausencia del pene de su infancia orientó su relación con la vida hacia los temas de la falta y de la culpa. “Me faltó esto, no soy capaz de aquello, no se me permitió...” Posición subjetiva demandante que las conduce en línea recta “al campo” de la culpabilidad.

Carecer de esto, de aquello, de afecto, de reconocimiento, de apoyo, de medios; tener defectos, una nariz demasiado larga, los senos demasiado planos, no suficiente instrucción; fallar, “no soy lo suficientemente tierna, lo bastante paciente con mis hijos, no soy una madre bastante buena, ¡vean como fallo en todo!”, “me siento culpable” o bien “es culpa de mi madre, de mi marido, de la sociedad”. La culpabilidad se construye aquí un blanco ideal. En cuanto a los reaccionarios, encuentran en ellas mujeres cómplices en quienes esta posición subjetiva se deriva también en toda la gama de las diferencias negativas desde “una niña es menos fuerte que un niño” hasta “una mujer no está hecha para la política”.

Un verdadero marimacho

Esta imagen hueca, en forma de “agujero”, que ciertas mujeres tienen de sí mismas no resulta de la falta de ese “sacrosanto” pene.

La cuestión de la falta de pene está presente sobre todo en las mujeres para quienes nacer niña pudo significar no nacer como habría tenido que ser o cuando habría tenido que ser, en el deseo inconsciente de sus padres. Y desde luego, el impacto de la educación invita sutilmente a ciertas mujeres a definirse en negativo respecto de lo masculino. La expresión “marimacho” [*garçon manqué*: niño fallado] ilustra perfectamente la manera en que una niña dinámica y emprendedora será sancionada con ese terrible calificativo que le indica en realidad que no es nada. Ni niño porque fallado, ni niña puesto que se comporta como varón. Sin embargo, es curioso que no exista la expresión “niña fallada”, “mariquita” ha pasado de

moda y significa otra cosa. Cada vez son menos las mujeres, sobre todo entre quienes tienen una vida profesional, que basan su identidad en esta posición de frustración envidiosa del “no soy un hombre”. Por fortuna. Ciertas mujeres saben definirse a partir de lo que son, su identidad no se reduce a su género. Esto les confiere una mayor seguridad interior, sobre todo en las situaciones en que su condición de mujer podría debilitarlas, como sucede todavía en el mundo del trabajo, de la política y en ciertos campos del arte y de la artesanía.

La ideología de la castración en la niña pequeña, no resuelta en la mujer, se desvanece a medida que las mujeres logran autonomía, creatividad y expresión. El mito del falo como símbolo de poder masculino también. Este doble engaño, el sacrosanto pene erigido frente a la sacrosanta madre, perjudicó tanto a los hombres como a las mujeres. Hay tantas mujeres destruidas por la sacrosanta madre como hombres impotentes ante el sacrosanto pene. Pues frente a las idealizaciones masculinas y femeninas, los hombres y las mujeres tienen en común ser sólo seres humanos, que, en la realidad, no pueden hacerlo todo.

COMPARTIR CON LOS HOMBRES

En lo sucesivo, las mujeres quieren compartir con los hombres el descubrimiento, el placer y la responsabilidad del hijo. Las que van menos bien olvidan que tienen uno (hombre desde luego) y que está ahí para algo en el nacimiento de su pequeña maravilla. Es cierto que a veces algunos hombres olvidan que tienen uno (hijo esta vez) y no saben cambiar nada en su vida para semejante detalle.

Que la especie humana sea mixta, que la sociedad lo sea también, algunos viven sin pensarlo. De igual modo respecto de la identidad masculina o femenina de una persona, muchos son hoy día quienes ocultan que se construye al principio por la confrontación con la diferencia, gracias a los del otro sexo tanto como a los del mismo sexo. Por ello los hombres y las mujeres que pudieron estructurar en lo esencial sus puntos de referencia y su identidad sexual tienen una deuda con los del otro sexo. Como una especie de deuda de vida sexual, contraída con los del otro sexo cuyo encuentro en todas las etapas importantes del desarrollo permitió que éste se lleve a cabo en la

diferencia y en lo mixto. Esto puede quedar oculto o inconsciente, pero en el momento de concebir un hijo, la interdependencia entre los hombres y las mujeres ya no debería ser negada. El carácter mixto está en juego en la transmisión de la vida y la construcción de la persona en todas las etapas de su desarrollo. Puede asumir formas de vida y de costumbres múltiples y no convencionales, pero el niño debe poder representarse sus orígenes y su devenir en la diferencia de los sexos. Entre las mujeres que educan hijos solas, algunas saben muy sutilmente respaldar la referencia paterna, incluso en los casos en los que el padre no lo hace él mismo. Si la función materna, sin referencia masculina, no puede ejercerse correctamente para el niño, la madre se abruma de culpabilidad. La paternidad sin referencia femenina, lo que es muy raro, es una locura.

Los hombres que educan hijos solos son raros, y los que no toman el apoyo sobre los relevos femeninos de su familia son excepcionales. Sin embargo, suelen preocuparse menos por hacer funcionar la referencia materna en los casos extremos en los que la madre ya no tiene relación con sus hijos. No es raro que las abuelas paternas o las tías que relevan al padre pongan obstáculos al vínculo con la madre. La referencia masculina es, a veces, como suele creerse, la presencia del tío o del abuelo materno cerca del niño educado sin su padre. Pero la referencia paterna es mucho más el hombre que está en el corazón, la cabeza, la cólera o el deseo de la madre. Es el que la ocupa psíquicamente o la preocupa. Es así como algunas madres, que mantienen un discurso negativo a los niños sobre su padre para eliminarlo de su vida, sólo lo afianzan más como padre en su inconsciente.

Uno de los méritos de la participación de las madres en las actividades fuera de la familia, es haber acercado a esos padres a sus hijos. A falta de la madre, aprenden a conocerse y, en el mejor de los casos, se establece entre ellos una proximidad tierna o una complicidad.

Pero el niño sigue siendo globalmente un asunto de mujeres. Y ya que el defecto de los niños es exigir tanta más proximidad cuanto más pequeños son, absorben a su madre si ésta no presta atención. Ocuparse de ellos cotidianamente las regocija y las emociona profundamente hasta en los laberintos olvidados de su propia pequeña infancia. Esta regresión parcial y temporal, aunque conlleva acentos depresivos, es útil para las relaciones con su bebé. Pero la culpabilidad aprovecha ese tiempo de vulnerabilidad para anidar.

DESEO DE HIJO Y CULPABILIDAD

En la época de la contracepción, el deseo de un hijo expone a las mujeres a la más delicada de las paradojas de la sociedad moderna. El progreso tecnológico y el modelo de consumo inducen una ambigüedad del deseo. Implícitamente caemos en una lógica conforme a la cual se vuelve normal desear lo que es posible. Lo que es técnicamente posible, se percibe, sin razón, como un derecho. El razonamiento sería el siguiente: cada uno tiene el derecho de desear como todo el mundo, y todo el mundo tiene el deber de desear aquello a lo que tiene derecho, ya que es posible. Por ello, se vuelve inconveniente desear lo imposible, y si una elección es posible, es obsceno quejarse de las consecuencias de su elección. Ahora bien en ninguna parte está inscrito que la posibilidad de concebir hijos cuando se quiere obliga a decidir lúcidamente el nacimiento de cada uno de ellos y con conocimiento de causa.

LO QUISISTE, LO TUVISTE

Cuando las mujeres evocan entre ellas los sentimientos a veces negativos que pueden experimentar respecto de la carga material y afectiva creada por sus hijos, a menudo concluyen con esta afirmación: “Y sin embargo a mis hijos, los deseé, y si hubiera que volverlo a hacer, no dudaría ni un segundo. Lo volvería a hacer a pesar de los momentos de cansancio, de rabia o de desaliento.” Sucede también muy a menudo que una mujer, confiando sus preocupaciones y sus obligaciones de madre, oiga que se le replica más o menos gentilmente “que los quiso, que los tuvo y que debe asumirlos”, a sus hijos naturalmente.

A veces esta aserción es lanzada por mujeres de más edad, nuestras madres o abuelas que recuerdan. Tuvieron que conquistar la libre elección de dar a luz, lo que nos parece hoy día una evidencia.

Saben lo que les costó a su cuerpo, a su vida amorosa y social. Podemos comprenderlas.

Que semejante respuesta sea emitida por un hombre parecería insensato. Como si, con el pretexto de que las mujeres disponen de la píldora o del dispositivo, utilizan el RU486 o practican una IVG, los hombres se abrieran, por su parte, derechos de libre circulación espermática.

Eso no evita que ciertas mujeres oculten a su hombre que desean un hijo de él, o también se quiten el dispositivo o dejen de tomar la píldora sin considerar apropiado avisárselo. Tristes actos, fallidos o no, que hacen eco al comportamiento de una pareja, comprobando después que el preservativo estaba mal colocado o que no pudieron retirarse, o también que consideraron inútil cerciorarse de la presencia de una contracepción. Tanto los hombres como las mujeres tienen un inconsciente que a veces los hace cometer tonterías, chapuzas, actos fallidos que hablan de sus deseos ocultos o de sus inhibiciones de reconocer en ellos el deseo de un hijo. Es claro que para que un espermatozoide encuentre un óvulo, es necesario ser por lo menos dos. Si un niño nace, es que siempre hay “un plus” en juego aparte de la madre.

Que en la actualidad las mujeres tengan, gracias a la contracepción, la elección de hacer o no hijos, no justifica que deban asumir solas su responsabilidad.

Si la mujer se apodera, sin compartirla, de la responsabilidad de los hijos con el pretexto de que los deseó, es como si la responsabilidad impuesta sustituyera a maternidad impuesta. En resumidas cuentas, se cosecha una culpabilidad imparable, puesto que con niños nunca nada es perfecto. Si uno de los dos genitores falta a su responsabilidad, ésta debe ser relevada. Un niño crece gracias a muchos.

El que la mujer viva sola o en pareja, que los padres tengan la elección de hacer hijos no excluye la necesidad del apoyo de los amigos, de las familias y de las instituciones. Una democracia es una sociedad que otorga a sus miembros la posibilidad de hacer elecciones individuales, y esto al mismo tiempo que se mantiene el principio de su responsabilidad solidaria respecto de cada uno de ellos.

EL DESEO DE UN HIJO ES UNA UTOPIA ÚTIL

La contracepción y el aborto permitieron creer que el anhelo de un hijo respondía a la misma lógica que el deseo de un coche, de un

amante prestigioso o de la celebridad. Ahora bien, cuando se desea un hijo, no se sabe lo que se desea, se desea lo que se ignora. El deseo de un hijo es tal vez una de las formas más puras del deseo, una utopía simbólicamente salvadora y humanizante. Emanada de lo más profundo del deseo de vida que anima a un ser, vinculado con su filiación. El anhelo de un hijo supera al deseo de tener un bebé. Sitúa a quien es portador de él en posición de eslabón de transición entre el pasado y el porvenir. Se puede llevar esta dimensión en sí misma, aun sin hijo. El deseo de un hijo es un deseo de vida, que hay que preservar y comprender incluso cuando la concepción de un hijo sea imposible o no esté recomendada.

Tantos padres que han recurrido a la medicina caen en la trampa. En casos de esterilidad probada, corren el riesgo de pensar que sin hijos, su vida ya no tiene sentido. Cuando es, justamente, porque su relación con la vida tiene sentido que desean tanto un hijo. ¿Deben entonces resolverse a llevar el duelo de ese anhelo, pues es imposible realizarlo? No es necesario imponerse semejante mutilación psicológica, pues llevar el duelo del hijo en la realidad no significa que haya que negar su deseo de hijo. Ese anhelo es valioso en la relación entre dos, cuando, juntos, hay que renunciar a un hijo de su carne.

Sin embargo, la presencia del hijo no evita el duelo de su partida. Habrá que soportar verlo dejar la infancia y la casa, aceptar la idea de que ya no habrá hijo. Y, una vez más, sabiendo que es imposible, el deseo de hijo puede quedar vivo, pues significa el deseo de vida.

El deseo concuerda mal con los valores del derecho. En la actualidad, se habla demasiado de derecho, de no tener hijos, de tener hijos, ya que técnica y teóricamente es posible. Pero hay que distinguir por un lado el deseo “de tener” hijos concebidos como un bien material, y por el otro el deseo de transmitir. Deseo de estar embarazada “para ver qué se siente”, dirá esa adolescente, ganas de “hacerle un hijo a mi amiga para mostrarle que soy un hombre”, dirá su amiguito, llegados ambos a consultarme antes de solicitar un IVG.

Consciente o inconsciente, el deseo de un hijo también puede ser solitario o compartido. En el mejor de los casos, un hombre y una mujer desean al mismo tiempo un hijo el uno con el otro, en una relación de amor compartido. Pero ¿cuántos niños son en realidad concebidos en esta ideal conjunción afectiva? Muy a menudo el desorden, los contratiempos y las distancias dirigen la concepción de los hijos. Esos hijos son también hijos deseados, la vida se abrió camino por los intersticios de la razón razonante. Entonces el emba-

razo es una mala noticia que revela que el niño es una buena sorpresa.

EL DESEO ES IRRACIONAL

El deseo, en el aspecto psíquico, responde a reglas distintas de las del control de los nacimientos. El deseo siempre es por definición irracional. Los deseos que nos impulsan más son a menudo aquellos que no sabemos qué ocultan. Muy a menudo un deseo real se arraiga en algo antiguo, y un encuentro o una situación imprevista desencadena la puesta en obra de estrategias de las que se descifra después cuánto se basaban en un deseo real de llegar allí. La gestación de un niño dura nueve meses, pero la gestación del deseo de un hijo es mucho más variable. Sucede que se declara al acercarse el nacimiento, a veces allí está, subterráneo, desde hace años.

Ahora bien, el nacimiento de un hijo siempre se relaciona con un deseo. Para que un hijo venga al mundo, decía Françoise Dolto, es necesaria la conjunción de tres deseos: el de una mujer, el de un hombre y el del hijo concebido de proseguir su gestación con esos padres. El deseo, al igual que la culpabilidad, no permite manifestarse en el nivel consciente más que una parte de sí mismo. Algunos niños serán muy deseados conscientemente pero, en lo más profundo, no lo serán. Otros nacerán para satisfacer deseos de embarazo, otros más serán concebidos para satisfacer rivalidades fraternales. Contracepción o no, existen mujeres y hombres que quieren un hijo con el objetivo de consolidar su pareja, para distraerse en caso de duelo o para olvidar una situación de vida angustiante.

Por el contrario, algunos padres, en el momento del nacimiento de un hijo al parecer no deseado, descubren de repente todo el sentido de ese acto. Para otros, el sentimiento de ser padre se revelará en el momento de una enfermedad, de un temor a perder al hijo. A veces se necesita el paso de la muerte para que despierte el deseo de vida. Por ello, con los hijos, no existe el riesgo cero.

Así, como acabamos de evocar, el deseo de un hijo en la era del control natal es portador de culpabilidad si las madres no se cercioran de mantener, abierto y entero, el lugar del padre en la concepción y el deseo del hijo, así como el lugar de los demás en el cuidado y su educación. La libertad que sus madres conquistaron no

puede ser utilizada como una toma de poder sobre los hombres, pues corren el riesgo de encontrarse en la obligación de hacer hijos con padres impotentes, a menos que prefieran las probetas...

DESEAR ES TAMBIÉN TRANSGREDIR

Un hombre, una mujer, llenos de la energía de su deseo de vivir, siempre son objeto de cierta admiración al mismo tiempo que suscitan malestar. El deseo siempre molesta a alguien ¿Por qué? No hay deseo sin transgresión, no hay placer sin una duda sobre su derecho a ese placer, y no hay transgresión y duda sin culpabilidad. Ahora bien desear un hijo, en el mejor de los casos, equivale para una mujer a desear un hombre. El deseo sexual se parece a todos los verdaderos deseos, es una transgresión del deseo de los padres a los que nos prestamos para crecer. Desear volverse padre, volverse padre o madre conduce a transgredir la ley conforme a la cual éramos, ante todo, los hijos de nuestros padres. Desear un hijo, es hacer pasar esa condición a un segundo plano, para volverse ante todo los padres de sus hijos. Educar hijos supone autorizarse a hacer cambiar de condición a nuestros padres, que se vuelven los abuelos de nuestros hijos. Por fortuna, desde que las jóvenes parejas retrasaron la edad del primer hijo, son sus padres los que se impacientan a veces por volverse “abuelos”. ¡Qué bella es la expresión! Al elevarse en la generación, nos volvemos padres, crecemos pues, pero ellos también. “Haga lo que haga, mis padres siempre serán más grandes que yo” se desesperaba una de las mujeres que encontré y a la que le costaba mucho trabajo situarse como adulta-madre, frente a su hijita de dos años que se oponía a ella con energía.

Pero ya que todo deseo es transgresivo, ya que los hijos nacen del deseo de una mujer y de un hombre, entonces ¿por qué las madres padecen más a menudo que los padres un sentimiento de culpabilidad respecto de sus hijos? Sin duda el deseo de un hijo suele ser más fuerte en las mujeres, debido a que la maternidad es una fase de su desarrollo personal. Las mujeres que anhelan hijos desean al mismo tiempo volverse madres, cuando los hombres, por lo menos por el momento, tienen menos conciencia de que volverse padres sea útil para su plenitud personal. Desean fundar una familia, dar un hijo a una mujer a la que aman –como un regalo–, estabili-

zarse, pero si no tienen hijos se sienten a pesar de todo completos, cuando las mujeres más bien tendrán la impresión de que les queda una etapa de maduración por realizar. Las mujeres que no desean tener un hijo padecen a menudo una presión psicológica y social insensata. No experimentan la sensación de carecer de algo vital, pues plantearon de otra manera las bases de su identidad de mujer. Es bueno para ellas y para la sociedad a la que aportan un toque sano de no conformismo. Por el lado de los hombres, las mentalidades cambian. Observo en los adolescentes y los hombres muy jóvenes, que evocan su proyecto de vida, que el deseo de volverse padres empieza a despuntar; tal vez es indicio de que germina una evolución a fondo.

DESEAR DE MANERA DIFERENTE Y HACER JUNTOS

El deseo de un hijo es en el mejor de los casos compartido, vinculado con la sexualidad vivida en un encuentro amoroso. El deseo de un hijo es diferente del anhelo de un hijo, que a menudo es el resurgimiento del deseo de infancia. Deseo antiguo, infantil, que se expresaba con muñecas, disfraces de princesas, los tacones altos de mamá para intentar seducir imaginariamente al papá-príncipe del castillo –en donde se casaron y tuvieron muchos hijos.

Si todas las niñas pequeñas jugaron con esta idea deseosa de bebé, ¿sucede lo mismo con los niños pequeños? En el marco de la terapia, pude observar los juegos de los varones, evocando su deseo de hijo, pero la mayor parte del tiempo vinculado con los acontecimientos de su vida, como la separación de los padres, el nacimiento de un bebé en la familia o un aborto natural... Este tema raras veces se evoca de manera espontánea, pero se proyecta menos como “papá”. En ellos, la puesta en escena de la paternidad pasa por gestos y posturas tomados de la maternidad. Por ejemplo es frecuente ver a los niños pequeños de dos o tres años poner un globo bajo su sweater diciendo orgullosamente: “Tengo un bebé.” Hay que creer que para los niños pequeños la sexualidad femenina es más visible que la sexualidad masculina, y es probable que el deseo de paternidad se vincule con la identificación del niño con su madre. Pero tal vez se deba a que en la actualidad el modelo femenino predomina todavía en la imaginería de la cotidianidad de los niños.

Pues la educación de los niños aún no es respetuosa del carácter mixto. La literatura infantil, los manuales escolares, los dibujos animados, los juegos de video, la comercialización de los juguetes, todos los soportes culturales cuyo objetivo son los niños nos dejan conternados por su “conformismo”.¹

Hay mucho que esperar de los cambios de costumbres de los padres con sus hijos,² pues el deseo de tener un hijo y de ocuparse de él se expresa más en los niños pequeños cuyos padres están presentes corporalmente y se ocupan de ellos con gusto.

Mientras los padres participen más psíquicamente en el deseo de hijo, más cerca estarán físicamente de sus bebés, y más las mujeres se contendrán en su exceso de responsabilidad respecto de los hijos. Así es como puede limitarse el exceso de culpabilidad materna, fuente de efectos negativos en los hijos, en la vida íntima y la relación en la pareja. El exceso materno, el sentimiento de vivir a fondo y sin compartir la intensidad de las emociones suscitadas por la preocupación de los hijos no están hechos para reactivar el deseo y el erotismo de una mujer cuyo cuerpo, durante un tiempo, se dedicó a la procreación.

Por ello es bueno ser dos, diferentes, dejando de lado las cuestiones de derecho y de ganas a propósito de los niños. Cuando el deseo de vida, el deseo de hijo y el deseo amoroso se renuevan más allá del hijo, recuperan su justo lugar. Crean la energía de un impulso para ir de nuevo y siempre más lejos, hombres y mujeres, diferentes y juntos.

¹ A. Turin, “Comment présente-t-on les rapports hommes/femmes aux plus jeunes?”, estudio realizado en París y presentado en 1994 en el 24avo Congreso del *International Board on Books for Young People* en Sevilla.

² “Le papa, le père, l’homme de la mère: Quels repères pour le jeune enfant”, VII jornada de estudio de los psicólogos de la pequeña infancia, ANAPSY pequeña infancia, París, 1995.

VOLVERSE MADRE, SENTIRSE PEQUEÑITA Y SALIR ADELANTE COMO ADULTA

¿Quién no evoca en el momento de un nacimiento el síndrome del *baby-blues* o más sabiamente de la depresión llamada del posparto? Ese estado particular de depresión en las mujeres que acaban de dar a luz suscita con justa razón la atención de los médicos.¹ En este “concepto-maleta”, los profesionales y los padres guardan todo lo que se asemeja a un malestar de las nuevas madres. El *baby-blues* designaría tanto la crisis de lágrimas en la casa de maternidad como el letargo depresivo o las somatizaciones inexplicadas.

Es práctico el *baby-blues* para no tomar en serio la queja de una nueva recién parturienta, la petición de ayuda de otra o la reivindicación justificada de una tercera, por ejemplo, de que sea respetada su intimidad. Cuántas mujeres lastimadas por una manera de hacer, heridas por la actitud agresiva de tal médico, insultante de un jefe de turno o impertinente de un prójimo, se ven condenadas al silencio por un “no hay que preocuparse, es el *baby-blues*”.

Según las revistas, habría por el contrario que inquietarse de la ausencia de una “pequeña depresión” después del parto, cuando los psiquiatras enumeran, por su parte, más de sesenta formas diferentes de depresión.

Cada mujer es única, entonces no se reconoce ni en los hechos triviales de los medios de comunicación, ni en la nosografía psiquiátrica. Salvo raras excepciones, no se siente ni enferma, ni una de tantas en esos momentos.

CUANDO LA FRAGILIDAD PERMITE ACCEDER A LA TERNURA

Para comprender el nacimiento de la culpabilidad materna, es útil tener en cuenta lo que enfrentan las mujeres que tienen un hijo de

¹ Cf. Pascale Rosfelter, *Bébéblues, la naissance d'une mère*, Calmann-Lévy, 1992.

menos de dos años. Muy a menudo, y con más o menos defensas, están confrontadas a lo que yo llamaría *la fragilidad materna con tonalidad depresiva*. No es un trastorno psicológico lo que habría que atender, es un estado que suscita la preocupación materna primaria. El desarrollo armonioso del bebé supone que por lo menos una persona pueda aceptar ese estado particular de debilitamiento afectivo.

Contrariamente a lo que se cree, cierta fragilidad permite una capacidad para captar, comprender y sentir todo lo que el bebé no tiene los medios de expresar. Para entrar en relación profunda con un recién nacido es necesario adaptarse a su inmadurez funcional y de relación. Fuera del lenguaje, la expresión de las necesidades, de la angustia, de los dolores, de los deseos del neonato es mejor percibida por alguien que desarrolla para él sistemas de atención muy particulares y muy sutiles. El adulto que se siente más en responsabilidad y a cargo afectuoso del niño “conecta” su psiquismo al del bebé. ¿Qué intuición lleva a la madre hacia la cuna cuando justamente el bebé acaba de vomitar y respira mal? De manera más habitual, se observa que el llanto del lactante no habla claramente más que a la persona situada en esta posición de atención materna específica. Para abrir su sensibilidad al bebé de manera tan vibrátil y eficaz, es necesario que el adulto sea capaz de volver a descender en sí mismo, hacia sus antiguas modalidades de relaciones con el mundo, cuando era bebé.

LA ONDULACIÓN MATERNA

Esta regresión parcial no se ordena. Es una inmersión en lo arcaico, la era primaria de la infancia, es necesaria pero temporal. Un estado no permanente, pero ondulatorio. Sumergirse, volver a subir, sumergirse, volver a subir. La intuición materna es sostenida por ese mecanismo, se dice que entre la madre y el bebé existe una telepatía. Antaño, se evocaba el “instinto materno”. No se trata de eso. Ese estado de debilitamiento con tonalidad depresiva es un fenómeno inconsciente que puede implantarse entre un niño y cualquier adulto, aun si no es su madre de nacimiento. Por fortuna. Si no, todos los niños separados de su madre en el momento de nacer se volverían locos o no podrían sobrevivir a la separación. La hipersensibilidad necesaria para la relación con el pequeñito, el debilitamiento vinculado con re-

gresiones parciales necesarias para la adaptación a las necesidades del lactante, y la tonalidad depresiva están vinculados. Pero la depresión y la fragilidad son los terrenos predilectos de la culpabilidad. He ahí por qué el sentimiento materno y la culpabilidad se imbrican tan estrechamente. Toda persona en relación privilegiada y responsable prioritariamente de un niño muy pequeño, si está implicada afectivamente con él, se sentirá más o menos en ese estado. A medida que el niño enriquece sus medios de comunicación y su locomoción, el adulto contrae sus receptores arcaicos y se reabsorbe su fragilidad.

Durante mucho tiempo se mezcló todo respecto de las mujeres. El cuerpo, el instinto y la presencia. Que la madre lleve al niño en su cuerpo y lo amamante a veces no hace más natural el hecho de que se ocupe de él plenamente. El hecho de que la relación madre-hijo sea intensa y de gran fusión no significa que se trate de instinto materno. Ese mito del instinto materno y de la mujer naturalmente madre no aguanta la observación y el análisis. La madre se consagra a cuidar de su bebé porque lo desea y puede hacerlo, y no porque sea natural. Desde luego, ocupa al lado del niño un lugar específico, mezcla de cuidado y de solicitud profunda; cuando ese lugar es ocupado por alguien más, se suele hablar de sustituto materno. Esa expresión no es justa, pues permite creer que se puede sustituir a la madre del niño, lo que es falso. No se puede remplazar a una madre ni a un padre, se les puede relevar o representarlos ante el niño. Entonces, ¿cómo llamar a ese lugar que eventualmente puede ser ocupado por alguien más? Un pequeño Alexis, de seis años, me ayudó, lo llamaba su “gran prójimo”. Superdotado y psicótico, sabía de maravilla dar un nombre a los lugares, su drama era querer ocuparlos todos él solo. Un día que le hablaba de su madre agotada, se había puesto a cantar: “Era el gran prójimo que vacilaba, me acuerdo muy bien...”

EL BEBÉ Y SU GRAN PRÓJIMO

En cierta manera, el niño y su gran prójimo van a crecer juntos. A condición de que no se les deje solos. Las madres, en general, aceptan ocupar ese lugar y dejarse ir momentáneamente hacia ese estado de ondulación del que hablábamos. Otras mujeres no lo logran. Encontrarán otras maneras de ejercer su solicitud materna hacia sus hijos. Una madre no siempre es maternal. No deja por ello de ser una

madre igual de vital para su bebé, si ella y su entorno saben organizarse de otro modo. Lo importante para el niño es tener su gran prójimo personal; si no es su madre, hay que avisárselo y explicarle por qué. Por facilidad, se cree que la madre está “naturalmente” en posición de llevarlo en su mente y en sus brazos, por simple continuidad del estado de embarazo. Si la madre lo desea y puede, ¿por qué no? Pero si, por razones externas o internas, la madre se ve obligada a abstenerse de ser “el gran prójimo” de su bebé, nada impide relevarla a su lado. Se puede muy bien soportarlo y aceptarlo bajo ciertas condiciones.

Sigue habiendo un malentendido sobre el lugar de la maternidad en la vida de una mujer. Magnificado por unos, para legitimar concepciones reaccionarias sobre el papel de las mujeres; vuelto trivial por otros, para no correr el riesgo de hacerse encasillar en él. En ambos casos, las mujeres pagan. Las que quieren dar muestra de que pueden hacerlo todo, la carrera, los hijos y el amor, tanto como las que consideran poder asumir todo del don de sí mismas a los demás, a sus hijos, a su marido, a sus obras.

Que tengan una actividad profesional o no, a menudo las mujeres permanecen silenciosas sobre lo que viven en proximidad de los hijos y que no es tan fácil. ¿Creen ellas que el derecho de desearlos implica el deber de soportar todo? Entonces, la contracepción ya no es un medio de liberación. Ser libre implica también autorizarse a pedir ayuda. La mayoría de las madres que he escuchado confiesan su necesidad de estar con su bebé el suficiente tiempo para “gozar de él”, pero al mismo tiempo no quieren estar demasiado solas. ¿Gozar de su bebé? ¿Qué significa esta expresión habitual? Si se establece una relación entre el pequeño y su madre, es tanto la madre quien alimenta al niño de seguridad y de ternura como el niño a su madre. La fragilidad materna, cuya utilidad acabamos de mostrar, es el vínculo privilegiado con el bebé el que la induce y es un punto de anclaje exterior a ese frente a frente que la reduce.

EL DESEO DE TOMAR AIRE

Por eso la paternidad también es un asunto de presencia física junto a la madre y al hijo. Habiendo caído las regresiones ondulatorias a las que está sometida durante los primeros meses del hijo, debe po-

der dejarse navegar sobre las olas de fusión y encontrar a alguien a su lado, cerca del hijo, cuando alcanza la orilla. Si se trata del padre de los hijos, mejor, si se trata de otro hombre, también. Cuando el padre está ausente, es triste, desde luego, pero la mujer puede apoyarse en otras presencias. Las palabras elegidas por las madres para expresar su necesidad, en ese periodo, son elocuentes. Poder “tomar un poco de aire”, “salir un poco”, es decir hacer otra cosa, ser relevada al lado del hijo. Las madres comunes y corrientes se atreven muy poco a decir que las apasionan sus hijos, pero que justamente porque les atribuyen un lugar muy importante en sus vidas, necesitan tiempo sin ellos, para “serenarse”, “recobrar el dominio de sí mismas”, “ocuparse un poco de ellas”, como lo dicen también.

Evoco situaciones habituales, no las situaciones patológicas. Evoco aquí los ocasionales “me desmorono”, los umbrales de saturación hablados, y no los desenfrenos y los rechazos que pasan por los actos. Hablo de las mujeres que viven, y además con su maternidad, con tonos variados y personales, pero siempre en un vínculo afectuoso y alimentado hacia su hijo. Las Martine, Audrey, Marie-Laure, Nadira, Sarah, y Anne-Claire, mujeres de la era de la contracepción, de la ley Veil, de la pareja basada en la elección recíproca de vivir juntos para lo mejor y sin dominio, son madres que reconocen sus límites. Esas mujeres que sacan el mejor provecho de las luchas de sus madres y de sus abuelas y que más o menos tienen niños cuando lo desean, si quieren y con quien quieren, buscan al lado de los hombres una mayor connivencia en torno a los hijos. Ellas no saben cómo expresarlo, ellos aún no saben sentirlo.

MATERNIDAD, MAGIA Y AMBIVALENCIA

Nunca se recuerda lo suficiente que las casas de maternidad desembarcan a algunas mujeres en las orillas salvajes en las que acecha la amenaza de emociones violentas, de actitudes psicológicas en donde es difícil aclarar el justo lugar de los sentimientos y de las sensaciones. Y esto aun en el caso de las madres más equilibradas, que movilizan su ternura, su admiración, su paciencia y su pasión por su hijo pequeño. Pero el cara a cara con un lactante, la repetición obsesiva de sus necesidades y de sus ritmos presentan un riesgo. Una madre que siente a su bebé tan frágil y dependiente puede verse conducida, debido a que supo traer a la vida a su hijo, a la posible inversión de privarlo de ella. A veces tiene la impresión de que su fuerza materna podría transformarse en una peligrosa capacidad de no proteger a su bebé o, aún más, de dañarlo.

La ambivalencia, parte integrante de la persona humana, se experimenta de manera más particular en el momento de los trastornos afectivos que provoca la llegada de un bebé. Esta ambivalencia genera angustia o violencia. Para serenarse y proteger a su hijo, la madre busca ayuda en la tradición o el imaginario recurriendo a veces a los cuentos de su infancia. El cazador surge del bosque para matar al lobo malo, las buenas hadas inclinadas sobre la cuna invocan sus poderes para proteger al niño y dotarlo de todas las virtudes.

En torno a la cuna, las palabras resuenan: “¡Es maravilloso!” “¡Es increíble cómo reacciona!” “No puedo creerlo.” “Es mágico lo que sucede.” “Es extraño lo que sentí.” Se encuentra a menudo, en el discurso de los padres emocionados por su recién nacido, expresiones que pertenecen al campo de lo mágico, de lo maravilloso, de lo sobrenatural, de lo indecible o de lo irracional.

SENTIRSE ABRUMADA POR SUS SENTIMIENTOS

¿Qué mujer no se ha enojado con su bebé de algunos meses que la despierta cinco veces por noche cuando es la única que se levanta? ¿Cuál jamás sacudió a su pequeño de un año que no la deja un minuto en paz porque desea experimentarlo todo? ¿Qué madre no ha sentido subir en ella una agresividad desmedida respecto de sus hijos? ¿Qué madre no ha pensado que “lo hacían adrede para hacerle la vida difícil” en caso de enfermedad o de pipí en la cama? ¿Qué madre no se ha sentido acosada, cuando todas las noches sus hijos se niegan a ir a la cama?

En la mayoría de los casos, la violencia experimentada permanece imaginada y no pasa a las palabras o a los hechos. Pero la frontera es tenue. Esos sentimientos de amor y de odio mezclados se llaman la ambivalencia, y la ambivalencia está siempre presente en la relación entre los padres y sus hijos, más o menos fuerte, más o menos visible, más o menos consciente.

Agresividad, sentimiento de impotencia, impresión de hostigamiento, saturación, rechazo, el niño pequeño excita en aquel o aquella que está más cerca de él ganas de matar. Estos impulsos mortíferos son dominados mientras se entremezclan con seguridades afectivas profundas. Pero cuando una madre ya no encuentra en sí sus seguridades interiores, es necesario que vaya a buscarlas en el exterior, al lado de los demás.

Para tejer una trenza se necesitan tres hilos, por eso los psicoanalistas insisten tanto en una tercera persona para la madre y para el hijo. Ese tercer hilo da la firmeza, puede ser el padre si es tranquilizante para su compañera, si no se encuentra él mismo en una relación de fusión con su bebé y si puede encontrar en él los puntos de referencia procedentes de otra parte. No es tan fácil. Cuando el padre no puede asumir esa función, algunas madres logran encontrarla al lado de un prójimo en quien confían para sí mismas y para el niño. Con más frecuencia de lo que se piensa, los colegas del trabajo juegan ese papel tranquilizador con la madre, lo que implica que no trabaja en casa. La actividad profesional es estructurante para las nuevas madres porque aporta un marco de referencia y exterioridad. Cuando el marco profesional es coherente, permite contener la ambivalencia, distanciarse, desdramatizar, pensar en otra cosa y calmarse.

¿LAS HADAS SE INCLINAN TODAVÍA SOBRE LAS CUNAS?

¿El recurso a la superstición, a lo sobrenatural sería en algunas mujeres un medio para controlar su ambivalencia? Bastaría invitar a una potencia externa, cumplir algunos rituales para canalizar la angustia. Ciertas madres recurren como refuerzo a las seguridades de su infancia, los cuentos y leyendas de la edad del pensamiento mágico.

La magia remite a una actitud, a pensamientos o prácticas que se encuentran con más o menos vivacidad en todas las culturas, producidos por lo imaginario, apuntando a dominar fenómenos inexplicados, inquietantes o angustiantes, con el objetivo de protegerse de ellos o para proteger a los demás. Así, una madre ingeniera química evitará las escaleras de su casa en obra en el momento de su embarazo. Después de su alumbramiento olvida ese temor, que resurge en cuanto carga a su bebé en brazos. “No tengo miedo por mí, sino que es por él por quien no puedo tomar ningún riesgo. Sé que eso es completamente idiota.”

Otra, desde el nacimiento de su bebé, empieza a tener miedo de noche cuando su marido está ausente. Se descubre cerrando todos los armarios porque escuchó a su abuela decir que dormir con los armarios abiertos traía desgracias. No habla de ello con nadie por lo mucho que “se siente avergonzada de haberse vuelto tan aprensiva”, dice.

Se reencuentran algunas tradiciones referentes al embarazo, como por ejemplo la de no anunciarlo más que a partir del tercer mes, y de no preparar la canastilla del bebé hasta el sexto, “antes, trae mala suerte”. Sin olvidar lo que antaño se llamaba los “antojos de las mujeres embarazadas” que hay que satisfacer cueste lo que cueste pues el niño correría el riesgo de llevar su huella.

La magia, el pensamiento mágico son característicos de toda la pequeña infancia. Mientras más pequeño y dependiente es el niño, más se angustia y debilita el adulto, y más opera el pensamiento mágico, con toda inconciencia. Se manifiesta por mecanismos imaginarios, a veces hasta alucinatorios.

Se comprende entonces mejor por qué, ya que el embarazo, el parto y la proximidad cotidiana con un lactante tienen un efecto que origina euforia al mismo tiempo que desestabiliza, algunas madres se ven llevadas a hacer resurgir en ellas para tranquilizarse mecanismos infantiles de relación mágica con el mundo y con los objetos.

Sucede a las nuevas madres creer que son malas madres porque tienen pensamientos negativos. Imaginan que, puesto que el bebé percibe tan bien las cosas, podría leer sus pensamientos y sufrir de todo lo que ellas sienten.

Abrumadas de culpabilidad y de inquietud, para protegerse con su hijo convocan instancias superiores que pueden ser los sortilegios, las leyendas o la religión. Encuentran en ellas puntualmente un ordenamiento de lo bueno y de lo malo que las tranquiliza. La magia blanca se distingue de la magia negra y el Dios bueno del diablo malo. Las buenas hadas y las malas brujas separan, seleccionan los sentimientos. Esta clasificación alivia la angustia consciente de que en sí mismas pueden cohabitar las dos madres míticas, la buena y la mala.

El recurso medido por la superstición, la religión o la ciencia como objeto de creencia obedece finalmente a la ética materna. Es en este sentido en el que, si la madre necesita un recurso a instancias supuestamente superiores, por lo que se resiste a caer en la trampa de la idealización de la maternidad y de su omnipotencia.

Lo más inquietante para un niño no es que su madre alimente sentimientos ambivalentes respecto de él, no es que busque “astucias” para regular su angustia, lo más inquietante sería que se negara a sentir que necesita de los demás. La madre se precipitaría entonces en la arcaica ilusión de ser omnipotente y correría el riesgo de considerarse el dios de sus hijos.

CULPABILIDAD U OMNIPOTENCIA

Así sucede con las mujeres que toman al pie de la letra el discurso beatificante de la maternidad. Se adornan con los atributos discutibles de la virgen-madre llevando al hijo erigido en gloria de su narcisismo exacerbado. “A mí, mi hijo me llama todas las noches”, claman.

Las mismas u otras prefieren la mística y desgarradora queja de la *mater dolorosa* sacrificada sobre el altar de la abnegación materna, total y absoluta, expuesta a la ingratitud de todos. “Yo que sacrifiqué todo por ellos”, gimen cuando los hijos por fin se van, para quienes aún pueden permitirselo.

Como psicoanalista, trabajo sin cesar con mujeres confrontadas con la complicada felicidad de ser madres. Juntas, nos esforzamos por encontrar un camino que conduzca a la posición ética de la madre en la relación con el hijo. Lograr que ceda el punto de sutura en el que el hijo se vuelve el objeto de las madres las alivia de un poder exorbitante que reduciría al padre a la condición de apéndice.

SABER RETRAERSE PARA DEJAR LUGAR

Como lo dice tan bellamente el psicoanalista Marc-Léopold Lévy, “la madre es una presencia que se ausenta y el padre es una ausencia que se hace presente”.¹ Una madre a la Winnicott, “buena justo lo suficiente”, es una mujer que se distancia progresiva y afectuosamente del campo de visión de su hijo para no ser más una pantalla para el padre y todos los demás. No confunde brindar seguridad e invadir. Da su atención, sin situarse en el centro del mundo de sus hijos.

Algunas madres no están dispuestas a retractarse para dejar espacio a los demás. De “embarazada” fortificada en el embarazo, tan plenamente evidente, no admiten dejarse destronar. ¿El padre está allí?

¹ M. L. Lévy, “De l’origine de Dieu”, en *Che Vuoi! Revue de Psychanalyse*, Le religieux, núm. 8, L’Harmattan.

Más vale, pero que tenga mucho cuidado. En el lugar que se le señala, por favor. Contar el cuento de la noche, llevar al niño a las sesiones de bebés nadadores, reparar la bicicleta, sancionar sobre pedido o ser buen psicólogo, que actúe como se le dicta. Desde luego, la mujer tendrá razón: trabaja demasiado o no es más que un bueno para nada porque se fue. Desde luego, los defectos de los niños se le imputan a él puesto que, en lo tocante a las cualidades, los niños se parecen a ella.

He aquí de vuelta a la “madre triunfadora” ya evocada y que puede escribirse también como “la madre total”. No percibe que un hombre pueda haber participado en la concepción del bebé, le parece incongruente que pueda ser tan vital como una madre, y se atreve a quitarle la razón, surge la amenaza de privación de los derechos paternos. Algunos hombres, que encontraron por fin la fuerza para divorciarse a pesar de la amenaza de ya no ver a sus hijos, comprueban que cuentan más para sus hijos, aunque ya no los vean todos los días. En ciertos casos, el divorcio devuelve el padre a sus hijos.

Esas mujeres, que juegan el papel de “madre triunfadora”, tienen dos actitudes posibles en una entrevista psicológica. Las más expansivas me dan la impresión de ocupar todo el espacio de la palabra, y su cónyuge, como suele decirse, no puede “decir ni pío”. La otra versión de la “madre triunfadora” me hace ver a una mujer hecha estatua, silenciosa, inmóvil y perfecta que no habla más que en el momento oportuno, justo lo que se necesita para inducir la dirección que su marido debe tomar, dejando para después el decirle discretamente “que dice burradas, pero ya que considera saberlo todo, pues bien que prosiga”. Palabras destiladas, a la manera de un gota a gota desvalorizante. El hombre que la sedujo y al que tal vez amó, se transforma en un padre balbuceante, ridículo, castrado. Son esas mujeres las que alimentan la pompa del machismo.

VIEJAS HERIDAS...

Ciertas mujeres dominadoras están tan omnipresentes como antiguas, profundas e inhibidas son sus heridas. Cuando se resquebraja la concha debido al surgimiento de su sufrimiento inconsciente, entregan las armas y confiesan su soledad y su dolor. Entonces relatan su infancia engañada, su sensibilidad y su finura maltratada, o su pa-

sado oculto. Tan nocivas como patéticas, su dominio es un vacío, el rencor una queja y su cólera el grito de un niño que se sintió perdido. El drama de esas madres es exigir sin saber pedir. Pues pedir supone dejar al otro decidir lo que va a dar. Pero ellas, que antaño fueron mal alimentadas de ternura, tienen miedo y desconfían de lo que viene del otro. Pasan sus relaciones por el tamiz de su decisión. Se necesitarían para las mujeres que juegan a la “madre triunfadora” de probadores para cerciorarlas de que el amor que se les da no está envenenado. Sucede a veces que esperan de su psicoanalista, durante un cierto tiempo, que asuma esa función inesperada.

La madre es una presencia que se ausenta, y el padre una ausencia que se hace presente, decíamos. Pero conviene recordar que el padre, presente biológicamente desde el origen, durante la época de la vida uterina, está presente en la madre. Haber recibido en su cuerpo el espermatozoide del hombre compromete a la mujer, durante el embarazo, a acoger en su cabeza un padre para su hijo. En la actualidad, cada vez más pronto, el padre es presencia corporal y parlante. En el momento del nacimiento y mucho antes, ya sea en las percepciones espontáneas del bebé “al acecho”, o de manera voluntaria, por las palabras y los gestos que dirige directamente a su esposa, al niño, ya a su hijo.²

Algunas madres ceden más lugar al padre durante el embarazo que después, algunos padres establecen mucho mejores relaciones con un niño imaginado que con un niño real. Pero lo que un bebé habrá recibido de bueno durante su gestación, no lo perderá. Lo que no recibió, habrá de encontrarlo por sí mismo.

ENTRE UNA MADRE OMNIPOTENTE Y UN PADRE EN EXPERIMENTACIÓN

Con el tiempo, los hombres se interesan cada vez más en sus hijos pequeños.³ Y si apenas se recuerda a los papás de los años cincuenta, cómplices de trenes eléctricos, se rememora mejor a los padres de los años sesenta, encantados de enseñar a sus hijos ya grandes a andar en bicicleta o el dominó. Con la ráfaga de mayo del 68, la atracción a la libertad y el retorno a la naturalidad, los bebés no se quedaron cor-

² “Vie prénatale du côté des bébés: L’expérience haptonomique”, en *Actes du colloque Gipsy II, Le bébé dans tous ses états*, Odile Jacob, 1998.

³ Y. Knibielher, *Les pères aussi ont leur histoire*, Hachette, 1987, y C. Olivier, *Les fils d’Oreste*, Flammarion, 1994.

tos en la mente moderada de los hombres. La revolución de pensamiento de los años setenta llevó a cabo una pequeña limpieza de los estereotipos masculinos y femeninos, y los padres empezaron a encontrar conveniente cargar, alimentar, pasear a sus bebés y explicarles el mundo. El desengrase de las mentalidades de los años ochenta hizo que se engranara mal el motor de la igualdad, pero los años noventa sólo comprobaron los fracasos en los comportamientos. La velocidad anunciada de los cambios tarda en indicarse en el velocímetro de las costumbres. Los nuevos padres están todavía en experimentación. Tal vez es mejor así. Pues el padre que rivaliza con los estereotipos femeninos en el espacio familiar es tan estéril como las mujeres que rivalizan con los estereotipos masculinos en el mundo del trabajo.

Entre la “madre triunfadora” y un padre “en experimentación”, la culpabilidad respecto del hijo está en su apogeo. Pues la “madre triunfadora” apuesta tanto a las proezas de su progenitura para validarse como supermadre que no se perdona ninguna flaqueza de su hijo. La más mínima huella de malestar o de falla en su hijo le parece un fracaso personal y suscita una culpabilidad proporcional a sus ilusiones de perfección. Persuadida de poseer el dominio de lo que llegará a ser, sólo puede decepcionarse si no es conforme al modelo imaginado, lo que sucederá tarde o temprano. La decepción es uno de los indicadores del porcentaje de dominio imaginado. Y la culpabilidad, exhibida de modo demasiado consciente, es un mecanismo de defensa contra la ambivalencia materna respecto de su hijo. En cuanto una madre llora con lágrimas de sangre con ostentación, se puede suponer que posee un fantasma de omnipotencia sobre sus hijos, entre otros. Una madre, buena lo justo, es para mí una mujer que sabe ausentarse sin dar la espalda a su hijo, estar presente para él sin acapararlo. Además debe saber y aceptar que sobre él no posee ni el poder de hacerle todo el bien, ni el poder de ser el único origen de su mal. Una madre soportable es una madre que se siente humana, es decir limitada.

UNA MADRE NO ES MÁS LEGÍTIMA QUE UN PADRE

Un viejo proverbio dice “mamá segura, papá tal vez”. ¿Puede ejercerse un imperio absoluto sobre el hijo porque se le dio la vida? No, jus-

tamente es por esa razón que la madre debe dejar al niño el espacio para construirse fuera de su influencia, de su protección y de sus cuidados.

La participación paterna en la concepción de su hijo parece ser, para ciertas mujeres, un epifenómeno, un dato puntual del que no sacan las conclusiones simbólicas que eso impone sobre la co-concepción del hijo. Un hijo nace de la diferencia de los sexos, se concibe justamente en el encuentro sexuado de esta diferencia. Y eso, aun si se requiere la medicina para la procreación. La exaltación del embarazo y del parto provoca en algunas mujeres la ilusión de que son las únicas en dar la vida, aun cuando sólo la llevaron para transmitirla. Es una vertiginosa ilusión dar la vida, que induce su reverso: poder retirarla, no preservarla. Las madres que prefieren considerarse solas al principio, a menudo están solas después y lo padecen, sin importar lo que digan ante los micrófonos y las cámaras, nuevos inquisidores de la modernidad.

El sentimiento de culpabilidad respecto del hijo, presente desde que surge una falla en el programa fijado por esa madre, encuentra su origen en una convicción íntima de omnipotencia. De toda madre, la madre-triunfo pasa a totalmente sola, y totalmente sola se deriva a omnipotente. Pero en el primer obstáculo se rompe la cara sobre su omnipotencia. Entonces, agotada, decepcionada, desalentada, se siente víctima pasiva de una realidad perseguidora.

Se le escucha entonces llorar, “desde luego, esa maestra incapaz, la toma con mi hijo, porque bien ve que es más inteligente que los demás”. En sus fases depresivas, es inagotable en reproches o reivindicación. El niño prodigio que había engendrado, evidentemente los demás no pueden más que celárselo y maltratárselo. Padre, abuelos, nodrizas, médicos, nadie está a la altura de la tarea asignada. Y luego surge, en la fase siguiente, una transferencia pasional, sobre algo o alguien que les parecerá la solución a todo. Idealizan entonces tal religión, tal medicina paralela o escuela, médico, psicólogo o amiga. Es el estado de gracia de la fusión recobrada, con la buena madre desprovista de debilidad, que funciona como espejo de la omnipotencia. Pero no dura, el otro se revela un día también limitado, no se lo perdonará, y de golpe pierde. Hela aquí que vuelve a partir. Tenía razón de no creer más que en ella.

SENTIRSE CULPABLE PARA NO PONERSE EN TELA DE JUICIO

La madre-triunfo es una luchadora de todo o nada. Entonces se declara a sí misma nula o menos que nada y culpable de todo. Esperando desde luego que se le relevará, que se le revalorizará: “Sí, sí, usted es formidable.”

El sentimiento de culpabilidad en la madre-triunfo se pone en beneficio del totalitarismo materno, que ejerce sobre sus hijos y sobre los demás. Jamás es para ella, desde luego, sino en nombre del hijo, de las necesidades del hijo, del interés del hijo.

Sentirse culpable puede aquí servir de escudo preventivo para cualquier cuestionamiento. No vale la pena poner en tela de juicio la manera en que se ocupa de sus hijos, puesto que ella misma dice: “Sé bien que no debería meterlo a mi cama en la noche, pero qué quiere usted, es más fuerte que yo, soy una madre posesiva.” Y para qué decirle sus cuatro verdades ya que se autoflagela: “Es mi culpa si mi hija se volvió tan agresiva, qué quiere usted, cuando su padre nos abandonó, me consagré a ella, le serví de padre y madre. Me dice que estoy demasiado gorda, pero ya verá cuando tenga mi edad, estará peor, tiene el cuerpo de mi suegra, siempre le he dicho que se cuide.” No deja ninguna falla, no deja a los niños ninguna oportunidad de escapársele sin violencia, de separarse de ella, de ser diferentes y de existir independientemente. Es paradójica. Que su hombre la abandone y lo llama al orden, que le ofrezca su ayuda y le constará que no vale nada.

En la madre triunfadora, el sentimiento de culpabilidad es un asunto de poder. Su culpabilidad respecto de sus hijos es un arma que esgrime contra ella para desactivar la agresividad que suscita. Es también un arma que apunta hacia los demás para debilitarlos y someterlos. La madre triunfadora es muy inteligente, está herida y es hiriente. La madre triunfadora es posesiva y dominante, está culpabilizada y es culpabilizadora. Representa la felicidad de los hombres que no sueñan más que con experimentar por su intermedio que una mujer es castrante y que después de haberle hecho hijos, se tienen buenas razones para ir a hacer el amor a otra parte. La madre triunfadora y el machista son una pareja infernal que constituye el relevo reaccionario para las generaciones futuras.

LAS MADRES NI PERFECTAS NI COLMADAS

Si la fragilidad social de las mujeres hoy día pasa por los hijos, se debe a que la relación con el hijo está demasiado sobrecargada de culpabilización. Desde luego, los niños necesitan a su madre, pero no de su culpabilidad. La fragilidad de las nuevas madres no es una fragilidad de mujer. Se puede estar debilitado por la llegada de un bebé, el malestar de un hijo o la enfermedad de otro, sin por ello volverse una mujer frágil en otros ámbitos de su vida, a partir del momento en que no permite uno ser invadido por una culpabilidad estéril.

¿Debe recordarse de nuevo que una mujer que tiene hijos se vuelve una madre al mismo tiempo que sigue siendo mujer por pleno derecho? La prueba es que siempre hay desgarramientos en ella entre la mujer y la madre. Cuando la mujer desea tomar las de Villadiego, la madre la detiene. Cuando la madre quiere invadir todo el espacio, la mujer abre las puertas para dar aire e indicar la salida. Los desgarramientos internos, los permanentes reequilibrios que tan a menudo se reprochan a las mujeres son indicios de su salud. Una mujer que no fuera más que uno con su feminidad, una mujer que no fuera más que uno con su maternidad, la plenitud integral, el equilibrio adquirido, no existen. Y más vale para los hijos y también para el hombre, que pueden respirar, *uf, no es ni perfecta ni está colmada.*

La importancia del investimento materno, el sentimiento de culpabilidad que de ello surge no carecen muy a menudo de efectos en la pareja. ¿Pero podría llegar a decirse que el hijo sería un freno a la igualdad entre los hombres y las mujeres? No, no lo creo. En el fondo, consolida su vínculo en la diferencia. Está bien.

Lo molesto es que en la cotidianidad la diferencia se trasluce muy a menudo en perjuicio de las madres. Algunas lo aceptan o se adaptan a ella, otras la padecen y discuten sin encontrar la salida. La salida no depende sólo de ellas. Se encuentra en la relación de las mujeres con los hombres, sin menospreciar el lugar ocupado por las instituciones. La culpabilidad de las madres es un parásito que debilita a la pareja y al mundo laboral, prolongando lo íntimo hacia el exterior. Más allá del prejuicio padecido por los hijos, es la sociedad la que está implicada y es corresponsable.

SEGUNDA PARTE

LOS NIÑOS CUYOS PADRES TRABAJAN

Las mujeres se sienten desgarradas entre el trabajo y los hijos por buenas razones. Razones interiores, psicológicas y razones exteriores, inducidas por la realidad cotidiana. Sus hijos se ven enfrentados a un modo de vida sobre el cual ellas se interrogan con justa razón.

Las preocupaciones se expresan en masa. Los riesgos de una separación precoz, el dilema de saber a quién confiar al hijo, la tristeza engendrada por la falta de tiempo y de disponibilidad. Como telón de fondo se perfila la angustia de experiencias traumatizantes de soledad y de abandono para el niño que amenazan con perturbar su desarrollo psicológico y obstaculizar su porvenir escolar, social, amoroso, familiar.

La lista de preguntas es larga: ¿no es demasiado pequeño para ser confiado a personas ajenas? ¿Se le dará bastante ternura en mi ausencia? ¿No corre el riesgo de encariñarse más de su nana que de mí? Demasiado pequeño para expresarse, ¿cómo saber si sufre? ¿No se va a traumatizar para siempre? Regreso tarde, no estoy aquí para vigilar sus tareas y sus relaciones, ¿no corre el riesgo de fallar en todo? No tengo el tiempo para jugar con él, no estoy aquí el miércoles para invitar a sus compañeritos de escuela, temo que se sienta aislado.

¿Cómo establecer la diferencia entre la necesidad de cuestionarse y el riesgo de culpabilizarse inútilmente respecto del porvenir de los hijos? Es necesario seleccionar entre las preguntas que requieren más información acerca de los hijos, las que exigen mayor acción política y social, y aquellas... que son falsas preguntas. ¿A quién dirigirse para compartir sus preocupaciones? ¿A los amigos? ¿Las revistas? ¿Los libros? ¿La familia? ¿Los especialistas? Las madres buscan soluciones que les gustarían ya listas. Pero es imposible. Ningún niño reacciona como otro; ninguna madre siente las cosas como otra; ninguna familia se parece a otra. Los profesionales de la educación denuncian hoy en día, de modo un poco rápido, la dimisión de los padres. Salvo los padres enfermos mentales o en situación de grave precariedad social —y aun así—, jamás he conocido a padres dimisionarios, por lo menos cuando los niños son pequeños. En cambio, he conocido a muchos padres que padecen el haber sido excluidos, des-

valorizados o mal informados por los servicios y las instituciones. La escuela, el hospital, los servicios sociales prodigan cuidados, recomendaciones y reproches, pero la asociación respetuosa entre los profesionistas y los padres sigue siendo escasa. Los padres, con el tiempo, se habitúan a dejar hacer a quienes saben y pueden mejor que ellos... por lo menos eso creen. Quienes aún no han sido metidos en cintura por instituciones despojantes, están comprometidos, curiosos de saber, preocupados por actuar bien. Los psicólogos y los psicoanalistas sólo pueden aportar modestamente su ayuda a la reflexión de los padres y de las instituciones a partir de su conocimiento del desarrollo del niño y de los mecanismos psicológicos que rigen las relaciones entre los niños, las familias y los profesionales del niño. El niño tiene su propio mundo interior, infinitamente vinculado con el mundo exterior, pero no depende por completo de éste.

Liberémonos primero de falsas verdades que culpabilizan.

Cuando se plantean falsos problemas, la solución no existe. Lo que permite seguir fingiendo buscar. Se habla entonces del “eterno problema de las mujeres” desgarradas entre trabajo y maternidad. Y se las deja “arreglárselas solas”.

LAS FALSAS VERDADES QUE CULPABILIZAN

La culpabilidad materna no es ni un defecto ni una anomalía genética, es un sufrimiento que circula entre una madre y sus hijos. Está tanto más presente puesto que las obligaciones profesionales de la madre son fuertes y sus hijos son pequeños. Tres falsas afirmaciones entranpan la reflexión acerca del trabajo de las mujeres que tienen hijos y las desvían de los objetivos por alcanzar en el seno de la sociedad.

Primera falsa verdad: el compromiso profesional de las madres es nocivo para el equilibrio psicológico de los niños. Segunda falsa verdad: cuando la madre se siente bien, los niños están bien. Tercera falsa verdad: para un niño nada vale su madre.

Estas tres proposiciones, comúnmente admitidas pero sin fundamento psicológico, muestran la manera en que la sociedad opone resistencia a tomar en cuenta verdaderamente el trabajo de las mujeres. Evitan a los responsables políticos asumir la organización de un sistema de guarderías en cantidad y calidad suficientes para los niños; estas aserciones frenan la evolución de la división de las responsabilidades familiares y domésticas entre los padres y las madres; en fin, estas falsas verdades ocultan el desarrollo de un nuevo lugar del trabajo tanto en la vida de los hombres como en la de las mujeres. Concepción que convoca la reestructuración de los ritmos escolares de los niños y de los tiempos de trabajo, de los hombres y de las mujeres.¹

¿Qué pueden hacer las mujeres situadas así en el centro de las dificultades? Sentirse culpables. Puesto que no encuentran los medios para resolver la cuadratura del círculo, se acusan a sí mismas.

¹ Cf. "L'emploi en Europe, 1998", Informe de la Comisión Europea.

PRIMERA FALSA VERDAD:

EL TRABAJO DE LA MADRE PERTURBA A LOS HIJOS

No, no existe un vínculo directo entre el trabajo de la madre y la salud psicológica de los hijos.

Los estudios e investigaciones, desde los años setenta, no revelan diferencias perdurables en el desarrollo social, intelectual y motor de los hijos. Las pocas diferencias positivas o negativas observadas en esos niños obedecen más a las condiciones en las que se maneja la separación, a la calidad del modo de guardería, al estado de las relaciones entre padres e hijos que al trabajo exterior de la madre.² Si algunos trabajos ponen en evidencia diferencias de comportamiento entre los niños al cuidado de su madre y quienes son confiados a otros durante el día, esta diferencia se desvanece entre los cuatro y cinco años de edad. La variable dominante sigue siendo el medio socioeconómico de la familia (cuyo nivel no puede más que mejorar con un sueldo complementario).

¿Qué me enseña la práctica? Los niños que requieren ayuda psicológica son tanto los niños cuyas madres tienen una actividad profesional como los demás. Señalemos que las madres que trabajan fuera del hogar tienen con más facilidad el recurso para una ayuda psicológica para su hijo cuando observan una dificultad de comportamiento, de relación o de desarrollo. Conscientes de estar menos presentes en la vida cotidiana, prefieren protegerse del riesgo de pasar al lado de un problema. Aprendieron que no podían hacer todo solas. No siempre sucede así con las madres de tiempo completo, quienes, en una situación similar, intentan resolver solas el problema, como tienen la costumbre de hacerlo con el resto.

¿Por qué no es posible establecer un vínculo directo entre el trabajo o no trabajo de la madre y el equilibrio psicológico de los hijos? Porque para estos últimos, el problema no se plantea así. Desde luego los acontecimientos externos interfieren con el devenir de los niños, pero interferir no significa determinar. El niño no es un receptáculo, fruto de una causalidad educativa, un objeto moldeable desde el exterior. Es un sujeto. Desde el principio de su existencia tiene su manera propia de reaccionar a lo que le sucede, y su psiquismo se ve animado por mecanismos conscientes e inconscientes. Gran parte de su

² A. Florin (bajo la dirección de), "Modes d'accueil et développement du jeune enfant", investigación de la CNAF, 1999. (CNAF, siglas en francés para Caja Nacional de Subvenciones Familiares.)

mundo imaginario y fantasioso nos pasa inadvertido a pesar de los increíbles progresos del psicoanálisis de los niños, sobre todo de los bebés.³ Esto debería volvernos prudentes y modestos: por fortuna, no somos omnipotentes en nuestra relación con los niños.

Renunciemos a esta ilusión de omnipotencia de la realidad exterior sobre la vivencia interior de los niños, y como consecuencia rechazemos de igual manera los vínculos de causalidad directa entre el desarrollo del niño y el trabajo de la madre; porque esto no sólo es falso sino peligroso. Peligroso tanto para la madre como para el hijo.

Peligroso para la madre al inducir una responsabilidad que no tiene razón de ser, y por consiguiente una culpabilidad desplazada particularmente difícil de resolver.

Peligroso para el niño, criado conforme a un razonamiento patógeno que se enuncia en falsas equivalencias: madre que trabaja igual bebé en manos ajenas. Bebé en manos ajenas igual bebé abandonado. Bebé abandonado igual bebé con riesgo o pobre pequeño. Entonces todo el mundo se pone a pensar “pobre pequeño sin su mamá todo el día”, y el niño corre el riesgo de identificarse con este discurso imaginario y de desarrollar comportamientos o síntomas de “pobre pequeño”: caprichos, chantaje afectivo, enfermedades repetitivas, retrasos de desarrollo...

El trabajo de su madre es uno de los elementos de la realidad que el niño debe integrar en el mismo nivel que, por ejemplo, su lugar en la fratría, la presencia o ausencia de su padre en el hogar, la riqueza o pobreza de su familia, su estado de salud y tantos otros datos aún más importantes para el porvenir de su personalidad que el hecho de que su madre ejerza una profesión o no.

Un niño no llega al mundo con ideas preconcebidas del tipo “es normal o anormal que una madre trabaje”. Desde luego, quiere a su madre sólo para él. Crecer, volverse autónomo psicológicamente, es desechar ese fantasma. Ese duelo requerirá para algunos muchos años, para otros una vida no bastará.

En cambio, desde su nacimiento, el niño desarrolla una increíble capacidad para percibir los sentimientos y las emociones de sus prójimos y sus contradicciones. Es difícil de engañar a un niño pequeño; pues mientras más pequeño es, más sus receptores sensibles son perspicaces, pero aún no dispone de los medios para pensar lo que siente con tanta exactitud.

³ C. Mathelin, *Le sourire de la Joconde*, Denoël, 1998.

Lo que cuenta será la manera en que la actividad de la madre adquiere sentido para ella y su cónyuge; por ejemplo, ¿cómo influye este dato en el estado de sus padres y de sus relaciones? ¿Cómo justifica la madre ante sus propios ojos sus compromisos profesionales? ¿Cómo vive el padre el hecho de que su compañera trabaje, con las repercusiones de esa realidad en la vida material y relacional de la familia?

Todas estas preguntas remiten a la coherencia común de los padres así como a sus actitudes contradictorias. Un día, un padre me explica el hecho de que su esposa estaba demasiado cansada por su trabajo. “En fin –dice–, tomó la sabia decisión de dejarlo.” En ese momento, su hijo de cuatro años interrumpe su dibujo para decirme: “Papá, cansó el trabajo de mamá.”

Interrogarse sobre el sentido es más útil que interrogarse sobre los efectos del trabajo o del no-trabajo de la madre. Desde luego, no siempre es fácil formular el sentido de nuestros actos, pero percibimos si es justo o no. Desde luego, ninguna elección carece de algunas contradicciones. Desde luego, en fin, es difícil erradicar todas las tensiones cuando se hace hincapié en garantizar el bienestar de sus hijos.

La verdadera diferencia entre los hijos cuyas madres trabajan fuera del hogar y aquellos cuyas madres están en casa, es que los primeros son confiados durante el día a personas diferentes a la madre: al personal de las guarderías, a asistentes maternas diplomadas o no, a niñeras a domicilio, a vecinas o a miembros de la familia. Se les “socializa” más temprano. La pregunta pertinente es saber si ese modo de vida está adaptado a las necesidades relacionales de los niños y cómo hacer para adaptarlo de la mejor manera posible a las necesidades de los hijos y a las de los padres, pues está íntimamente vinculado.

SEGUNDA FALSA VERDAD:

SI LA MADRE SE SIENTE BIEN, EL HIJO SE SIENTE BIEN

Esta afirmación oculta una parte de verdad. Se basa en la siguiente comprobación: mientras más pequeño es el niño, menos puede diferenciar espontáneamente su sentir del de las personas de las que depende. En un primer plano, en su historia, suele encontrarse la relación con su madre. Satisface sus necesidades fisiológicas y afectivas, ya sea por completo, o en relevo con otras personas; estando éstas más o menos implicadas en duración o intensidad en ese lazo con el niño.

En el primer lugar de esos “otros” se encuentra, en nuestra cultura, en general, el padre. Éste podrá o no ocupar al lado de su hijo esta función de *familiar diferencia* con la madre. Cuando puede hacerlo, establece entonces dos puntos de referencia para la relación con los padres.

Es pues cierto que el estado del niño depende estrechamente del estado de su madre, pero también del estado de su padre;⁴ prueba de ello, los efectos depresivos generados en los niños por la inseguridad profesional y el desempleo de su padre. Citemos asimismo a esa niña pequeña de dos años y medio que se volvió anoréxica como eco a una pena de amor de su padre, desde que este último había renunciado a irse a vivir con una mujer a la que amaba. No era el amor extraconyugal de su padre lo que había sido perturbador para ella, sino la renuncia de su padre a dicho amor. Desde entonces, él preguntaba si su vida aún tenía sentido. Ese hombre había considerado razonable hacer esa elección, por sus hijos. Ayudando la fusión edípica, su hija le daba testimonio, al dejar de alimentarse, de que el sentido de la vida no siempre está del lado de la razón. En la escuela del sacrificio, los niños corren el riesgo de aprender muy pronto.

El vínculo entre el estado emocional de los niños y el de su madre no obedece al mimetismo. El niño filtra las sensaciones que recibe con mayor o menor eficacia, y responde a ellas con mayor o menor creatividad. Frente a circunstancias dramáticas, trata a su manera lo que resiente. Por ejemplo, algunos siguen su pequeña vida, contienen su sufrimiento. Se toman a la vez el tiempo para comprender lo que sucedió, y también, al parecer, cuidan de su entorno al que sienten trastornado. Se hacen muy pequeños, muy tranquilos, como si hubieran comprendido que no era el momento de sumar problemas. Y sólo cierto tiempo después, cuando su entorno se vuelve a estructurar, se permiten estar mal. Cuando se les explican correctamente los acontecimientos, se restituye el sentido de su historia, entonces pueden proseguir su camino.⁵

Prevenir los trastornos de la relación

El gran interés de las investigaciones de estos últimos treinta años es haber puesto en evidencia las increíbles “competencias” relacionales

⁴ Cf. J.-C. Snyders, *Drames enfouis*, Buchet-Chastel, 1986.

⁵ C. Eliacheff, *Vies privées*, Odile Jacob, 1997.

de los bebés desde el nacimiento y durante su gestación. Se observa que la actitud del recién nacido depende de la actitud de su madre (o de su gran prójimo), tanto como la actitud de la madre se adapta a la actitud del bebé. Así, una joven mamá tendrá tendencia a mirar y suscitar una comunicación cada vez más sostenida si el bebé es saludable y despabilado. Sus atenciones serán cada vez menos frecuentes si su bebé es menos saludable y poco comunicativo. Cuando la inversa sería deseable. El bebé gratificante será cada vez más estimulado e interesante. Se instaura espontáneamente una espiral transaccional positiva en la relación madre-hijo, que proseguirá con las demás personas en contacto con el niño. La niñera se sentirá atraída de modo más espontáneo hacia el niño abierto y el profesor se dirigirá más fácilmente al alumno simpático.

Al contrario, un niño poco activo, introvertido, será menos espontáneamente estimulado por su madre, lo que provocará que sea menos precoz y gratificante: se crea una espiral transaccional negativa. Lo cual se mantendrá de manera inconsciente en las relaciones que el niño establezca después con las personas que van a ocuparse de él, para guardarlo, cuidarlo o aportarle una enseñanza.

Es así como muy pronto se implanta una especie de mecánica de la injusticia psicológica entre los niños. Nadie está consciente de lo que se está instaurando, pero a largo plazo sus efectos son importantes. Se percibe aquí la utilidad de la intervención de los psicólogos y de los psicoanalistas en lugares como la casa de maternidad, los servicios de neonatología, la consulta de PMI o la guardería.⁶ A veces bastan algunas palabras para reactivar la relación entre el niño y su madre, entre el niño y su padre. Es lo que se llama la prevención de los trastornos de la relación. Ahora bien la relación es el incentivo central del desarrollo de los niños, de los aprendizajes y de la socialización. Lo que no es nada.

Afirmar que “si la madre va bien, los niños irán bien” equivale a decir que los niños van mal debido a que una madre no va bien: es una idea preconcebida de la omnipotencia psicológica de la madre sobre sus hijos. Opinión que conviene bien a quienes quieren liberarse de su compromiso, entre ellos los padres, los maestros, los educadores y los que toman decisiones políticas.

Mientras más responsable es la madre, menos lo son los demás. Mientras más se encuentra el niño en las faldas de la madre, menos

⁶ “Être psychologue de la petite enfance, est-ce courrir plus vite que les risques?” ANAPSY petite enfance, 1989.

los demás provocan efectos en él. Confiar todo a la madre evita a los demás el riesgo de participar en una relación determinante con el niño. Sólo los que no hacen nada no se equivocan. Además, las mujeres se autosugestionan. Tengo que estar bien para mis hijos. ¿Por qué habría que “estar bien cueste lo que cueste”? Se alcanza aquí el colmo de la enajenación materna. Se acabó con las crisis de identidad, terminadas las dudas sobre sí misma, su pareja o su trabajo, las angustias existenciales, los ataques de depresión, las contradicciones internas. ¡Es imperativo estar bien por el bien de los hijos! Así las mujeres se cargan aún más de responsabilidades, cuando ya se sienten bastante mal.

¿Pero qué es “estar bien”? Consultemos las revistas femeninas: descubrimos un mundo virtual en el que sería posible cuidar de su persona, salir, triunfar profesionalmente, vivir una relación muy erótica con su marido desde hace veinte años, educar a sus hijos velando sobre todo, su salud, su vestimenta, su escolaridad, sus amigos, sus actividades, sus amores, su acné o la impermeabilidad de sus pañales. ¿Y si estar bien fuera desechar las máscaras, saber decir alto? ¿Saber detenerse unos segundos para recuperar el espacio de pensar, de dudar, de cuestionar, de soñar? La capacidad de “deprimirse” un poco, de “bajar la presión” de la cabeza, es también indicio de salud.

¿Y si el equilibrio fuera el movimiento? Tomar la medida de sus contradicciones, de sus límites y de los de los demás, aceptar las tensiones, considerar los cambios necesarios. Un psiquismo en buen estado de funcionamiento se mueve y hace moverse. También necesita pausas saludables. Es así como, para sorpresa de todos, sucede que los niños aprovechen el momento de depresión de su madre para estar mejor. Recuperan los retrasos, resuelven los bloqueos. Entonces, los niños ya no necesitan estar mal en lugar de sus padres. Cuando los padres se enfrentan a sí mismos, en lugar de estar al lado, entonces los niños se sienten liberados y se dedican a sus propios asuntos: ocuparse de crecer.

Las estrategias de evitación

Una buena madre no debe sentirse culpable respecto de sus hijos, no es bueno para ellos, se dice. No habría que sentirse culpable y triste de trabajar, de separarse de sus hijos, de confiarlos (como sucede con el 39% de las familias) a un modo de cuidado que no corresponde a

lo que se desea. Es lo que los pediatras y puericultoras, a veces también psicólogos, machacan a un gran número de madres. Todos bien intencionados pero mal informados, porque no se manda en los sentimientos ni en el inconsciente.

Así algunas mujeres han decidido ya no caer en la trampa de la culpabilidad respecto de sus hijos. Entonces, tienen la elección entre tres estrategias.

La primera consiste en cortar por lo sano y consagrarse plenamente a la vida familiar. Así no tendrán nada que reprocharse más tarde... Por desgracia, descubren, con el tiempo y la experiencia, que a propósito de sus hijos siempre se encuentra algo que reprocharse.

La segunda estrategia es más frecuente. Consiste en buscar empíricamente el justo medio entre la dedicación familiar y la profesional. Las mujeres chapucean con su vida profesional para encontrar la sabia dosis de tiempo, de implicación y de ambición que les permita mantenerse por debajo del umbral crítico de culpabilidad materna. ¿Pero a qué precio? Además son encaminadas a ese callejón sin salida por la tibieza de los tópicos, la desidia de los políticos y la aberración de la distribución de los tiempos sociales y familiares.

¿Cómo realizar un sueño? Ser buena esposa, una madre activa, que aporta su parte a la economía y al nivel de vida familiar, pero que sigue asumiendo plenamente la vida doméstica y relacional de su familia como si no trabajara. La mantequilla y el dinero de la mantequilla fundamentan la apología del tiempo parcial de las mujeres, del permiso de los padres de la educación, de las elecciones de profesiones llamadas femeninas, a causa de los horarios, y de la falta de movilidad profesional. Desde esta perspectiva, se desarrolla el trabajo a domicilio de las mujeres, manutención, PYME (pequeñas y medianas empresas), cuidado de niños, traducciones, teletrabajo y otros avatares del sueño de compromiso, que no evita la repercusión para las mujeres y los riesgos sociales de esta estrategia de la separación.⁷

La tercera y última estrategia es la del método Coué, basada en la autosugestión: “No debo sentirme culpable de trabajar, no es bueno para los niños.” Estas mujeres afirman que no tienen ningún sentimiento de culpabilidad. ¿Lloran al dejar a su bebé en casa de la niñera después de la incapacidad por maternidad? Es porque aún se encuentran en la depresión posparto, se tranquilizan. ¿Por qué gas-

⁷ Artículo de C. Lafon, miembro del colectivo nacional para el derecho de las mujeres sobre los “avatares del tiempo parcial”, *Libération*, 3 de marzo de 1999.

tan tanto en juguetes y fruslerías? Porque su independencia financiera está dedicada a sus hijos.

Suele ser bueno desculpabilizarse, y en particular respecto de sus hijos; pero raras son las mujeres que lo logran. Los sentimientos no obedecen a la voluntad. Se puede decidir dejar de fumar, pero es más difícil decidir dejar de sufrir, sobre todo cuando ese sufrimiento se vincula con sus propios hijos. “No hay que sentirse culpable” es una exhortación paradójica. Es una orden que las mujeres se imponen a sí mismas con el objetivo de inhibir un sufrimiento que les es inútilmente impuesto por la inadaptación colectiva al trabajo de las madres. La autosugestión es ineficaz. Mientras más se intenta inhibirla, más resurgirá justamente la culpabilidad en la realidad y se manifestará en otras formas, es decir producirá síntomas.

El “no hay que culpabilizar” viene a añadirse a la larga lista de los “hay que/no hay que” que las mujeres integran y que deterioran sus actitudes con los hijos.

TERCERA FALSA VERDAD:

PARA UN NIÑO NADA VALE SU MADRE

Que este enunciado esté en el corazón de todas las madres, puede comprenderse, pero que aparezca como una verdad objetiva para los especialistas de la niñez es un deslizamiento de sentido. En fin, que esta falsa verdad favorezca las preocupaciones de los políticos de gastar menos es inexcusable. Anexar la política de la familia a la economía y el empleo equivale a incitar a las madres a quedarse en el hogar, con consecuencias nefastas en el presente y el porvenir de las mujeres y de sus hijos.⁸

Recordemos algunos hechos. Las relaciones entre una madre y su hijo no son mejores cuando ésta no trabaja. Tampoco son peores. Debe temerse más una relación de excesiva fusión, sobre todo en casos de manifestaciones depresivas o de inestabilidad. No basta en sí trabajar fuera del hogar para romper el lazo de fusión entre la madre y el hijo, pero da la oportunidad de ello, por el simple hecho de que la madre encuentra en su trabajo interlocutores externos y otros centros de interés. Su acción y su pensamiento se encuentran entonces

⁸ F. Battagliola, “Des débuts difficiles. Itinéraires de jeunes parents de milieu modeste”, Recherches et prévisions, informe de la CNAF, octubre de 1998.

momentáneamente desviados del niño, sin demasiada culpabilidad si sabe al niño en buenas manos. La ausencia vuelve inevitable el recurso a una tercera persona para ocuparse del niño y da así la oportunidad de introducir a una tercera persona en la relación entre la madre y su hijo. Si éste es positivamente atendido por la persona que se ocupa de él, si el lugar de su madre es respetado, entonces se han implantado condiciones favorecedoras de toma de distancia. Sin embargo, la separación física no conlleva la diferenciación psíquica e inversamente. También es posible estar cerca del niño y al mismo tiempo permitirle adquirir una autonomía psíquica.

Sí, es posible quedarse en casa sin mantener relaciones de fusión y pasionales con sus hijos. Es más raro, porque es más difícil. Las mujeres deben entonces estar muy estructuradas y socializadas para poder luchar contra el llamado a la fusión emitido por el niño. La ampliación de la red de relaciones debe contribuir a ello: grandes familias, amigos, vida de barrio, actividades...

La posibilidad de confiar a su bebé durante unas horas es primordial. Poder acudir a un lugar de ayuda padres-hijos es un recurso valioso cuando se siente uno frágil o aislada, o simplemente cansada.

¿Por qué preocuparse tanto de relaciones de excesiva fusión entre la madre y su bebé? Se debe a que ese tipo de relación puede degenerar muy a menudo en un trastorno de relación que ni el niño ni la madre podrán superar sin la intervención de alguien externo. Es una relación en la que, insidiosamente, uno no se diferencia del otro. El niño es el espejo de su madre, objeto de sus proyecciones inconscientes. Ambos se confunden y se buscan desesperadamente. Esta relación de fusión adopta formas más o menos graves y más o menos pasajeras. Pero es una pendiente natural en la que vale la pena no dejarse resbalar.

¿Cuáles son sus indicios? Tal madre, cualquiera que sea el modo de cuidado considerado, lo vive como insatisfactorio. Tales padres encuentran todos los defectos posibles en quienes se ocupan de sus hijos, incluso cuando ellos mismos eligieron a la persona. O bien en una relación en yo-yo, se considerará a las niñeras a veces extraordinarias y otras totalmente incompetentes. Imposible encontrar una buena distancia, la camaradería vecina con el dominio o la rivalidad. Habiendo caído en las redes de la indiferenciación con ese padre, el niño contribuye personalmente a darle la razón. Rechaza a las personas relevo. Lloro, somatiza, se repliega en sí mismo.

En el seno de la familia, las relaciones fusión-confusión entre uno de los padres y el hijo (el defecto de alteridad) pueden provo-

car maltratos psicológicos o físicos. Pues la indiferenciación, el apego son en el funcionamiento psíquico los mismos mecanismos que el rechazo, el deseo de ver desaparecer al otro o, a al contrario, fundirse en él.

Presencia de la madre y aislamiento social

Así, un estudio del ODAS⁹ sobre los malos tratos a los niños pone de manifiesto el peso de la inactividad profesional del o de los padres maltratadores. Ocho de cada diez madres maltratadoras están desocupadas. El informe estipula que “una de las representaciones clásicas de la monoparentalidad se basa en la idea de que, cuando una madre trabaja, se le dificulta asumir al mismo tiempo sus actividades profesionales y su función de madre. Pero aquí es evidente que el hecho de estar en el hogar, que se acompaña a menudo de un aislamiento social... de falta de puntos de referencia, induce a un mayor riesgo.”

Las puericultoras de la PMI¹⁰ que realizan visitas a domicilio dan la alarma. Las dificultades de las mujeres para encontrar un empleo, para volver a trabajar después de un permiso de maternidad para educación, los interminables contratos temporales constituyen una fuente alarmante de aislamiento, de pobreza y de depresión. Esto explica tal vez el desarrollo de los lugares de ayuda padres-hijos de Francia actualmente, pero no resuelve el problema de fondo, que es de soledad, reforzada por la exclusión social y profesional.

Cualquiera que sea el medio social, encuentro madres para quienes el tiempo completo en casa no conviene, y mujeres para quienes, por el contrario, es una fuente de equilibrio. No todas encuentran forzosamente la plenitud con la que soñaban al consagrarse a los hijos, a lo que les atañe, vida escolar, actividades, transportes, compañeros, vestimenta, casa. Dudan en confiar a sus prójimos que ya no aguantan, que se sienten saturadas por la repetición de los cuidados que deben prodigarse a los niños. En la noche, su marido, cuando lo tienen, no comprende ni su tensión, ni su extremo cansancio, ni su tristeza. En esos casos, más frecuentes de lo que ningún estudio puede mos-

⁹ Estudio del Observatorio de la acción social descentralizada, publicado el 9 de febrero de 1999.

¹⁰ Servicio descentralizado de la Protección Materna e Infantil, encargado de la prevención psico-médico-social.

trar, ya no se puede afirmar que para un niño nada vale su madre. Cuando la pérdida de autoestima, de confianza, la falta de proyecto de porvenir y la depresión se instalan en casa, los niños tienen más que perder que lo que pueden ganar si su madre está en casa.

¿Sería tabú afirmar que a veces, para los niños, la presencia momentánea de adultos diferentes a su madre es más deseable para ellos? ¿Y que a la inversa, para esas madres, trabajar preserva la calidad de su relación con sus hijos? Algunas están capacitadas para vivir cotidianamente con niños, otras no. Es un poco como en el amor, sucede que una pareja se estructura haciendo todo juntos, mientras otra necesitará momentos de distanciamiento. Esto puede cambiar de un niño al otro. Lo que es cierto con el primer hijo puede ser diferente con el segundo o los siguientes.¹¹

Cualquiera que sea su elección, trabajar o no, más vale una madre que “habita su modo de vida”, que se encuentra de acuerdo con él, que una madre SDF* de su deseo.

Pobre madre... piensan los profesionales

Es sorprendente comprobar que la mayoría de los profesionales de la infancia están persuadidos de suplir a una madre que no habría elegido su modo de vida. Cuántas candidatas a la autorización de asistentes maternas he conocido explicando que su motivación primordial era –por lo que se refería a ellas– poder ocuparse de sus propios hijos. Cuántas auxiliares de puericultura y de educadoras de guarderías se disgustan cuando una madre que tiene un día de descanso en la semana “deja”, sin embargo, ese día a su hijo en la guardería. Y las madres lo perciben bien. Son numerosas las que se justifican, explican todo lo que tienen que hacer en la casa. Otras no mencionan que no trabajan. Jamás se permitirían confesar que necesitan encontrarse un poco a solas, leer o ir a la piscina o al museo. Sin embargo, los profesionales reconocen una legitimidad: el cansancio de estar embarazada de otro hijo.

Tuve que luchar en una comisión de consentimiento de asistentes maternas con los profesionales de un servicio vecino de protección a

¹¹ Vale la pena recordar que una encuesta reciente indica que a seis de cada diez mujeres en el hogar les gustaría trabajar. Encuesta de la Dirección de Investigaciones del Ministerio del Empleo (DARES), 1998.

* SDF (*sans domicile fixe*): Sin Domicilio Fijo. [T.]

la infancia encargado de colocar en familias suplentes niños separados de sus padres por razones graves. Una de las inspectoras presentes quería rechazar el expediente de una asistente materna reconocida como competente, con el único pretexto que esa candidata tenía un empleo. No es común y es una pena. La candidata, durante la entrevista anterior, había explicado que consideraba que recibir a un niño con dificultades en su familia, era ofrecerle condiciones de vida tan normales como fuera posible. Tenía dos hijos, trabajaba de medio tiempo en un banco. La pareja pensaba que la organización de su modo de vida, adaptado a sus hijos, podría beneficiar también a un niño recogido. Yo estaba de acuerdo, pero la discusión en el momento de la comisión fue tormentosa.

¿Por qué, en la mente de profesionales inteligentes y capacitados y que tienen ellos mismos hijos, persiste la convicción de que para ocuparse bien de los hijos, habría que consagrarse a ellos exclusivamente?

Afirmar que para un niño nada vale su madre es diferente a decir que para un niño nada *reemplaza* a su madre. Lo que es cierto. Ausente por estar en el trabajo, de viaje, habiendo elegido otra vida y abandonar a su hijo o bien muerta, una madre no es reemplazable por nadie, así como un padre. En la realidad de la filiación, las sustituciones son imposibles y querer intentarlo es patógeno para el niño. Sin embargo, una madre puede ser suplida o relevada ventajosamente. No es un escándalo querer sacar a la madre de ese mito de la diosa y devolverle sus justas proporciones de ser humano con límites. La omnipotencia y la sobrevalorización de las madres conducen a una sobrecarga de responsabilidades y a su cortejo de consecuencias.

Desconfiar de las falsas verdades, desembarazarse de los callejones sin salida a los que conducen libera energía, tiempo y dinero para ocuparse de los verdaderos problemas que plantea, en el plano de la salud psicológica de los hijos, el asunto del compromiso profesional de las mujeres.

Los verdaderos problemas son, en el aspecto psicológico, las condiciones en las que el niño vive su separación cotidiana de su madre y su medio familiar; las condiciones en las que los niños son encomendados cuando sus padres trabajan, y por último el problema del tiempo y disponibilidad familiar ofrecida a los niños.

CUANDO YA HAY QUE SEPARARSE

Los niños pequeños necesitan a su madre, y las madres la presencia de sus hijos. Los hombres reconocen más fácilmente, que antes, su placer de estar con sus hijos. En las situaciones que evocamos y que atañen al mayor número, el afecto circula, se expresa más libremente, a la educación de los hijos se le quita rigidez, se estimula el cargarlos, el amamantamiento, la proximidad y el diálogo.

La relación con un bebé presenta esta mezcla de fragilidad de la necesidad y de fuerza de la dependencia, que fascina y retiene. Las fuerzas impulsivas de los lactantes arrastran a su madre a la propensión a la simbiosis. El tiempo transcurre, diferente y sensible, a los ritmos del niño. Los días pasan, se cuentan: hace catorce días hoy, se declara orgullosamente. ¿Ya? Una mañana, se recuerda que debe estar escrito en algún lado, en otra galaxia temporal, que hay que volver al trabajo y que ha llegado el momento de separarse.

Se preferiría no pensar en ello. Es grande la tentación de retrasar la fecha límite y se calculan tres veces los días de permiso. Ni pensarlo, ya todo se consumió. La incapacidad por maternidad es de diez semanas. ¿Una incapacidad por enfermedad? Ya tomada porque, dígame lo que se diga, después de un parto, diez semanas de noches en blanco y un amamantamiento sobre pedido, la forma no está como para una cita. Agotados también los días de vacaciones previstos, en principio, para Navidad. No, verdaderamente ni pensarlo. Se sabe, además, que si el niño no ocupa su lugar en la guardería o en casa de la asistente materna autorizada, será contratada por otro. ¿Obtener otro lugar más adelante? No soñemos, los milagros no se producen más que una vez.

Encomendar a su hijo para ir a trabajar, es más o menos doloroso en algunos casos, pero jamás es fácil. La separación es un proceso contradictorio. La separación duele, y sin embargo, es buena para la salud a condición de encontrar el buen arreglo.

LA SEPARACIÓN ES UNA EXPERIENCIA SUBJETIVA

Hablar de separación, es abordar una problemática que lleva mucho más allá de la relación madre-hijo. Es un proceso que acompaña la vida de cada uno de nosotros hasta el final. Vivirse diferente y separado de los que uno ama jamás es un hecho consumado. El sentimiento de no hacer más que uno, de no poder vivir sin el otro, de no poder sobrevivir a los cambios resurge a cada curva de la vida amorosa, familiar, profesional. No es tan fácil dejar a su familia serenamente a los 20 años, sobrevivir a una pena de amor o cambiar de trabajo o de país.

Contrariamente a lo que se cree, la separación entre sí y los demás no es una experiencia externa, una situación objetivable. Al contrario de la ruptura y del desgarramiento, que son un asunto de cuerpos separados, de distancia y de duración medibles, la separación es un proceso complejo que se desarrolla y madura con el tiempo y las experiencias. Es el sentimiento subjetivo de una carencia que se atribuye a la ausencia del otro, pero en el fondo, es también un asunto entre sí y sí mismo.

Todos los niños están destinados a separarse de sus padres, empezando por su madre, si es ella la que cumple para ellos la función de *gran prójimo*.¹ Cuando la madre y el padre trabajan fuera del hogar, los lactantes se ven llevados a separarse más temprano que los demás de sus padres, antes de la edad de entrar a la escuela. Pero la edad no determina el carácter nocivo o benéfico para el niño. Lo que cuenta para él, no es estar separado, sino la manera en que se lleva a cabo esa separación y el sentido que pueda darle.

La separación no es ruptura de lazos

Estar separado de una persona amada y percibida como indispensable para la vida pone en juego su equilibrio. Para el niño, tanto como para el adulto, en una relación amorosa, a veces parece que, al partir, el otro se llevó una parte uno.

Debido simplemente a un cambio de persona o de lugar, el niño puede sentirse hecho trizas, fracturado, incompleto, ajeno a sí mismo. Una ruptura vivida a los 3, 10 o 15 años puede ser más traumática que

¹ Capítulo 7, "El bebé y su gran prójimo", pp. 72-73.

una separación vivida a los tres meses que fue preparada, manejada y hablada. El sentimiento de continuidad de sí mismo, el sentimiento de permanencia del otro y de seguridad del lazo son atropellados si no se tiene cuidado.

Sin embargo, no habría de deducir de ello que la separación es un traumatismo que conviene evitar a toda costa. Sería hacer correr un riesgo igual de grande a los niños si se les cría con la creencia de que toda separación es nefasta. Pues puede perturbarse asimismo el desarrollo psíquico de un niño por los efectos de una separación no efectuada.

Para las mujeres que trabajan separarse de su hijo es una experiencia delicada e inquietante, cargada, en los primeros tiempos, de angustia y de tristeza. Preocupación agravada cuando las modalidades de la guarda no corresponden a la elección de los padres. Los niños lo perciben bien y, en ciertos casos, su adaptación es entonces más difícil, a veces imposible. Pues “el buen modo de guarda” será aquel que corresponda al deseo de los padres, y si pueden cambiar de opinión en caso de necesidad. A condición, una vez más, de que el cambio no se lleve a cabo con precipitación y que no se pase al acto en forma intempestiva.

Así, cuando la separación es sinónimo de ruptura, puede perjudicar la relación madre-hijo y el psiquismo del niño. De otro modo, la separación estructura a quienes la viven y es una experiencia constructiva. Cuando está se vuelve apertura, el mundo exterior se ofrece al niño, enriquece su paleta de relaciones en la diversidad de sus apegos.²

Ausencia o carencia

Los primeros años de la vida representan un riesgo esencial en la construcción de la personalidad del niño. Es asimismo un periodo crucial para el equilibrio de su madre y, de modo menos reconocido, para su padre.

Más de lo que se cree, la identidad de una mujer está orientada por la experiencia de sus maternidades. Muchas mujeres afirman su deseo de ser madre, pero para cada una, gozar de su bebé adquirirá un sentido diferente y tomará caminos diversos. Para algunas, se tra-

² T. Decarie, “Au-delà de la dyade mère-enfant”, en *Développement de l'enfant et engagement professionnel des mères*, III Coloquio de Lassay, STH, 1992.

tará de tiempo y espacio, de proximidad física con el hijo. Para otras, los sentimientos y el pensamiento serán sus mejores apoyos.

Una mujer, jefe de publicidad en la gran prensa me confió que, durante varias semanas, se negó a comer con sus colegas. “El que mi trabajo me obligue a abreviar mi incapacidad por maternidad pasa todavía, pero que fuera de mi trabajo se me impida pensar en mi bebé, ni hablar. A mediodía tengo cita en mi cabeza con Mathilde, y cuando la dejo con su niñera en la mañana, le digo que pensaré en ella a la mitad del día. A la hora del biberón del mediodía la niñera se lo recuerda y a mí me hace bien saber que, aun de lejos, siente mi afecto.”

Esas experiencias primarias, muy personales, de intercambios por el cuerpo, la mirada, el ensueño, las palabras y los juegos son valiosas. Se inscriben en las representaciones mentales de la madre imágenes tranquilizadoras sobre su capacidad de lazo materno con cada uno de sus hijos. Es una especie de tesoro oculto del que vendrá a alimentarse en los momentos en que la relación con el hijo se tambalee, en que su buena imagen de madre se enturbie.

La experiencia muestra que el movimiento de la madre y el niño no los conduce espontáneamente hacia la separación. De procesos inconscientes, pulsionales imantan las madres a su bebé, a menos que algún pasado doloroso en la madre pueda obstaculizar el encuentro y suscitar el rechazo a sujetarse. Se entra entonces en situaciones que requieren de una ayuda psicológica o psiquiátrica adaptada. En el común de las madres, el deseo de separarse de su bebé no aflora más que muy raras veces en la conciencia. Dicen más bien que tienen ganas de moverse, de salir, de hacer otra cosa, pero se sienten divididas.

LAS RESISTENCIAS A LA SEPARACIÓN

Las resistencias a la separación, es decir las ganas de permanecer en la fusión entre madre e hijo, son hábiles, sutiles e insistentes. Para superarlas, los ruegos del marido, de la red familiar y amistosa también son valiosos. Indican a la madre, suavemente, la salida, ya sea bien desviando su interés, o tomando su lugar en relaciones con el niño. La palabra clave entonces es “triangulación”, es decir la capacidad de salir del cara a cara y de abrir la relación a una tercera persona, luego a una cuarta. Cuando el padre u otras personas intervienen, tran-

quilizan tanto a la madre como al niño. No disto de pensar que la función paterna se instaura para el niño en el o los que tienen para su madre una función de envoltura, de soporte, de tranquilidad. En un segundo tiempo, el padre representará para el niño el que inspira el deseo de la madre y la lleva hacia otra parte.

El primer tiempo de la relación amorosa, después de una maternidad, se articula en torno a la capacidad del esposo de cuidar de la nueva parturienta y de honrar sus sentimientos maternos que se exacerban. Al cuidar de la comodidad física y moral de la madre de sus hijos un hombre preserva su posición de amante, de hombre de la madre, y establece las bases de la función paterna. Ésta se fundamenta en dos soportes: el primero, seguir siendo una prioridad en el campo de las inversiones afectivas de su compañera; el segundo, apoyar el proceso de separación-individuación entre el hijo y su madre.

¿No debería ser el padre el primer otro a quien una madre pudiera confiar a su bebé con toda tranquilidad? Y sin embargo, ¿cuántas mujeres se ausentan sin haber preparado los biberones por adelantado o haber puesto los pañales sobre la mesa, o hasta la lista de las recomendaciones? Las que fueron mimadas, alimentadas con dulzura y quienes, al volver de la casa de maternidad encontraron el refrigerador lleno, la casa ordenada y con flores, las que pudieron sentir para sí mismas la capacidad de su hombre de pensar en todos los detalles concretos, se sienten tranquilas sobre sus aptitudes respecto del hijo. Es lo que los nuevos padres de los años setenta comprendieron mal. Repitieron la actitud de la madre, hicieron como ella o lo mismo. Cuando el padre encarna esta función de tercero desde el principio, conserva su lugar en el campo de visión afectiva de la mujer y facilita su apertura. Lo que las mujeres necesitan son hombres que brinden seguridad al hijo de un modo diferente al de ellas.

Las mujeres que tienen buenos mecanismos de defensa contra las tendencias a la fusión que el hijo suscita toman las perchas que les tienden para esbozar una separación de su bebé, durante algunas horas o todo el fin de semana. La mayoría conservan un recuerdo agrídulce de esas primeras salidas sin el hijo. Un sentimiento de ligereza contrariada. Entonces, la vivencia de las primeras separaciones para la madre y el hijo está subordinada a la confianza atribuida a la persona que se ocupa del bebé.

A veces, las mujeres oponen resistencia a esos ruegos afectuosos, y sólo una obligación externa puede legitimar para ellas dejar al ni-

ño con alguien más. No aceptan separarse de su hijo más que cuando el trabajo las obliga a hacerlo. El trabajo cumplirá entonces una función de separador o bien de perseguidor. En el primer caso, el trabajo sirve de agente externo de separación, a partir del cual la madre y el hijo van a sostenerse para diferenciarse y adquirir su autonomía. Por el contrario, en el segundo caso, la obligación de separarse físicamente bloquea el proceso de separación psíquica. A falta de una ayuda sagaz, la separación entre la madre y el hijo se vuelve sufrimiento ya sea para el bebé, o para la madre, o bien para ambos.

A partir de esa comprobación Françoise Dolto inventó la Casa Verde, para que la separación en el niño se maneje en presencia de su madre o de la persona que más se ocupa de él. También es lo que hacía decir a R.W. Winnicott que la capacidad de estar solo se adquiere en el niño bajo la mirada de una persona que le da seguridad. Es también esta lógica la que indujo la práctica de los periodos llamados “de adaptación” en la guardería, y a veces en casa de las asistentes maternas. Se trata de preparar un cuidado progresivo y personalizado del niño para que teja lazos sintiéndose plenamente seguro.

Cuando la relación entre el modo de guarda y la familia no es bastante confiada, el proceso de separación se ve obstaculizado y a la madre se le dificulta mucho ayudar a su hijo a aceptar su nuevo espacio de relaciones. Pues ¿cómo fomentar en un niño que establezca lazos afectivos con personas o con un lugar que uno mismo no aprecia?

El niño es otro

La dificultad de la separación mental abre el sentimiento de culpabilidad. Esto se expresa por la incapacidad de representarse a su hijo como una persona diferente a sí misma, dotada de reacciones originales. Muchos padres tienen dificultades para concebir a su hijo como un sujeto, es decir pensante y sintiente con una parte de alteridad respecto de sí mismos; una dificultad para reconocer que, de entrada, el niño tiene una extraña conciencia de lo que es bueno y malo para él, sobre todo a través de sus sensaciones.³ Entonces, para esos padres, el sentimiento de responsabilidad se vuelve exorbitante.

³J. Sedat, “Les origines corporelles de l’esprit”, en *Journées d’études F. Dolto*, UNESCO, enero de 1999. Por publicarse en ediciones Gallimard.

te y se transforma al tropezar con el más mínimo daño en un sentimiento de culpabilidad. Se dicen “puesto que yo y él estamos indiferenciados, si sufro, él también, y si sufre, no puede ser más que por mi culpa”.

Por eso, esos padres se angustian mucho si surgen obstáculos. ¿No hay lugar en la guardería? ¿La niñera no está libre y ninguna más está disponible? El pánico acecha. Muy a menudo, las madres se sienten completamente identificadas con el hijo y viven la situación como insuperable. Consideran entonces, desde luego, renunciar a confiar al hijo, a reserva de rechazar un empleo, un ingreso y todo lo que se les vincula.

En la misma situación, otros padres que perciben a su hijo como diferente de sí mismos van a apostar a él: explicarle la situación, prometerle buscar otra solución, pedirle que permanezca confiado y que se esfuerce lo más que pueda. Otros esperan un poco antes de enloquecer. ¿Encontrará él mismo la posición justa? Sucede algunas veces. Los padres ríen algunos años después al relatar a su hijo la manera en que logró enternecer a una educadora a la que todo el mundo encontraba glacial y que en realidad era muy tímida ante los padres, pero tan cálida con los niños.

La lógica del “yo-soy-tú” induce el “todo-para-ti”, con todos los defectos educativos y de relación que resultan de ella. El niño se sitúa entonces en el centro de todas las esferas de la dinámica familiar. No podrá liberarse de ellas más que a costa de conflictos cornelianos, si logra salvarse. El niño-rey no vive su propia existencia, la sacrifica a la razón de estado de su familia. Y cuando una familia evita la diferenciación y niega la separación, no está en muy buen estado. Es allí adonde lleva, si no se tiene cuidado, el principio según el cual “el niño pasa ante todo”.

LA CIENCIA Y LA IMAGEN PATÉTICA DEL HIJO SEPARADO

En Europa y en Estados Unidos, la atención de los psicólogos fue atraída después de la guerra al estado dramático de los niños acogidos en los orfanatos y las casas cuna. Al cabo de cierto tiempo, dejaban de comunicarse y de alimentarse, hasta caer en un marasmo grave para algunos. El asombro venía del hecho de que los cuidados de alimentación y de higiene que se les prodigaban eran de buena

calidad. El psicólogo R.A. Spitz inventó entonces los términos de “síndrome de hospitalismo” y de “depresión anaclítica”, para calificar el estado de esos niños.⁴ Conforme a sus consejos, las enfermeras que cuidaban de los niños los cargaron un poco en brazos, para hablar, mimarlos, comunicarse con ellos. El estado de los niños mejoró considerablemente por esta atención materna.

En la misma época, J. Bowlby sacaba enseñanzas de los trabajos de los etólogos. Éstos habían puesto en evidencia en los simios que la ausencia de contacto físico entre los pequeños y su madre producía ya sea la muerte de los pequeños, o graves perturbaciones en su comportamiento. Y esto, aunque se les mantuviera en buenas condiciones de vida y alimentación. Las teorías del “apego” acababan de nacer.⁵ Mostraban que el lazo afectivo era independiente de la satisfacción de las necesidades primarias (alimentación, higiene, sueño, calor). Y, aún más, demostraban que el vínculo corporal, afectivo, era una necesidad primaria en el niño, una necesidad vital.⁶

En lo sucesivo, el bebé ya no podía ser percibido como un tubo digestivo centrado en sus necesidades alimenticias.

Desde hace cincuenta años, los psicólogos, los psiquiatras y los psicoanalistas pusieron en evidencia los procesos de establecimiento de los lazos afectivos entre el bebé y su madre, luego con los demás, al mismo tiempo que los estragos ocasionados por las carencias maternas. Pero al asociar el lazo madre-hijo con los efectos de la carencia afectiva, se acabó por confundir todo: distanciamiento materno, ruptura del lazo y carencia afectiva. La carencia afectiva se volvió carencia materna, y la separación entre la madre y su hijo desde luego sospechosa.

Debido a ello, la separación vivida por el niño no se valora socialmente. Tiene mala información en las publicaciones científicas, psicológicas y médicas. Y a menudo se habla en psiquiatría de angustia de separación.⁷

La investigación sobre la relación, en psicología del niño y en psicoanálisis, tomó entonces una orientación de la que logra difícilmen-

⁴ R.A. Spitz, “Anaclitic depression: An inquiry into the genesis of psychiatric conditions in early childhood”, y “Hospitalism: A follow up report”, en *The psychoanalytic study of child*, II, 1946.

⁵ J. Bowlby, *L'attachement*, PUF, vol. 1, 1978.

⁶ R. Zazzo (dir.), *L'attachement*, Delachaux y Niestlé, 1974.

⁷ Cf. V. Gorin, D. Marcelli y P. Ingrand, “Angoisse de séparation: Étude épidémiologique sur 1206 enfants entre 2 et 7 ans”, *Neuropsychiatrie de l'enfance et de*

te salir. Fue víctima de una especie de estrabismo convergente. Por un lado el estudio escrupuloso del lazo madre-hijo, mediante observaciones y experimentos centrados en la madre y el hijo. Por el otro, el estudio de los efectos de la separación madre-hijo, teniendo como tela de fondo los efectos de las carencias afectivas y de las perturbaciones del lazo madre-hijo –siempre.

La relación madre-hijo, y los demás

Habrá que esperar los años setenta para que aparezcan algunos islotes de investigaciones, con los estudios sobre la relación padre-hijo, y los años ochenta para que se interesen también en las relaciones entre el niño pequeño y las personas que se ocupan de él fuera de la familia.

Parece que a lo largo de tantos años se olvidó que, en las casas cuna en las que Spitz hacía sus descubrimientos, fue el afecto materno de las enfermeras lo que permitió a los niños mejorar; se olvidó también que durante la guerra, los niños enviados al campo sobrevivieron en su mayoría sin su madre. A costa por ambos lados de un sufrimiento de separación, desde luego, ¿pero quién no sufrió en esa época?

Parece también que el fenómeno de la entrada masiva de las mujeres al mundo laboral no ha sido evaluado en su justo valor, sobre todo respecto del hecho que los niños debían vivir todo el día sin su madre. La escuela de párvulos hizo correr mucha tinta, pero los niños de menos de tres años y sus múltiples apegos mucho menos.

Así pues la difusión de las investigaciones científicas sobre la importancia de las primeras relaciones en el niño se matizó de carencia afectiva y de depresión, teniendo como telón de fondo el espejismo de una relación madre-hijo idealizada y omnipotente. No muy tranquilizador para la madre ordinaria, que confía a su hijo durante el día. Pero, simultáneamente, y al lado de las investigaciones experimentales, la reflexión sobre el niño fue, sobre todo en Europa, bañada por el psicoanálisis.

Después de las grandes iniciadoras Anna Freud y Mélanie Klein,⁸ la psicoanalista Françoise Dolto dio regularmente patadas al hormiguero del centrado del niño en la madre. Con Jacques Lacan, recor-

⁸ Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires, Paidós, y Mélanie Klein, *Essais de psychanalyse*, Payot, 1984.

daba la importancia de la triangulación paterna. Recalcaba el papel esencial del lazo a distancia, el poder salvador de la palabra, la increíble capacidad de apertura relacional de los niños pequeños y la dinámica del inconsciente. Relató cómo, teniendo algunos meses, había estado a punto de morir de pulmonía porque su nana, a la que estaba tan apegada, había sido bruscamente despedida por su madre.⁹ Al hacerlo, volvía indirectamente al punto de partida, el hospitalismo de Spitz.

El psicoanálisis del niño no se reduce a esos grandes personajes, pero éstos indican una dirección que muchos otros tomaron desde entonces, abriendo otra perspectiva sobre la identidad del niño pequeño.¹⁰

EL VELO GRIS DE LA CARENCIA MATERNA

Tal vez había que pasar por la focalización en la relación madre-hijo para avanzar. En efecto, las investigaciones en psicología sirvieron de garantía científica para transformar las prácticas profesionales, sobre todo respecto de las situaciones de separación impuestas por la enfermedad, el abandono o la muerte. Los profesionales se movilizaron más sobre el interés de mantener o favorecer los lazos familiares en la toma a cargo de los niños.

Pero, al mismo tiempo, un velo gris cubrió la problemática de la separación. La noción de carencia afectiva sigue asociándose muy a menudo a la carencia materna, y la de carencia materna a la situación de la ausencia materna.

Se habló de apego, de relación, y en la actualidad de interrelación e interacción madre-hijo. Se habla de relación dual o de díada madre-hijo. Cada uno de esos conceptos emana de una corriente de investigación en psicología experimental o en psiquiatría del niño. A mis ojos todos tienen el mismo defecto, haber ajustado el foco en un primer plano: el cuadro madre-hijo. Los dos vistos desde el ángulo del “uno”, ocultando lo que los rodea, los envuelve, los sostiene, los vuelve identificables y diferenciados. Falta el decorado: el entorno familiar, social, cultural. Faltan también los actores: el padre, los otros

⁹ F. Dolto, *Enfances*, Le Seuil, 1986.

¹⁰ G. Neyrand, “Évolution des savoirs sur la petite enfance et la parentalité”, informe de investigación de la CNAF, 1999.

hijos, los abuelos, los amigos, los profesionistas, las instituciones. Y en fin, ¿la intriga? La pareja de los padres, la historia de vida de cada uno, ¿quiénes son?, ¿qué vivieron? Desde los últimos veinte años, parece que los psicoanalistas de niños, los psicólogos que trabajan en las instituciones, los educadores, los médicos, los sociólogos y los filósofos están restaurando la versión inicial, la versión completa: “Es la historia de un niño que tiene un padre, una madre y una familia, que vive en un barrio situado en un país, rodeado de gente que importa en su vida un poco, mucho o nada...” En la historia, se sabe que un niño cambia y crece y que sueña en casarse un día con otro niño, quien como él...

¿Por qué parece tan difícil para los científicos dedicarse al estudio de las relaciones extrafamiliares del niño? ¿Ir hacia los que cuentan: quiénes los reciben, los cuidadores, los educadores y los artistas? Poco a poco, las familias y los profesionistas son de todas maneras más sensibles a la multiplicidad de los lazos que estructuran el universo de relaciones de los más pequeños.

Comprender que la separación no necesariamente provoca la ruptura del lazo filial. Saber que la ausencia de la madre no significa carencia materna, ni carencia afectiva. Fomentar en los niños que creen otros lazos que los tranquilicen y los enriquezcan. He aquí lo que podría levantar una punta del velo gris que cubre la mirada de las mujeres cuando se separan de sus hijos para ir a trabajar.

CUANDO LA SEPARACIÓN ES ESTRUCTURANTE

¿Sobre qué bases se fundamenta la implantación de la identidad en el niño? El psicoanálisis aportó mucho a la comprensión de los procesos primordiales de la separación en el niño.¹¹ Hay que recordar las tres características fundamentales de la salud psíquica de una persona: la diferenciación entre sí mismo y el no sí mismo, la identificación de sí y el sentimiento de la permanencia de existir. Es decir, saber quién se es, ubicar lo que no es uno mismo y quiénes son los demás. Este triple reconocimiento no es evidente, se construye gracias a procesos de maduración interna (neurológicos, cognoscitivos e imaginarios), a los cuales se añaden los procesos maduradores ex-

¹¹ Juan Manzano, “La séparation et la perte d’objet chez l’enfant: Un point de vue sur le processus analytique”, *Revue Française de Psychanalyse*, enero de 1989.

ternos que son las experiencias de separaciones vividas en la realidad, y sobre todo la inmersión en las relaciones y el lenguaje en la que el niño se encuentra durante este periodo.

La implantación del proceso psicológico de la separación tiene prolongaciones hacia el futuro: ¿cómo el niño al crecer, luego el adulto, logrará diferenciar el mundo interior del mundo exterior, la realidad del fantasma o de lo imaginario? Además, la separación y la capacidad de adaptación a los cambios de situaciones y de personas van a la par. Saber que su continuidad de ser no está amenazada por un cambio de vida es una seguridad de base muy valiosa. Se habla entonces de personas con seguridad, estructuradas, sólidas y que siempre salen adelante. Eso hace soñar, aunque jamás se adquiera por completo; pero dedicarse a arreglar para el niño condiciones tan buenas como sea posible durante las primeras experiencias de separación y de reencuentros con su entorno familiar es una manera de prevenir los trastornos de la separación y por consiguiente de la identidad. He aquí lo que intuitivamente tal vez las madres presienten al estar tan sensibles a la separación de sus hijos.

SEPARACIONES Y REENCUENTROS

Las primeras experiencias de separación y de reencuentro antes de los cinco años tienen de interesante que la experiencia de los niños en la realidad externa interviene al mismo tiempo que el proceso de separación-individuación interna. El uno y el otro son pues interdependientes, pero los padres y los educadores no dominan más que una parte del proceso, el proceso externo.

Etapas tras etapas, el niño pequeño adquiere el sentimiento de sí mismo y el sentimiento del otro, el mantenimiento del sentimiento de la continuidad de ser él mismo, aun si varían las personas y los lugares. El pequeñito aprende a preservar su seguridad primordial, a saber que el lazo con la o las personas vitales para él se mantiene, a pesar de su desaparición de su campo perceptivo. Debe subrayarse aquí que en el lactante, el campo perceptivo no se limita al campo sensorial, ver, escuchar, tocar, percibir el olor y probar. Va mucho más allá: el bebé es sensitivo y telépata. Por ello hay bebés que perciben muy bien la diferencia entre una madre dormida en otra habitación y una madre ausente de casa. Los padres experimentan

cotidianamente que los lactantes despiertan y llaman en el momento en que los padres consideran salir. Por ello los profesionales de la guarda de los niños insisten tanto con los padres en que jamás salgan mientras su hijo está distraído o dormido y en que se aseguren en el momento de decirle adiós que el niño entendió bien que salían dos horas, un día o más. Pues con el tiempo y la repetición de la alternancia entre separaciones y reencuentros, los niños a los que se avisa ya no necesitan mantenerse a la expectativa. Eso les evita tensiones ansiosas y libera su mente para pensar en otra cosa.

La historia de Clemente

Clemente tiene siete meses. Su madre lo lleva a la guardería temprano en la mañana. Lo pone en la cama, todavía necesita dormir, dice. De inmediato, en efecto el niño se duerme. Despierta para las comidas y se cae de sueño inmediatamente después. Pasan dos meses. El personal de la guardería se inquieta al comprobar que ese niño no progresa en el aspecto de la comunicación y de la motricidad. Es bello, engorda y crece, es tranquilo y agradable, pero está como en depósito. Duerme como se lo pide su madre y come esperando su regreso. Juntos, la madre y el hijo evitaron el tema de la separación. Su mamá no lo presentó con su adulto de referencia, pues no puede representárselo sacando provecho de la presencia de otros niños y del lugar. Ella me dirá a lo largo de la entrevista que suscitó: “Pongo a Clemente en la guardería porque es necesario que lo deje en algún lugar cuando estoy en el trabajo.” A lo largo de varias entrevistas, poco a poco habla de su sufrimiento, de su vida de abandono y de soledad con sus dos hijos. Primero se estableció un lazo de confianza entre ella y yo, que después pudo transferirse a la persona encargada de su hijo, luego un poco más tarde al lugar-guardería. En cada cita, relaté a Clemente el contenido de la entrevista con su madre. Paralelamente, el personal de la guardería le avisó de mis presencias en el establecimiento. Clemente manifiesta mucha alegría cada vez que entro a su habitación, duerme menos. Rehago con él el recorrido de su adaptación a la guardería que su madre y él habían realizado físicamente, pero de la cual nada se había inscrito realmente en su mente. La madre de Clemente, a lo largo de la primera entrevista, no supo decirme el nombre de la persona que se ocupaba del bebé desde hacía dos meses. ¿Podía quedarse dos o tres días de adaptación con Clemente? No,

su empleo y sobre todo su jefe no habrían soportado una ausencia. Entonces nos las arreglamos de otra manera, Clemente, el equipo de la guardería y yo. Con la anuencia de la madre, se repitió todo: la visita de los locales, la presentación a cada adulto y su papel, así como la presentación a los demás niños. La auxiliar de referencia escribió su nombre y el teléfono de la guardería en una pequeña libreta, y anota en ella cada día los pequeños acontecimientos importantes de la vida de Clemente en la guardería. La libreta es entregada en la tarde a una mamá siempre a la defensiva, pero que no deja de devolverla todas las mañanas, y poco a poco se establece el contacto. A los once meses, Clemente progresa enormemente. Un día, en la pequeña libreta devuelta por la madre, leemos: "Creo que ahora a Clemente le gusta mucho ir a la guardería." Al otro día de este reconocimiento de su madre, Clemente se puso a caminar.

La historia de Clemente nos permite comprender que la separación no se reduce a un asunto de cuerpos de niños separados del cuerpo de las madres. En la separación, el cuerpo del niño siempre está en juego. Para Clemente, no era la separación la que representaba un peligro para su evolución, sino por el contrario la ausencia de separación y la dificultad de *des-fusión* entre él y su madre. La mayoría de las teorías sobre el desarrollo de la relación en el niño evocan la hipótesis de que al principio el niño no es más que uno con su madre. Según los autores se hablará de "díada madre-hijo",¹² de "simbiosis" inicial¹³ o de una indiferenciación somatopsíquica.

Otras teorías insisten más en la precocidad de los procesos de representación y de referencias simbólicas en los bebés. Aquí, el niño es considerado de entrada una persona constituida, un sujeto, un ser de lenguaje aun si no habla. Es la aportación fundamental de Françoise Dolto. R.W. Winnicott, situándose un poco en la intersección de estas dos corrientes, elaboró el concepto de *holding* psicológico para designar la capacidad materna de llevar al hijo no en sus brazos sino en su cabeza, y de constituir en torno a él un ambiente de seguridad por su permanencia relacional y la adaptación de los cuidados prodigados. En la actualidad parecería que, en efecto, los niños pequeños observados en sus relaciones con su entorno familiar, en su vida cotidiana, en familia, en las casas cuna y en los lugares de cuidado, sorprenden más por su independencia que la inversa.

¹² S. Lebovici, R. Diatkine y M. Soulé, *Nouveau traité de psychiatrie de l'enfant et de l'adolescent*, PUF, 1985.

¹³ M. Malher, *Psychose infantile. Symbiose humaine et individuation*, Payot, 1973.

Olvidamos pronto que, en nuestra calidad de ser humanos, estamos de entrada separados y de entrada carentes. Pero esta separación somatopsíquica inicial debe ser actualizada por medio de palabras y actos, volverse conciencia de sí y de los demás. Sin esta actualización de las potencialidades separadoras del bebé, se le mantendrá en una ilusión de fusión. En esas circunstancias, el lazo con el otro corre el riesgo de empantanarse en efectos de espejo, de copiado y en pasiones imposibles.

DE ENTRADA EL NIÑO ESTÁ SEPARADO

La mayoría de las teorías de la niñez insisten en la importancia fundamental de las primeras relaciones madre-hijo a lo largo de la pequeña infancia, ocultando que una madre no existe sin un hombre. La “calidad” de la relación madre-hijo se vincula con la capacidad del padre, como “hombre de la madre”, de tomar un lugar a su lado, para no abandonarla, no darle la espalda en la vertiginosa aventura de la maternidad. La maternidad puede ser una aventura corporal y psíquica en donde la hiancia del cuerpo libera un pasado a tal punto desencadenado que puede llegar a confundirse con el presente. Por ello, imaginariamente, en su cuna, el neonato puede cohabitar con una parte de su madre-lactante, de su padre-lactante y de otras sombras de su historia familiar. Sobre todo si algún duelo no hecho reivindica en ese momento una nueva oportunidad de resolución.

Los discursos que insisten demasiado en el lugar de la madre se basan en la ideología de una “naturaleza materna” y en el mito de una fundación biológica de la unidad madre-hijo debido al embarazo. Se legitiman a partir de una realidad errónea: “la fusión biológica original”.

Ahora bien, desde el principio, se trata no de fusión sino de separación: el espermatozoide y luego el feto son cuerpos ajenos en el interior del cuerpo de la mujer (el sistema de protección por medio de anticuerpos debe inhibirse para que pueda proseguir el embarazo). En la matriz, el feto está separado de la madre (el saco del bebé) y se olvida que el cordón umbilical no comunica el niño a la madre, sino el niño a su placenta. Importante placenta al servicio del bebé. ¿No se habla de “barrera placentaria” protectora entre el niño y agresio-

nes biológicas o psicológicas relacionadas ya sea con el estado de su madre, o con el entorno exterior?

Especie de doble, de huella del bebé, la placenta se desprende también durante una fase del parto que se llama “alumbramiento”. Lo que simboliza la desunión inicial entre la madre y su bebé. La placenta representa en el niño la parte ajena a sí mismo. A la imagen de esa placenta olvidada, se imprime la ausencia inexorable que se inmiscuye en la relación de cada uno de nosotros con los demás.

Así, ya durante el embarazo, el bebé tiene una parte de autonomía. Gracias a los mejores conocimientos actuales sobre las reacciones y las percepciones del bebé en su vida intrauterina, se sabe que puede sacar provecho de una autoprotección parcial: por ello, algunos bebés se animan cuando su madre se sosiega, o permanecen tranquilamente replegados en una esquina del útero cuando su madre vive experiencias emocionales intensas, ya sea dichosas o dolorosas. ¿Qué mujer embarazada no ha observado que su bebé reaccionaba selectivamente a la presencia o a las sollicitaciones del padre, de tal hermano o hermana o de tal amigo?

El niño crea progresivamente su lugar en el cuerpo de su madre, pero también en sus representaciones mentales, luego en su vida concreta. No olvidemos que no es porque un bebé está en el vientre de su madre por lo que es llevado psíquicamente por ella. Los ginecólogos dicen que cada mujer requiere más o menos tiempo para adentrarse en su embarazo. Y basta con escuchar a las mujeres que se dieron cuenta de que estaban encinta, en el sexto o séptimo mes del embarazo, o al contrario las que vivieron un “embarazo nervioso”, para descubrir que puede existir un desfase temporal entre la concepción biológica y la concepción psicológica del hijo.

Asimismo, algunos hombres no están excluidos del cargo durante el embarazo de su esposa. En nuestra sociedad, se empieza a hablar mejor del fenómeno de incubación. Ritualizada y simbolizada colectivamente en otras culturas, adquiere entre nosotros una forma más psicosomática. Los padres aumentan de peso o les crece el vientre, o bien les duele la espalda, por ejemplo. Esas manifestaciones suelen retroceder al nacer el hijo, pero sucede que los más dolientes no logran, en cierta forma, “dar a luz” simbólicamente. Así algunos padres se vuelven portadores de su hijo, sin poder “volverse el continente” de la relación entre su esposa y el bebé, ni ejercer su función paterna, de tercero, de seguridad. Se sitúan como rivales de la madre y establecen una pantalla entre ella y su bebé: algunos están

superdotados en puericultura, que saben todo mejor que su esposa y la invalidan en su descubrimiento progresivo de la relación y de los cuidados al hijo.

Cada recién nacido se diferencia tanto de los demás como de las expectativas o de las proyecciones de sus padres. Debe ser descubierto progresivamente, a través de sus reacciones personales, de sus miradas, de sus apetitos, de su salud, de sus ritmos. Éstos son los primeros indicios de su identidad, las primicias de su relación con el mundo.

LA SEPARACIÓN ORIGINAL NO ES ASUMIBLE POR EL NIÑO SOLO

El pequeño niño nace en una dependencia vital debido a su inmadurez funcional. Y aunque de entrada sea un ser de relación corporal y de palabra, sin los cuidados adecuados, afectuosos y hablados, el bebé humano no puede vivir.

Entonces se crea entre el lactante y sus padres o su sustituto un lazo materno o paterno primario. Lo que Winnicott precisa con el término de "preocupación materna primaria" consiste en una especie de vínculo somatopsíquico muy particular durante los primeros meses de vida del bebé. Los nuevos padres hablan a menudo de lo que sienten como de un estado de gracia con todo agotador, al parecer simbiótico, y que se manifiesta de múltiples maneras: las subidas de la leche que se desencadenan en la madre por la manifestación de apetito de su hijo, o bien la modificación de la calidad del sueño de los padres cuando, aun profundamente dormidos, velan sobre el sueño de su hijo, o también esa pertinente inquietud intuitiva de los padres que a veces orienta un diagnóstico médico en el buen sentido...

Conceder positivamente su dependencia va a permitir al recién nacido no sólo sobrevivir, sino vivir entre los seres humanos. Para ello, desarrolla respecto de sus padres dos procesos psíquicos inconscientes: la ilusión que colma y el beneficio relacional de la dependencia.

La ilusión que colma se apoya en la satisfacción de las necesidades primarias del niño en una relación afectiva y hablada con sus padres. Desde el punto de vista del niño, el otro se percibe entonces como omnipotente, volviéndose aquel (padre, madre, o cualquier otra persona encargada de cuidar del niño) sin el cual no puede hacer nada, el que podría colmar todas sus carencias, el que podría resolver o reducir todas sus tensiones.

El adulto se representa imaginariamente al niño como “colmable”, “protegible”, hasta, si se está versado en el dominio del otro, “moldeable”. Por una parte sobre esta ilusión de dominio se basan las actuales corrientes psicológicas anglosajonas. Aconsejan a los padres y educadores una discutible focalización en las “competencias” precoces de los bebés y la “estimulación” de los aprendizajes.

Conceder positivamente su dependencia permite al bebé soportar la inquietud vinculada con su dependencia biológica. Otorga su confianza a aquel que, a sus ojos, puede y sabe para él. Saca así beneficios de relación de su dependencia.

Esta actitud de reciprocidad facilita el establecimiento de una relación de calidad, gratificante para el adulto. La exigencia de los cuidados a los lactantes es tal que los padres necesitan, para asumirla, ser recompensados, en algunos momentos, por la confianza o el sosiego que sienten poder aportar a su hijo. Basta con ver el malestar en el que algunos lactantes sumen a sus padres cuando, muy pronto, muestran querer hacerlo todo, de inmediato, solos.

Pero el impulso de vida está hecho de tal manera que padres e hijos, apenas instalados en esta posición imaginaria, van a tener que renunciar a ella. Pues para seguir viviendo y creciendo, el niño habrá de conquistar su autonomía. Volverse autónomo física y psíquicamente requiere salir de la “ilusión que colma” y por consiguiente aceptar prescindir de los beneficios relacionales obtenidos de su dependencia. Proceso tanto más difícil y largo porque esta ilusión primaria habrá sido necesaria para su vida.

Eso explica por qué un niño que sabe caminar todavía necesita ser cargado, por qué un niño que sabe vestirse solo pedirá que se le vista, o bien por qué pueden pasar semanas o meses entre el momento en que el niño adquiere el control de sus esfínteres y aquel en el que acepta ya no necesitar pañales.

Así, la ilusión colmadora es un señuelo vital en los primeros meses de vida, pero habrá que salir de ella en un segundo tiempo.

Ser uno mismo con los demás

Fuera de su familia, el niño repasa con una gamuza sus contornos, agudiza su identidad; al rozarse con los demás, amplía su gama de relaciones y estructura sus referencias relativas (más grande, más moreno, más fuerte, niño o niña, etc.). Gracias a esa apertura, inicia un

trayecto que proseguirá toda la vida. Pues después de haber sido él mismo para el otro, en función del deseo y de las expectativas del otro, en lo sucesivo puede sentirse él mismo entre los demás. Y después de haberse definido una identidad respecto de los demás, sabrá mejor ser él mismo con los demás. Se dirá entonces que sabe ganarse un lugar o bien que vive su vida.

Este encuentro con la comunidad de los seres humanos ajenos a la familia, y sobre todo con la de los niños, no es sólo algo que debemos, por obligación, hacer aceptar a los niños pequeños. No olvidemos que la buscan y la desean –aun si todo eso se hace con cierta ambivalencia. No es porque un niño está triste de dejar a sus padres por lo que no tiene ganas de ir a jugar con otros niños o de entrar en relación con otros adultos. Y no es porque está contento de ir a la guardería por lo que no tiene el derecho de expresar su pesadumbre de que sus padres se vayan.

Los procesos de separación dan testimonio de un distanciamiento y de la formación de los entornos psíquicos. El reto de porvenir es aquí, para cada niño, confundir lo menos posible su percepción con la de los demás, su pensamiento con el de los demás, su lugar con el de los demás.

El niño alentado en sus esfuerzos de individualización recibe de sus padres un valioso regalo. Estará mejor preparado para esta regla de vida afectiva: cuando no se confunde uno en el psiquismo del otro, es más fácil comprenderlo, amarlo y ser amado por él.

LAS CONDICIONES DE UNA SEPARACIÓN: LA ATENCIÓN

La importancia de las primeras experiencias de separación en el niño supera por mucho el tema de la culpabilidad de las madres que trabajan fuera del hogar.

La vivencia de las separaciones precoces en el niño es un problema psicológico general, que adquiere un sentido particular cuando la madre trabaja, pues se plantea entonces el problema de las condiciones en las que se llevan a cabo estas separaciones para el niño. El cuidado de los niños es un rompecabezas tal en Francia en términos de posibilidades de elección y luego de ofertas, que sólo en segunda instancia se hace uno la pregunta sobre la calidad de los modos de atención. Las madres se atormentan entre la falta de lugares y de per-

sonas a quienes confiar a los hijos, una incapacidad por maternidad demasiado corta para prepararse bien a ello y la amenaza a menudo esgrimida de la inseguridad profesional. La culpabilidad de confiar a su hijo se ve acentuada por la impresión de no tener la elección del modo de guarda.

Algunas veces se enfrenta la urgencia al final de la incapacidad por maternidad, los padres “intentan” soluciones. Las estadísticas hablan de “soluciones familiares”. ¿Puede hablarse de solución, cuando un bebé es dejado en casa de la vecina o con la portera del edificio, que no pueden comprometerse por mucho tiempo? A veces, un hijo mayor que dejó prematuramente la escuela tomará la responsabilidad del bebé. En otra parte, será una abuela un poco cansada por la edad. Sucede también que todas esas personas sean solicitadas por turnos y que el lactante se vea confrontado a una inestabilidad que no es buena para su desarrollo.

La incapacidad por maternidad debería permitir a los padres y al hijo conocerse. Tiempo que podría ser utilizado para que la familia o la pareja aprendieran a vivir con el bebé y reorganicen una dinámica. Ese primer tiempo familiar, base de seguridad en el proceso de socialización, es en realidad un tiempo marcado por la inquietud sobre el modo de atención. Es una lástima.

Para la mayoría de los padres, los temas de la separación no se plantean en conjunto. Se resumen en dos preguntas: ¿Quién va a cuidar del hijo? ¿Cómo hacer que se le cuide?

¿Resultado? Apenas nacido, cuando sus dos padres trabajan, el bebé se vuelve un problema por resolver, y con urgencia.

CUANDO EL NIÑO PEQUEÑO DESCUBRE A LOS DEMÁS

La socialización de un bebé no es violenta cuando se apoya en una separación psíquica. Así como la separación se da sin violencia cuando se fundamenta en una relación afectiva primordial.

El apego, la separación, la socialización son los tres tiempos de una trayectoria psicológica vital para los niños. No puede ubicarse en sí una edad mínima para iniciarse en la novedad de las relaciones y en los cambios, por el contrario se requieren ciertas condiciones.

Los modos de cuidado, asistente materna autorizada o no, abuela, enfermera, casas cuna, guarderías y demás lugares de atención con o sin los padres, deben ser organizados en torno a estas tres necesidades en el niño: establecer una relación afectiva privilegiada con una persona de referencia, en general la madre, pero que, si es necesario, puede ser alguien más; abrirse a otros; participar en verdaderas relaciones, incluso con adultos no “familiares”, otros niños, otros lugares. Este proceso del desarrollo de las relaciones es una trayectoria necesaria.

Para facilitar su comprensión, es más fácil separar estos tres registros, pero de hecho, en el niño pequeño, son estrechamente dependientes e imbricados los unos en los otros. Son tres operaciones psíquicas distintas, y sin embargo, no localizables cronológicamente ni respecto de las edades, ni del nivel de desarrollo de un niño. Estas tres potencialidades están presentes de entrada, aun si, según los niños y la educación recibida, se manifiestan más o menos precozmente. Muy pronto, los bebés manifiestan en efecto diferencias en sus apetencias de relación, de separación y de socialización.

DESDE EL EMBARAZO, SE NOS VA...

En la actualidad se sabe, que desde el embarazo, el niño está atento a la vivencia emocional de su madre, así como al mundo externo. Se

orienta hacia sus prójimos, su padre, sus hermanos y hermanas. La haptonomía y las técnicas de investigación prenatales demuestran día a día lo que Françoise Dolto había presentado de la vivencia del feto al escuchar a sus pacientes, pequeños y grandes. Catherine Dolto-Tolitch habla del bebé en el vientre de su madre como un “centinela alegre”.¹ En ese momento de su desarrollo, el niño está en relación con su madre y el mundo exterior, pero aún no está listo física y psíquicamente para la separación. Si se presenta un problema durante el embarazo, que acorta demasiado la gestación, serán necesarias precauciones médicas y psicológicas para la supervivencia del bebé prematuro.

Si el embarazo se desarrolla normalmente, nos daremos cuenta de que ciertos bebés prefirieron *in utero* al padre o a los hermanos y hermanas o también a una abuela o una amiga cercana. Lo que puede tener por efecto una apertura facilitada al otro más que a la madre. Esto puede explicarse por dos factores. El primero es que el despertar social precoz y espontáneo del niño habrá sido reconocido y fomentado. La segunda razón es que las personas implicadas en una relación tan extraña con un bebé aún en el vientre de su madre se sienten más cercanas al bebé. Tienen la seguridad y se sienten autorizadas de entrada a entablar una relación afectiva y responsable con el niño. El vínculo entre el padre, los hermanos y hermanas, los prójimos, son como condiciones previas para el encuentro con el bebé. Un padre dirá que ya siente ese niño como suyo, un hijo mayor habla gustoso de su hermanita, y el lazo existe cuando el bebé aparece. Luego, se ajustará a las características del niño real.

A la inversa, sucede que un bebé teje por sí mismo lazos con el exterior durante el embarazo, fuera de la conciencia activa de su madre. No es raro que una mamá observe la agitación de su bebé cuando sus hijos mayores vuelven de la escuela. Reconoce sus voces, su presencia. Así como percibe una música o ruidos familiares que siguen brindándole tranquilidad después del nacimiento y le faltarán más tarde si desaparecen.

Así la pequeña Stéphanie, arrullada en el vientre de su madre y durante su muy pequeña infancia por el ruido de las máquinas de un taller clandestino situado debajo del departamento, presentará trastornos del sueño a los seis meses, cuando cierre el taller. Toda la no-

¹ C. Dolto-Tolitch, *L'haptonomie périnatale* (CD), colección “À voix haute”, Gallimard, 1999.

che, el ronroneo de las máquinas que enfurecía a los adultos, arrullaba a la niña y hacía las veces de presencia tranquilizadora.

Thierry y su primer camarada

La historia de Thierry viene a ilustrar asimismo este propósito. Entra a terapia por una enuresis y dificultades de comportamiento mal toleradas en la escuela. Mantiene con su padre una relación de gran complicidad. A lo largo de las sesiones, siempre pone en escena a dos hombres luchando el uno con el otro, sin saber por qué, como destinados a la adversidad por algún mal sortilegio. Después de dichas batallas, el niño se desliza al suelo, hecho un ovillo. Lo siento deprimido y evoca para mí una problemática de abandono y de falta a la que, juntos, no le encontramos sentido. Citados, los padres no parecen establecer ningún lazo, ni con la historia de su hijo ni con la suya. Ninguna separación brutal, ni enfermedad, ni duelo, ni mudanza, ni depresión...

Un día, recibo sin embargo una llamada telefónica de la madre. Confusa, me solicita tener un encuentro conmigo, “confidencialmente”. En mi profesión, no puede ser más que confidencial. Precisa entonces que desea venir sin su marido para hablarme de Thierry.

Evoca, a lo largo de la entrevista, una bella historia que se desarrolló durante su embarazo. Del quinto al séptimo mes, su oficio de técnica de sonido en el campo cinematográfico la llevó a un rodaje al extranjero. Por la “casualidad” de los *castings*, también se encontraba allí un comediante que antaño había sido su amante. Su relación se había mantenido casta, pero a él lo había turbado mucho su estado. Ayudado por su antigua proximidad corporal, él colocaba muy a menudo sus manos sobre el vientre de su amiga hablando amistosamente y con buen humor al bebé. “Hola amigo”, le decía, y le daba nuevas del rodaje o del tiempo. Creyendo que eso no tenía ninguna consecuencia, la mamá de Thierry se prestó al juego. Se sentía sola lejos de su familia y me dice: “Me daba gusto que una persona, por lo menos, se interesara en mi estado. Yo que estaba tan feliz de esperar un hijo... En el rodaje todo el mundo pensaba sólo en su ombligo y yo no pensaba más que en el mío... Reconocerá usted que mi ombligo tenía mucho más interés que el de los demás.” Después del rodaje, no volvió a ver a aquel hombre, y no le había pasado por la cabeza una relación cualquiera de aquel hecho con las dificultades

de su hijo. Sin embargo, mis preguntas durante la entrevista anterior le habían recordado ese episodio. La angustiaba la idea de que pudiera haber habido, para Thierry, una confusión de padre, cuando ella ama a su compañero, el padre de sus hijos.

Le pregunté si había sentido algún deseo hacia su antiguo amante, o bien si, en la época de su relación amorosa había tenido ganas de tener hijos con él. Estalla de risa. Era un seductor, narcisista, muy creído de sí mismo, con el que jamás habría podido imaginar tener un hijo. Habría temido demasiado que se le pareciera. Le recuerdo entonces que la primera vez que vino a hablarme de Thierry, había subrayado con alegría los parecidos entre Thierry y su padre.

En mi opinión, el niño, al final de aquel rodaje, no había perdido más que a su primer amigo, su primer camarada de juego. Pero era una pérdida relacional, un contacto cotidiano. La mamá precisa entonces que la banda de sonido de la película en la que trabajaba varias horas por día podía hacer pensar en peleas y conflictos. Pensaba que la voz y las manos del comediante tal vez habían sido simplemente tranquilizadoras para el bebé.

Los bebés, así sucede, viven muchas cosas solos, como adultos, muy pronto y sin que se sepa. Apegarse, socializarse, separarse, Thierry había sentido sus emociones, en un nivel muy confuso, y guardaba de ellas una huella de tristeza. Su madre y yo le relatamos ese periodo de su historia de relación, expresada en palabras accesibles para él y sin que su padre pudiera percibirlo como una sombra. Volvió a coger entonces “las riendas”, con seriedad, de su deseo de poner fin a sus dificultades, y su psicoterapia avanzó con éxito.

Durante una última entrevista, los padres de Thierry confesarán cuán orgullosos están de que lo haya superado. Éste los mira entonces gravemente, luego replica con tranquilidad: “Desde luego, sé salir adelante con mis problemas, salí del vientre de mi madre para nacer. Si me hubiera quedado adentro, no hubiera podido vivir con todo ese ruido.” Su madre, emocionada por sus palabras, encuentra la energía de su buen humor para contestarle: “Sabes, Thierry, no sabía que no te gustaban los ruidos de mi trabajo, pero te prometo que si un día hay un hermanito o una hermanita en mi vientre, me ocuparé de las imágenes de las películas y ya no del sonido.” El niño le sonríe para tranquilizarla: “Sí, pero me gusta una mamá que tiene buenos oídos.” Puede ahora recobrar la confianza para establecer relaciones con sus camaradas de escuela de otra manera y no peleándose. Soporta mejor el ruido del recreo y de la sala de estudios y ya no teme la desapari-

ción de sus amigos como del primero. Inventamos juntos palabras para designar su vivencia; se la apropió.

MÁS ALLÁ DE LA MADRE: EL HORIZONTE

Los niños de los que ambos padres trabajan experimentan más pronto que los demás el hecho de ser confiados a personas externas a la familia (en la mayoría de los casos). Se habla entonces de socialización precoz, sobre todo cuando el modo de recibimiento ofrece al niño la oportunidad de establecer lazos con otros niños. Lo que puede a veces sorprender o inquietar a los padres cuando se trata de niños de menos de tres años. “¿No sería demasiado pronto?”, piensan. Y muchas madres tienen el deseo, más o menos admitido, de una persona que se consagrara específicamente a su hijo, en un lugar en el que éste no fuera ni molestado, ni frustrado, ni zarandeado por otros niños. Ahora bien la socialización es como la separación, un proceso psíquico inherente al desarrollo del niño. El niño lleva en él está potencialidad de relaciones que busca muy pronto la forma de ejercerse.

La socialización no es un triste paliativo de la ausencia de la madre, un espacio vacío de su deseo. Por el contrario, la socialización es el espacio del encuentro ampliado más allá del recinto familiar. Es un más en la vida del niño, un factor de enriquecimiento intelectual y afectivo. El niño sólo pide ejercer su curiosidad. A los bebés les gusta ver el mundo, sonreír a los seres humanos, descubrir lo nuevo. Desde los primeros días, el niño tiene la capacidad y la voluntad de establecer lazos con modalidades y tonalidades diferentes, conforme a su entorno y a sus compañeros. Es posible preparar a su hijo para abrirse con toda confianza a otros si el bebé está en un modo de guarda de calidad, que le brinda seguridad tanto a él como a sus padres. La socialización precoz no es en lo absoluto asunto de adaptación social. Sería peligroso. No se adapta a un niño, es él quien se adapta, si es que el entorno está adaptado a él.

Las investigaciones sobre los niños muy pequeños son cada vez más agudas y dan cuenta de la extensión de sus capacidades. Los descubrimientos de las “increíbles” competencias intelectuales del bebé están bastante difundidos. Al hacerlo, no se recuerda lo suficiente que, mientras más pequeño es un niño, más sus capacidades de per-

cepción, de razonamiento, de aprendizaje dependen de la calidad de relación que establece con su entorno. Ahora bien, el entorno de relación de un niño no se limita a su madre. Y la relación con la madre no es, como se creyó durante largo tiempo, el prototipo de las relaciones con los demás. El entorno del niño más allá de su madre está constituido en primer lugar por el padre, luego por los hermanos y hermanas, la familia ampliada, los abuelos, los compañeros de los niños, las personas que cuidan de él, ven por él, lo educan. Sólo hace muy poco tiempo que los investigadores en “etología humana” y en psicología del desarrollo se dedicaron a las capacidades de múltiples relaciones de los bebés antes de los tres años de edad. Las relaciones de los lactantes con personas diferentes a la madre, sobre todo con los demás niños, se diferencian y son sorprendentemente ricas. Los primeros trabajos estadounidenses y franceses datan de fines de los años setenta.²

LOS BEBÉS ENTRE ELLOS

La ciencia tuvo que salvar tres atolladeros conceptuales para ilustrarnos sobre las relaciones de los bebés con los demás. Hubo que superar varias ideas recibidas: que los bebés no necesitaban, durante los primeros años de su vida, más que a su madre para volverse autónomos e inteligentes. Que los niños no podrían identificar las diferencias entre los interlocutores: los compañeros de su edad que frecuentan regularmente y los que no conocen, sus hermanos y hermanas, su madre, etc. En fin, hubo que renunciar a la idea de que, no sabiendo todavía hablar los niños, la comunicación entre ellos no podía ser más que pobre e inútil.

Durante los años ochenta y noventa, la relación madre-hijo dejó un poco de lugar al estudio de los niños entre ellos, con su padre y con los demás adultos. Los resultados de esos trabajos merecen ser conocidos por los padres que se inquietan por sus hijos confiados du-

² T. Décarie, “Origines de la socialisation de l’enfant”, en J.F. Saucier, *L’enfant, explorations récentes en psychologie du développement*, Presses Universitaires de Montreal, 1980; J.C. Rouchouse, “Éthologie humaine, éthogramme et communication non verbale entre nourrissons”, *Enfance*, núm. 1, 1978, pp. 13-30; H. Montagner, *L’attachement, les débuts de la tendresse*, Odile Jacob, 1988; R. M. de Casabianca, *L’éveil social avant trois ans en milieu institutionnel*, Fleurus, 1978.

rante todo el día a personas externas o viviendo en colectividad. Para sintetizar, se podría afirmar que, mientras mamá culpabiliza al trabajo, el bebé aprende a amar y a hacerse amar de otro modo, elige a sus amigos y no escatima medios para lograr nuevas adquisiciones: las personas, los lugares, los objetos y los animales. Todo ello a condición, desde luego, de que haya sido preparado para el descubrimiento de otro entorno y que ese entorno cuide de su individualidad. Es una de las características de un modo de guarda de calidad. Precisaremos posteriormente lo que oculta el término de "calidad" del cuidado del niño pequeño.

Inútil angustiarse cuando, por razones profesionales, se amplía el campo de relaciones sociales de un lactante. Invocamos cuatro razones para tranquilizarse: la primera es que el niño posee capacidades innatas de socialización. La segunda es que la socialización favorece las adquisiciones. La tercera, que la socialización no depende únicamente de la relación con la madre, sino que puede llegar a reforzar la comunicación madre-hijo. Y por último, cuarta razón, el niño al multiplicar sus apoyos fortalece sus seguridades y se vuelve él mismo agente de socialización de su familia.

Subrayemos que los niños cuyas madres no trabajan fuera del hogar no padecen forzosamente carencias desde el punto de vista de la socialización. La mayoría de los padres están atentos a este aspecto de la educación de sus hijos. Las familias ampliadas con muchos hijos, las vidas de familia abiertas al entorno de los vecinos, del barrio o del pueblo son otros vectores de socialización. El problema es cuando la madre o el padre se ocupan de su bebé en el seno de una red de relaciones limitada, con el pretexto de protegerlo de las perturbaciones. ¿Cuántas jóvenes parejas pierden a sus amigos al nacer su primer hijo, porque piensan que el bebé debe dormir y comer en lugares y a horas fijas y que los cambios, el ruido y el mundo los perturban? ¿Y si lo que perturbara a los niños fuera estar inmerso en un aislamiento?

A LOS BEBÉS LES GUSTA EL MUNDO

¡Qué infinita ternura ilumina el rostro de un bebé al cruzar la mirada emocionada de su madre! ¡Se tiene el sentimiento de que el mundo podría detenerse allí! La sensación de estar completo, la solicitud,

la comunicación y la devoción se condensan en esos instantes mágicos. Los padres que tienen la buena idea de pasar tiempo con su lactante, de dejarse ir a esa extraña ensoñación, entran en una comunicación de otro tipo. Descubren otro continente de su propia sensibilidad.

¿Cómo imaginar entonces que el niño tan saciado de afecto pueda necesitar o desear otra cosa? ¿Que aparte de los “grandes prójimos” de su nacimiento, otras relaciones presenten algún interés para él? ¿Por qué pensar que puedan gustarle relaciones con personas ajenas? ¿Podría ya ser capaz de amar de una manera diferente a como ama a sus padres?

Y sin embargo, quien desee abrir los ojos sobre su bebé se dará cuenta de que muy pronto manifiesta un sentimiento de curiosidad hacia personas ajenas. De que va a estar atento y fascinado cuando los niños rodean su cuna. De que va a aceptar los ruegos de sus abuelos, emocionados de prodigarle ternura y de arrancarle una mirada o una sonrisa.

Gracias a técnicas de observación muy sofisticadas, los investigadores pudieron demostrar experimentalmente que los bebés apreciaban las nuevas relaciones. Desde los primeros meses de vida, presentan una apetencia, una atracción hacia los demás, y sobre todo los niños de su edad. Parecen diferenciarlos bien de su propio reflejo en el espejo y también de sus hermanos y hermanas. Los niños tienen mímicas, gestos y vocalizaciones claramente dirigidos hacia el otro niño y por medio de los cuales establecen un verdadero intercambio. Expresan placer y sus actitudes se adaptan al comportamiento del otro.³ Los niños de la misma edad son capaces de centrar su atención relacional en su compañero más largo tiempo que en su madre.

En la guardería, se observan entre los bebés actitudes de relación muy elaboradas. No es raro ver niños de cuatro o cinco meses comunicarse por medio de un sonajero o escucharlos vocalizar haciéndose eco los unos a los otros, siendo en ellos la imitación una de las primeras estrategias de contacto con el otro.

Es apasionante asistir a una sesión de despertar musical⁴ para bebés de menos de un año. Los instrumentos y la función de la atención continente del animador-músico ofrecen a los niños herramientas de comunicación y de relación que utilizan muy bien. Un niño

³ “Copains-copines: La société des bébés”, *Enfant d'Abord*, núm. 164, enero de 1993.

⁴ C. Groslesiat, *Les bébés chasseurs de sons*, Erès, 1999.

agita cascabeles, otro le contesta haciendo rodar un tubo con semillas, el tercero canturrea. Los niños no siempre se miran, pero es evidente que se escuchan, se asechan y se responden a través de los sonidos que provocan torpemente y como al azar por medio de sus manipulaciones de los objetos. Observé que de una sesión a la otra, si no son demasiado distantes en el tiempo, los niños toman el objeto sonoro al que se dedicaron sobre todo la vez anterior. Así observé un niño pequeño gateando que hacía rodar sobre el tapete un palo de lluvia hasta una compañerita que se arrastraba un poco más lejos. La auxiliar de puericultura me recordó que en la sesión de actividad anterior, los dos niños habían jugado lado a lado con ese palo. Los objetos y los sonidos son aquí medios de relación al alcance de los niños pequeños.

También son ricas de enseñanza las situaciones en que el niño de tres o cuatro meses llega a un grupo de bebés ya constituido. Los niños lo ubican muy pronto. Y cada uno conforme a su estilo acoge al recién llegado. Los niños de menos de un año muestran claramente su desaprobación al ver el territorio de las rodillas de su persona de referencia ocupado por el intruso. Lo jalan o se pegan al lado de él. Otros siguen las operaciones con la mirada. Otros más intentarán atraer su atención. A los seis meses, algunos días después de la entrada a la guardería de uno nuevo, un antiguo que ve llegar a su madre lo busca con la mirada.

Los niños diferencian perfectamente a las personas e intuyen los lazos que las unen. Los niños de entre diez y dieciocho meses ya van a buscar el peluche de un amigo que llora para dárselo, aunque una hora antes se hayan divertido en quitárselo para someter a prueba su reacción.

Las observaciones de niños de menos de tres años entre ellos y con los adultos son un venero de enseñanza. Tengo la suerte de ejercer una profesión en la que la escucha de los más pequeños es la principal herramienta. Ahora bien, escuchar a los más pequeños empieza por mirarlos, confiando en lo que se ve. Cuando son muchos, aun si parece que están jugando cada uno por su lado, es probable que intercambien a distancia, enriqueciendo el juego de uno el del otro al darle una nueva idea. El que juega con la muñeca la regaña por haberle pegado a su amiga, justo después de que, cinco metros más allá, un compañero haya empujado a otro niño para tomarle su lugar. Los niños pequeños son sensibles, vibrátiles, intuitivos y muy observadores. De tal manera que sus sistemas de codificación y de re-

lación son sumamente complejos y eficaces. Son campeones en las señales infraverbales, y con razón.

Al tratar contra los demás, los niños dibujan los contornos de su propia subjetividad naciente. Cada uno tiene su estilo de relación.⁵ La diferenciación entre sí y el otro se construye al mismo tiempo que se identifica a los demás como diferentes entre ellos. La individualización en el niño pequeño es sostenida por experiencias precoces de lazos múltiples y continuos. Por ello, si las personas le son presentadas claramente, el niño aún muy pequeño no confundirá las relaciones entre él y sus padres con las que establece con la o las personas que se ocupan de él en su ausencia.

La calidad de la separación, la calidad de la socialización dependen de todos los participantes implicados. El niño está en el centro de las relaciones entre sus padres y las personas que lo acogen.

LOS BEBÉS ELIGEN A SUS AMIGOS, Y SE APORTAN MUCHO

Por razones que no siempre se comprenden, los niños pequeños manifiestan preferencias. Algunas personas, lugares u objetos son apreciados, otros no, y eso puede cambiar según las épocas.

La relación con un adulto es más fácil para los niños, pues éste mantiene el trabajo de acercamiento y de intercambio. De tal manera que el niño puede aprender a conocer mejor a un adulto y acabará por intimar con él si está autorizado a hacerlo y se le ayuda. Pero la relación de niño a niño es más exigente. Si el niño no se esfuerza un poco, el otro no proseguirá el intercambio. Asimismo, los niños son estimulantes los unos para los otros en el plano de la comunicación, de las experiencias motoras y de relación. A condición de que la actitud de los adultos sea envolvente, tranquilizante, sin ser demasiado impositiva. La duración y la intensidad de los intercambios entre los niños son inversamente proporcionales a las que caracterizan a los intercambios con el adulto. Lo que significa que si el adulto es demasiado directivo o sobreprotector, los niños se ven obstaculizados para compartir y confrontar sus descubrimientos; al igual que mientras más crece y se autonomiza el niño, más sus compañeros son valiosos copartícipes de relación y de aprendizaje.

⁵ A. Beaumartin, "À chaque bébé son style de socialisation: Le bébé dans le groupe de pairs à la crèche", *Dialogue*, núm. 20, 1993.

Se han llevado a cabo algunos progresos por el lado del respeto a los lazos afectivos entre los niños y las personas que se ocupan de ellos. En la actualidad, es más raro que se separe brutalmente a un niño de su niñera, de su abuela o de la guardería. Los adultos, padres o profesionales que lo hacen, saben que es una violencia respecto del niño. Asumen su responsabilidad. Sin embargo, todavía no se considera con la seriedad necesaria el apego de los niños entre sí; no siempre se presta la suficiente atención a la importancia de esos primeros afectos amistosos. Ahora bien, es frecuente que un bebé reaccione a la ausencia de otro niño en casa de la asistente materna. Ésta dirá, por ejemplo, que está un poco fastidiado hoy porque su amigo no está. En la guardería, se observan niños acechar la puerta en la mañana esperando a un compañero. Por ello los profesionales del cuidado prudentes siempre piensan en avisar a los niños cuando uno de ellos va a irse. Suele hacerse una pequeña fiesta o marcar de alguna manera la partida. Decirse adiós es un acto de estructuración de los procesos de separación y de socialización al mismo tiempo, lo cual es benéfico. Si los niños están apenados de separarse, por lo menos que esa pena sea reconocida, legitimada y compartida. Se aminorará.

Hay niños que se atraen entre ellos, otros son indiferentes, otros por último mantienen relaciones negativas. Parece que para los niños que se codean en un mismo marco y de manera continua, el tipo de relación cambia poco con el tiempo.⁶ Pero, positiva o negativa, una relación es transmisora de un lazo que tiene sentido para los niños y cuya modalidad es una forma de experiencia que adquieren. He visto a niños pequeños tan desprovistos por la ausencia de su peor enemigo como por la de su mejor amigo.

Adultos o niños, los demás son apoyos para ejercitarse y aprender, son también apoyos de seguridad. Las relaciones extrafamiliares están llenas de puntos de referencia para los niños que se las apropian. El mundo exterior a la familia está representado para los más pequeños por el grupo de la guardería o por el grupo en torno a la asistente materna, si tiene la suerte de no estar todo el día solo con ella. El niño pequeño no puede lanzarse a descubrir más que si es apoyado por una presencia adulta preocupada de su persona. El bebé es convidado a aprender a ser con los demás, pero a condición de que se respeten su individualidad, su historia, su sensibilidad, su madurez.

⁶ O. Espinoza, "Bébés amis, bébés ennemis, bébés indifférents entre eux: Une étude à la crèche", *Dialogue*, núm. 120.

Se trata en este caso de lo que se llama un cuidado personalizado, sin importar si es individual o colectivo. A falta de lo cual la socialización se vuelve una revoltura de niños, condicionados a ahogarse en una masa indiferenciada y anónima. Un colmo a una edad en la que el objetivo es encontrar su identidad, con otros diferentes e identificados, y evitando al mismo tiempo el doble escollo del repliegue en sí y de la rebelión. Los niños que se doblegan al adiestramiento se repliegan y se empobrecen. Los niños que se rebelan aprenden muy pronto a romper los marcos de referencia.

La socialización del niño se encuentra en la confluencia de lo individual y de lo colectivo. Por construcción, las condiciones del proceso de socialización en el niño son asunto de muchos. ¿Cómo van a organizarse juntos la madre y el hijo, pero también el padre y los demás, que componen el entorno social, para que esta primera etapa hacia la sociedad se resuelva de la mejor manera posible para el niño pequeño?

CONFIAR A SUS HIJOS: LA CALIDAD ES UNA PRIORIDAD

Adelanto dos proposiciones: la separación precoz entre el niño y su medio familiar durante el trabajo de sus padres no es de ningún modo patógena, si esta separación se lleva a cabo en buenas condiciones de acogida y de relación. La socialización del bebé presenta un verdadero interés para su desarrollo, a condición de que se acompañe por un cuidado de protección de su nascente individualidad.

Pero, ¿a qué se llama “buenas” condiciones de acogida? ¿Qué es el “cuidado” de protección? Toda la dificultad radica en encontrar un cierto número de referencias confiables que ilustren estas nociones subjetivas, sabiendo sin embargo que no se trata de categorías rígidas y que el espacio del encuentro entre padres y profesionales es determinante en la relación con el niño.

Gracias a mi experiencia de terreno y de analista, identifiqué tres condiciones para una acogida acertada. En primer lugar, la ausencia de los padres (y no sólo de su madre) debe adquirir sentido para los niños. En segundo lugar, los niños pequeños deben gozar de un entorno de calidad mientras sus padres trabajan. Por último, el arreglo de relaciones claras entre los padres y las personas que se ocupan de los niños durante el día es determinante.

El peso del sentimiento de culpabilidad de las madres que trabajan será tanto menos agobiante cuanto que la responsabilidad de la aplicación de estas tres condiciones incumbirá tanto a los padres como a los profesionales, sin olvidar a los elegidos que orientan las condiciones materiales de este cuidado.

Haber encontrado y elegido para sus hijos un marco de vida adaptado y comprobar su completo desarrollo, sentirse confiado con las personas que se ocupan de ellos, he aquí con qué desculpabilizar a los padres que trabajan. Las mujeres con suerte, que esquivaron las trampas de la atención, resumen esto con una frase: “Tengo la mente tranquila durante mis horas de trabajo, pues siento que mi hijo está en buenas manos, y veo que hace muchos progresos. Por fortuna.”

LOS RETOS DE UN CUIDADO DE CALIDAD: PUNTOS DE REFERENCIA

El tema atormenta la mente de muchos padres: ¿se dispone de datos confiables relativos de una manera general a los efectos del cuidado en los hijos, y más específicamente conforme al modo de guarda?

Si hacemos referencia a los trabajos de investigación realizados desde hace treinta años sobre este tema, la respuesta es clara: el tipo de atención durante los primeros tres años de vida no tiene, en sí, efectos negativos en el desarrollo intelectual, físico o social de los niños. Sin importar si los niños son cuidados por su madre, en colectividad o en casa de una asistente materna, lo que es determinante para su desarrollo, no es ni el tipo de lugar, ni la persona, sino la calidad de ese lugar y la calidad de relación entre esa persona y el niño.¹ Pudiendo incluso, la guarda extrafamiliar, en ciertas condiciones psicológicas o sociales, hasta tener efectos más bien favorables en el desarrollo y el equilibrio psicológico de los niños.²

Por esa razón, durante el día una buena relación en la guardería o en casa de la asistente materna es preferible a una presencia materna agresiva o depresiva. Además, las cualidades estimulantes del lugar y de las personas que se ocupan de los niños favorecen el despertar intelectual y el desarrollo psicomotor de los niños pequeños, sin importar su medio de origen. Sin embargo, con el tiempo resurge una sobredeterminación del medio sociocultural de los padres.

Esta última conclusión no está suficientemente afinada si se toma en cuenta la calidad del modo de atención del que los niños pudieron gozar. La experiencia del seguimiento de los niños en la vida cotidiana invita más bien a pensar que los efectos benéficos de un modo de cuidado sobre el comportamiento y la socialización de los niños pueden prolongarse a largo plazo. Y esto en los casos en los que el cuidado de los niños se concibe en un proyecto global de atención, de información y de apoyo a los padres. El lugar y las personas encargadas de la guarda de los niños se vuelven actores eficaces de prevención psicológica y social.

¹ *Modes d'accueil et développement du jeune enfant*, Informe de investigación de la CNAF bajo la dirección de A. Florin, por I. Capponi, C. Clave, C. Giraudeau, C. Lanoe, K. Martinaud, A. Ndobó, N. Verrier, Laboratorio Labécd, Universidad de Nantes, febrero de 1999.

² B. Pierrumbert, "Attachements et séparations dans le jeune âge", en Y. Prêteur, M. De Léonardis (eds.), *Éducation familiale, image de soi et compétences sociales*, Bruselas, De Boek-Wesmael, 1995.

Sin importar si se trata de una asistente materna diplomada, de una guardería o de una solución familiar, algunos criterios parecen contribuir al buen desarrollo psicológico de los niños pequeños confiados mientras sus padres trabajan.

Una atención de calidad es un cuidado personalizado, que preserve la seguridad afectiva de los niños, su vitalidad y su dignidad. Es un modo de cuidado adecuado a la sensibilidad y a las necesidades de los padres y en el que se definen claramente los lugares de los adultos que rodean al niño.

UN CUIDADO QUE TOMA EN CUENTA LA PERSONALIDAD DEL NIÑO

Ningún niño se parece a otro. Así, por ejemplo, tal lactante preferirá dormir en la oscuridad y otro con luz. Tal tomará a menudo el biberón pero en pequeñas cantidades, a la inversa de otro más glotón. Intentar preservar tanto como es posible el ritmo y la preferencia de los más pequeños demuestra una preocupación por la comodidad del niño y muestra que tiene su lugar en la organización de tiempo de quienes están pagados para cuidar de él. Los niños pequeños cuyos padres trabajan a menudo son despertados en la mañana o acostados en la noche a horas determinadas por los ritmos de vida de los adultos. No es dramático y el bebé se adapta progresivamente. Pero no es una razón para que durante el día, en ausencia de sus padres, el lactante esté condicionado a dormir y comer a la hora decidida por la asistente materna, la guardería o la abuela. Se debe empezar por dejarlo ajustarse por sí mismo progresivamente ofreciéndole puntos de referencia, un ritmo más adaptado. Los niños muy pequeños son fáciles de condicionar, sobre todo por personas diferentes a sus padres; pero las imposiciones se pagan de una u otra manera.

La identidad del niño se establece poco a poco, esencialmente a lo largo de los cuatro primeros años de la vida. Aprende cómo se llama, quiénes son sus padres, dónde vive, quién constituye su familia y cuál es su sexo. Su familia es, para él, el punto de referencia. Las personas que se ocupan de niños pequeños no siempre miden la importancia de hacer vivir esta referencia familiar. Es tranquilizador para los niños escuchar nombrar a sus prójimos, los acontecimientos familiares, culturales o religiosos. Personalizar los cuidados es aceptar la especificidad de cada uno preservando pequeños momentos de rela-

ción privilegiada e íntima. Volverse un ser social no es confundirse con un grupo anónimo. Personalizar el cuidado de cada niño es una práctica que no se improvisa, se piensa y se organiza.

Un cuidado de calidad sobreentiende además que las personas a cargo de los niños tienen los medios para estar atentas de la evolución de cada uno de ellos, sin por ello volverse normativas o alarmistas. Quienes los reciben deben poseer sólidas nociones del desarrollo infantil. Asimismo es necesario que reciban ayuda por medio de intercambios con otros profesionales, a fin de encontrar la actitud adecuada respecto de los niños, de los padres y en situaciones difíciles.

Reflexionar entre varios sobre la complejidad de la relación con el padre y el hijo permite tener perspectiva, quitar al conflicto su carga pasional –si es necesario. Los profesionales deben darse los medios de pensar la relación con los padres. El objetivo es que el niño prosiga su evolución, que preserve, en él, la imagen íntegra de sus padres.

UN CUIDADO QUE PROTEGE LA SEGURIDAD AFECTIVA DE LOS NIÑOS

Así la separación cotidiana es positiva si el niño le encuentra sentido, si es aceptada por los padres y si es preparada y progresiva para el niño. Es importante que los padres no se sientan arrancados de su hijo y que, en el momento de la separación, puedan anticipar los reencuentros. Eso será tanto menos difícil si se sienten tranquilos sobre la capacidad de su bebé de hacerse comprender, de expresar sus necesidades. ¿Cuál es la duración de la incapacidad por maternidad legal en Francia? ¿Diez semanas? Un bebé de diez semanas es muy pequeño.

¿Cómo aprehende el bebé el mundo? ¿Cómo logra encontrar sus apoyos psicológicos? ¿Puede encontrar un “papá-mamá” en las personas y los lugares que le son ajenos? Por ejemplo, se observa que ciertos bebés se sienten a disgusto en tal o cual habitación de la guardería o de la casa de la asistente materna, mientras sus padres no la han descubierto con él. De ahí el interés de dejar a los niños el tiempo de conocer progresivamente su nuevo entorno y sus nuevos compañeros.

El periodo llamado “de adaptación” responde a esa necesidad. Se necesitan algunos días para que el niño establezca puntos de referencia que lo tranquilicen. Este proceso de seguridad le permitirá des-

cubrir los lugares y las personas. La presencia momentánea de sus padres en casa de la asistente materna, de la abuela o en la guardería lo faculta para establecer múltiples afectos. No podría concebirse un modo de atención de calidad sin este periodo de adaptación previsto y organizado. Sin embargo, un lugar de atención debe desarrollar la capacidad de responder a la urgencia.

La mamá de Thomas solicita —ocho días antes de la fecha prevista— su ingreso inmediato a la guardería. Tiene una emergencia: el padre está en el extranjero y ella misma enfrenta un imperativo profesional. Rechazo de la guardería motivado por la necesidad de un periodo de adaptación. En ausencia de sus padres, el niño es entonces confiado dos días a una vecina a quien apenas conoce, luego a sus abuelos maternos durante el fin de semana, relevados por los abuelos paternos. Resultado, ese bebé de cuatro meses pasa de brazos en brazos durante diez días, en tres lugares diferentes. La semana siguiente, en la guardería, encuentro a un bebé sin puntos de referencia: es pasivo, sonríe a todo lo que se mueve ante sus ojos, sin ningún discernimiento. La madre admite haber sufrido de esta separación demasiado brutal. Si la guardería hubiera sido menos estricta, la madre y el hijo se habrían vuelto a encontrar en la noche y la guardería se habría manifestado como un espacio auxiliar.

Entonces, entre los criterios de calidad de un lugar de cuidado, agreguemos la capacidad de renunciar puntualmente a ciertos principios. La calidad del modo de cuidado obedece también a su flexibilidad y a su adaptabilidad a las necesidades de los padres y de los niños. Toda rigidez puede llevar en este terreno a situaciones absurdas.

Preservar la continuidad psíquica del niño a través de los cambios y de las diferentes relaciones está en el centro del trabajo de las personas que se ocupan de los bebés.

El papel, la competencia, el profesionalismo permiten mantener el lazo afectivo del niño con sus padres durante su ausencia, al mismo tiempo que se le invita a establecer nuevas relaciones. Desde luego, el mantenimiento de la seguridad psicológica requiere la implantación de prácticas: respetar los ritmos, las costumbres, encontrar puntos de referencia de objetos, de tiempos, de lugar y de personas: el “osito de peluche” que va a la guardería y vuelve a la casa, la mascada impregnada con el olor de la madre, preconizada por Françoise Dolto; un espacio delimitado en el que el lactante duerme, come y juega son ejemplos de lo que cuenta.

Pero el mejor objeto de seguridad afectiva de los niños es la atención maternal de una persona implicada y permanente en su presencia y sus cuidados. Por ello las guarderías de calidad se organizan para que una persona de referencia tome en especial a su cargo ciertos niños y los acompañe durante su estancia en la guardería, sobre todo los dos primeros años. La presencia de una persona de referencia, la consideración del seguimiento de los niños en la duración son indicadores del lugar del niño en el proyecto de trabajo de los profesionales. Se trata aquí de doblegar la organización del modo de guarda a las necesidades de los niños, y no la inversa, que pretendería someter a los niños a las necesidades de los profesionales y de los gerentes. Tomar como punto de partida al niño exige una organización más compleja y un compromiso profesional mayor a la simple referencia a las reglas institucionales. Eso requiere por parte del equipo la capacidad de anticipar a (por lo menos) dos años las asignaciones de puestos en las diferentes secciones. Pero el trabajo es también más interesante y más gratificante. La personalización del cuidado de los niños repercute en los profesionales, que gozan de un mejor reconocimiento de los niños y de sus familias.

El manejo del personal participa en estas prácticas. La lógica de organización ya no es sólo administrativa o aun dependiente de los estados de humor de unos y otros o de la dirección. La estabilidad del personal, su formación, su implicación, su capacidad de comprometerse a largo plazo en una relación privilegiada con el niño son los factores de base de un modo de cuidado de calidad, los factores estructurales.³

Se impone una verdadera profesionalización de las personas, lo que está en relación con la responsabilidad de quienes están encargados de organizar el cuidado de los más pequeños. Si el personal está mal pagado, mal formado, si su profesionalismo no está reconocido y mantenido, corre el riesgo de “cobrarse” de otro modo, por ejemplo compitiendo con la madre por el amor del niño. Los profesionales pueden también desinteresarse de su trabajo si no se sienten reconocidos. Es imperativo que el personal de cuidado esté claramente considerado, por sí mismos, por los padres, por la sociedad, por el niño, no como sustitutos maternos, sino como profesionales a los que conviene motivar, formar, incorporar y remunerar de manera adecuada. A falta de un verdadero compromiso de la sociedad en la calidad del modo de cuidado, es el equilibrio psíquico del niño y de la madre el que corre el riesgo de tambalearse.

³ B. Pierrumbert *et al.*, “L'évaluation du lieu de vie du jeune enfant”, *Bulletin de Psychologie*, t. xvix, núm. 426, 1996.

UN CUIDADO QUE FOMENTA LA VITALIDAD DE LOS NIÑOS

Los niños son descubridores curiosos y emprendedores. Se ven llevados, dicen los especialistas, por un impulso epistemofílico (del griego *episteme*, “saber”, y *philos*, “que ama”). Crecer, en la actualidad, es experimentar, manosear, escalar, saltar, sumergirse, gritar. Es también provocar al otro, someter a prueba sus límites y las prohibiciones. ¿No se dice que hoy en día los niños son más inteligentes, más despabilados y más despiertos? En efecto, se habla más a los niños, su educación es más liberal y más rica en tentaciones sensoriales y lúdicas. La educación se adaptó a un mundo cada vez más rápido, abstracto, en movimiento y complejo.

Los adultos tienen, por definición, por lo menos una generación de retraso sobre los niños. Deben adaptarse a la inteligencia y a la vitalidad de los más pequeños. La atmósfera, los locales, los objetos, las actividades, el lenguaje representan otras tantas herramientas. Favorecen el despertar, la experimentación y la comprensión por parte del niño del mundo humano, vegetal, mineral, animal, físico o químico, que lo rodea.

Un cuidado de calidad sobreentiende que el niño puede evolucionar y experimentar sin que cada una de sus experiencias sea obstaculizada por un espacio atestado de prohibiciones o por personas demasiado inquietas o muy rígidas. Cuidar de la seguridad de los niños no es inculcarles miedo o prohibirles actuar. Es ayudar al niño a valorar los peligros. No es en un parque o sobre una silla alta como esto se aprende. Las normas más puntillosas de seguridad europeas no bastarán para proteger a un niño que no aprendió a caer, a ubicar el vacío y a percibir lo caliente antes de rozarlo. Garantizar la seguridad de un niño es ante todo darle los medios, progresivamente, de protegerse a sí mismo. Preservar su vitalidad, es fomentar su deseo de vida.

UN CUIDADO QUE RESPETA LA DIGNIDAD DEL NIÑO

Hablar de dignidad respecto de los bebés puede sorprender. Sin embargo, la dignidad tanto como el respeto se relacionan con la persona humana. La dignidad de los más pequeños pasa por su cuerpo y las palabras que lo conmueven. Los cuerpos y el lenguaje no son más que uno. El bebé que no habla absorbe el sentido de las palabras que se le

dicen, a través de las resonancias afectivas a las que hace eco su cuerpo. Los cuidados prodigados a su cuerpo transmiten al niño los sentimientos del o de la que se ocupa de él. En esos segundos de comunicación verdadera, el cuerpo de un bebé es su espacio psíquico.⁴ Es al mismo tiempo espacio y contorno de su persona, aún mal definida.

Los niños experimentan pudor, algunos más que otros, algunos antes que otros. Sucede que a un bebé no le gusta ser cambiado ante personas extrañas. Hay niños de dos años de edad que se niegan a hacer pipí ante cualquiera o afuera. A menudo sus reticencias son mal interpretadas: "Tiene frío", o bien criticadas, "He visto otros pitos"; y también reprimidas, "¡Vaya modales!" El cuerpo, el psiquismo, el mundo interior, la intimidad... el niño presiente las fronteras que no conoce. Las referencias se construyen tanto mejor cuanto se entienden sus intuiciones, sus reacciones. En búsqueda de su persona, el niño descubre sus sensaciones y su cuerpo sexuado. La sexualidad del niño forma parte de la integridad de su persona. Sus exploraciones son las preguntas de un ser humano descubriéndose niña o niño, preparándose para llegar a ser mujer u hombre. Las personas que se ocupan con profesionalismo de los niños reflexionan y rechazan los reflejos represivos frente a los niños que a través de su cuerpo hacen preguntas.

El cuidado de calidad supone prácticas inventivas y un conocimiento de los niños que excluye los castigos dolorosos o humillantes. Se trata de reglamentar los comportamientos de los niños sin excluirlos o golpearlos, sin gritar ni burlarse de sus errores y de sus debilidades; evitar los propósitos que estigmatizan tal comportamiento del niño. Pues a esa edad, todo cambia y evoluciona. Las pequeñas frases como: "Evidentemente, de nuevo Mathieu no comerá nada" corren el riesgo de ser interiorizadas por el niño como una de las características de su persona. Los anatemas "Luisa está celosa de las demás" o "Celia es mala con los bebés" sólo incitan al niño a reproducir el comportamiento que se le reprocha. Si el adulto de referencia dice que así es, ¿cómo podría ser de otro modo?

Atentar contra la dignidad de los niños pequeños deja huellas en su inconsciente. En un momento u otro de su evolución, esas huellas pueden producir retrasos del desarrollo, inhibiciones intelectuales o motoras, o provocar actitudes de rebelión o de agresividad difíciles de comprender y de detener.

⁴ G. Guillerault, *Les deux corps du moi*, Gallimard, 1996.

Si no es familiar, el cuidado debe ser profesional. Es decir garantizado por una formación inicial y permanente. Las personas que toman a su cargo niños pequeños son puestas duramente a prueba todos los días. Mientras más pequeño es el niño, menos están desarrollados sus medios de expresión y su autonomía, y más difícil y sutil es el trabajo. Mientras más dependiente es el niño, mayor es la responsabilidad de los adultos. Por ello todo profesional que se ocupa cotidianamente de niños pequeños debería poder gozar de una ayuda pluridisciplinaria y de un tiempo regular de reflexión sobre su práctica con psicólogos, médicos, educadores y puericultoras. Es en equipo como se definen los objetivos y los medios perseguidos, el lugar que se desea conceder a los padres, individualmente o en grupo, el espacio y el tiempo que se desea disponer para ellos en la guardería o en casa de la asistente materna para los que pagan.

Sepámoslo, la prevención cuesta siempre menos caro que la enfermedad, el fracaso o la exclusión social. Los modos de cuidado son lugares de acompañamiento, herramientas eficaces de detección precoz de los trastornos psicológicos o físicos de los niños, lugares indirectamente terapéuticos que atañen a las relaciones entre padres e hijos. Gracias a ellos, se tienden pasarelas entre las familias y las instituciones. Circulan informaciones entre profesionales y entre padres sobre la salud, la educación y los recursos locales. La socialización de los niños ayuda a luchar contra el aislamiento de los padres. Y todo este conjunto contribuye a definir la calidad de un modo de cuidado.

ESTABLECER RELACIONES CLARAS EN TORNO A LOS HIJOS

Confiar a su hijo es delegar temporalmente su responsabilidad de padre. La delegación implica, ya lo abordamos, ciertas exigencias; entre ellas, la relación entre adultos es primordial. Entre los padres, los profesionales y los niños, se tejen vínculos particularmente importantes en el momento de la guarda de un hijo. La palabra lazo es una palabra que evoca tanto el anillo como la cuerda. El anillo tiene de interesante que une sin forzar. Cada uno se lleva consigo lo que el otro le ofrece, mientras la cuerda encadena. Nos decimos entonces “amarrados” a los niños. Los psicólogos hablaban de teoría del “apego”. ¡Qué ambigüedad!

Se trata pues de los lugares recíprocos ocupados por los adultos (padres y receptores) en la cabeza y el corazón del niño y entre ellos. Autenticar al hijo el lugar que la persona que lo guarda ocupa en su vida es reconocer los sentimientos y el afecto experimentados; lo que no podrá llevarse a cabo más que a condición de no sentirse amenazado por este afecto entre el niño y el profesional.

Preocuparse de los lazos entre los padres y la guardería o la asistente materna es cuestión de ética en la relación con la persona humana que es el niño. Esto da testimonio de un respeto de los orígenes de la vida, así como de una conciencia de los retos respecto de los cuales nos ilustraron la psicología y el psicoanálisis.

UN NIÑO SIN PADRES, ESO NO EXISTE

Un niño nace de la unión de seres humanos, tiene una familia y una historia singular. Se apodera de ella a su manera, se vuelve su sujeto.

Pero, aunque el bebé sea de entrada un ser de relación corporal y psíquica, necesita cuidados adaptados, afectuosos y expresivos, sin los cuales el pequeño ser humano no puede vivir. Separarse de sus padres es para el niño pequeño a veces doloroso y siempre necesario.

La pérdida momentánea del otro no es soportable más que cuando el otro se interioriza como permanente y vivo, aunque esté ausente. Es decir cuando el niño conserva en él el lugar y la huella de sus padres en sus representaciones mentales. Contrariamente a lo que se cree, la capacidad del niño de sentirse bien sólo se basa en la presencia de sus padres. Éste es todo el interés del periodo de adaptación en la guardería, durante el cual no se trata de entrenarse para prescindir de su madre, sino de descubrir, para los padres y su hijo, que pueden estar juntos de otro modo, estar juntos con otros.

¿Por qué esta relación entre los profesionales y los padres es tan delicada? La mayor parte del tiempo los problemas son larvados, no dichos, desplazados, enterrados. Más se les oculta y más los niños los perciben. Algunos padres renuncian a ocupar su lugar, “no piden demasiado”, cuando vienen a buscar al hijo en la noche. Y los profesionales se resignan: “Esos padres, hágase lo que se haga, no tendrán confianza.”

Separarse de su hijo, confiarlo a personas ajenas, tantos actos cargados de ambivalencia. Por el lado de los profesionales, el trabajo con los más pequeños despierta emociones anteriores, necesarias para la escucha sensible de los bebés.

Los padres y los profesionales están en proximidad afectiva, circulan efectos de “transferencia”, en donde se calcan imaginariamente sobre los demás fragmentos de su propia historia, antiguas imágenes, pensamientos imaginarios, proyecciones a las que el otro responde por otras proyecciones: “Me pongo en su lugar, con la madre que tiene ese pobre pequeño...” “Pobre mujer, con ese bribón no acaba de sufrir”.

...Y esto se vuelve el gran desorden en las relaciones.

UN LUGAR DE AYUDA NO ES UNA FAMILIA

Un niño es llevado y lleva en él una familia, se encuentra en la intersección de dos descendencias, actor de una historia conocida o no, a la que se añade un entorno cultural y económico. Ahora bien, el trabajo de los profesionales, aun si ignoran la mayor parte del contexto, consiste en no aislar al niño, ya que eso estructura su identidad.

El psiquismo de los niños se alimenta de palabras, de códigos, de memoria, de puntos de referencia de lugares y de tiempos, y de valores morales e ideológicos de su familia. Algunos adultos desearían

ocultar esta singularidad original e intentan volverla común: “Para mí, un bebé, es un bebé.” Por fortuna, el trabajo de relación con sus padres recuerda que ningún bebé es como otro.

Para intentar comprender mejor lo que se urde entre los tres participantes en esta relación, es útil formalizar lo que es radicalmente diferente entre los padres y los profesionales y en qué pueden enredarse en la relación con el niño. Es posible representar un triángulo del que los tres ángulos son los participantes y los tres lados los lazos que los unen.¹

ENTRE LOS PADRES Y LOS HIJOS: LOS LAZOS DE FILIACIÓN

Al nacimiento del hijo o en el momento de su adopción, los padres “declaran” a su hijo en el registro civil. La filiación es un estado y un estatuto. Los padres quedan comprometidos en un lazo temporalmente ilimitado con su hijo, un lazo previo al nacimiento y que va mucho más allá de la muerte. Se es para siempre el hijo de sus padres y recíprocamente.

El padre es el que pone nombre al niño, le transmite su apellido y le da su nombre. A ese respecto, interroguémonos sobre las razones por las cuales tantos profesionales sienten la necesidad de poner apodos a los niños que les son confiados. ¿Por qué llamar a un niño de un modo diferente al de su identidad?

Los padres y los niños están unidos por lazos transgeneracionales. La cadena de la vida se organiza así. El niño debe su existencia a sus padres, que a su vez deben la suya a sus padres. El niño llegará a ser un padre, en conexión con sus propios padres. Así se transmiten la historia y la identidad familiar de generación en generación, con un espacio nuevo en cada etapa. La deuda de vida obedece al hecho de que un niño siempre deberá a sus padres, por lo menos, haberle transmitido la vida.

ENTRE PROFESIONALES, PADRES E HIJOS: EL VÍNCULO PROFESIONAL

A menudo, el profesional de la pequeña infancia es para el niño uno de los primeros representantes del mundo exterior a su familia. Éste

¹ Jornada departamental de las guarderías de la Seine-Saint-Denis, CDI, 1998.

ejerce su función en un contexto institucional; es designado por un servicio, él mismo comisionado por los padres a fin de ocuparse de su hijo. Por esto, el profesional es al mismo tiempo un representante de la sociedad y un representante de la voluntad de los padres. Por ello, es agente de socialización, apoya y acompaña al niño en su desarrollo. Esta misión implica una postura subjetiva muy clara respecto de los padres. Señalaremos dos aspectos de la profesionalidad. Un profesional goza del reconocimiento de una institución que le confiere un estatuto y una misión. Basa su legitimidad en su formación y encuentra su retribución en su sueldo. ¿Por qué las gratificaciones profesionales deberían situarse en un registro afectivo? No es necesario amar o ser amado para realizar un buen trabajo.

La relación entre el profesional y el niño está limitada en el tiempo y en el espacio profesional. También está contenida en el espacio interior del niño. Hay un antes, un después y un otro lugar para cada uno. “Después de mi trabajo, vuelvo a mi vida privada”, precisa una educadora.

EL VÍNCULO DE REALIDAD: ES ASUNTO DE TODOS,
PERO CADA UNO TIENE SU LUGAR

El vínculo de realidad se establece entre el niño y sus padres, pero también entre el niño y las personas que se ocupan de él en la ausencia de éstos. Existe un espacio común, y es este punto común el que, a veces, hace que los padres puedan tener la impresión de estar en una posición simétrica a la de los profesionales respecto del niño. De ahí la expresión equívoca de sustituto de los padres. Idea falsa. No se sustituye a los padres.

El lazo que une al niño con la persona que se ocupa de él, por afectuosa que sea, es un vínculo de realidad. Es un lazo que se construye progresivamente, paso a paso, a través de los cuidados, la atención y el respeto reconocidos al niño. Pasa por la acción, la voz, la presencia corporal y psíquica, el modo de intercambio y de educación establecido con el niño.

Desde hace veinte años se ha repetido mucho que el bebé es una persona que debe ser tomada en cuenta como sujeto. Me parece útil precisar que, aun si comprende todo, sigue siendo un niño que percibe y comprende a su manera. Al profesional se le paga para saber

que el niño es un ser por derecho propio, del que hay que ocuparse en función de sus sensibilidades y de su desarrollo. Debe apoyarse en las particularidades de cada niño y proponerle cosas que vivir y descubrir, ni demasiado temprano, ni demasiado tarde, ni en función de una norma. La función de los padres está menos sujeta a las indicaciones temporales y de desarrollo. No es necesario que los padres sean especialistas del desarrollo para rodear a sus hijos de confianza y de inteligencia afectuosa.

El papel educativo del profesional se ejercerá de modo diferente al de los padres. En efecto, unos y otros no ocupan el mismo lugar subjetivo y simbólico. Esta diferenciación es muy útil para reducir los fantasmas de rivalidades afectivas entre los padres y los profesionales. El niño va a permitirse construir con la niñera o la educadora un lazo afectivo desculpabilizado.

Sucede lo contrario cuando los profesionales intentan colmar las carencias de su vida mediante un afecto desbordante de los niños. Aquí, los padres introyectados ya no tienen su verdadero lugar en las representaciones mentales del niño. Y el niño debilita sus bases internas. Corre el riesgo entonces de establecerse entre el niño y el adulto una relación mal equilibrada, en el “demasiado-pegado”, significativa de la influencia sobre el otro. Se abre una grieta, que el niño intenta colmar por una especie de adherencia de incorporación con una persona elegida o a veces con todos los que pasan. Pero cualesquiera que sean la calidad humana de la persona y sus competencias, ella es impotente: ¿cómo colmar el vacío dejado por alguien más?

ENTRE FAMILIA Y MODO DE AYUDA, DIFERENCIAS ÚTILES

Anteriormente insistí mucho en la necesidad de mantener la continuidad del lazo psíquico entre el niño y sus padres ausentes; asimismo es deseable que, por su parte, los padres sostengan y protejan el lazo que se establece entre el niño y la o las personas que cuidan de él. No es posible que no se sientan amenazados por un “raptó afectivo”, más o menos consciente.

El establecimiento de una relación de confianza no es asunto de seducción o de afinidades entre los adultos que tienen la oportunidad de entenderse en torno al niño. De nuevo se trata de un víncu-

lo de realidad, que se construye paso a paso y gracias a un proyecto, un trabajo sobre el cuidado de las familias y el lugar que habrán de ocupar en el sitio en el que se recibe al niño.

Por consiguiente es necesario reflexionar sobre los medios de garantizar recíprocamente lugares y lazos diferentes entre los adultos y el niño. El niño es la persona central del modo de atención, y sus principales referentes son sus padres.

El objetivo común al que apuntan los padres, los profesionales y los servicios de la infancia es ofrecer al niño las condiciones para el mejor equilibrio posible. Pero ¿qué es el equilibrio? Es útil recordar que en física, el equilibrio es la resultante de dos fuerzas contrarias. Lo que da un golpe a nuestra tradicional concepción del bienestar, consensual, una armonía total para el niño. Entre los padres y el profesional reinaría tal “coherencia” que no llevaría a ninguna parte. Un ideal imposible de alcanzar, ¡por fortuna!

Por el contrario, es sano que el niño se familiarice con las diferencias entre su familia y su modo de cuidado. Es peligroso y vano buscar una forma idéntica relacional y benéfica; en cambio es bueno para el niño descubrir otras sensaciones y otros sentimientos. A condición de que las diferencias y las desavenencias entre los adultos sean reconocidos, pensados, formulables y aceptables.

No olvidemos que la familia y la institución son espacios originadores de neurosis. Se libra uno de ello al pasar del uno al otro, al relativizar los efectos de cada uno. Es humanizante darse cuenta que son posibles varias verdades, varias reglas de vida, varias referencias, pero cruzadas por una misma ley, la ley simbólica, y su trascripción social, de la que propondré tres puntos de referencia: el derecho a la identidad, a la protección de la vida, al respeto del otro. Se crean entre estos tres aspectos desgarramientos permanentes y una dinámica contradictoria muy estructurante. ¿Debe privilegiarse en semejante situación más el derecho a la diferencia o el respeto al otro? A cada vez y con cada niño, hay que sentir, pensar e inventar una manera de hacer.

HABLARSE Y SITUARSE

Es común pensar que para establecer buenas relaciones entre los padres y los profesionales, basta con hablarse. ¿Sería entonces la palabra la clave de oro?

No es tan simple hablarse, justamente, y aún menos si es necesario decir lo que no está bien. La palabra es tributaria del lugar, del tiempo y del deseo. Requiere cierta confidencialidad de los intercambios entre los padres y las personas que se ocupan del niño.

Siempre se puede encontrar el tiempo para hablarse. El tiempo objetivo, dispuesto en la organización del trabajo: el momento del cuidado, las reuniones, las fiestas; los tiempos informales: el cafecito de la mañana, el descanso entre horas, en el vestíbulo o el pasillo.

Pero en las relaciones existen temporalidades subjetivas que requieren esperar el momento adecuado para actuar. Aprender a prepararse para hablar, dejar al otro el tiempo de prepararse para escuchar lo que se le debe decir son las etapas previas a la comunicación. Algunas veces, hablar surge bruscamente y es en el momento oportuno, algunas veces la palabra necesita elaborarse.

Si la palabra es la clave de oro de la relación de los padres, los profesionales y los niños, la mirada, el acto, la presencia atenta son, por su parte, la piedra angular del edificio relacional en el marco profesional. Es una postura que revela una posición interna, un cierto modo de ser en el trabajo, en trabajo consigo mismo y con los demás. A esto se le llama la identidad profesional. Tener su identidad propia y actuar como profesional con ella.

¿En qué se basa el deseo de hablarse? ¿En un deseo de comprender al otro y de avanzar con él o bien en la certeza de saber todo por adelantado? Es hablarse, cuando un profesional asesta a los padres: “He visto a más de uno como a su pequeño, puedo asegurarle que...”, y también “Es absolutamente necesario que cambien esto en casa, sino nosotros, aquí, no saldremos adelante.” Lo peor para una madre que tiene tendencia a culpabilizarse es escuchar: “Aquí come muy bien, ¿sabe?, no tengo ningún problema con Sarah, debería indagar, quizá sucede algo en casa...”

¿QUÉ TIEMPO PARA SUS HIJOS?

La falta de tiempo es la queja de las mujeres que trabajan fuera del hogar. Se inquietan de que esto se refleje gravemente en sus hijos. Confunden erróneamente mujer que trabaja y madre ausente. Su sentimiento de carecer de tiempo para hacer todo tan bien como lo desearían agrava sus temores de ver a sus hijos padecer de una falta de presencia.

La vida cotidiana de una madre que trabaja fuera del hogar es una carrera contra el reloj. Y los años pasan, tanto más rápido porque corre. Esta obsesión del tiempo es como una obsesión del don. Esas madres quieren dar de sí por todas partes y a todo el mundo: sus hijos, sus amores, su casa, su vida social, sus familias, sus amigos. Agotadas y frustradas de no lograr lo imposible, se desmoronan y desean también tiempo para ellas: tiempo para salir, para cultivarse, para relajarse, para ocuparse de ellas. Y su lista de lo que hay que hacer se alarga hasta el infinito.

EL MITO DE LA DISPONIBILIDAD PARA LOS HIJOS

Para compensar su falta de tiempo y responder al sufrimiento de las mujeres, se difundió en los años setenta y ochenta la idea de que la calidad del tiempo pasada por los hijos era más importante que la cantidad.

Fue un descubrimiento psicológicamente útil. Tuvo virtudes temporales de desculpabilización. Momentáneamente sosegadas, las mujeres se permitieron entrar al mundo profesional.

Pero en la actualidad, las mujeres ya no se contentan con la idea de que basta un tiempo de calidad. Piensan que necesitan tiempos con sus hijos, una proximidad física que permita, en otros momentos, lazos a distancia o tiempos breves de intercambios de calidad.

Además, la idea de que un tiempo de calidad podría remplazar la presencia en la duración perdió poco a poco sus virtudes tranquilizantes, cuando hubo que definir el “tiempo de calidad”. Éste se suele asociar con la idea de momentos de total disponibilidad de la madre para sus hijos, se le asocia también con la idea de un tiempo de placer para los niños.

Concebido así, el tiempo de calidad oculta dos trampas: la idea de que hemos de arreglárnosla para estar disponibles y la idea de que una buena madre es aquella que da gusto a sus hijos. Así pues, las madres se encuentran en la actualidad angustiadas y culpabilizadas por la ideología de la disponibilidad y del placer inmediato de los hijos para compensar su ausencia.

La ideología de la disponibilidad evoca la imagen de una madre sonriente, atenta, que juega con sus hijos al volver del trabajo, que sigue de cerca su desarrollo, se ocupa de sus distracciones, les prepara alimentos adecuados y apetitosos. La madre no se enoja, no les impone obligaciones o frustraciones. La ideología de la disponibilidad para los hijos transmite la idea de que la madre ordinaria encontraría una especie de estado de gracia fuera del trabajo, su rostro de madre ideal: sin cansancio, sin límites materiales, sin necesidades personales, sin tensiones.

Los discursos eruditos que insisten en las necesidades de los hijos y dan a entender que sólo la madre puede responder a ellas alimentan su culpabilidad. Se puede entonces entender que una madre que trabaja desarrolle actitudes compensatorias con sus hijos. Ahora bien, es justo pensar que una madre es irremplazable para un hijo, al igual que un padre, también es justo subrayar que no son intercambiables. Pero eso no impide que la falta de presencia dependa, en el niño, de la calidad de lo que vive cuando su madre no está. Si es cierto que en ciertos niveles la madre es irremplazable, en otros casos no lo es. Otros aparte de ella, en primer lugar el padre, pueden aportar mucho al hijo, así como, en otro nivel, las personas relevo, con una postura clara y afectuosamente dedicadas al lado de los niños. La seguridad afectiva, los cuidados, la atención y la escucha de los niños son el papel de cada uno.

Mientras que esta lógica de la disponibilidad compensadora de la madre genera en los hijos expectativas imposibles: una madre que se entregue por completo cuando no trabaja, una madre dedicada a compensar a sus ausencias mediante complacencias o regalos, una mujer –culpable de trabajar– que intenta hacerse perdonar.

Pero, aún más, el mito de la disponibilidad y del tiempo de calidad da una imagen truncada de la función de los padres, materna y paterna. Da a entender que uno se ocupa de sus hijos cuando está físicamente presente y que se está dedicado a ellos, a su vida, a sus ritmos, a sus amigos, a su escolaridad, a sus juegos, a sus caprichos.

Estar bien con sus hijos es también no obligarse a hacer con ellos actividades que no nos gustan con el pretexto de que es bueno para su salud o su inteligencia. A algunos adultos les gusta jugar, a otros no. ¿Qué aporta a los hijos un adulto que se aburre jugando Lego o jugando partidos de fútbol en la mesa de juegos? Algunos padres llevan a los hijos a descubrir su mundo. Los llevan a un partido o al museo, se hacen ayudar en los trabajos menudos y escuchan con ellos la música de su juventud. Y el mensaje pasa, aun si el niño no aprecia de inmediato su importancia. Ese mensaje es: “Existo, tengo un pasado, placeres, proyectos, tengo cosas que decirte y hay un lugar en mi vida para ti.”

Ocuparse de sus hijos es ante todo educarlos, lo que no quiere decir amaestrarlos, y ayudarlos a luchar contra sus tendencias regresivas, fomentar su autonomía y su socialidad. No tiene nada de sorprendente que la relación cotidiana sea marcada por exhortaciones educativas necesarias “lávate los dientes, haz tu tarea, apaga el televisor, come limpiamente, es hora de dormir, no, no te voy a comprar esa paleta, no, no dormirás en casa de tu amiguito”.

Deseosas de brindar tiempo de calidad a sus hijos, las mujeres que trabajan temen que las frustraciones necesarias echen a perder sus relaciones. Ahora bien, el lazo con los padres es mucho más sólido que eso. Al niño al que se propone un marco y límites se siente seguro, aún si pone mala cara.

Ocuparse de sus hijos es ocuparse de garantizar su supervivencia, un techo, con qué alimentarse, su salud, su seguridad, su porvenir, su deseo de vida. Eso requiere cuidados, gestiones, una organización de su vida escolar y de sus distracciones adaptada a su desarrollo y al entorno... Toma tiempo y dinero. Los padres que están en el trabajo, de compras, en reunión de padres y en la ventanilla de la caja de subsidios familiares son también padres que se ocupan de sus hijos. Hay que explicarlo a los hijos.

Ocuparse de sus hijos es educarlos. Como lo indica ese bonito término, se trata menos de dedicarse a los niños que de empujarlos hacia arriba, de invitarlos a elevarse progresivamente hacia su futuro estado de adulto. Los niños se sienten incitados a crecer si la vida de

los adultos oculta una parte que se les escapa, una parte de satisfacción, una parte de placer. Por ello es bueno que la madre dedicada a su hijo se levante de vez en cuando para mirar hacia otra parte, más arriba, más lejos, y encuentre allá algún interés. Los momentos en que los padres dejan de actuar por sus hijos, dejan de ocuparse o de preocuparse por ellos, los momentos en que los padres se dan gusto y desean un poco de libertad, de soledad o de intimidad, permiten entrever a los pequeños que existe un beneficio en crecer y salir de la dependencia. Cuando los padres viven su vida de adulto, también es bueno para los hijos.

UNA MADRE QUE TRABAJA NO ES UNA MADRE AUSENTE

A la idea del tiempo de calidad se opuso rápidamente la de un tiempo mínimo de presencia materna, necesario para el hijo. Fue tentador medir ese tiempo, pero es imposible. Entran en juego demasiadas variables.

Variables objetivas: lugar del padre al lado de los hijos, comprensión del entorno profesional de los padres, edad de los hijos, tipo de modo de guarda adoptado, tamaño de la familia, estado de salud de los hijos y de los padres, red social...

Las variables subjetivas tienen asimismo un papel central. Algunas mujeres tienen la sensación de que sin llegar a un cierto tiempo, ya no se sienten bien en su relación con sus hijos. Esto hace referencia al deseo de la madre, a su necesidad de estar con sus hijos para consolidar su identidad de madre, adquirir confianza en sí misma y confiar en el hijo. Para recurrir a esa seguridad adquirida juntos cuando están separados. Ese tiempo es una temporalidad interna, eminentemente subjetiva, fluctuante, que no se mide. En ningún caso las cualidades de relación materna son proporcionales al tiempo de presencia física de la madre al lado de sus hijos. La calidad del lazo madre-hijo no se mide.

Preocupadas por la felicidad de sus hijos, las madres desearían que nada les faltara. Tal vez debido a la concepción, la presencia materna se asocia con su presencia física. El lazo materno suele estar representado por un lazo corporal. En consecuencia, la separación se asocia comúnmente con una carencia, y la carencia se asocia con la ausencia. Entonces las madres están tristes de dejar a sus hijos y se sienten culpables de trabajar.

Ahora bien los hijos no viven las cosas del mismo modo.

La presencia materna se manifiesta en dos registros: la presencia física y la presencia psíquica. Por el lado de los hijos, sus necesidades relativas en el momento de la presencia se plantean en dos niveles: el tiempo en la vida de todos los días y la presencia en los momentos fuertes, poseedores de sentido o de símbolos para ellos. Esos tiempos fuertes no son para todos los niños los mismos y aquí es necesaria la atención de los padres a las preocupaciones de cada niño: enfermedades para unos, fiestas para otros, espectáculos de fin de año o reuniones en la escuela, invitaciones entre amigos, promesas de salida o de actividades, cada niño atribuye un valor simbólico a la presencia de su madre o de su padre en ese momento. Años más tarde es dudoso que se preocupe por saber si su madre estaba presente a la hora del baño en la noche, pero es posible que recuerde que se le olvidó la fecha de su participación en su primer espectáculo.

Los hijos soportan las frustraciones, los cambios de lugar y los cambios de persona, a condición de sentir una continuidad de su identidad a través de esos cambios. A condición también de que se mantenga la continuidad del lazo psíquico con la madre y el padre a pesar de la ausencia. Mantener la continuidad del sentimiento de existir y la permanencia del lazo afectivo es necesario para la salud psicológica de los niños pequeños. Eso también se puede garantizar por medio de las palabras, de los signos, de los mensajes, de los objetos: otros tantos testimonios, para el niño, de la preocupación materna respecto de él, a pesar del alejamiento impuesto; de signos puestos al alcance del niño por los adultos responsables de él en la ausencia de su madre; trabajo de supervivencia del lazo tranquilizante en la ausencia; lazo psíquico mantenido con una madre interiorizable. El interés es que, una vez introyectada la seguridad de la madre, el niño puede llevarla por todas partes y preferir depositarla por algún momento, en cierta parte, para pensar en otra cosa. En ese caso, ya no es necesario el osito de peluche o el objeto de transición, bastan las palabras y las representaciones psíquicas.

Además, la presencia física de la madre al lado del niño durante el día no garantiza forzosamente la calidad de la relación psíquica. Es la presencia psíquica, por medio de los signos concretos que dan testimonio de ella, la que tranquiliza a un niño. Hay madres ausentes físicamente que se viven como presentes en sus hijos, y la inversa es asimismo cierta.

Es así como, desde el punto de vista de los niños, se pueden distinguir cuatro representaciones de la presencia materna: la madre ausente-ausente, la madre presente-presente, la madre presente-ausente y por fin la madre ausente-presente.

La madre ausente-ausente

La imagen de una madre ausente-ausente alimenta sin razones las angustias de las madres y los discursos negativos sobre el trabajo de las mujeres. La ausencia-ausente es una situación de ruptura del lazo físico acompañada por una ruptura del lazo psíquico que crea un sentimiento de total extrañeza en el niño. Esto sólo sucede excepcionalmente. Por ejemplo, cuando la madre está muy enferma mental o físicamente, y si las personas responsables del niño no disponen de los medios para mantener el lazo simbólico con la madre impedida en la realidad.

En la vida cotidiana, la ausente-ausente es una madre alejada de su hijo en cuerpo y en pensamiento por largo tiempo. El niño desaparece con demasiada frecuencia o mucho tiempo de las representaciones mentales de su madre sin ser apoyado por la preocupación incitante de su padre. Llega a suceder en el caso de las mujeres que caen en pasiones u obsesiones devoradoras que las absorben por completo y todo el tiempo. Amante a veces, pero también vida profesional tiránica, creación artística abrumadora o simplemente comportamiento obsesivo en una vida cotidiana al parecer normal en una madre que a veces no trabaja.

Cuando los niños son confrontados a la ausencia-ausente, se debe a que el entorno no asume ni su función de mediador del lazo psíquico con una madre impedida, ni la de relevo que toma a su cargo su tranquilidad, la continuidad del sentimiento de existir para el niño.

La madre presente-presente

La figura de la presencia-presente está en las antípodas de la anterior. Sirve de patrón tradicional y un poco mítico de la mujer en el hogar. Realizada, inteligente y dedicada al bienestar de sus hijos y de su esposo, está psíquicamente ahí. Le gusta y le interesa. Aun al cabo de

quince años, no se aburre y vive serenamente la autonomía y la partida de sus hijos vueltos grandes. Esas mujeres son raras, pero evolucionan en medios en los que quedarse en el hogar no es sinónimo de aislamiento social. Encuentran satisfacciones personales cuando las condiciones financieras son suficientes para llevar una vida de familia socializada, amenizada con distracciones, y en la medida en que no están amenazadas las relaciones de la pareja.

La madre presente-ausente

La figura de la presencia-ausente es mucho más común, por desgracia. Los niños se enfrentan a una presencia aparente de su madre en el hogar. Una madre desvitalizada por la soledad, las obligaciones domésticas, el no-reconocimiento social. Una madre que declara: "Vivo para mis hijos." Unos hijos que responden: "¿Mi madre? ¿En la vida? No hace nada."

Cuando la depresión, la autodevaluación, el sentimiento de vacío y de inutilidad, cuando se pierde el sentido de la vida, el niño se impregna de una madre destruida. Ahora bien no es la madre exterior, objetiva, quien participa en el equilibrio psicológico de los hijos, es la madre interiorizada. La que absorben por los poros de la piel, la que sienten apenas viva o agrietada cuando va mal y está demasiado sola. La mayoría de las mujeres que están en este caso cambian al salir. Ocultan su malestar. Tener hijos y ocuparse de ellos es una cosa tan bella, se persuaden. Cuando la madre está al parecer presente pero psicológicamente ausente, los niños pueden encontrarse en una situación de sufrimiento. El aspecto patógeno de la situación no se manifiesta, no se habla, pero actúa en silencio. Debido a que su madre garantiza su cotidianidad, el niño encuentra menos personas relevo para construirse. Ya que la madre está ahí... los demás se quedan en un segundo plano, y demasiados niños comparten la soledad y la tristeza de vida de su madre. Niños atendidos por mujeres quebradas, a las que intentan desesperadamente reparar.

La madre ausente-presente

En fin, la cuarta y última representación de la presencia materna es la de la ausencia-presente. Es el caso de la mayoría de las mujeres que

trabajan. Para sus hijos, estas madres están físicamente ausentes en ciertos momentos, pero afectiva y simbólicamente presentes. Que la ausencia de la madre tenga un ritmo regular, por día, semana o año, importa poco. Esas secuencias, esos ritmos permiten al niño y a su entorno prepararse a ello. Las mujeres que trabajan, las mujeres que militan, las mujeres que crean son madres que alternan presencia y ausencia físicas para sus hijos, pero que mantienen la continuidad de su lazo afectivo cuando no están allí. No faltan los signos del afecto materno ofrecidos a los niños. Las mujeres preocupadas por sus hijos y dedicadas a una vida profesional han desarrollado el arte de intentar lazos a distancia con ellos. Mientras menos culpable se siente una mujer de trabajar y mejor organiza los relevos de calidad para sus hijos, mejor sabe delegar. Mientras una mujer cae menos en las redes de la culpabilidad, mejor sabe apoyar, a través de las mediaciones, la seguridad afectiva de sus hijos.

La ausencia física momentánea de la madre es la realidad de un modo de vida de una mayoría de niños. Pero en una pareja y en el seno de una sociedad, no sólo la madre debe preocuparse por los hijos. En muchas sociedades, esta división de las responsabilidades y de las funciones es normal; en la francesa, muchos adultos nunca se adaptan a ella.

EL TIEMPO QUE FALTA O LA CABEZA DEMASIADO LLENA

Un día, durante una consulta, una madre agotada comprueba: “Finalmente, lo que me cansa, es todo lo que no hago.” El sentimiento de los padres, sobre todo el sufrimiento de las mujeres que “no tienen tiempo”, se explica en parte por el hecho de que tienen la cabeza llena.

La culpabilidad, objetivos demasiado ambiciosos para ella, la familia, el trabajo conducen a la insatisfacción. Las mujeres se quejan de hacerlo todo. En realidad suelen hacer mucho, pero en su fuero interno queda el sentimiento de no hacer bastante. Se ha abierto definitivamente una distancia entre lo que asumen y el ideal interiorizado. Pues es imposible hacer todo tan bien como se desearía, cuando se trabaja, se educa niños y se quiere vivir con un hombre sin contentarse con cohabitar con él.

Más allá de las obligaciones reales, la obsesiva falta de tiempo traduce también una falta de espacio en sí y una dificultad para encontrar su lugar frente a los demás. Culpabilidad respecto de los niños cuando se trabaja, culpabilidad respecto del trabajo cuando se está con los niños. Sin olvidar el anhelo de un poco de tiempo para la pareja. Entonces, ¿cómo marcar los límites, saber cerrar las ventanas y las puertas frente al mundo del trabajo cada vez más devorador? Es urgente no dejar al jefe o a los clientes entrar en competencia con el territorio mental reservado a los hijos o al cónyuge. Saber cerrar la puerta de la oficina es, para ciertas mujeres, tan difícil como cerrar la puerta de la recámara de los hijos. En ambos casos, se trata de no dejarse “preocupar”, incluso colonizar.

A menudo la culpabilidad genera el síndrome del *Post it* mental: pensar en todo lo que hay que pensar. Pequeños cuadros de colores pegados que ya no la sueltan. Pensar que se debe pensar ya no deja espacio. Sin embargo, en una vida trepidante siempre hay intersticios de vacío, transportes, espera para una cita, embotellamientos, cola en un almacén. En lugar de permitirse gozar de ese tiempo para pensar en sí, soñar o mirar el mundo que nos rodea, los *Post it* le recuerdan a usted misma.

Se conjugan el hostigamiento del demasiado-lleno y el miedo al vacío. Quejarse de que todo va demasiado rápido permite también olvidar que todo podría detenerse en las fronteras de una eternidad, abiertas a la tranquilidad de la muerte.

NO SE TIENE TIEMPO, PERO HAY TIEMPOS

El tiempo no es una ciénaga. Es una multitud de temporalidades que se entremezclan. El tiempo del reloj y el tiempo del calendario serían como tiempos objetivos, pero el sentimiento de duración ya es un tiempo subjetivo: tiempos biológicos, tiempos familiares, tiempos sociales, tiempos privados, tiempos públicos, tiempos religiosos o tiempos cósmicos.

El niño está inmerso en varias lógicas temporales. Los adultos también. Las lógicas temporales del niño van a rozarse con las lógicas temporales de aquellos a quienes se refiere. Sus necesidades, sus ritmos, sus puntos de referencia se confrontan con las temporalidades

de sus padres, de su familia, de su modo de cuidado si está confiado. Los ambientes de vida y los adultos referentes de los niños son ellos mismos referidos a normas temporales externas. Los niños se encuentran entonces insertos en sistemas de ajustes de temporalidades. A imagen de las muñecas rusas, sus temporalidades van de lo más pequeño a lo más grande, de lo más interno a lo más externo. Los ritmos afectivos y corporales del bebé hacia los ritmos calendarios e institucionales de los adultos que los rodean. El roce entre todas esas temporalidades puede dar la impresión a una madre apurada que se atasca, que pierde tiempo o que el niño genera disminuciones de velocidad.

Por su parte, los niños no tienen ningún dominio sobre las temporalidades que los gobiernan, por consiguiente hay que ayudarlos a anticipar. Porque no saben que mañana es lunes, es tanto más necesario precisarles que mañana van a volver a encontrar a sus amigos de la guardería, de la escuela o a su niñera. Y porque no saben cuándo es mañana, es útil explicarles que mientras uno duerme, afuera es de noche.

Los padres y los educadores tropiezan con la indefinición de las palabras para enseñar el tiempo a los niños. Es así como un pequeño de tres años pregunta al despertar de su siesta: “¿Es ahora mañana?” Los puntos de referencia visuales, los semanarios en imágenes son herramientas valiosas para representar el tiempo. Sin embargo, es necesario que los códigos circulen entre los diferentes interlocutores de los niños.

Un padre me contó que su hija, entrada a la escuela de párvulos, le preguntaba cada mañana: “Papá, ¿hoy es un día azul?” Creyendo hacerlo bien, la llevaba a mirar el cielo y respondía conforme a la meteorología si sí o no, es un día gris. Pero la pregunta de la niña no se refería al tiempo meteorológico. Lo comprendió en la reunión del final del trimestre. La niña hacía referencia a las señales de su maestra, que había representado en azul los días de escuela y en rojo los días sin escuela.

La cultura moderna es más dada a estimular en los niños la agudeza visual y los aprendizajes precoces a leer y contar que en ayudarlos a ubicarse en lo que les es dado vivir, para que puedan familiarizarse con su modo de vida y comprender su sentido.

CUESTIÓN DE TIEMPO O CUESTIÓN DE SENTIDO

¿Cómo explicar la imposición de la sensación de carecer de tiempo para la vida personal y familiar en un país en el que el tiempo de trabajo a lo largo de una vida no ha dejado de disminuir y va a seguir disminuyendo?

La relación ansiosa, con el tiempo, de las mujeres que trabajan es un revelador, un síntoma de una enfermedad de nuestra sociedad moderna: el tiempo loco. Es decir, el tiempo de la simultaneidad, de la comunicación instantánea. Un tiempo aplastado sobre el aquí y el ahora, el todo, de inmediato. Reactividad, *clips* y *zapping*. Un tiempo sin duración ni profundidad. Un tiempo en el que el programa reemplaza los proyectos. Un tiempo que niega el pasado, nos propulsa a un presente sin el hilo de su historia e impide pensar en el porvenir. ¿Qué se observa? Niños condicionados a consumir lo inmediato, criados por padres que ya no tienen tiempo de enseñarles el tiempo porque se lamentan de no tener tiempo. Pero el tiempo no se tiene, se está adentro, él nos tiene, nos contiene y nos guía. El tiempo se hace sentir, justamente, cuando falta. Las civilizaciones inventaron herramientas muy sofisticadas para intentar apoderarse del tiempo. Aun si se mide, se nos va entre los dedos. Es una sensación íntima.

Los tiempos de la carátula y del calendario son contornos que se desplazan en cuanto se desea acercarse a ellos. Enseguida es rápido ahora, y ayer ya hace mucho tiempo. Impotentes para comprender los ritmos de la biología y de la vida psíquica, las carátulas producen tiempos operativos, útiles para la concordancia de los tiempos. El reloj y el calendario organizan el encuentro y la vida social, aparecen como tiempos objetivos capaces de esbozar referencias simbólicas para los seres humanos, fiestas, rituales, edades, conmemoraciones. Articulan los lazos y coordinan ritmos compartidos por una misma comunidad.

Las mujeres aciertan al situar la problemática del tiempo en el centro de los problemas familiares. Lo que está en juego es la cohesión familiar. Interrogarse sobre el tiempo es reflexionar sobre la vida. Inquietarse por la manera en que pasa el tiempo para quienes se ama y para sí mismo, es buscar el sentido de *su* vida. En una familia, es interrogar lo que se desea transmitir a los hijos para que su vida tenga sentido y para que, a su vez, den el sentido de la vida a sus descendientes.

ANTICIPAR ES LLEVAR EL TIEMPO DELANTE DE UNO

“La anticipación es un trasplante de porvenir al presente” escribe Jean Sutter.¹

La anticipación es la herramienta maestra de la presencia materna cuando la madre se ausenta. La anticipación es la capacidad de representarse mentalmente una situación antes de tener que vivirla. Los niños pueden desarrollarla cuando se les prepara, cada vez que es posible, a lo que va a sucederles. Cuando sus padres trabajan, es tan importante avisar al bebé que se les va a dejar como prepararlo para volverlos a ver. Las separaciones y los reencuentros son cambios para los cuales el niño debe operar ajustes psíquicos. Si se le ayuda, será más fuerte para vivir el acontecimiento. En cuanto pueden, los bebés se crean puntos de referencia de anticipación de la salida de la casa o de la llegada de sus padres en la noche. Sienten los cambios de ambiente, identifican ruidos u objetos que le sirven de indicios de que va a acontecer un cambio. Todas las personas que se ocupan de niños pequeños han observado que los niños saben más o menos el momento en que sus padres van a llegar. El niño toma sus indicios de las palabras que le explican lo que sucede y lo que va a suceder. Es ayudado por las materializaciones del tiempo puestas a su alcance y por las costumbres que se le dan, así como por los hábitos de sus prójimos.

El niño pequeño antes de la edad de razón no está regulado por el tiempo de las carátulas, el tiempo operativo de los grandes. Su contador es el de los ritmos biológicos, familiares o sociales en los cuales está inmerso. El tiempo, para el niño, pasa primero por el cuerpo, el movimiento, el distanciamiento.

El tiempo del niño, es el tiempo vivido, no el tiempo representado por el reloj o el calendario. Pero, en cuanto es vivido, pasó. El tiempo del niño dependiente es sensación, emoción, afecto, es un espacio-cuerpo-vivido. Los adultos sanos no pueden acceder a él, pero, por su papel de educación y de seguridad, pueden ayudar al niño a desarrollar sus capacidades de anticipación. Poder anticipar el tiempo es ya no estar sometido a él.

Permitir al niño anticipar con quién va a estar, adónde va a ser llevado y para qué, es enviarle un mensaje de seguridad y de respeto. Es evitarle sentirse cosa transportada, depositada, recogida. Sin antici-

¹ Revista *Temporaliste*, núm. 19, “L’anticipation”, 1993.

pación, el niño pequeño aprende a padecer una realidad arbitrariamente organizada por otros y que le cae encima. Realidad que lo violenta, pues no pudo prepararse para ella, preadaptarse a ella. El proceso de anticipación es tanto más necesario apoyarlo con palabras, actos y rituales cuanto más pequeño es el niño. Y esto, sin importar el valor, positivo o negativo, de lo que se le impone. Los niños pueden angustiarse tanto por un acontecimiento feliz como por una frustración que no pudieron anticipar. Así, la llegada sorpresiva de los padres a casa de la abuela en donde está de vacaciones no siempre tiene el efecto previsto en un niño muy pequeño, mientras que les fascina a los más grandes.

Para “anticipar”, el niño necesita un poco de tiempo. Algunos segundos pueden cambiarlo todo. “Es tu mamá la que acaba de tocar a la puerta, viene a recogerte más temprano hoy”, le previene la niñera inteligente.

“Mañana en la mañana, cuando despiertes, ya me habré ido de viaje por mi trabajo”, precisará una madre tranquilizadora y valiente. Valiente, pues avisar a su hijo que se le va a dejar, es correr el riesgo de verlo reaccionar, expresar su rechazo o su tristeza. Pero la cólera o la tristeza dan testimonio de los mecanismos de adaptación que permite la anticipación. Y cuando el niño se expresa en presencia de los suyos, pueden tranquilizarlo tanto mejor. Comprende que puede confiar en ellos.

La anticipación es un proceso psíquico, fruto de una elaboración que suscita una representación mental. Anticipar es poder proyectarse al porvenir. Es la inversa del tiempo loco, de la programación, de la prensa y de la precipitación. La gente deprimida no tiene proyectos, tampoco las computadoras, sólo tienen planos, lógicas y programas.

La anticipación es el espacio de una respiración, y una proyección hacia adelante. El tiempo es llevado delante de uno, el devenir pensable antes de ser padecido o vivido. Ayudar al niño a anticipar es darle pequeños fragmentos de porvenir. Un niño al que se informa, al que se avisa, es un niño al que se da tiempo. “El amor es ofrecer lo que no se tiene...”, decía el psicoanalista Jacques Lacan.

TERCERA PARTE

¿HIJOS, TRABAJO, CASA?
SÍ, PERO NO SOLA

La culpabilidad de las madres que trabajan es un problema que no puede reducirse a su dimensión psicológica individual. Es necesario, para su comprensión, examinar también la realidad que la rodea.

Sus preocupaciones, sus contradicciones, sus desgarramientos, sus conflictos resultan también de las realidades en las que las mujeres se debaten: realidad social y política, realidad de los comportamientos en la vida cotidiana respecto de la guarda de los hijos, el trabajo y la casa. Muy a menudo, el conjunto, inestable, no guarda coherencia más que a fuerza de pequeñas soluciones y constantemente amenaza con derrumbarse. Vencidas por anticipado por la complejidad del problema, la mayoría de las mujeres se tragan sus lágrimas y sus rabias o se muestran agresivas. Al hacerlo, sólo agravan una situación ya marcada por la culpabilidad.

Ante una situación que corroe la vida cotidiana, ¿cómo explicar que las reivindicaciones de los padres no sean más virulentas? Esta culpabilización de las madres que trabajan no tendría la misma frecuencia si el contexto sociopolítico fuera más favorable, si los padres, los profesionales y quienes toman las decisiones políticas midieran juntos los retos psicológicos y sociales del asunto. Se imponen cambios en por lo menos tres ámbitos simultáneos: el recibimiento de los niños, las prácticas en el trabajo y las mentalidades referentes a la vida de la casa; mientras que debería volver a pensarse la incapacidad por maternidad.

Ya no se atreve uno, en público, a afirmar que el lugar de una mujer es la casa, pero se sugiere, en privado, que si allí permaneciera, todo iría mejor: habría menos desempleo, y sobre todo sería benéfico para los hijos. El propósito se pretende más sutil, el pensamiento es igual de pesado.

En el mundo laboral, se quiere hacer como si las mujeres jamás fueran también madres, y en cualquier otra parte se hace como si las madres ya no fueran mujeres.

La presión ejercida sobre las mujeres pasa por el supuesto interés del hijo. La manipulación es eficaz. Los reaccionarios disfrazados de buenas almas sabias juegan el papel de casandras. Agitan a los hijos en el corazón y el tiempo por encima de la cabeza. Y el tiempo, justamente, las mujeres de hoy ya no lo tienen, desde que quieren deci-

dir su vida. Quieren todo y de inmediato, y tienen razón. Lo que las mujeres obtienen de bueno para ellas repercutirá forzosamente sobre aquellos a los que aman, su hombre, sus hijos y su trabajo. A menos que, en el camino, se les haya dejado llevar toda la carga solas.

Florecen discursos doctos para predicar a las mujeres la vuelta al hogar.

Por el lado de la sociología, se sugiere, por ejemplo, que si las mujeres estuvieran un poco más en casa, se deplorarían menos niños con fracaso escolar o delincuencia en los jóvenes.

De golpe, en cuanto un joven pasa por su crisis de adolescencia con estrépito, dice que nada se hizo por él, se instala la culpabilidad. Su madre se pregunta: “¿Y si su falta de interés en las matemáticas obedeciera al hecho de que no pasé suficiente tiempo sobre sus tareas cuando era pequeño?” Pero ¿su padre se hace la misma pregunta? Debería también hacerse otra aún más fundamental: ¿a quién se identifica este muchacho que reprocha a su madre sus actividades fuera del hogar?

Por el lado de la versión psicológica, algunos explican que el niño pequeño tiene necesidades incomprensibles que sólo la madre puede satisfacer. Que, si trabaja, el niño va a verse confrontado demasiado pronto a una separación que puede repercutir de manera peligrosa en su equilibrio futuro. Para tranquilizarse, la madre mira a su bebé. ¿Es todo sonrisa? ¿Adora a su niñera o su guardería? Otros le dirán que desconfíe, que las dificultades surgirán más tarde.

La versión médica es igual de eficaz, cuando delicadamente el pediatra comenta: “Qué quiere usted, señora, su pequeño no la ve durante el día, es ‘normal’ que en la noche, en lugar de dormir, tenga ganas de gozar de la presencia de su madre.”

La versión familiar no va a la zaga. “Sabes, mi hija, un niño crece rápido, después tendrás tiempo, cuando ya no estén en casa, para hacer lo que quieras.” Procedamos a un pequeño cálculo: el promedio de edad para el primer hijo es de 26 años en las mujeres, y como los jóvenes viven más tiempo en casa de sus padres, una mujer recupera su libertad de acción hacia los 50 años. Justo el tiempo de enjugar la depresión inevitablemente resultante de la partida o del matrimonio del último, para decirse que les dio todo y lamentar que no se den cuenta de ello. Levanta valientemente la cabeza, no hay que quedarse así. Hela aquí en un curso de encuadernación o responsable de la cooperativa artesanal municipal. Empieza a interesarse en lo que hace, a hacerse de algunas amigas, y he aquí que el marido inicia la jubilación y no sueña más que en una cosa: ir a establecerse en su región natal.

¿EL CUIDADO DE LOS NIÑOS? LOS DADOS ESTÁN CARGADOS

Decidir hacer cuidar a sus hijos genera ansiedad en muchos padres. Es una pena e inútil, pues en el estado actual de los conocimientos, es posible afirmar que los niños cuidados por personas que no son sus padres en las condiciones requeridas para garantizar su seguridad y su desarrollo no van ni mejor ni peor que los demás.

El problema de la guarda de los niños cuyos padres trabajan es el cuchillo en la llaga de la culpabilidad materna. La separación, un momento delicado para los padres, y sobre todo para la madre, se transforma en sufrimiento si la confianza en la persona o la estructura de recepción no está presente. Ahora bien, en la mayoría de los casos, las mujeres que trabajan “dejan” a sus hijos, pequeños y dependientes, en condiciones no seguras en su opinión.

En Francia, casi el 40% de los padres admiten no haber encontrado el modo de atención que hubieran deseado.¹ Y se sabe que todo entrevistado tiene tendencia a justificar sus opciones, por lo difícil que es reconocer que no es posible ofrecer a su progenitura lo mejor que hay; es pues razonable pensar que esa cifra es subevaluada.

No se mide hasta qué punto la adecuación entre el modo de guarda y la sensibilidad de los padres es importante para la alegría de cada uno, las relaciones familiares y para la calidad de la inversión profesional.

CUIDAR DE BEBÉS ES PREPARAR EL PORVENIR

Es difícil para quienes no trabajan directamente en los servicios encargados de organizar la atención a niños pequeños y para los padres medir hasta qué punto, detrás de este problema, se encuentra un reto de prevención psicológica y social.

¹ A. Dufour, G. Hatchuel y J.-P. Loisel, *Accueil des jeunes enfants, conciliation vie professionnelle-vie familiale et opinions sur les prestations familiales*, CREDOC, 1998.

Así como es difícil para los gestores evaluar económicamente la relación gasto/beneficio cuando se trata de invertir en la calidad y la profesionalización de los modos de atención. Como siempre en materia de prevención, saben lo que gastan, pero no saben lo que ahorran, ya que lo que se evita, por definición, es difícil de valorar.² Sin embargo, todos los especialistas practicantes de la infancia concuerdan en decir que la calidad de la recepción de niños en todos los primeros años de la vida es una aportación valiosa para su evolución futura. Sin embargo, si no todo se juega antes de los tres años, es justo recordar que es un periodo de cimentación de la personalidad y del desarrollo afectivo, intelectual y social de los niños.

La calidad de los modos de atención, cualesquiera que sean su forma y sus modelos conlleva, a largo plazo, un reto de prevención psicológica y social. Nos contentaremos, aquí, con nombrarlo, sabiendo que merecería un desarrollo mucho más profundo.

¿Por qué la calidad del modo de atención es psicológicamente tan importante? En cuanto una mujer tiene la sensación de no haber podido elegir el modo de guarda de su hijo, y ni siquiera siente un poco de afinidad con el lugar y las personas a quienes lo confía, va a sufrir al separarse de él: los trastornos de la separación, las angustias de abandono son terrenos fecundos para las enfermedades llamadas “psicosomáticas” y los estados depresivos. Esos trastornos más o menos graves, más o menos pasajeros, afectan tanto a las mujeres como a sus hijos, tomando en cuenta el vínculo específico y de fusión que los une. El niño se ve obstaculizado en su despertar, su desarrollo psicomotor y en sus procesos de separación-individuación, así como en sus capacidades de socialización precoz.

Las mujeres preocupadas por el bienestar de sus hijos, en su ausencia, se ven alteradas en su vida de mujer, de esposa y de profesional. A veces las repercusiones son flagrantes: renuncia al trabajo, conflictos conyugales, enfermedades importantes o depresión nerviosa. Las repercusiones de la inquietud y de la culpabilidad que induce son en otros aspectos más difusas: desinterés profesional, indiferencia amorosa, falta de deseo, estados de fatiga, irritabilidad, pérdida de motivación, somatizaciones, estados depresivos, agresividad.

¿Por qué la calidad, la diversidad y la cantidad de los modos de cuidado son socialmente determinantes?

² S. Giampino, “Psychanalyse et prévention, le partage d’une illusion”, *Journées d’études F. Dolto*, 1999, por publicarse en ediciones Gallimard.

Si las relaciones madre-hijo se perturban se debilita la vida familiar tanto como la profesional.

Estos desequilibrios producen efectos en los hombres y el trabajo, que repercuten en lo social.

Primero, no vemos cómo podría estar bien una sociedad cuando un número importante de sus hijos y de sus mujeres se sienten mal. Las experiencias negativas de las mujeres y de los niños conducen a una pérdida de confianza en las instituciones y en la sociedad, que se viven como negativas para los individuos. A la falta de socialización tranquilizante de los niños, se añade la precariedad profesional de las mujeres. El costo social es más elevado de lo que se piensa, sobre todo en los hogares monoparentales a cargo de mujeres y en los casos, vueltos tan frecuentes, de desempleo o de precariedad profesional de los padres.

Por el lado de los patrones, la entrega profesional de las mujeres es un producto valioso. Deben saber que en la actualidad, las mujeres rechazan que el trabajo entre en competencia con el bienestar de sus hijos y su propio equilibrio, que están vinculados. Por consiguiente, son socios concernidos y teóricamente interesados en contribuir al desarrollo y a la calidad de la atención extrafamiliar de los niños.

POR UN LADO LOS DISCURSOS...

Las encuestas nacionales³ indican que los puntos de vista sobre el cuidado de los niños varían en función del medio social, del nivel de estudios, de la edad y de la experiencia personal de los entrevistados. Se puede evocar rápidamente lo que sesga el punto de vista de las personas implicadas.

En primer lugar, y como lo evocábamos, cada uno tiene tendencia a justificar su decisión, ya sea criticando los otros medios de guarda, o por proyección personal. Así, los utilizadores de la guardería encontrarán todos los defectos en la asistente materna, y los acostumbrados a la asistente materna denunciarán los inconvenientes de la guardería.

Para los de más edad, nada reemplaza a una abuela dedicada. Los más acomodados, al percibir los riesgos de conflicto con los abuelos, consideran preferible invertir en el sueldo de una niñera a domici-

³ *Ibid*, CREDOC.

lio. En segundo lugar, las expectativas de las familias en materia de modo de cuidado varían en función de la oferta: ¿de qué serviría desear en vano un modo de guarda? En los sectores provistos de guarderías, los padres las prefieren; en caso de escasez de equipo, plantean la elección de la asistente materna autorizada.

Añadamos finalmente que el modo de atención plebiscitado se correlaciona muy a menudo con la ideología de los padres. Así, la guarda por parte de los abuelos recibe los favores de quienes están muy apegados a los valores de la familia y a la imagen de la mujer en casa. Permanecer en un sistema de referencia parafamiliar es un fantasma común. La guarda de sus hijos sería más aceptable si se asemejara lo más posible a la vida familiar, una forma de compromiso imaginario.

Con la misma idea, la asistente materna sería el prototipo de la guarda socializante, al poner al niño en contacto con el mundo externo, pero en un marco familiar preservado. Sobre este tema, el esfuerzo realizado por los poderes públicos sobre el desarrollo de las asistentes maternas coincide con las expectativas de los padres que sitúan este modo de cuidado en el primer lugar de su elección. La guardería corresponde a valores más progresistas. Obtiene más sufragios entre las personas favorables a la división de las responsabilidades familiares y profesionales entre hombres y mujeres y a la igualdad de las oportunidades entre los niños. Pero hay que saber que entre los padres que preferirían la guardería, el 58% de ellos no pudieron acceder a ella. Asimismo, el 66% de los padres atraídos por la contratación de una empleada a domicilio no pudieron recurrir a ello.

Fuera de estas cuantas indicaciones, las representaciones de los padres sobre los modos de guarda no carecen de contradicciones. Éstas se explican en parte por la prioridad dada, ya sea a lo que se considera como lo mejor para el hijo, o a lo que es más práctico para los padres. La guardería colectiva, por ejemplo, se considera el lugar que conviene mejor a los niños, que es el menos caro, y al mismo tiempo presenta más inconvenientes; mientras le son reprochados sus horarios (7-19h), los efectivos y los riesgos de enfermedades contagiosas, la guardería suscita el índice de satisfacción más elevado (véase Anexo). La protección en casa de la asistente materna se presenta como más flexible que la guardería, pero menos benéfica para los niños. Así como el empleo de una persona a domicilio presta muchos servicios a los padres, pero no siempre es considerado como bastante estimulante para el niño, etcétera.

...POR OTRO LADO, LAS REALIDADES...

En Francia, la política de cuidado de los niños se basa en tres comprobaciones, todas económicas.

Primera comprobación: el desempleo afecta sobre todo a las mujeres.

Segunda comprobación: muchas mujeres no están calificadas.

Tercera comprobación: una mayoría de madres trabajan, para las cuales se plantea el problema de la atención.

De ahí: ¿cómo hacer cuidar a un máximo de niños, con un costo mínimo, al mismo tiempo que se reduce momentáneamente el desempleo femenino? Éste es socialmente muy costoso, visto el número creciente de mujeres solas a cargo de su familia y tomando en cuenta que aumentan sus dificultades económicas y sociales.

La respuesta de los poderes públicos fue incitar y respaldar financieramente la guarda individual en casa por medio de las niñeras o de los parientes.

El análisis de tres medidas respecto de la custodia de los niños muestra la persecución de un doble objetivo.

La primera medida fue el otorgamiento de un descanso de educación para los padres remunerado a partir del segundo hijo, teóricamente con la obligación por parte del patrón de garantizar la vuelta al empleo. Por un monto de alrededor de tres mil francos por mes, hasta los tres años del hijo, una multitud de mujeres volvió al hogar para cuidar de sus hijos. Muy a menudo aquellas de entre las más vulnerables en el plano profesional, aquellas de las que no se sabe cómo saldrán adelante a largo plazo. Sepamos que a una madre en descanso de educación para padres ya no se le contabiliza entre las desempleadas.

La segunda medida fue la reestructuración de la condición de las asistentes maternas autorizadas y la adopción de medidas financieras y técnicas para incitar a los padres a recurrir a ese modo de guarda. El objetivo, alcanzado desde entonces, era reducir el recurso a la atención clandestina. Desde hace diez años, se ha autorizado a nuevas y numerosas candidatas. En la actualidad, más niños son cuidados legalmente con un control sanitario garantizado (véase Anexo). Doble golpe, un cierto número de mujeres permanece en casa, pero trabajan ocupándose de los niños de quienes no están en ellas. Precisemos que la remuneración y las condiciones de empleo de las asistentes maternas siguen siendo aleatorias.

La tercera medida fue un hallazgo: facilitar el empleo de una persona en casa de los padres y proponer medidas financieras y fiscales incitadoras. ¿Se evoca entonces la cuestión de las garantías de calidad para los niños? No, los padres toman solos sus responsabilidades. Y esto crea empleos. Para las empleadas del hogar, que desde luego son mujeres, están presentes la precariedad y las condiciones de empleo aleatorias.⁴ El punto común entre estas tres medidas es que juegan la carta del compromiso entre los problemas del empleo, que se difieren sin por ello resolverse, y los problemas del cuidado de los niños, abordados desde el ángulo de los padres, pero en donde las condiciones de socialización de los niños pasan a un segundo plano, incluso se ocultan (véase Anexo).

La guarda de los niños, organizada de este modo, en referencia con los contextos económicos y sociales, muestra hasta qué punto el tema del trabajo de las mujeres y de su vida familiar padece la imbricación de lo psicológico, lo social, lo económico y lo político.

LA OBLIGACIÓN DE “ADAPTARSE”

Así los dispositivos del cuidado no están concebidos en respuesta al imperativo de calidad para el niño, sino en función de otras prioridades, y lo deploramos. La calidad de la guarda individual, ya sea cubierta por una vecina, una asistente materna autorizada, una empleada doméstica o la abuela, se basa sobre todo en las capacidades de cuidado, relación, seguridad y estímulo de la persona. En efecto, sigue siendo más aleatoria, desde este punto de vista, que la guardería en donde el personal está formado, las normas de seguridad son aplicadas, y se asignan medios materiales. Desde luego, muchos padres encuentran y encontrarán fuera de la institución personas “de toda su confianza” que posee las cualidades esperadas. Pero se trata entonces más de la oportunidad de un encuentro en torno a una correspondencia de afinidades personales y valores comunes, que se descubre poco a poco y a lo largo de la experiencia.

⁴ J. Fagnani, “Dans le cadre de l’AGED: Mères de substitution ou simples gardiennes? Entre nurse et femme de menage”, en Y. Knibiehler (bajo la dir. de), “Repenser la maternité”, *Panoramiques*, núm. 40, 1999.

Mi experiencia como psicóloga y psicoanalista en las instituciones de la pequeña infancia me ha ofrecido la oportunidad de estar en contacto directamente, y desde hace muchos años, con el funcionamiento en la realidad de los diferentes modos de atención. Es así como pude detectar cierto número de hechos y de situaciones, sin importar el modo considerado, que vuelven difícil o incomprensible lo cotidiano tanto para los padres como para los profesionales, sin hablar de los niños.

Cada sistema de guarda tiene sus cualidades y sus defectos, pues los intereses de las familias, de las instituciones y los de los niños no siempre son convergentes. Por todas partes se encuentran profesionales concienzudos y eficaces relevos de los padres.

Abordar el tema del modo de cuidado a partir de la escucha y de la observación psicológica de los niños motiva un procedimiento de información que elige centrarse en los límites de cada sistema. Pues es en el nivel de los disfuncionamientos de la atención como la culpabilidad de las madres que trabajan se reactiva y cuando los niños están en dificultades. La apología de tal o cual modo de custodia es asunto de los interesados, y contentarse con decir que, globalmente, la situación en Francia no es peor que en otras partes no resuelve nada. Informar sobre el revés del ambiente puede molestar (véase Anexo), pero permitiría volver a situar donde convienen las responsabilidades de cada uno. El análisis de los modos de guarda nos remite entonces a elecciones de sociedad. ¿Para cuándo una verdadera política de atención a los niños en Francia, basada en sus necesidades y en elecciones accesibles material, geográfica y financieramente para todos los padres?

MUCHAS INTERROGANTES Y POCAS RESPUESTAS

Los padres que se interrogan sobre el modo de guarda más benéfico para los bebés esperan de los especialistas una respuesta. Tantos niños fueron recibidos, cuidados, atendidos por otros que su madre, ¿pueden sacarse datos confiables sobre los efectos de los diferentes modos de cuidado? Pues no. No existe una respuesta clara a esa pregunta. Las implicaciones psicológicas del acogimiento de los niños fuera de la familia exponen a los investigadores a la confrontación entre dos importantes corrientes de pensamiento. Por un lado, los

simpatizantes de la educación materna, nutridos de estudios sobre los lazos precoces madre-hijo de los que hablamos mucho en el capítulo sobre la separación. Por el otro, los simpatizantes de la educación extrafamiliar alimentados por investigaciones sobre las relaciones entre los niños y el mundo exterior a la familia.

El tema del modo de guarda es revelador de la evolución de los valores familiares y sociales. Por ello, plantear el problema del cuidado por día de los niños fuera de su familia despierta valores culturales y sociales. Las respuestas de los especialistas sobre las necesidades, las expectativas y la vivencia de los niños se correlacionan con sus puntos de vista sobre el divorcio, el trabajo de las mujeres y el papel de los padres en la vida familiar y doméstica.

No es raro que un especialista que piensa que la mujer en el hogar es un estabilizador de la estructura familiar preconice la suspensión o la reducción de sus actividades profesionales si el niño no está bien. Será asimismo más propenso a pensar que las dificultades escolares se deben a la ausencia de la madre a la hora de las tareas. Los pediatras y psicólogos que piensan que para un bebé nada vale su madre afirman que antes de cierta edad, los bebés están demasiado pequeños para soportar la vida en colectividad y que los niños en guardería se enferman más a menudo que los demás.

Enfrente, los partidarios de la lógica inversa consideran que, en nombre de la igualdad de los sexos, es normal que las mujeres trabajen y gocen de las ventajas de su independencia económica. Para ellos, la estabilidad de la estructura familiar no debe mantenerse a cualquier precio. Afirman más a menudo que la atención de los niños fuera de la familia no es un problema y que la guardería colectiva o la asistente materna autorizada son sistemas perfectamente adaptados a los niños.

Los profesionales, por serios y competentes que sean, son seres humanos. A través de sus propósitos transmiten más o menos conscientemente cierta ideología. Como para cada uno de nosotros, sus opiniones se arraigan en su historia de vida, sus experiencias personales, sus creencias y dependen de sus fuentes de información científicas.

Cuando los padres solicitan el consejo de un especialista, ganan mucho al identificar las presunciones ideológicas de su interlocutor, antes de seguir su consejo. Las madres, sobre todo, se protegerán mejor de los efectos culpabilizantes de algunos doctos discursos.

EL TRABAJO DE AMBOS PADRES EXPLICADO A LOS NIÑOS

Se evoca a menudo, y sin razón, sólo el trabajo de la madre respecto de las necesidades del niño. Me parece más preciso hablar de niños de los cuales “ambos padres” trabajan. En efecto, si los niños necesitan ser cuidados, se debe a que ni su padre ni su madre están presentes debido a sus actividades profesionales. Utilicemos las palabras justas, pues cuentan para los niños que acceden al lenguaje. Si el niño escucha decir que el trabajo de su madre la aleja de casa y de la familia, corre el riesgo de centrar en ella su posesividad y su ambivalencia. Hablar de adultos –hombres y mujeres– que trabajan permite comprender mejor la función de la niñera o de la guardería, y es un sentido muy diferente dado a lo que vive el niño en ausencia de sus padres. En cuanto a la madre, se sentirá menos culpable si su actividad profesional se sitúa en el mismo nivel de realidad que la de su cónyuge.

Vincular la guarda de los niños y el trabajo femenino es una idea común. Las estadísticas se basan en la actividad femenina y la edad de los hijos para medir la necesidad de equipo. Pero, en un segundo plano de las cifras, las representaciones sociales condicionan los comportamientos de unos y otros. Por ejemplo, en la práctica, una inscripción a la guardería puede ser de entrada rechazada si la madre carece de empleo, y curiosamente este criterio no se invoca a propósito del cónyuge. Si una madre renuncia a su empleo o toma días de descanso, los profesionales están al tanto, cuando la mayoría del tiempo lo ignoran si se trata del padre. ¿Por qué? Cada uno integró estas actitudes sociales. Un hombre que busca empleo llevará a pesar de todo a su bebé a la asistente materna o a la guardería. Una mujer en la misma situación actuará de manera diferente: irá a recoger a sus hijos más temprano a la guardería o a la escuela, los guardará con ella el miércoles, asegurando la comida de mediodía, así como las vacaciones escolares, en lugar de recurrir al comedor escolar o al centro aireado. La comodidad y la supuesta alegría de los niños de estar con su madre se vuelven pronto una prioridad sobre las necesidades de la búsqueda personal de empleo de ésta. ¿Por qué? Tomar tiempo para cuidarse, dormir, descansar mientras los niños están atendidos fuera parece ser para la mayoría de las madres secundario. Apenas recuperadas de una enfermedad, se ocupan más de sus hijos y se lanzan a la cocina o a poner orden.

Para la mayoría de las mujeres, el tamiz psicológico entre el trabajo y los hijos desapareció. En cuanto el trabajo relaja su dominio, caen mentalmente en la esfera familiar. El tiempo que toman sobre el trabajo lo reinvierten directamente en los hijos en términos de presencia directa o indirecta (compras, trabajo, casa, organización de las distracciones, inquietudes...). El cónyuge, el amante debe abrirse paso para hacerse un lugar entre las dos puertas. Relacionar trabajo (de la madre) y separación precoz, pasar en silencio el trabajo del padre, estas dos actitudes no son anodinas. En el hombre, el trabajo y la no presencia al lado de sus hijos no se discutirían, esto obedecería a la ley; pero la madre, ella, actuaría por conveniencia. Un sobreentendido culpabilizador para las mujeres y perturbador para los hijos. En efecto, “¿por qué nuestra madre prefiere trabajar fuera en lugar de quedarse con nosotros?”, piensan los niños.

Además, si el niño es percibido como “un pobre pequeño, al que se está obligado de confiar”, porque “su pobre madre está obligada a trabajar”..., las cosas empiezan mal. La espiral relacional está falseada. Los padres confían al niño en contra de sí mismo, la persona que lo toma a su cargo examina la confianza que le tiene, y el niño piensa que lo que le sucede es absurdo. Si el trabajo es vivido como normal por los padres, la guarda de los niños podrá organizarse con menos ambivalencia.

Si el trabajo se presenta a los niños como uno de los componentes del estatus de los adultos, adquiere un lugar importante en su mente. En lugar de ser vivido como rival, se vuelve soporte de identificación. A los pequeños bien informados les gusta imitar lo que perciben del trabajo de sus padres. Así Georges, dos años, juega con hojas de papel diciendo: “Hago eunión mamá” (hago mi reunión). Es el mismo niño, que, un año después, tras una semana de vacaciones con su padre, al reunirse con su madre le pregunta: “¿Qué hiciste, mamá, mientras yo estaba de vacaciones en la playa?” “Pensé mucho en ti, cariño.” “¿Pero también viste, mamá, a tu amigo trabajo?”

Lo que realizan papá y mamá suscita interés y admiración, a condición de que se transmita el sentido y se explique de manera tan completa como sea posible. ¿Cómo? Por ejemplo, haciendo descubrir el lugar de trabajo, mostrando fotos o trayendo objetos que alimentan la imaginación del niño. En ausencia de sus padres, del padre tanto como de la madre, el niño podrá hacer surgir mejor las imágenes en su memoria. El padre ya no está ausente, no desapareció en los limbos. Es posible representárselo, ubicarlo en otro lugar y vivien-

do. Lo que permite al niño, a su vez, vivir y dar un sentido a lo que vive, en ausencia de sus padres. ¿Por qué dar una imagen negativa del trabajo a los niños, hacerles creer que se podría vivir sin trabajar y sin ninguna imposición? No es ni cierto, ni educativo. El trabajo no siempre es gratificante, por desgracia, y cuando por suerte lo es, siempre incluye límites. Y luego, ¿sobre qué basar el deseo de crecer, si la vida de los adultos es representado como “una galera”, un estado de sumisión, una falta de deseo? Cuando una mujer se reconcilia con sus obligaciones profesionales y su hombre participa en la casa y en las relaciones familiares, el trabajo corre menos riesgo de adquirir un valor de contraste para los niños.

Pensar que su madre, ausente, está sufriendo o bien es víctima de un proceso perseguidor puede inquietar a los niños. Los alivia conocer sus motivos: su mamá trabaja, así como su padre, y a cambio reciben dinero. O bien los padres trabajan porque tiene sentido para ellos. Los niños pequeños no tienen criterios socioculturales inscritos en su cabeza. Todo oficio es bueno para ellos, a condición de que sus padres les hablen de él positivamente.

Los niños están orgullosos de sentir que el trabajo de su madre es útil e importante, para la casa o la empresa, para la comunidad o el planeta, para los enfermos, para la ciencia, para el arte o para el placer.

¿EL MUNDO DEL TRABAJO? LA NEGACIÓN DE LOS HIJOS

En la vida profesional, algunos oponen la maternidad y la implicación profesional, como en otras partes el trabajo de la madre se presenta como contrario al interés del niño. Esta oposición no tiene validez ni respecto de la historia de las ideas, ni en el plano psicológico.

En lo sucesivo, para la mujer, el tema del trabajo es indisociable del de la maternidad. Por otro lado, el deseo de ser madre se suele pensar desde la perspectiva de una trayectoria personal que incluye la dimensión profesional, así no fuese más que para decidir no proseguirla.

LA MATERNIDAD Y EL TRABAJO SON INSEPARABLES

En los años sesenta y setenta se prestó atención al estatuto de las mujeres y al de los niños. El desarrollo del psicoanálisis de la infancia y el avance en los conocimientos en psicología de la educación tuvieron fuerte repercusión en el gran público en el momento de los grandes avances de los movimientos feministas.

Una mayor inversión en las relaciones padres-hijos, una mayor preocupación por el bienestar de los niños,¹ el cuestionamiento de los principios educativos coercitivos² y la entrada masiva de las mujeres al mundo del trabajo remunerado son contemporáneos y en el fondo coherentes. Es apasionante ver hasta qué punto, del lado de los niños y del de las mujeres, las revoluciones en las ideas fueron guiadas por un mismo ideal: respeto de la persona, respeto del cuerpo y del deseo,³ derecho a la expresión, inquietud por la igual-

¹ Jenny Aubry y Ginette Raimbault hacían entrar el psicoanálisis infantil al hospital para mejorar la atención a los niños enfermos y a los que estaban desahuciados. Un poco más tarde, Geneviève Appel introducía la psicología en los cuidados de niños huérfanos o abandonados que se encontraban en guarderías infantiles.

² Las nuevas pedagogías, encarnadas por Freinet, Montessori y "libres niños de Summerhill" se difunden entre los años sesenta y setenta.

³ 1956, apertura de la primera consulta de planificación familiar; 1967, ley Neuwirth.

dad,⁴ autonomía, libertad individual.⁵ La generación de los Beatles, de Mayo del 68, de las luchas feministas apoyadas en aquella época por muchos hombres, era también una generación Dolto.⁶

¿Es una casualidad si hoy en día una mujer ya no puede pensar el tema del trabajo sin considerar al mismo tiempo el tema de los hijos? La psicología del niño y el trabajo de las mujeres, con lo que han representado de liberación, están muy a menudo imbricados en el imaginario femenino. En cambio, en el imaginario masculino, todavía se distinguen a menudo. Este fenómeno tiene consecuencias directas en la manera de examinar el trabajo de la madre, o en la que ya no se analiza este tema. Pues, por razones oscuras, es así: si todavía se analiza en las familias y la sociedad la legitimidad del trabajo de la madre, raras veces se plantea el tema acerca del padre.

EN EL TRABAJO COMO EN EL HOGAR, LAS COSAS HAN CAMBIADO

La entrada de las mujeres al mundo asalariado modificó las representaciones del trabajo, de los hijos y de la pareja, incluso en las mujeres que no tienen una actividad profesional. La relación de las mujeres con el trabajo se volvió inseparable de la relación con sus hijos.

La problemática de una actividad extrafamiliar, el deseo de una independencia económica encontraron un lugar, en la mente de las madres, al lado de los temas relativos a la maternidad. Ya no parece posible proyectarse a una vida familiar sin analizar el tema de una vida profesional, y al mismo tiempo sin anticipar el impacto de ésta en la salud y el equilibrio de sus hijos nacidos o por venir.

El deseo de un reconocimiento de sus capacidades y de su lugar no es privativo de las mujeres que trabajan fuera del hogar. Entre las mujeres en el hogar, algunas buscan también un reconocimiento social. Las luchas llevadas a cabo por las mujeres para valorizar su trabajo fuera del hogar llegan ahora al terreno del trabajo doméstico.⁷

⁴ 1968, fecha de la instauración de la educación mixta en las escuelas.

⁵ En los años setenta se crean el MFL y el movimiento Choisir [Escoger], y la Ley Veil sobre el IVD finalmente es votada.

⁶ El éxito popular de las emisiones de Françoise Dolto en France Inter en 1976 da testimonio de la importancia atribuida a las relaciones con los hijos.

⁷ G. Cresson, "Un enfant va bien, le travail silencieux des femmes", *Dialogue*, núm. 124, 2o. trimestre de 1994.

Existen asociaciones que militan para que las tareas domésticas y de cuidado de los hijos sean evaluadas y remuneradas. Por fortuna el debate está abierto sobre la legitimidad del procedimiento y sobre lo que podría inducir como efectos secundarios a largo plazo.

Para una mujer, trabajar representa un costo en su lazo con sus hijos, así como ocuparse de ellos representa un costo por el lado del reconocimiento profesional y social. No carece de efecto sobre la manera en que las mujeres viven su trabajo: lo que les cuesta les da un premio.

Las mujeres mantienen con su trabajo una relación interesante. Necesitan trabajar y están, podría decirse, *encariñadas con su trabajo*, pero relativamente. Esa justa distancia interior se vincula sobre todo con la relación específica que mantienen con el tiempo, medido por los ritmos corporales, los suyos, los de sus hijos. Los ciclos, el embarazo, el tiempo del parto, las necesidades del recién nacido, las noches interrumpidas, alimentar a sus hijos, cuidar de sus cuerpos.

Una mujer sabe siempre la hora que es para ella y para sus hijos. Vive en la programación de dos temporalidades desfasadas y simultáneas. Se contorsiona para conjuntar en ella esas temporalidades: tiempo social, profesional, tiempo de los hijos, de la familia. Una enfermera dedicada por completo a su turno a las siete de la mañana sabe que sus hijos están apenas despertando. Una mujer escultora preferirá una exposición fuera de las vacaciones escolares. Una dirigente que programa un consejo de administración al final del día tiene a la par en la mente el plan de trabajo de la joven que atiende a sus hijos. Las mujeres que salen adelante se organizan y anticipan.

Esta obligación les confiere actitudes profesionales valiosas en una época y en un país en el que la relación con el trabajo es cuestionada por todos.⁸ Largo tiempo puesta en duda sin razón, la relación de las mujeres con el trabajo empieza a ser reconocida por sus cualidades específicas.

EL PATRIARCADO CON EL VIENTRE REDONDO, O LAS ESTRATEGIAS DE FRACASO DE LAS EMPRESAS

El pretexto expuesto para justificar el hecho de que las mujeres acceden de manera menos frecuente a elevados puestos jerárquicos es

⁸ "Des actifs à la recherche d'un nouvel équilibre entre travail et hors-travail", DARES, *Premières Synthèses*, núm. 20-21, mayo de 1999.

que sus maternidades serían incompatibles con puestos de responsabilidad y que estarían demasiado preocupadas por la conciliación entre su vida familiar y su vida profesional. Estos argumentos dan testimonio de un mecanismo psicológico de defensa que se llama negación de la realidad. Bien se sabe que es falso, sin embargo se hace como si fuera cierto. Exactamente lo mismo que esos niños de seis años que dicen: "Sé que Santa Claus no existe, sin embargo le hago mi carta, nunca se sabe." La actitud de algunos dirigentes de empresas es del mismo nivel. Sé bien que las mujeres son competentes, responsables y confiables, pero si lo digo, me voy a ver obligado a tratarlas en consecuencia.

La desvalorización de las mujeres en el trabajo se ve reforzada por la maternidad, que sirve de justificación. No se contrata una mujer de 30 años sin hijos para un puesto de responsabilidad, porque la empresa considera que tendrá hijos en los siguientes años. Tampoco se contrata una empleada doméstica en una sociedad porque tiene hijos y se considera que no va a respetar los horarios.

El regalito del patrón es la falta de ganancia de las mujeres. Este último tiene la vista corta. ¿Cómo explica que entre los sectores de trabajo más feminizados como el hospital o la educación, las mujeres son jefes de servicio o directoras de establecimientos? ¿Puede considerarse que la salud de los enfermos, el cuidado de los 200 niños en una casa cuna o la organización de la escolaridad de los 400 alumnos de una escuela no son responsabilidades? ¿Se cree realmente que este tipo de responsabilidad puede ejercerse sin trabajar de noche o durante los fines de semana? Todo el mundo sabe muy bien que no.

Todo el mundo sabe muy bien que las mujeres tienen una enorme capacidad de trabajo y que son estables. Pero es como si no hubiera que decirlo demasiado fuerte.

¿Por qué, a excepción de algunos dirigentes inteligentes, la mayoría de ellos se niegan a aceptar lo que todos los responsables de recursos humanos les repiten desde hace quince años? Una empleada reconocida en sus competencias y en sus dimensiones, incluso de madre, es una plusvalía para la empresa. Los ejemplos de ceguera de dirección son múltiples.

Encontré en una sociedad inmobiliaria, líder en el mercado francés, un dirigente cuyo blanco era una de sus colaboradoras desde el nacimiento de su hijo. El trabajo de Héléne consiste en negociar la compra y la venta de grandes propiedades inmobiliarias. Se le remu-

nera sobre la base de un objetivo de monto que debe alcanzar por año. Mientras más vende, más importante es su sueldo, y más beneficios logra la sociedad. Dicho de otro modo, todo el mundo ganaría si Hélène pudiera consagrar su tiempo profesional y su energía mental a cumplir su objetivo de trabajo. Hélène solicitó trabajar las cuatro quintas partes del tiempo, como la ley le permite hacerlo hasta que su hijo cumpla tres años. El patrón no lo acepta. Replica considerando que trabaja de tiempo completo y le fija objetivos de venta inútilmente elevados. Además, le señala con regularidad que su ausencia del miércoles altera la vida del equipo. Nadie menciona que el martes en la mañana otro negociador se ausenta para dar clases de educación religiosa y que un tercero deja su trabajo el jueves a mediodía para reunirse con la comunidad rural por la que fue elegido y cuya campaña prepara para las próximas elecciones. ¿Los imperativos vinculados con el cuidado y la educación de los hijos tendrían en sí menos importancia que un compromiso religioso o político a los ojos de los patrones? Lo que es interesante aquí es la manera en que cohabitan en el seno de la misma unidad de trabajo modelos arcaicos, que paga Hélène, y modelos de organización de trabajo precursores de mañana, de los que gozan sus colegas. ¿Contradicciones o transiciones entre dos modelos?

Pero no nos dejemos engañar, la actitud de novatada en el trabajo no es privativa de los hombres. Las mujeres también la conocen bien. Pongo de lado, desde luego, a todas aquellas que son un poco las madrinas de la emancipación de nuestra generación, debido a su interés en transmitir sus experiencias y sus errores, a fin de que podamos llegar más lejos.

Pero sucede que se encuentran mujeres cuya actitud hacia las demás mujeres no tiene la misma dignidad. Haber atravesado el Rubicón y encontrarse en una posición de poder no las volvió más comprensivas. Muy a menudo la adversidad que tuvieron que enfrentar en el camino hacia su éxito profesional las obligó a sacrificar mucho por su trabajo: las distracciones, los amigos, a veces sus raíces, pero más gravemente el amor, la presencia de los hijos o hasta la maternidad. “Lo lograron”, ¿pero a qué precio? Entonces, con cincuenta años endurecidos y un balance personal ambiguo, ya no ven por qué debería ser más simple para las demás. Son ambivalentes respecto de las mujeres jóvenes que llegan a sus departamentos o a sus círculos de intelectuales. Frescas y radiantes de esperanza de conjuntar a su hombre, su trabajo, sus hijos y los placeres, estas recién llegadas son percibidas como una amenaza.

Es una mujer quien aconsejó a Brigitte poner a su bebé con una niñera en el campo, para que tenga mayor libertad para su trabajo. Es la misma que desplazó al sector comercial de Brigitte para alejarla de su domicilio justamente en el momento del nacimiento del niño. Es en la misma sociedad donde Brigitte se ve obligada a asistir a la cena que antecede a la reunión bimestral que se lleva a cabo a dos horas de camino en TGV [tren de gran velocidad]. Esto la aleja de su familia dos noches en lugar de una para una reunión de algunas horas, cuando bastaría un ir y venir durante el día.

¿Qué sentido tiene semejante comportamiento? ¿Una mujer jefe debe utilizar las mismas técnicas que su patrón hombre con sus colaboradoras? El día de su matrimonio, Brigitte recibió flores gentilmente acompañadas por una tarjeta: “Mis mejores deseos de felicidad a ambos, espero que no estén demasiado ansiosos de repoblar Francia.” Seis meses después el director de la sociedad se congratula en público: “Ah, mi querida Brigitte, veo con gusto que sigue fumando, no está embarazada, podemos entonces seguir contando con usted.”

¿Cómo explicar un comportamiento de semejante ineficacia en la dirección? Brigitte era una de las mejores ejecutivas comerciales de esa sociedad, reconocida, adulada y recompensada porque era inteligente, seria, productiva y por consiguiente rentable. ¿Por qué el hecho de construir una vida amorosa y familiar la volvió sospechosa a los ojos de sus patrones? Brigitte había organizado la guarda de su hijo, durante su embarazo, integrando a su elección sus imperativos profesionales. Su marido acepta perfectamente sus ausencias y es evidente que se ocupa de su hija cuando su esposa está en misión. Pero lo que acepta menos bien es la tristeza y el desaliento de Brigitte en cada ataque de sus jefes, cuando adoraba su trabajo. ¿El resultado de esta gestión? En este momento la pareja espera un segundo hijo y Brigitte goza de su incapacidad por maternidad para considerar una readaptación. La empresa va a perder a uno de sus mejores elementos. Las empresas francesas se debilitan por su falta de competitividad. Indaguen el error.

En la alborada del año 2000, el patriarcado respecto de las mujeres aún domina muy a menudo las relaciones en el trabajo. A veces en su versión seductora: “¿Cómo negar a una mujer bonita un día de recuperación?”, y otras a partir del hijo: “Mi pequeño, hay que elegir, la casa no tendrá los riñones bastante fuertes para aguantar una segunda incapacidad por maternidad.” Señalemos la elección en términos de “casa” y “riñones”. Este patrón tenía las curvas de una madre embarazada.

Sin saberlo y en diferentes formas, lo que el patriarcado ataca es el cuerpo de las mujeres. En el mundo del trabajo, el surgimiento del hijo proyecta la vida privada de las mujeres a la escena pública. Por ello se encuentran más expuestas en el aspecto personal, lo que favorece los resbalones profesionales.

LAS MUJERES BUSCAN SALIDAS

Como vemos comúnmente, la cotidianidad de una mujer que trabaja y tiene hijos puede volverse un estado de sitio casi permanente. Frente a ello, la mayoría de ellas se aferran. Pocas madres capitulan y “vuelven a casa”, como se dice en algunos medios.

Una mayoría de madres persiguen su ilusión de encontrar al fin la receta justa para adaptar la salsa de la mítica “conciliación” entre la vida familiar y la vida profesional. Creen lograrlo por medio de una operación matemática. Puesto que hay dos sectores a los cuales dedicarse, dividamos por dos. Es la ilusión del medio tiempo o del tiempo parcial, el sueño de dar un lugar al trabajo y uno a los hijos, equitativamente distribuidos. La madre espera pues dividirse, pero darse por completo. En algunas situaciones familiares o profesionales, esta solución individual parece convenir, pero muy a menudo las mujeres corren el riesgo de perder en ambos frentes.⁹ Cuando sería tan simple considerar el tiempo parcial tanto para los hombres como para las mujeres. La problemática del equilibrio entre trabajo y fuera del trabajo no es un problema femenino, es un problema humano y de actualidad.¹⁰

En fin, una pequeña minoría de mujeres se dedica al terreno profesional como se sube a un cuadrilátero. Para ellas, sólo podrá haber ganadoras y perdedoras.

Esas mujeres son las heroínas que salen de la casa de maternidad con dirección al aeropuerto y que vuelan de congreso en consejos de administración. “Garantizan”, desde luego, pero ¿a quién tranquilizan? ¿A su patrón? ¿A sus colaboradores? “De acuerdo, tuve un bebé,

⁹ M. Buffier-Morel, “Temporalité et égalité des chances entre les hommes et les femmes”, *Revue Française des Affaires Sociales*, núm. 3, julio-septiembre de 1998, “Les temps de notre temps”.

¹⁰ F. Dumontier, J.-L. Pan Ké Shon, “En treize ans, moins de temps contraints et plus de loisirs”, *INSEE Première*, núm. 675, octubre de 1999.

no vamos a hacer de ello una montaña”, me dijo una de ellas. A veces también, intentan tranquilizar a su compañero-marido-amante. Me dice: “Quise a ese hijo, él temía un poco que me volviera como su primera esposa, que me encerrara en la casa y me pusiera a engordar.” Esas mujeres pasan directamente del parto al trabajo, se persuaden: “No seremos de las que flaquean”, “No se hará como su madre, que dejó de trabajar por sus hijos, como otras antes que siguieron durmiendo en la cama de un hombre al que ya no amaban por el bien de los hijos.” Pobres hijos alimentados de sacrificio.

Tienen sus razones esas heroínas del compromiso profesional, para quienes la maternidad es a veces una cruzada del desierto de sus angustias. Para no quedarse empantanadas en la arena, prefieren no detenerse.

Aquí no sólo se trata de ministras, directoras generales y demás provistas de reconocimiento social. Las heroínas del compromiso profesional, son asimismo las panaderas, las vendedoras o las dentistas. Son aquellas para quienes trabajar es aferrarse. ¿A un sueño?, ¿a una imagen?, ¿a un proyecto?, ¿a una necesidad? ¡Poco importa! Son la mayor parte del tiempo mujeres para quienes detenerse, aunque no fuese más que unas cuantas semanas, es correr el riesgo de pagarlo muy caro en su identidad, su autoestima, sus convicciones, su historia de vida.

MUJERES-CARRERA Y MUJERES-MEDIO DE SUSTENTO

La palabra carrera es un término que engendra una discriminación tanto entre las mujeres como entre los hombres. ¿Qué da a entender esta noción de carrera? Que habría dos razas de mujeres que trabajan: las mujeres-medio de sustento y las mujeres-carrera. ¿Las que trabajan para ganarse la vida y las que trabajan para triunfar? ¡Extraño! Pues son estas últimas quienes, justamente, se la ganan, su vida. Las primeras se contentan con un sueldo inferior al de los hombres que ejercen las mismas funciones. Saben que están más amenazadas por el desempleo, pero más fuera del alcance de las promociones.

¿Asunto de cromosomas? Entonces ¿las mujeres-carrera son mutantes, anómalas, monstruos? Esta noción de carrera es peligrosa; basada en una ideología capitalista moderna, estigmatiza una adhesión a signos exteriores de dominio social: dinero, poder, visibilidad. Sig-

nos exteriores de triunfo cuya artificialidad oculta la realidad humana subyacente. Obstinción en el trabajo, angustias, dudas de sí misma, depresiones son equitativas a las proezas que esas mujeres se obligan a llevar a cabo. Como si fuera necesario para ellas, más que para otras, demostrarse cada vez más que están vivas, que pueden hacerlo.

Las mujeres y los hombres-carrera se ven impelidos por un no sé qué que los atormenta y los obliga cueste lo que cueste a llegar más alto, a llegar más lejos. El inspector, el jefe, el patrón, está para los demás en la oficina o en la obra, la deja a las 18 horas. Pero, para ellos, anida en su cabeza o en su estómago, incorporada al tiempo de año de su educación. Legado por el hada blanca, se llama deseo, energía y los aspira hacia el más allá de sus límites, pero legado por el hada negra, se llama "súper yo", y empuja y acecha por la espalda, a pesar de ellos, sin tregua. ¡Cuidado con el fracaso, cuidado con un paso en falso! ¡Prohibido caer!

La noción de carrera, por su efecto de imagen, crea también una segregación entre las mujeres. Pues mujer-carrera, Aïcha, que luchó durante siete años para llegar a ser asistente materna, lo es otro tanto. Soñaba con "ganar un poco de dinero para ayudar a su esposo". Para "lograr" cuidar de sus hijos, tuvo que obtener de su marido y de sus hijos la autorización de salir del hogar a fin de seguir los cursos de alfabetización, luego tres años de negociaciones con la sociedad HLM* para gozar de un departamento más grande. Después arregló muy bonita una recámara y un rincón de juegos durante el año que le fue necesario para convencer a su marido y a su hijo mayor de que no se verían deshonrados ya que, como dice: "Es un trabajo que no se ve, es en casa y es para ocuparse de niños." Obtuvo sin dificultades su diploma y Aïcha, triunfante, me presentó a Karim diciendo: "Lo logré, hasta lo logré dos veces. Trabajo, y además, gracias a mí, la madre de Karim va a trabajar tranquila, tiene confianza en mí, somos del mismo país." Al despedirse de mí se confía, preocupada: "Qué pena que sólo se me haya pedido cuidar de un niño, debe ser porque soy musulmana." Decididamente los obstáculos ideológicos al trabajo de las mujeres no tienen límite.

* HTM: siglas en francés para Habitation Loyer Modéré: Alojamiento Renta Moderada. [T.]

¿LAS MUJERES Y LA CASA? UN CUADRO... POR DESEMPOLVAR

La mujer de su casa. La madre en el hogar. El ama de casa. La reina del hogar. Si estas expresiones comúnmente aceptadas sugieren una concepción sucinta de lo que se consideró bueno llamar el terreno de las mujeres, se debe a que se tiene muy corta la vista sobre la casa, la pareja, la familia y el trabajo no remunerado.

Las víctimas de este descrédito no son únicamente las mujeres, sino también los hombres. Las mentalidades¹ los llevan a excluirse de campos tan fundamentales como la educación cotidiana de los hijos. Es difícil para un hombre declarar a su patrón que le es necesario salir más temprano del trabajo para acompañar a sus hijos al pediatra. Los hombres se encuentran desvalorizados en el discurso social actual, considerados una herramienta cuando declaran “yo, en lo que se refiere a los niños, ayudo a mi esposa”, en lugar de “me ocupó de mis hijos”. Desde luego, hay hombres que se interesan cada vez más en lo que sucede en casa, y son muchos los que no quieren privarse de una verdadera proximidad con sus hijos. Por fortuna.

EL INTERIOR DE LAS MUJERES Y LA POLÍTICA

Ocuparse de los hijos no significa quedarse encerrado en casa. Es estar en relación con el exterior, lo social, las instituciones. Es coquetear con lo político, aunque no fuese más que para padecer sus efectos, o mejor para influir, de sesgo, por la implicación en la vida asociativa.

Sin importar si se consagran a las fiestas parroquiales, a las asociaciones de padres y alumnos, a la organización de un programa internacional de salud humanitaria, hoy en día son las mujeres las que animan la red asociativa. Ahora bien, todo demuestra que las innova-

¹ C. Brousse, “La répartition du travail domestique entre conjoints, permanences et évolution”, INSEE, Francia, Retrato social, octubre de 1999.

ciones económicas y sociales encuentran sus fuentes en las redes asociativas y que serán cada vez más transmitidas por estas últimas.

Añadamos que, frente al malestar social francés, los expertos preconizan un estrechamiento de la red de relaciones, y se percibe que los niños y la casa llevan directamente al *polis*, en el sentido griego de la vida de la ciudad, es decir el interés por mejorar la vida de sus habitantes. Las madres, hasta las más tradicionales, son ciudadanas activas que se ignoran y a las que todavía se ignora.

Hace tiempo que estos hechos habrían debido modificar los estereotipos que asocian mucho a las mujeres con el interior doméstico y familiar y a los hombres con el exterior político y social. Cada uno jugando en su terreno, sólo sería necesario volverse a encontrar para jugar adentro-afuera cruzándose entre dos puertas. ¿Y sorprende que los hombres y las mujeres deploren hoy en día su mutua incompreensión?

¿Cómo se llegó a esta idea tan difundida de que la casa sería el terreno de las mujeres? Un infierno para aquellas que se sienten encerradas, un paraíso para las que le entregan todo su corazón, en todo caso hay apariencia engañosa, cuando los discursos dan de la casa una imagen de interior sin sus aberturas. Pues, es necesario precisarlo, el interior de las mujeres no es, justamente, una casa cerrada. Es por definición un espacio abierto, lleno de otros que lo constituyen. Y en primer lugar, los hombres.

Todas las apariencias mantienen esta ilusión de separación de los lugares y de los roles, y ninguna reflexión sería la fundamenta. Los hombres son arquitectos y albañiles, artesanos y jardineros, a muchos de ellos les gusta la cocina. La prensa femenina tiene éxito con páginas de decoración, cocina y jardín, porque algunas mujeres siguen identificándose con estas representaciones nacidas en los años cincuenta cuando el sueño de modernidad dio origen a las “artes hogareñas”, que debían liberar al “ama de casa”.

LA DIFERENCIA ANATÓMICA FUE UN ENIGMA FUNDADOR

Volvamos a la buena verdadera-falsa evidencia sobre la que se edificaron siglos de seudoseguridad masculina y de pseudoimpotencia femenina: el hombre tiene un pene, la mujer no. Lo que en otras palabras uno de mis pequeños pacientes de tres años formulaba de la siguiente

te manera: “Papá, tiene un pedacito, y mamá tiene un agujerito”, mientras que otra pequeña paciente prefería la versión siguiente: “Yo, mi pito está adentro.” Helos aquí, la mujer está del lado de la carencia y del agujero, lo que induce el interior, y el interior del cuerpo no carece de vínculo imaginario y simbólico con el interior de la casa.

La manera en que la feminidad ha podido ser el soporte de todo un imaginario masculino es un residuo del pensamiento mágico de la infancia de la humanidad y de la infancia de cada uno de nosotros. Imaginario en el que la feminidad se encuentra a veces deificada, otras satanizada, si bien el punto común entre la santa y la bruja, es que están provistas de poderes que las mujeres no tienen. ¿Es por esta razón que estuvieron dispuestas a prestarse a estas proyecciones masculinas? Prestarse fue caer en la trampa. Pues hubo que pagar un alto precio.

En la noche de los tiempos, los seres humanos comprobaron, hecho trivial, que el cuerpo de algunos de ellos era diferente del de otros. Podemos imaginar que en la infancia de la humanidad esto haya representado un enigma fundamental y fundador de lo que se llama pensamiento simbólico. No puede haber humanidad sin estas preguntas existenciales que cada época y cada cultura plantean en sus propios términos. ¿Cuál es el sentido de la diferencia que se manifiesta corporalmente entre los sexos? ¿Qué es lo que determina esta realidad impuesta o bien lo que decide esta determinación? ¿Qué vínculo había entre el poder que los llevaba a unirse sexualmente en la diferencia y el origen de la vida, de la descendencia?

Los primeros humanos pensantes tuvieron que enfrentarse a esta realidad. Sólo los senos de algunos van engordando, la sangre que fluye luego cesa, al mismo ritmo que los ciclos de la luna, y en fin, y sobre todo, el vientre que crece, que se mueve, y la mujer que gime y da a luz, y la leche que fluye suavemente, justo para calmar al niño que espontáneamente se alimenta de ella. Y luego, más tarde, ya nada, el vientre jamás volverá a crecer para esa mujer, y al mismo tiempo la sangre ya no fluirá. Pero todo vuelve a empezar, entonces, para otra. Ese vientre, hoy en reposo, que calla, dio el secreto a la otra generación. La que hace ya mucho tiempo nació de ese cuerpo. Y durante ese tiempo, simultáneamente, la fuerza de los demás aumenta en sus espaldas, pues llevan ellos también, de otro modo, los pesos necesarios para la vida. Luego, lentamente, el vigor se agota, al mismo tiempo que la misma fuerza se observa en aquellos a los que protegie-

ron e iniciaron. Ciclos de luna, ciclos de estaciones, ciclos de generaciones. Vida, naturaleza, muerte. Al principio, fue mítica o mística la relación del hombre con el Misterio de los orígenes.

Se observa en los niños pequeños este recorrido de pensamiento y de cuestionamiento sobre los orígenes de la vida. Los niños pequeños son también maravillosos inventores de respuestas como lo fueron tal vez nuestros antepasados. Las explicaciones racionales de los padres no ponen dique a la necesidad de fábulas del niño pequeño respecto de la llegada de los bebés. Cada uno de nosotros recuerda sus propias respuestas o las respuestas imaginadas por sus hijos. Bautista, a los 4 años, me contó su versión. “Los papás hacen los bebés con sus grandes músculos, y cuando los bebés nacen, los llevan sobre sus espaldas a la gran montaña, y suben muy alto a la mamá que esperaba un bebé, y la mamá está muy contenta y pone al bebé en su vientre porque tiene frío, y después le da de comer muchas pastas y café, y el bebé se vuelve muy grande, entonces sale por el agujero del ombligo porque quiere bajar de la montaña, porque quiere ir a su casa, porque quiere ver a su papá.”

Por fortuna, los residuos del pensamiento mágico no siempre están al servicio del oscurantismo y de la regresión intelectual.

Dan también origen a la poesía y a la metáfora. Por ejemplo, la abertura como representación de la mujer es una bella imagen, la capacidad de dejar entrar al otro en sí en el amor no tiene nada de pasivo. Dejar un lugar en sí para la vida naciente no tiene nada de vulnerable. Dejar salir de sí al niño y su leche para que viva con los demás no tiene nada de encarcelante. Todos esos actos del cuerpo no son reducibles a las leyes de la biología, dominadas por el instinto. Son actos, justamente, porque son muy simbólicos de la vida; es decir, de la relación conjunta con el otro y con la especie humana, trabada por la palabra.

Por otra parte, las mujeres no guardan para sí todo lo que constituye su mundo interior, hablan de él. Se les reprocha bastante por hablar demasiado, se ha vuelto una frase estereotipada. Ellas piden que se les escuche y asimismo que se les hable: de amor, del pasado, de los proyectos, de la vida o de literatura. Otra frase hecha dice que los hombres no necesitarían hablar, entonces tras de años de retención de palabra o de “desde luego que te amo, pon el 2”, se contentan con que ellos les hablen por lo menos de su día. El “dime que me amas” cedió el lugar en el mejor de los casos a “¿te fue bien hoy?” Por desgracia, el encierro no se reserva a las reinas del hogar. No más que

la casa, el interior de la mujer es un misterio, oscuridad, desconocido. Todo esto no es más que imaginario, un sueño, fantasma. Así los seres humanos se volvieron civilizados y artistas, el imaginario alimenta sus pensamientos y sus lazos, pero es perjudicial para la inteligencia de las relaciones confundir imaginario y real.

EL RECURSO A LO NATURAL YA NO ES ÚTIL

¿Por qué se piensa todavía tanto que la división clásica de los papeles masculinos y femeninos, de las tareas y de los lugares en la sociedad es natural, con el pretexto de que lo es la diferencia física entre los hombres y las mujeres? La ideología sexista es una fábula llena de estas respuestas imaginarias, que la ciencia no llega a razonar. Decir que es natural que una mujer críe niños y que un hombre se gane la vida se origina en representaciones imaginarias. Decir que la mujer está hecha para ser tomada y el hombre para tomar porque esta equipado de un pene y que ella lleva en sí sus órganos se ha vuelto menos común, pero sigue siéndolo pensarlo. Este tipo de construcciones de pensamiento metonímicas tuvo su sentido y su utilidad en su época. Pasa todavía que los poetas del erotismo jueguen con imágenes para sublimar el cuerpo de las mujeres y de los hombres. Pero en la vida de todos los días ya no estamos totalmente allí. Desde Neandertal han transcurrido millones de años de trabajo y de inteligencia para penetrar los misterios de la procreación. Sabemos dominar experimentalmente sus mecanismos y modificar sus datos genéticos. La civilización y su corolario la ciencia han modificado irremediamente nuestra manera de pensar la relación del hombre con la naturaleza y, por ello, la relación entre los hombres y las mujeres. Tal vez ha llegado el momento de decidir acabar con lo natural en este asunto.²

La justificación por medio de lo biológico de la división diferenciada de los papeles y de las funciones ya no vale. Por otro lado, su justificación sólo por la educación, como se creía en los años setenta, ya tampoco es válida.

Hoy en día es un asunto de elección de sociedad y de política para pensar y organizar lo mixto en todos los niveles de la vida.

Y en la vida de los niños, ¿por qué no empezar de inmediato? Los niños tienen una necesidad vital, en los primeros meses de su vida,

² S. Agacinski, *La politique des sexes*, Le Seuil, 1998.

de un lazo corporal tranquilizador con una o varias personas muy familiares. ¿Por qué entonces se sigue pensando que diez semanas de presencia materna bastan después del nacimiento? ¿No valdría más invertir en una incapacidad por maternidad, prolongada por una vuelta progresiva al trabajo y contrarrestada por una incapacidad paterna de tiempo parcial? Un tipo de sistema de incapacidades de nacimiento, sin pérdida de sueldo para la pareja durante algunos meses, a condición de que sea compartida en alternancia por el padre y la madre. Se sabe que alejar demasiado tiempo a un profesional de su empleo no es deseable, entonces que los hombres y las mujeres se suplan al lado del bebé. Se sabe además que un padre presente durante la pequeña infancia teje lazos más duraderos con sus hijos. ¿Por qué privarse de un medio simple de arraigar la relación paterna? Que el 40% de los niños ya casi no vean a su padre después del divorcio indica desde luego un problema del vínculo padre-hijo. Se aman, pero no aprendieron a vivir juntos. Esos permisos de los padres por nacimiento podrían limitar al principio a las mujeres susceptibles de dejarse ir a la fantasía de la omnipotencia sobre sus hijos. Pero sobre todo, para ser confiado a la asistente materna, la guardería, la niñera o la abuela, diez semanas después del nacimiento, un bebé es muy pequeño y sus padres también... La incapacidad por maternidad debe volverse a pensar a la luz de una paternidad que se compromete.

Las nociones de igualdad y de equidad son también asunto de elección individual y de pareja, son mucho más delicadas de comprender en sus dimensiones privadas, hasta íntimas, que en su dimensión colectiva y política. Si todos los niveles están profundamente vinculados, no por ello se pueden superponer. Evitemos remplazar el despotismo reaccionario social por una tiranía de la igualdad en la relación de la pareja.

NO TOMEMOS LAS TRADICIONES POR LINTERNAS

Por profundas razones individuales e inconscientes, ciertas mujeres y ciertos hombres, aun en una sociedad supuestamente educada y progresista, pueden elegir vivir para sí mismos y juntos conforme a modelos más tradicionales.

Por otro lado, tradicional y reaccionario son dos modelos muy diferentes, contrariamente a lo que los reaccionarios quisieran hacer creer al justificar sus ideas por una supuesta tradición. No existe una tradición, sino tradiciones que caracterizan a un pueblo, a una región, a un país, a un continente. A menudo es por sus costumbres, por sus modos de vida, como se puede reconocer una cultura. Pero, justamente, lo propio de una cultura viva es que evoluciona a través de las tradiciones que se transmiten pero experimentan transformaciones en cada etapa.

Las tradiciones fijas se vuelven folklore y acaban por visitarse en los museos. Éste es el matiz entre mimetismo operativo y transmisión.

Muy a menudo son las mujeres las que conservan y transmiten las tradiciones a los hijos, incluso las mujeres modernas y emancipadas. Una mujer activa sobre su entorno transmite una tradición viva. Pues lo que cuenta en una tradición son sus valores, sus símbolos y sus ritos que perpetúan el lazo entre los miembros de una comunidad. Las mujeres que participan en la producción de las riquezas en una sociedad, en la vida asociativa y comunitaria o en la creación no crean una ruptura, sino que amplían la red de los lazos. ¿Será que en las familias en las que las mujeres trabajan las tradiciones están menos presentes? Sin duda alguna no.

Los reaccionarios son muy a menudo revisionistas de la tradición, la reinventan cosida a mano y sueñan que va a perpetuarse linealmente, mecánicamente, y sobre todo sin hacerse preguntas. De esta manera fueron inventados el mito de la mujer que no trabajaba y su primo, el de la mujer en el hogar. En una lógica reaccionaria, la confusión se mantiene cuidadosamente entre tradicional y convencional. Ahora bien las convenciones son paralizantes, en tanto que las tradiciones mueven.

CONCLUSIÓN

El desarrollo de un niño siempre requerirá presencia, tiempo, el desarrollo de una sucesión de etapas que no pueden comprimirse.

Los niños son desaceleradores. Por ello también son útiles: limitan a las mujeres y a los hombres que les son cercanos a una humanidad de pensamiento y de sentimientos. Si las mujeres son particularmente sensibles a los asuntos del tiempo, también es gracias a ellos. Gracias a ellos, y no a causa de ellos.

Los niños son su talón de Aquiles, en cierta manera les sujetan una pierna. Una metáfora para indicar la invitación que el hijo hace a su madre a moderar el paso. Dejar de correr, sosegar para mirar, escuchar, tocar, sentir, pensar. Los niños, por no caminar como los grandes, son promotores del humanismo. Simbolizan la posible secuencia al revés de una sociedad prendada de la eficacia que se contenta con apretar la razón y se niega a pensar humanamente. Pensar humanamente, es pensar en la globalidad y con sensibilidad el sentido de lo que se hace, las relaciones y el porvenir. Las mujeres expresan de más en más su malestar. Es buena señal. Empiezan a comprender que no pueden por sí mismas reducir todas las tensiones que las atormentan: hijos, amor, trabajo, familia, vida social, creación. Se interrogan. Un humano que no se interroga sobre el sentido de lo que vive se comporta como una hacedora mecánica. Cuando las mujeres se desmoronan, se preguntan si no corren el riesgo de fallarlo todo; cuando las mujeres dicen que ya no puede durar, que es necesario que cambie, tienen razón. Pues en lo tocante al triángulo vida profesional, vida familiar, vida personal, en el fondo nada ha cambiado. La división de las tareas domésticas, de las responsabilidades familiares, la igualdad en el trabajo, todo se mueve, pero nada cambia en realidad.

Ahí donde las mujeres se equivocan es cuando piensan que sus dificultades son "su problema". Que siempre deberán hacerlo mejor: organizarse más, hacer todo más rápido, pagar de más en más las suplencias de las instancias inadaptadas. Algunas llegan a iniciar una psicoterapia diciendo que desean poder soportar mejor su vida de locura. Es el colmo.

Hay mujeres que dicen que las cosas ya no pueden durar, que hay que parar las máquinas. ¿Pero cuáles? La mayor parte del tiempo se limitan a actuar sobre sus propias órdenes y el resultado no está garantizado. La gama es limitada: tomar un amante, ir una semana a talasoterapia, divorciarse; abandonar sus ambiciones, renunciar a sus proyectos, sofocar sus sueños. O bien detener las máquinas en su cuerpo, ya no desear, enfermarse, entrar en depresión o renunciar a tener otro hijo. Cuando las mujeres que trabajan y tienen hijos reventan, la máquina de la vida profesional y familiar deja de funcionar. Es la crisis, descansan un momento, recobrar el aliento, pocas cosas cambian positivamente. Todo se deteriora o todo se reactiva con más fuerza. Vuelven a arrancar hasta el próximo túnel.

Cuando tienen una “disyunción”, las mujeres deberían saber también que les está fallando el fusible de un sistema. Deberían recordar que hoy en día siguen siendo las principales mediadoras entre los niños y la sociedad. Entre los pequeños y el gran mundo. Su malestar debería ser el motor, la impulsión propia para hacer mover a la familia y a la sociedad que los rodea. Para ellas, para los hijos, para los hombres, para el porvenir.

Cuando las mujeres se sienten divididas entre las necesidades familiares y las necesidades profesionales, ¿por qué su energía se centra primero en la vida familiar y personal? Volver a pensar, volver a disponer, reorganizar. ¿Por qué no sería también el mundo del trabajo, sus arcaísmos, sus mentalidades, sus reglamentos internos lo que habría que volver a pensar, disponer y reorganizar? La legislación en Francia no está tan mal hecha. Sólo bastaría que se aplicara de la misma manera para los padres que para las madres. La organización del trabajo, su conciliación con la vida privada son asuntos de hombres y de mujeres. No es un problema femenino.

Cuando las mujeres se sienten sumergidas por sus vidas a cuatro velocidades, ¿por qué pretenden tanto la independencia? Para salir adelante, es necesario que recurran a otros que toman su parte de la carga de los hijos, del trabajo del hogar y de la vida social de la familia. ¿Por qué hay tanta ambivalencia para delegar? ¿Por qué negarse a ver que la independencia psicológica y económica exige que reconozcan la importancia de los demás para los hijos, el trabajo, la casa? ¿Por qué a veces ese miedo visceral de que los hombres dejarán caer lo que ellas no pueden sostener?

Cuando las mujeres sufren por confiar a sus hijos en condiciones insatisfactorias, ¿por qué no consideran reducir el tiempo de guarda,

trabajar menos, pagar a una persona que recoja al niño más temprano, por ejemplo? ¿Por qué salir adelante –mal– elaborando soluciones frágiles y costosas? ¿Por qué su energía, su capacidad inventiva, su rabia misma no se alían a las de las demás madres para hacer evolucionar los modos de cuidado? Existen en Francia asociaciones para todo, pero no hay una asociación de padres para los modos de atención. ¿Cómo explicarlo?

Cuando las mujeres se angustian de ver a sus hijos en dificultades escolares, llorar en la mañana, quejarse de dolores de estómago el domingo en la noche, ¿por qué siempre buscan soluciones individuales? Evitarles el comedor escolar, el estudio en la noche o la guardería. Pagar un profesor a domicilio para las tareas, pagar una niñera... pagar, inquietarse, culpabilizarse, hacer siempre más, ¿por qué? ¿Es su culpa si en Francia tantos niños tienen dificultades escolares, al punto de que una mayoría de alumnos de la secundaria recurre a clases complementarias y los padres se abalanzan sobre los CD-rom pedagógicos de los programas de la Educación Nacional para apoyar la escolaridad de sus hijos? Sin embargo, los niños son cada vez más inteligentes, despabilados, precoces, mientras la escuela los encuentra siempre más insatisfactorios.

La familia evoluciona, es más móvil, más compleja, transige con el progreso y la búsqueda de amor. Se reorganiza y se adapta. ¿Podría la escuela decir lo mismo?

Entonces ¿por qué las mujeres, que influyen mucho en las evoluciones de la familia, no se dedicarían activamente a la escuela? Eso en lugar de dejarse culpabilizar: “Necesita tener más ayuda”, “Hay que enseñarle a concentrarse”, “Es indisciplinado, no es nuestro papel educarlo, debe usted estar más presente, señora.”

Las mujeres no pueden ir más adelante en esta búsqueda vana de hacer siempre más por los hijos, la casa, el amor, al mismo tiempo que trabajan.

Política familiar, acción social, juventud y deporte, derechos del trabajo, educación nacional, justicia, salud: las políticas, las leyes, los presupuestos que atañen a la vida de los hijos están parcelados y son contradictorios. Las mujeres, en su lugar de garantes de la integridad física y mental de sus hijos, se sienten divididas por impulsos contrarios. Es lógico. Las madres buscan armonía en la cacofonía social que rodea a sus hijos. Su malestar, su cansancio, dan testimonio de su esfuerzo para proponer a sus hijos un medio ambiente coherente. Lo que adquieren al hacerlo es útil para la colectividad. Quienes no pa-

saron por ese esfuerzo cotidiano de armonizar la vida de los hijos no saben de qué hablan cuando hablan de políticas de la infancia. Las mujeres tienen esa inteligencia, tengan o no una actividad profesional. Sus acciones individuales son transmisoras de realismo para acciones colectivas, asociativas, sindicales, políticas o de proximidad. Pero no lo saben.

Henos aquí en el año 2000, la coyuntura es prometedora. El hastío de la *superwoman*, las mutaciones de la familia en curso y la reorganización del tiempo de trabajo que se inicia señalan el momento propicio para un cambio de rumbo.

Las mujeres pueden reinvertir su creatividad combativa.

Sanar del sentimiento de estar sola para llevarlo todo exige la intervención de muchos para llevar los problemas a sus soluciones compartidas.

Liberarse de las presiones, de las contradicciones y de la depresión requiere permitirse inventar de nuevo y pasar a la acción.

Traer al mundo a los hijos es, para una mujer, exponerse al sentimiento de culpabilidad. Puede liberarse de él. Las madres pueden comprometer su creatividad y su combatividad para compartir mejor con los hombres e influir en la sociedad.

Es posible abrir otros caminos de paso entre vida familiar, vida personal, vida profesional y vida ciudadana. Los niños circularán más libremente.

ANEXO

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS MODOS DE GUARDA

La observación del funcionamiento de las diferentes modalidades de guarda muestra cómo, sin importar el lugar ocupado (padres o personal de recepción, y desde luego los niños) cada uno está obligado a acomodarse. Pero ¿a qué precio? Mi profesión es ante todo estar al servicio de los niños, luego de sus padres, y ayudar en fin a los profesionales a encontrar los medios para una atención al servicio, justamente, de los niños, lo que no puede hacerse sin los padres.

EN LA GUARDERÍA, LA PENURIA SE ORGANIZA

En Francia, sólo el 8% de los niños cuyos padres, padre y madre trabajan son recibidos en una guardería. Sin embargo, es el modo de guarda que viene inmediatamente a la mente cuando se piensa en los modos de atención para bebés. Y es el modo de cuidado que muchos padres desean.

Pero todo el mundo sabe que es muy difícil obtener un lugar en una guardería. Muchas directoras presentan a los padres listas de espera que no dejan ninguna esperanza. Y es ahí donde se inicia el recorrido del combatiente para los que no se resignan a que se les niegue la entrada para su bebé. Esta fuerte demanda no carece de efectos sobre la manera en que los criterios de admisión –a veces totalmente subjetivos– sirven de reguladores, en perjuicio del principio de igualdad ante el servicio público.

Para obtener un lugar en una guardería, se plantea entonces el asunto de cómo emerger de la masa de los padres solicitantes. Ven el día diversas estrategias: primero, atraer la atención de la directora, pues a pesar de su negativa, dispone de un margen de decisión. Algunos padres recurren al encanto de la conveniencia. Están bien vestidos, sonrientes, hacen valer un trabajo, ingresos y horarios regulares. Muestran que se interesan en el proyecto de trabajo del establecimiento y aseguran cuánto, a sus ojos, representa la guardería

un modo de cuidado ideal: socialización y profesionalismo vienen a la cabeza de los argumentos de seducción.

Otros suponen que los padres aislados, o aquellos cuyos ingresos son muy bajos para poder financiar el cuidado en casa de una asistente materna, gozan de prioridades. Confían sus dificultades, se muestran amables, dependientes y dejan entrever hasta qué punto agradecerán si se les otorga el servicio de recibir a su bebé.

Una tercera estrategia consiste en recurrir a palancas y a la derogación –igual que en el colegio, pensando que es el único medio. Hacen intervenir a algún adjunto al alcalde o amigo del presidente del consejo general.

La selección se inicia muy pronto

Ante esta fuerte demanda, la dirección de la guardería se ve obligada a elegir entre solicitantes todos motivados y a falta de criterios claros y oficialmente establecidos; no sucede como en el correo: el primero que llega es el primero al que se sirve. Las direcciones introducen entonces criterios no expresados (¿no confesables?), totalmente subjetivos e impregnados de ideología. Tal dirección me declara en privado que no tiene la intención de complicarse la vida con madres que crían solas a su hijo y “corren un mayor riesgo que las demás de llegar tarde en la noche los días de huelga o de intemperies”; y, pondera mi interlocutora, “son las mismas que dejan al bebé enfermo en la guardería porque temen perder su trabajo y no tienen a nadie para ocuparse de él”. Se asiste entonces a una concepción de la atención que, lejos de tomar en cuenta las realidades sociológicas de la población, elige reclutar niños que no implican una verdadera responsabilidad. Es el tipo de gestión que da pie a los detractores de la guardería, denunciando su funcionamiento demasiado administrativo, demasiado rígido y que no responde a las necesidades reales de los padres.

En el otro extremo, se encuentran los directores y las directoras que miden la importancia de su función y la utilidad social de la guardería. Mientras más parecen estar en dificultad las familias, más consideran, lo que además es justo, que deberían ser prioritarias. Éstos no olvidan que la guardería, colectiva o familiar, es el único modo de guarda oficial en la que el gasto de los padres es directamente proporcional a sus ingresos. El escollo de este segundo tipo de ges-

tión de las demandas es que el establecimiento queda entonces estigmatizado por los padres de las clases sociales más elevadas. Progresivamente, éstos abandonan la guardería, que pierde entonces uno de sus intereses, el carácter social mixto. El personal bien formado, bien encuadrado y apoyado psicológicamente puede enfrentar cotidianamente situaciones familiares tristes o conflictivas. El trabajo con los niños cuyas familias tienen dificultades sociales o médicas puede revelarse gratificante. Algunas auxiliares de puericultura en guardería colectiva y ciertas asistentes maternas en guarderías familiares llegan a confesar que aceptan mejor las observaciones toscas de una madre que lucha por conservar a su hombre, su alojamiento, su trabajo, que las observaciones disfrazadas de una mala madre que finge sorprenderse de que su hijo no haya hecho actividad de pintura desde hace dos días.

Para compensar estas diferencias de tipologías de una guardería a otra y para evitar que sólo la directora tenga el poder de decisión, se han implantado sistemas y criterios de atribución de los lugares en guarderías. Las comisiones de admisión compuestas por las direcciones de las guarderías a escala local, representantes de los elegidos locales y, a veces, por cofinancieros, examinan los expedientes. En algunas zonas, en la región parisiense sobre todo, un psicólogo o un médico forman parte de esta comisión.

El desfase entre las solicitudes y el número de lugares disponibles es tal que suele ser imposible presentar todos los expedientes, aún más discutirlos. Las direcciones hacen pues una primera selección: montón de la derecha, las solicitudes que no se tomarán en cuenta; montón de la izquierda, los niños a los que se desearía recibir; en el centro, situaciones evolutivas. Se conservan algunos expedientes para el caso de un desistimiento o de una mudanza que liberarían un lugar. Los padres solicitantes ignoran lo que sucede tras bambalinas. No siempre calculan que obtener un lugar es a menudo resultado de una conjunción afortunada. Por haber participado un tiempo en esas comisiones de atribución de los lugares pude comprobar cómo, con la mejor buena fe y buena voluntad del mundo, la decisión se tomaba al capricho de circunstancias completamente fortuitas. Es así como vi pasar a todos los niños nacidos en abril-mayo del montón de las solicitudes al de los rechazos después de que la directora de una guardería con ochenta lugares explicó: "Este año no puedo recibir bebés nacidos en abril y mayo, porque en el momento de su ingreso, una auxiliar de puericultura se encontrará en descanso por formación y

otra en incapacidad por maternidad. Como todavía no sé quién cubrirá los remplazos, no puedo tomar la responsabilidad de hacer adaptaciones con una persona a la que los bebés ya no verán quince días después.”

Las orientaciones políticas y la ideología de la guarda se traslucen al nivel del establecimiento de los criterios de prioridad. El consenso es casi general sobre la legitimidad de recibir prioritariamente a los gemelos, pero en el caso de los trillizos no es por todas partes un hecho. Según las tendencias, el hijo de un padre solicitante de empleo será aceptado, por la doble razón de que sus ingresos son bajos y que debe poder buscar eficazmente un trabajo. En otras partes se pensará que la guardería está hecha para los padres que trabajan, punto, y se acabó. La primera actitud refleja una concepción del modo de recepción como uno de los elementos que concurren a la dinámica social de la familia, la segunda actitud sitúa a la guarda de los niños como simple herramienta de reforzamiento de la norma.

Una paradoja financiera

Algunas de las soluciones que acabamos de evocar son consecuencia directa del modo de financiamiento de las guarderías. Es interesante saber que la guardería, acusada de constituir el modo de cuidado más costoso, no lo es de la misma manera para todos los que la financian. La distancia se basa en la presencia de los padres acomodados o más modestos.

El sistema de financiamiento de las guarderías es una paradoja, un verdadero callejón sin salida presupuestal.

En promedio, el costo de funcionamiento de un día-guardería por niño es en Francia de 340 francos (51.83 euros), divididos de la siguiente manera: alrededor de la cuarta parte compete a los padres, una cuarta parte está a cargo del Estado por intermedio de las Cajas de subsidios familiares, y el resto corresponde a la parte de las colectividades que manejan la guardería (municipalidades, consejos generales en la región parisiense), pero también, en una proporción de 4%, asociaciones como la ACEP (Asociación de colectivos padres-hijos), y aún más raras veces a las empresas.

La participación de las familias puede variar de 10 francos (1.52 euros) a alrededor de 190 francos (28.97 euros) por día, según su ingreso. Al permanecer estable, la contribución de la CAF, es la colecti-

vidad local la que compensa la diferencia. Pero, a la inversa, si la media de las tarifas de los usuarios es elevada, lo que corresponde a niveles de sueldo más importantes, se vuelve ventajoso para la colectividad gestora. Todo podría equilibrarse si la guardería fuera frecuentada por niños de todos los medios. Pero las reparticiones de las familias conforme a sus recursos raras veces están equilibradas entre dos barrios o dos comunidades. Resultado: mientras más acomodados son los padres, más son rentables para la guardería. Pero son los mismos que pueden pagar una asistente materna, son también aquellos a quienes el interés fiscal incita a reclutar a una persona para cuidar a sus hijos en casa. Se da vueltas en redondo. Es la paradoja: una guardería en el V distrito de París cuesta menos caro a su municipalidad que una en la periferia norte.

Una vez más se proponen reformas para salir de este callejón sin salida que frena la apertura de las guarderías y desalienta a las asociaciones. ¡Pero qué resistencia! Recientemente, el consejo de la administración de la CNFA (Caja nacional de subvenciones familiares) rechazó un proyecto que habría permitido a las colectividades locales ya no tener que absorber las variaciones financieras debidas a las diferencias en la participación de los padres. A partir de una base fija, más seguras, menos tributarias de los niveles de vida de sus usuarios para planificar los gastos, los alcaldes podrían reconciliarse un poco con la guardería, no tan costosa respecto del servicio prestado.

De esta paradoja financiera resulta el hecho de que la colectividad no tiene ningún interés en invertir en guarderías, cuando su necesidad es patente y todos la reclaman: los medios socioculturales acomodados, que aprecian su calidad de socialización, y los medios más modestos, donde la balanza presupuestal –ingresos del trabajo de la mujer y gastos de guarda de los hijos– es determinante. Son también estas familias para quienes la pérdida de un sueldo modifica significativamente el nivel de vida de los hijos. Además, son las mujeres que tienen bajos ingresos las que se encuentran más debilitadas por los gastos y los problemas de la atención de los niños. Y son las mismas, las más expuestas a una presión que las culpabiliza, a dejar de trabajar sobre todo al nacer su segundo hijo. Para ellas, la guardería representa mucho más que un modo de cuidado, es la oferta de una red de proximidad.

A pesar de las dificultades y de la inquietud, algunas de estas madres desean conservar su actividad profesional. Es fundamental para su sentimiento de seguridad. Sin embargo, anticipan con razón el he-

cho de que sus hijos crecen rápido, sus necesidades aumentan y estarán satisfechas, después de esos primeros años difíciles, de estar activas y de ser remuneradas. El problema es que es muy difícil para una madre que acaba de dar a luz proyectarse con tal lucidez hacia el porvenir. Pocas imaginan al mirar a su lactante mamar que un día estará encantado de estar un poco solo en casa, deseará hacer estudios costosos o querrá una motocicleta para salir con su novia.

La guardería es un modo de guarda que dio muestras de una gran evolución en su espíritu, su cultura y sus prácticas. Debe proseguir su adaptación a las expectativas de las familias, sobre todo en cuanto al tema de los horarios y del cuidado de tiempo parcial.

Las guarderías colectivas, familiares y de padres, representan al mismo tiempo poco y mucho. Representan poco en el sentido, lo repetimos, en el que sólo es recibido el 8% de los niños de menos de tres años de edad. Pero las guarderías representan mucho al nivel de otra concepción del niño y de la pequeña infancia. Simbolizan un estado de vida y un modo de atención diferente del niño pequeño, una mejor visibilidad del ambiente y los lugares de cada uno en torno a él. Es un sistema triádico, padres-hijos-institución, que presenta el interés de favorecer el eje separación-triangulación-socialización estructurando los procesos psicológicos de la pequeña infancia. Aquí, el modelo dominante es el de la profesionalización/socialización. Se diferencia teóricamente más del modelo parafamiliar del que la asistente materna, como su nombre lo indica, es una emanación directa.

LA ASISTENTE MATERNA AUTORIZADA, EL PRECIO DEL COMPROMISO

La asistente materna autorizada encarna el compromiso entre el modelo familiar y la profesionalización de la atención a los niños, en el cruce entre el deseo de las familias y el anhelo de los poderes públicos. La asistente materna no es del todo una “abuela”, pero a veces es todavía la “tía”. Es una profesional, pero su formación de sesenta horas, elegantemente llamada “inicial y en curso de empleo”, pesa menos sobre los presupuestos públicos que la de la puericultora o la de la educadora de niños pequeños. El bebé no está totalmente en casa, pero casi, se dice a menudo. A los padres los tranquiliza esta idea de proximidad, el niño evoluciona en un ambiente familiar.

Los financieros cantan también las alabanzas de la guarda a domicilio de las asistentes maternas, que requieren menos inversión en equipos y en funcionamiento. También, estos últimos años, se fomenta que las familias recurran a este modo de cuidado mediante medidas incitativas como la AFEAMA (Subvención Familiar de Ayuda al Empleo de una Asistente Materna Diplomada).

Pero, para los padres, encontrar una asistente materna que les convenga obedece –tanto como un lugar en la guardería– a la suerte.

¿Cómo aumentar la oferta?

El procedimiento de diplomado por parte de los servicios departamentales o municipales de la PMI conjuga criterios objetivos y apreciaciones que no pueden ser más que subjetivas o coyunturales. La puericultora y el médico de la PMI, para instruir el expediente de aceptación, deben poder apreciar las cualidades de higiene y de seguridad, las capacidades de relación de la candidata al lado del niño y de sus padres, su rigor y su flexibilidad, sus motivaciones y sus proyectos. Ante la amplitud de la tarea, algunos servicios recurren a psicólogos a fin de perfeccionar su apreciación y de identificar, llegado el caso, problemas psicológicos ocultos en la asistente materna o su cónyuge.

Pero el grado de exigencia y los valores educativos postulados varían de una comisión de aceptación a otra. Los criterios fluctúan por ejemplo, en función de la oferta y la demanda en un sector específico.

Cuando existe una fuerte demanda por parte de las familias y una baja capacidad de recepción en un espacio geográfico específico, se asiste a una forma de fomento, hasta de reclutamiento por parte de los servicios sociales o de las oficinas de los ASSEDIC. “Señora, usted busca trabajo, y ¿si cuidara niños? Sabe usted, es un bonito oficio. Y además tendrá un ingreso para educar a los suyos.”

En estos sectores en déficit de recepción, la administración será menos roñosa sobre el manejo del lenguaje, las características de la vivienda, las competencias educativas y el nivel de motivación de la solicitante. Una vez más, la calidad de la atención a los más pequeños está subordinada a problemas de naturaleza diferente.

Otra novedad, en las nuevas ciudades o en las ciudades como París, se organiza una inversión de la oferta en casa de las asistentes ma-

ternas. En París, la mayoría de las mujeres trabajan, y las guarderías no pueden aceptar más que al 41% de los niños que deben ser atendidos. Los padres están dispuestos a todo para encontrar un modo de atención. Por su parte, las asistentes maternas son poco numerosas debido a la distribución socioeconómica de los hogares que existen en París, y viven en pequeños departamentos —los precios de las rentas son conocidos. Sin embargo, tienen de sobra de dónde escoger, por lo fuerte de la demanda de los padres. Entonces algunas asistentes maternas (¿y cómo reprochárselo?) ponen sus condiciones. Por teléfono se informan sobre la profesión y los horarios de los padres, eligen en función de sus preferencias. Una buscará hijos de maestros, “pues no están ahí el miércoles y durante las vacaciones escolares; además se está tranquilo, tienen buenos horarios”. El único inconveniente con ellos, se me dijo un día, “es que tienen la cabeza llena de ideas y quieren enseñarnos nuestro trabajo”. La otra, por el contrario, rehúye a los hijos de maestros, pues “están demasiado ausentes, no es rentable, los empleados de banco o de compañías de seguros, es mejor”; siendo lo peor generalmente las profesiones liberales o los puestos de responsabilidad en empresas privadas. Cito: “Con ellos, bienvenidos los destrozos, no tienen horarios, si se les escuchara, siempre habría que estar disponible y aun de noche o en fines de semana. No sólo trabajan todo el tiempo, sino que además necesitan esparcimiento. Aunque mire, tengo colegas a las que les cae bien, hacen horas suplementarias.” Los padres que trabajan en la hotelería, obligados a renunciar a este tipo de modo de guarda, declaran haber buscado muy pronto un segundo hijo para rentabilizar los costos de un cuidado a domicilio y dar un compañero de juego a su bebé. Pero ya no se trata de tener tres como estaba previsto. Otros padres, en la misma situación, comparten con otra pareja los gastos de una empleada. Para que eso dure tres años le inyectan mucha energía y hacen concesiones que los agotan.

Asimismo, en el mundo de las asistentes maternas, la vida no es fácil. Las desigualdades son flagrantes. Las condiciones de empleo dependen por completo del fomento de los recursos del territorio en el que están ubicadas. Así, en algunos lugares, las familias tienen ingresos insuficientes o un empleo demasiado precario para recurrir a una asistente materna diplomada. Buscan soluciones menos costosas o temporales. En esos sectores se asiste a sistemas de arreglos de horarios y financieros. Arreglos que pueden tomar el aspecto de ayuda mutua entre dos familias en dificultad. La asistente materna explica:

“Y entonces, ¿qué quería usted que hiciera? ¿Que rechace a esa pequeña a la que crío desde que es bebé, porque sus padres ya no pueden pagarme? ¿Y que van a hacer mientras no está todavía en la escuela? Si nadie se ocupa de ella y su madre deja de trabajar, no serán más ricos, y yo tampoco. Y la pequeña, forma un poco parte de la familia para nosotros. De todas maneras, tengo una autorización para tres niños y por aquí, son escasos los niños para los que se solicita guarda.”

A veces el sistema instaurado adquiere un aspecto de explotación de una mujer por otra. “Sólo piensa en el dinero, esa mujer”, se queja la madre, “es increíble sin embargo ocuparse de niños únicamente por el dinero. Si pudiera pagarla, lo haría, pero en este momento no es posible, todas las facturas caen al mismo tiempo. Cuando se ejerce ese oficio uno ama a los niños. Cuando pienso que la consideraba una amiga y que hasta la invité a casa para el primer cumpleaños de Ludovico, si hubiera sabido...”

Desde luego, la relación entre los padres y la asistente materna es un ejercicio delicado: decepciones, malentendidos, conflictos afectivos, confusión de lugares y de registros, el reverso de la medalla de ese bello entredós que tanto gusta. El modelo (para) familiar no tiene el mérito de la claridad.

En el centro de la intimidad del otro

La asistente materna es una profesional. Goza de un estatuto. Sin embargo trabaja en el más privado de los ambientes, su intimidad. Trabaja con su cuerpo, sus sentimientos, en su casa y con su familia. Las asistentes maternas acogen, cuidan y se apegan a menudo a los niños a los que ayudan a crecer. Abren su interior a quienes se señala en otras partes como “usuarios”, pero a los que ellas llaman bellamente “los padres” con toda la ambigüedad sobre la naturaleza del lazo que el término conlleva.

El contrato entre una asistente materna y los padres es un contrato de trabajo. Los padres son empleadores que, al frecuentar cotidianamente la casa de la asistente materna, acaban por saber todo de su vida privada: los resultados de los hijos en la escuela, si el cónyuge corre el riesgo de perder su empleo o si la suegra se instaló en casa. Además, los asuntos de dinero no turnados a una tercera persona externa se vuelven pronto espinosos. ¿Quién provee los pañales del be-

bé? ¿Debe remunerarse la tarde en que el niño fue llevado a casa de su abuela? Todo eso no siempre figura en el contrato.

Este modo de guarda se basa en la referencia implícita a los modelos familiares, y su calidad es muy tributaria de las cualidades personales de la asistente materna, de los padres, del niño y de factores psicosociológicos complejos. Es muy frágil. Todo es cuestión de relación. Algunas asistentes maternas convendrán a ciertas familias, pero no sabrán encontrar el punto de contacto con otras.

La aceptación y la corta formación de las asistentes maternas garantizan un mínimo de exigencias, pero no pueden asegurar las condiciones para que se mantenga durante tres años una buena relación entre una asistente materna, un bebé y una familia. Es indispensable un trabajo regular de acompañamiento, apoyo y reflexión sobre las prácticas.

Tanto para las asistentes maternas como para las guarderías los servicios de la PMI buscan medios para favorecer las relaciones, insistiendo en el posicionamiento profesional. Las asociaciones de asistentes maternas trabajan sobre lo que representa el cuidado de niños para una mujer. ¿Es realmente una función “natural”, aun si la que lo cumple es una madre? Las asociaciones son muy activas en el apoyo a la práctica y a fin de romper el aislamiento de las asistentes maternas. Los servicios implicados en la gestión de este modo de atención en casa de las asistentes maternas comprenden su dificultad y su complejidad. La aceptación, la formación y el seguimiento PMI, que son reglamentarios, son insuficientes para garantizar la calidad del cuidado de los niños, insuficientes también para reglamentar el delicado equilibrio de las relaciones entre los padres, la asistente materna y los niños. Para intentar mejorar la situación empiezan a aparecer aquí y allá, como complemento a la formación, “relevos asistentes maternas”. Su misión consiste en delimitar, apoyar el trabajo de las asistentes maternas y establecer el lazo con las familias.

Subrayemos en fin que la calidad del modo de cuidado se basa asimismo en el apoyo aportado por la familia de la asistente materna a su entrega profesional. ¿Cómo acepta su cónyuge ver el espacio de la casa invadido por padres y niños extraños? ¿Cómo los hijos de la asistente materna soportan el trabajo de su madre y qué indicaciones darles para comprender una situación no muy clara? Se trata de su casa, de su madre, a veces de su recámara, de sus juguetes, todo eso sirve para otros niños que no son sus hermanos ni hermanas. ¿Qué comprenden de las explicaciones que se les dan? Mi madre trabaja,

pero comprueban su presencia en casa, y más aún, su papel respecto de esos niños ajenos es casi el mismo que con ellos. Eso puede parecerles contradictorio. Es así como una niña de 4 años y medio me explicó que su mamá “hacía como trabajo ser una mamá”.

Por su parte, los padres disponen de pocos medios para evaluar la calidad de la atención, de los cuidados y de las condiciones de estímulo que una asistente materna es susceptible de brindar a su hijo. Cuando se trata de un recién nacido, son sensibles sobre todo a la dulzura de la persona, a la limpieza y a la tranquilidad de la casa. No es sino más tarde cuando se darán cuenta de que una casa impecable no siempre está adaptada a los juegos de agua y a los demás juegos que los niños necesitan tanto. No es más que a medida que su hijo crece, y busca actividades motoras, sociales y de lenguaje, cuando los padres comprenden que una casa tranquila no es propicia para las carreras, brincos y demás escándalos necesarios para la expresión de los niños.

Una asistente materna no puede hacerlo todo. Esas mujeres tienen días agotadores, y raras son las que saben hacer reconocer su trabajo y sus responsabilidades. Se añaden sus propias tareas familiares y domésticas. Los niños son recibidos en promedio diez horas por día, ¿cuántos asalariados tienen empleos de tiempo comparables? ¿Han visto ustedes a menudo a una asistente materna recurrir a una criada, hacerse entregar sus compras solicitadas por Internet y dar su ropa a una lavandería? Las asistentes maternas son madres en el hogar y mujeres asalariadas sin garantía de empleo. Por el lado de la sobrecarga y de la inseguridad, las acumulan. También tienen razones para sentirse culpables respecto de sus hijos, sentirse desgarradas, entre familia y trabajo: su oficio consiste en ocuparse de niños, oficio elegido para poder seguir ocupándose de sus propios hijos. La cuadratura del círculo. Sin olvidar el hecho de que son remuneradas sobre la base de una tarifa por hora de aproximadamente 12 francos (1.83 euros) por niño. Se comprende que los elegidos gestores de los modos de guarda las alaben.

Se comprende también por qué los profesionales incitan a las madres a elegir este modo de guarda, y esto desde que esperan un bebé. Son realistas, puesto que en el ámbito nacional, la política que impulsa la atención individual ha dado sus frutos y el número de asistentes maternas autorizadas ha aumentado considerablemente, así como la ayuda a las familias participantes. En la revista *Vies de Famille*, editada por la CAF y dirigida a todos los subvencionados, se puede

leer con atención el expediente de septiembre de 1998 intitulado: *¿Qué tipo de guarda para sus hijos?* Todo el expediente, muy bien documentado, es una incitación a recurrir a los servicios de una asistente materna. Como apoyo, una fotografía deprimente mostrando a un bebé dormido en los brazos de una mujer triste detrás de una puerta cerrada, sobre la cual está escrito, con letras de andén de ferrocarril, la palabra guardería. El título del artículo: “A usted le corresponde elegir en función de sus prioridades, de su modo de vida y de su presupuesto” presta a sonreír. Desde luego, se ve mal que la CAF dirija a los futuros padres este mensaje de verdad: “He aquí todas las soluciones legales, busquen simultáneamente por todas partes, pero no tengan ilusiones, la mitad de ustedes se verá obligada a inventar una solución, a recurrir a las soluciones familiares o a contratar una niñera de modo ilegal.”

LA GUARDA DE LOS HIJOS A DOMICILIO, LO PEOR Y LO MEJOR

En general, las parejas que recurren a esta dispendiosa solución para sus hijos se felicitan de ello, por lo menos por lo que esto les aporta como comodidad de vida. Inútil preparar a los niños para sacarlos en la mañana, el ritmo se respeta, no hay atropellos debidos a horarios impuestos, menos microbios transmitidos por los amigos de la guardería. Los padres se evitan trayectos, la tensión a la salida del trabajo y conservan el dominio sobre el contenido de los días de su bebé, puesto que son los que emplean y por consiguiente los que dan las órdenes. Para la empleada, encontró un empleo, y ocuparse de niños es un bonito oficio, ¿verdad? Por el lado de las políticas, las medidas fiscales incentivas propuestas van en el sentido de la ayuda a la creación de empleos.

Pero ¿cuál es la realidad? El dispositivo presenta, me parece, algunos defectos para los contribuyentes, para los patrones, para los empleados y sobre todo para los niños.

Respecto de la medida misma y de lo que induce, la principal crítica a propósito de la AGED, subvención pagada por la CAF a la que se añaden las deducciones fiscales, se refiere sobre todo a la siguiente comprobación: por medio de esta subvención, el Estado estaría subvencionando una nueva forma de trabajo doméstico para las clases medias.

En lo que se refiere al trabajo mismo, el perfil del puesto es ambiguo. La empleada debe ser al mismo tiempo una animadora de juego, creativa y alegre, y ser capaz de organizar la cotidianidad de una casa en sus tareas más diversas. Ahora bien, sostengo que una misma persona no puede, al mismo tiempo y en el mismo entorno, llevar a cabo con profesionalismo esta doble carga. O bien es prioritaria la casa, o bien el niño. ¿Pero qué puede comprobar el patrón? La limpieza y el orden de la casa. Cuando el tiempo dedicado a canturrear o a acariciar a un bebé, el tiempo invertido en enseñarle a lanzar una pelota o a atraparla, no se ve.

Las empleadas, interesadas en conservar su trabajo, dicen todas que “se las arreglan” ante todo para realizar las tareas domésticas. Respecto de los niños, algunas temen el riesgo de accidente. Se vuelven entonces muy poco estimulantes respecto de las experiencias motoras y a veces hasta inhibidoras, por temor a que se les reproche una falta de atención. Preocupadas por la limpieza del niño y de la casa, proponen pocas actividades estimuladoras que pueden dejar huellas o que requieran de arreglos y limpiezas fastidiosos. Excluyen de su gama los juegos de agua, las actividades de manipulaciones y de grafismo corporal global, como la pintura de pie o la cubeta de granos. Queda la frecuentación del jardín de la casa o de la plazoleta municipal. Otros niños más dinámicos saben explotar la más mínima distracción de la joven para experimentar valiosas sensaciones: caminar en los charcos, derramar el puré alrededor del plato, voltear todos los recipientes, los floreros, las cajas de azúcar o las botellas de aceite. Queda por saber cómo estas actividades de despertar espontáneamente manejadas por ellos mismos van a ser recibidas. Por desgracia, muy a menudo, se les bautizará de “tonterías”, y la vitalidad descubridora del niño será sancionada.

Esas mujeres, a quienes se confían niños sin la menor formación y a veces ni la más mínima experiencia, se encuentran en una situación tal de presión (multiplicidad de las tareas, responsabilidad, fragilidad del empleo) que se plantea el problema de las repercusiones para el niño. Sin testigos, ¿cómo viven los momentos en que éste reclama permanentemente sus brazos mientras el quehacer las espera? ¿Cómo reaccionan cuando un niño quiere jugar mucho tiempo en el baño y se acerca la hora del regreso de los padres?

Los patrones replican que no son verdugos, que se comportan con gentileza con la persona que se ocupa de sus hijos. A menudo es cierto. Pero una relación de subordinación no es una relación de re-

ciprosidad psicológica. Las empleadas no se sienten libres e independientes frente a los padres. ¿Qué va a transmitirse de todo esto en la manera de ocuparse del niño?

Sucede también –raras veces, es cierto– que se inviertan las relaciones de fuerza. Poco a poco, la empleada toma un lugar exorbitante y hace pesar la amenaza de tirar el delantal si no se tiene completa confianza en ella y si se ejerce un control. Los patrones recuerdan las dificultades que tuvieron para seleccionar a una persona que les conviniera entre las candidatas. Temen sobre todo “la avería” de niñera. Poco a poco, ceden terreno hasta el punto de ruptura.

Una empleada a domicilio, para ocuparse de uno o varios niños y ayudar en las tareas domésticas, es práctico y cómodo. Pero esos dos calificativos no figuran entre los criterios de calidad psicológica de la relación con el niño. Qué lástima. Por una vez que las mujeres son aliviadas de las obligaciones y de las cargas domésticas, mientras los hombres aprecian este apaciguamiento de lo cotidiano liberado de reproches...

LA INCAPACIDAD POR PATERNIDAD: QUIEN PIERDE GANA

¿Debo evocar aquí el permiso para los padres como modo de guarda? Sería paradójico avalar el hecho de que las madres representan un modo de atención (en la dimensión institucional de esta expresión) para sus propios hijos. No evocaré por esta razón más que un sólo aspecto de este tema –que, en otro contexto, podría merecer un mayor desarrollo– y brevemente.

El permiso por paternidad es el suplicio de Tántalo de las mujeres fascinadas por su bebé y poco interesadas en su trabajo, ya sea desde el punto de vista de su contenido, o de su sueldo. No ven más lejos que la punta del biberón y quieren creer que será simple volver a una actividad cuando el niño vaya a la escuela. Además es así como lo prevé la ley, ya que el patrón debe preservar el empleo de un padre que suspende sus actividades para ocuparse de uno o varios hijos de menos de tres años. Cuando el padre es funcionario de un servicio público, esto suele desarrollarse más o menos así. Pero para los padres que se encuentran en el sector privado esto se revela más sutilmente complicado. Los padres que utilizan el permiso por paternidad para educación y que reciben la subvención correspondiente

son mujeres, desde luego (los padres representan el 1%). Seducidas por el permiso por paternidad que les permite evitar separarse tan pronto de su bebé y enfrentarse al rompecabezas de la guarda de los hijos, las mujeres salen del mercado laboral. Pocas anticipan las considerables dificultades de volver: pérdida de responsabilidades, descalificación, cambios acontecidos en su ambiente de trabajo durante su ausencia... con el permiso por maternidad para educación y la subvención que se le asocia, no son las mujeres las que se desinteresan en el trabajo, es el trabajo el que sigue desinteresándose por las mujeres.

LA GUARDA EN CASA DE LOS ABUELOS

Lo que se denomina tan bellamente, en los documentos oficiales, el cuidado en casa de los abuelos, se llama en realidad la guarda por parte de la abuela. En la mente de algunos es el caramelo de los modos de guarda. Afecto, dedicación, ternura, flexibilidad de los horarios, modicidad del costo. La mayoría de las abuelas aceptan esta responsabilidad con gusto y ofrecen a sus hijos una ayuda invaluable si todo marcha bien. Requiere una gran comprensión de los lugares y una discreción excepcional por parte de la abuela para no intervenir en lo cotidiano de la pareja. Muchas abuelas que tienen ese deseo explican que la presencia de los niños les aporta mucha dicha y las ayuda a conservarse jóvenes y activas.

Todo iría de maravilla si la realidad de los lazos inconscientes entre padres y abuelos no fuera tan compleja y a veces tormentosa. Algunos padres confiesan haber renunciado a ello porque se sentían infantilizados por los consejos de su madre o suegra. Otros porque temían reacciones de celos entre las dos abuelas, o también para evitar rivalidades con sus hermanas y hermanos, quienes también necesitaban esa ayuda. Algunas mujeres temen sobre todo que su madre llegue a ocupar un lugar demasiado grande en la educación de sus hijos; hay maridos que se niegan a que su madre repita los mismos errores que con ellos. A veces resurgen conflictos anteriores en torno a la cuna... “Pero yo hacía así contigo cuando eras pequeña”, dice la abuela a su hija. “Justamente, ése es el problema, no hubieras debido”, le replica ésta.

A veces es tranquilizante, las abuelas lo rechazan. Ya sea porque trabajaron toda su vida y por fin quieren respirar o porque no trabajaron y quieren... también respirar. Algunas abuelas reconocen su cansancio, y las preocupaciones de salud pueden volver la guarda aleatoria e irregular.

Confiar sus hijos a su madre, ¿no es también seguirle siendo fiel, no poder alejarse de ella y querer reparar una relación que fue problemática? Ocuparse de sus nietos, ¿es una manera de mantenerse joven o de aceptar envejecer?

A los niños les gusta la compañía de sus abuelos, pero la padecen si las relaciones son tensas. Algunas familias superan este desafío sin demasiadas tensiones. Otras no tienen elección, es la solidaridad familiar la que da sentido a este modo de cuidado y le permite resistir.

BIBLIOGRAFÍA

MUJERES, FEMENINO, MATERNIDAD

- Ammaniti, M., C. Canderoli, M. Pola y R. Tambelli, *Maternité et grossesse*, PUF, 1999.
- André, J., *Aux origines féminines de la sexualité*, PUF, 1995.
- Anzieu, A., *La femme sans qualité*, Dunod, 1997.
- Beauvoir, S. de, *Le deuxième sexe*, Gallimard, 1949.
- Belotti, E. G., *Du côté des petites filles*, Éditions des Femmes, 1974.
- Bydlowski, M., *La dette de la vie*, PUF, 1997.
- Couchard, F., *Emprise et violence maternelles*, Dunod, 1997.
- Delais de Parseval, G., *La part de la mère*, Odile Jacob, 1997.
- Dolto, F., *Le féminin. Articles et conférences*, Gallimard, 1998.
- Freud, S., “Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre les sexes” (1925) y “Sur la sexualité féminine” (1931), en *La vie sexuelle*, PUF, 1973.
- Goldberg, J., *Culpabilité, axiome de la psychanalyse*, PUF, 1985.
- Grinberg, L., *Culpabilité et dépression*, Les Belles Lettres, 1992.
- Halimi, G., *La cause de femmes*, Grasset et Fasquelle, 1973.
- Hamon, M.-C., *Pourquoi les femmes aiment-elles les hommes et non pas plutôt leur mère?*, Le Seuil, 1992.
- Héritier, F., *Masculin-féminin: La pensée de la différence*, Odile Jacob, 1996.
- Irigaray, L., *Le corps-à-corps avec la mère*, La Pleine Lune, 1982.
- , *Speculum: De l'autre femme*, Minuit, 1974.
- Jeammet, N., *La haine nécessaire*, PUF, 1999.
- Knibiehler, Y. y C. Fouquet, *L'histoire des mères du Moyen Âge à nos jours*, Montalba, 1986.
- , *La révolution maternelle depuis 1945*, Perrin, 1997.
- Lacan, J., “La significación del falo” (1985) e “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” (1960), En *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1984.
- Lemoine-Luccioni, E., *Partage de femmes*, Le Seuil, 1976.
- Maschino, M.T., *Y a-t-il de bonnes mères?*, Belfond, 1999.
- Mitchell, J., *Psychanalyse et féminisme*, t. 1 y 2, Éditions des Femmes, 1975.
- Olivier, C., *Les enfants de Jocaste*, Denoël, 1980.
- Rosfelter, P., *Bébé blues*, Calmann-Lévy, 1993.
- Safouan, M., *La sexualité féminine dans la doctrine freudienne*, Le Seuil, 1976.
- Schaeffer, J., *Le refus du féminin*, PUF, 1997.

Swigart, J., *Le mythe de la mauvaise mère*, Pocket, 1996.

Vasse, D., *L'ombilic et la voix*, Le Seuil, 1974.

“La mère”, revista *Autrement*, mayo de 1987, núm. 90.

“Réalités, parcours, représentations de femmes”, *Lunes*, revista trimestral (en librería).

“Repenser la maternité” (bajo la dirección de Y. Knibiehler), revista *Panorama*, 2o. trimestre de 1999, núm. 40.

POR EL LADO DE LOS NIÑOS

Anzieu, D., *Le moi-peau*, Dunod, 1995.

Badinter, E., *L'amour en plus*, Flammarion, 1981.

Bosse-Platière, S., A. Dethier, C. Fleury y N. Loutre du Pasquier, *Accueillir le jeune enfant, quelle professionnalisation?*, Erès, 1995.

Bowlby, J., *Soins maternels et santé mentale*, OMS, 1954.

Brazelton, T.B., *À ce soir: Concilier travail et vie de famille*, Stock, 1986.

Clément, R., *Parents en souffrance*, Stock, 1993.

Cramer, B., *Profession bébé*, Calmann-Lévy, 1989.

Dolto, F., *En el juego del deseo*, México, Siglo XXI, 1983.

—, *L'image inconsciente du corps*, Le Seuil, 1984.

—, *La cause des enfants*, Robert Laffont, 1985.

—, *Les étapes majeures de l'enfance*, Gallimard, 1994.

—, *C'est la parole qui fait vivre* (bajo la dirección de W. Barral), Gallimard, 1999.

Dolto-Tolitch, C., *L'haptonomie périnatale*, CD Gallimard, col. “À voix haute”.

Eliacheff, C., *À corps et à cris, être psychanalyste avec les tout-petits*, Odile Jacob, 1993.

Frydman, R. y M. Szejer, *Le bébé dans tous ses états*, Odile Jacob, 1998.

Guillerault, G., *Les deux corps du moi*, Gallimard, 1996.

—, *L'image du corps selon Françoise Dolto*, Institut d'édition Sanofi-Synthélabo, 1999.

Kaplan, L., *Symbiose et séparation*, Robert Laffont, 1980.

Klein, M., *Envie et gratitude*, Gallimard, 1978.

Lacan, J., “El estudio del espejo formador de la función del yo” (1949), en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1984.

Le Camus, J., *Les racines de la socialité*, Bayard Éditions, Centurion, 1989.

Loutre du Pasquier, N., “Quinze années d'attachement. Théorie, travaux récents et cliniques du nourrisson”, *Bulletin de Psychologie*, t. XL, núm. 381, pp. 675-681.

Loux, F., *Traditions et soins d'aujourd'hui*, InterÉditions, 1990.

Mahler, M.S., *La naissance psychologique de l'être humain*, Payot, 1980.

- Mathelin, C., *Le sourire de la Joconde*, Denoël, 1998.
- Prigent, Y., *Vivre la séparation*, Desclée De Brouwer, 1998.
- Stern, D.N., *Le monde interpersonnel du nourrisson*, PUF, 1997.
- Thery, I. (bajo la dirección de), *Recomposer une famille: Des rôles et des sentiments*, Textuel, 1995.
- Veizin, A., *Maman travaille... Et alors?*, Casterman, 1981.
- Winnicott, D.W., *Jeu et réalité*, Gallimard, 1975.
- , *Processus de maturation chez l'enfant*, Payot, 1989.
- , *L'enfant et le monde extérieur*, Payot, 1989.
- “Bébés et jeunes enfants entre eux. Que vivent les bébés en groupe?” *Dialogue*, 2o. trimestre de 1993, núm. 120.
- “L'accueil et la garde des jeunes enfants dans différents pays”, *Enfance*, 1988, núm. 2, PUF.
- “La grande aventure de monsieur Bébé” (bajo la dirección de P. Ben Sousan), *Spirale*, 1996, núm. 1, Erès.
- “Le social” pour l'enfant, l'enfant et “le social”: rupture ou lien? Collectivo, ANAPSY petite enfance, 1996.
- On accueille un enfant. Écueils et paradoxes*, Colectivo, ANAPSY petite enfance, 1998.
- “Petite enfance: la garde à l'accueil”, *Groupe Familial*, marzo de 1989, núm. 122.
- “Séparations et retrouvailles chez le jeune enfant”, *Dialogue*, 2o. trimestre de 1991, núm. 112.

HOMBRES, MASCULINO, PATERNIDAD

- Bly, R., *L'homme sauvage et l'enfant*, Le Seuil, 1992.
- Castelain-Meunier, C., *Cramponnez-vous les pères!*, Albin Michel, 1992.
- , *La paternité*, PUF, “Que sais-je?” núm. 3229, 1997.
- , *Pères, mères, enfants*, Flammarion, “Dominos”, 1998.
- Delaisi de Parseval, G., *La part du père*, Le Seuil, 1981.
- Dumas, D., *Sans père et sans parole*, Hachette Littératures, 1999.
- Hurstel, F., *La déchirure paternelle*, PUF, 1996.
- Knibiehler, Y., *Les pères aussi ont une histoire...*, Hachette Littératures, 1987.
- Le Camus, J., *Pères et bébés*, L'Harmattan, 1995.
- Le Roy, P. (bajo la dirección de), *Le père dans la périnatalité*, Erès, 1996.
- Lefaucheur, N. y C. Martin, *Qui doit nourrir l'enfant dont le père est “absent”?*, Informe de investigación para la CNAF, 1995.
- Lionetti, R., *Le lait du père*, Le Lierre et le Coudrier, 1991.
- Olivier, C., *Les fils d'Oreste ou la question du père*, Flammarion, 1994.
- Snyders, J.-C., *Drames enfouis*, Buchet Chastel, 1996.
- This, B., *Neuf mois dans la vie d'un homme*, InterÉditions, 1994.

- Clerget, J., "Le 'mec plus ultra' de la paternité", *Les hommes en miettes, Groupe familial*, 1993, núm. 139.
- "Filles, garçons, le dossier", *Enfance et Psy*, 1998, núm. 3.
- "Le masculin" (bajo la dirección de J. Miedzyrzeczy y E. Weil), *Revue Française de Psychanalyse*, 1998, núm. 2.
- Le papa, le père, l'homme de la mère, quels repères pour le jeune enfant?* Colectivo, ANAPSY petite enfance, 1995.
- "Présence des pères", revista *Informations Sociales*, septiembre-octubre de 1996 (sobre pedido a la CNAF).

SOCIEDAD Y POLÍTICA

- Agacinski, S., *Politique des sexes*, Le Seuil, 1998.
- Angelino, I., *L'enfant, la famille, la maltraitance*, Dunod, 1997.
- Bachelot, R. y G. Fraisse, *Deux femmes au royaume des hommes*, Hachette Littératures, 1999.
- Blanchet, D. y S. Pennec, "Hausse de l'activité féminine: Quels liens avec l'évolution de la fécondité?", *Économie et Statistique*, octubre de 1999, núm. 300, pp. 95, 104.
- Dufour, A., G. Hatchuel y J.-P. Losel, *Accueil des jeunes enfants, conciliation vie professionnelle, vie familiale et opinions sur les prestations familiales*, CREDOC, informe núm. 191, junio de 1998.
- Dufour, D.R., *Les mystères de la trinité*, Gallimard, 1990.
- Elias, N., *La civilisation des mœurs*, Calmann-Lévy, 1971.
- Ephesia (seudónimo colectivo), *La place des femmes*, La Découverte, 1995.
- Fitoussi, M., *Le ras-le-bol des superwomen*, Calmann-Lévy, 1997.
- Fraisse, G., *La différence des sexes*, PUF, 1996.
- Freud, S., *El porvenir de una ilusión*, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, vol. 21.
- , *El malestar en la cultura*, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, vol. 21.
- Genisson, C., *Femmes-hommes, quelle égalité professionnelle?*, informe al primer ministro, documentación francesa, 1999.
- Grinberg, L., *Culpabilité et dépression*, Les Belles Lettres, 1992.
- Hassoun, J., *Actualités d'un malaise*, Erès, 1999.
- Hermange, M.T., *L'enfant soi-disant roi*, Albin Michel, 1999.
- Kaufmann, J.-C. (bajo la dirección de), *Faire ou faire faire? Familles et services*, Presses Universitaires de Rennes, 1995.
- Kaufman, J.-C., *Le cœur à l'ouvrage*, Nathan, 1997.
- Labadie, F., *Pour une approche globale du temps de l'enfant*, Ministerio de la juventud y de los deportes, Comité de evaluación y de seguimiento de las distribuciones de los ritmos del niño, Documentación francesa, 1999.

- Latour, P., M. Houssin y M. Tovar, *Femmes et citoyennes*, L'Atelier, 1995.
- Lenoble, R., *Histoire de l'idée de nature*, Albin Michel, 1990.
- Lévy-Strauss, C., "La sexualité féminine et l'origine de la société", en *Les Temps Modernes*, marzo-abril de 1998, núm. 598, pp. 78-85.
- Lollivier, S., "Activité et arrêt d'activité féminine". *Économie et Statistique*, julio-agosto de 1988, núm. 212.
- Meda, D., *Le travail, une valeur en voie de disparition*, Aubier, 1995.
- Mozer, L., *Le printemps des crèches*, L'Harmattan, 1992.
- Nahoum-Grappe, V., *Le féminin*, Hachette Littératures, 1996.
- Pewzner, E., *L'homme coupable*, Privat, 1992.
- Pierrehumbert, B. (bajo la dirección de), *L'accueil du jeune enfant*, ESF éditeur, 1992.
- Senotier, D. y N. Cattaneo, *Sexes et sociétés*, Service du droit des femmes, documentación francesa, 1998.
- Singly, F. de (bajo la dirección de), *La famille, l'état des savoirs*, La Découverte, 1991.
- , *Le soi, le couple, la famille*, Nathan, 1996.
- Singly, F. de, J. Commaille, M. Kaluszynski, J.-C. Kaufmann et al., *Fortune et infortune de la femme mariée*, PUF, 1987.
- Touraine, A., *Pourrons-nous vivre ensemble?*, Fayard, 1997.
- Welzer-Lang D. y J.-P. Filiod, *Les hommes à la conquête de l'espace... domestique*, VLB, 1993.
- Conseil d'Analyse Économique, *Égalité entre femmes et hommes: Aspects économiques*, documentación francesa, 1999.
- De plus en plus de femmes parmi les travailleurs pauvres*, informe del Bureau International du Travail, documentación francesa, julio de 1996.
- Genres et emploi du temps*, Foro europeo 1994-1995, seminario del Foro, Instituto Universitario Europeo.
- L'emploi des femmes*, Actas de la jornada de estudios del 4 de marzo de 1993 de la DARES, Service du droit des femmes, documentación francesa, 1993.
- L'emploi est-il un droit?*, vol. 2 de *Travail, genre et sociétés*, L'Harmattan, 1999.
- L'Europe, un atout pour les femmes*, documentación francesa, 1998.
- Le repas traditionnel se porte bien*, CREDOC, informe núm. 132, enero de 1999.
- Le sexe du travail*, obra colectiva, Presses Universitaires de Grenoble, 1984.
- Les familles monoparentales*, INSEE, 1994.
- "Démographie et famille", revista *Informations Sociales*, 1997, núm. 58.
- "Les temps de notre temps: Enjeux, incertitudes, complexité", *Revue Française des Affaires Sociales*, julio-septiembre de 1998, núm. 3.
- "Violences en famille", *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, 1997, núm. 28.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los niños, a todos los padres y a todos los profesionales que me otorgan su confianza y me hablan de ellos.

Gracias a mis hijos por haber sido mis principales partidarios en la aventura de esta obra. Así, a la mitad de la noche, Thibault despierta, escudriña la pantalla de mi computadora y me pregunta: “Mamá, cuando lo hayas terminado, ¿me leerás tu libro, y también las imágenes?” [*sic*]. Y Hugo, al lado de quien (¿un poco culpable?) deploraba cuánto tiempo más del previsto me tomaba este trabajo: “No te inquietes, mamá, lo lograrás, y cuando hayas acabado, te diré todo lo que me fastidió.”

Gracias a Philippe, mi esposo, por haber comprendido mi motivación para escribir este libro y compartido mis preocupaciones a propósito de él.

Gracias a Mathias, Quentin, Anaïs, y también a Frédéric y Sandra por haberme enseñado que, en la vida de una mujer, no sólo los niños que ha llevado cuentan.

Y gracias sobre todo a mi amiga Lise Mingasson por haber apoyado mi trabajo de escritura, con la exigencia y la agudeza que la caracterizan.

ÍNDICE

PREÁMBULO: LA VIDA DE ARTISTA	7
INTRODUCCIÓN	11
Las madres trabajan a pesar de todo, 12; Las madres trabajan y la sociedad respinga, 13; Hablar con la verdad a los hijos..., 15	
I. MATERNIDAD Y CULPABILIDAD	17
1. ¿TRABAJAR? ¿NO TRABAJAR? PRINCIPIOS Y REALIDADES	21
Volverse padres, la época de las vacilaciones, 22; Cuando el hijo aparece, no se da crédito, 23; El trabajo de la madre y capital-hijo, 25; El peso de la devoción materna, 27; Las angustias del “querida, haz lo que quieras”, 28; Arriesgarse juntos para preservar al hijo, 30	
2. LA CULPABILIDAD ACECHA ENMASCARADA	31
La botella siempre está medio vacía, 31; Transferir sus reproches a los demás, 32; Me enferma separarme de él, 34; Como no los veo mucho, compenso, 35; Una madre no es una mujer débil, 36; Los orígenes de la culpabilidad: un debate abierto, 37; Una señal de alarma, una oportunidad para reflexionar, 38	
3. ¿ENTRAR EN MATERNIDAD ES ENTRAR EN CULPABILIDAD?	40
Un acceso de ternura desorientado, 40; Sentirse sola, curiosamente, con su bebé, 41; Prestarse al juego del eclipse, 43; Los rituales del nacimiento que acompañan, 44	
4. NACER DIFERENTES	46
Una niña y un niño no es lo mismo, 46; Niña o niño, ya es todo un problema, 48; No ser más que niña o niño, 49; La diferencia es una maraña de proyecciones y deseos, 51; Hechos para esto, hechas para aquello..., 52	
5. DE LA NIÑA PEQUEÑA A LA MUJER	54
El reto del carácter mixto, 54; Lo visible y lo invisible o la importancia del cuerpo, 56; Compartir con los hombres, 61	
6. DESEO DE HIJO Y CULPABILIDAD	63
Lo quisiste, lo tuviste, 63; El deseo de un hijo es una utopía útil, 64; El deseo es irracional, 66; Desear, es también transgredir, 67; Desear de manera diferente y hacer juntos, 68	
7. VOLVERSE MADRE, SENTIRSE PEQUEÑITA Y SALIR ADELANTE COMO ADULTA	70
Cuando la fragilidad permite acceder a la ternura, 70; La ondulación materna, 71; El bebé y su gran prójimo, 72; El deseo de tomar el aire,73	

8. MATERNIDAD, MAGIA Y AMBIVALENCIA 75
Sentirse abrumada por sus sentimientos, 76; ¿Las hadas se inclinan todavía sobre las cunas?, 77
9. CULPABILIDAD U OMNIPOTENCIA 79
Saber retraerse para dejar lugar, 79; Viejas heridas..., 80; Entre una madre omnipotente y un padre en experimentación, 81; Una madre no es más legítima que un padre, 82; Sentirse culpable para no ponerse en tela de juicio, 84; Las madres ni perfectas ni colmadas, 85
- II. LOS NIÑOS CUYOS PADRES TRABAJAN 87
10. LAS FALSAS VERDADES QUE CULPABILIZAN 91
Primera falsa verdad: el trabajo de la madre perturba a los hijos, 92; Segunda falsa verdad: si la madre se siente bien, el hijo se siente bien, 94; Tercera falsa verdad: para un niño nada vale su madre, 99
11. CUANDO YA HAY QUE SEPARARSE 104
La separación es una experiencia subjetiva, 105; Las resistencias a la separación, 107; La ciencia y la imagen patética del niño separado, 110; El velo gris de la carencia materna, 113; Cuando la separación es estructurante, 114; Separaciones y reencuentros, 115; De entrada el niño está separado, 118; La separación original no es asumible por el niño solo, 120; Las condiciones de una separación: la atención, 122
12. CUANDO EL NIÑO PEQUEÑO DESCUBRE A LOS DEMÁS 124
Desde el embarazo, se nos va..., 124; Más allá de la madre: el horizonte, 128; Los bebés entre ellos, 129; A los bebés les gusta el mundo, 130; Los bebés eligen a sus amigos, y se aportan mucho, 133
13. CONFIAR A SUS HIJOS: LA CALIDAD ES UNA PRIORIDAD 136
Los retos de un cuidado de calidad: puntos de referencia, 137; Un cuidado que toma en cuenta la personalidad del niño, 138; Un cuidado que protege la seguridad afectiva de los niños, 139; Un cuidado que fomenta la vitalidad de los niños, 142; Un cuidado que respeta la dignidad del niño, 142
14. ESTABLECER RELACIONES CLARAS EN TORNO A LOS HIJOS 145
Un niño sin padres, eso no existe, 145; Un lugar de ayuda no es una familia, 146; Entre los padres y los hijos: los lazos de filiación, 147; Entre profesionales, padres e hijos: el vínculo profesional, 147; El vínculo de realidad: es asunto de todos, pero cada uno tiene su lugar, 148; Entre familia y modo de ayuda, diferencias útiles, 149; Hablarse y situarse, 150
15. ¿QUÉ TIEMPO PARA SUS HIJOS? 152
El mito de la disponibilidad para los hijos, 152; Una madre que

trabaja no es una madre ausente, 155; El tiempo que falta o la cabeza demasiado llena, 159; No se tiene tiempo, pero hay tiempos, 160; Cuestión de tiempo o cuestión de sentido, 162; Anticipar es llevar el tiempo delante de uno, 163

III. ¿HIJOS, TRABAJO, CASA? SÍ, PERO NO SOLA	165
16. ¿EL CUIDADO DE LOS NIÑOS? LOS DATOS ESTÁN CARGADOS	169
Cuidar de bebés, es preparar el porvenir, 169; Por un lado los discursos..., 171; ...Por otro lado las realidades..., 173; La obligación de "adaptarse", 174; Muchas interrogantes y pocas respuestas, 175; El trabajo de ambos padres explicado a los niños, 177	
17. ¿EL MUNDO DEL TRABAJO? LA NEGACIÓN DE LOS HIJOS	180
La maternidad y el trabajo son inseparables, 180; En el trabajo como en el hogar, las cosas han cambiado, 181; El patriarcado con el vientre redondo, o las estrategias de fracaso de las empresas, 182; Las mujeres buscan salidas, 186; Mujeres-carrera y mujeres-medio de sustento, 187	
18. ¿LAS MUJERES Y LA CASA? UN CUADRO... POR DESEMPOLVAR	189
El interior de las mujeres y la política, 189; La diferencia anatómica fue un enigma fundador, 190; El recurso a lo natural ya no es útil, 193; No tomemos las tradiciones por linternas, 194	
CONCLUSIÓN	197
ANEXO: ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS MODOS DE GUARDA	203
En la guardería la penuria se organiza, 203; La asistente materna autorizada, el precio del compromiso, 208; La guarda de los hijos a domicilio, lo peor y lo mejor, 214; La incapacidad por paternidad, quien pierde gana, 216; La guarda en casa de los abuelos, 217	
BIBLIOGRAFÍA	219
AGRADECIMIENTOS	224

tipografía: carácter tipográfico
en tipos new baskerville 10/12
impreso en programas educativos, s.a. de c.v.
calz. chabacano 65 local a,
col. asturias - 06850, méxico, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes
19 de julio de 2002